No desconectes internet

Kat Quezada

wattpad

KAT QUEZADA

¡No desconectes el internet!

wattpad

KAT QUEZADA

¡No desconectes el internet!

Kat Quezada

¡NO DESCONECTES EL INTERNET!

wattpad
by Montena

A mis lectores de Wattpad,

son mi luz naranja

por siempre

Prólogo

—¡Rayos! —exclamó Dean—. Nicole ya se durmió.

—¿En qué te afecta que la vecina se duerma? —preguntó su hermano Zachary, al tiempo que cambiaba la página del libro que leía.

—En que ya desconectó el internet —gruñó Dean, se lanzó sobre la cama y arrojó su teléfono. Era un rey del drama.

1

Problemas de internet

—Es la vigésima vez que lo hace —se escuchó la voz de Dean, estaba en el rincón de su habitación, haciéndose bolita, meneando las rodillas al ritmo de su desesperación—. Es la vigésima vez que desconecta el internet, la vigésima…

—¿Qué rayos dices? —interrumpió Zac, preocupado—. Me estás asustando.

—¿No lo entiendes? —se incorporó Dean—. Nicole nunca apagaba el internet, y lleva veinte días haciéndolo, no lo soportaré si sigue así…

—Caramba, en verdad que el internet trastorna a los adolescentes —

argumentó Zac.

—Cállate, tú no sabes nada —se justificó Dean—. Lo que me preocupa es la reacción de Laila, estaba hablando con ella cuando se fue el internet; la dejé en visto. ¿Sabes lo que significa? Creerá que no me interesa. Y con lo mucho que me costó acercarme a ella…

—Cómprale un libro y ganarás su corazón —respondió Zac y volvió la vista a su libro.

—No sé por qué sigo hablando contigo… Ni siquiera has tenido novia.

—Por supuesto que he tenido.

—Literarias no cuentan, Zac.

—Pues continúo sin entender por qué le sigues robando el internet a

la vecina

—le cambió el tema.

—No tendría la necesidad de hacerlo si mi familia fuera normal…

Estaba en lo correcto, los Blackelee sufrían de tecnofobia, por ende, no aprobaban las tecnologías modernas: en su casa no existían las computadoras, las consolas de videojuegos, las laptops, las tabletas, y mucho menos los teléfonos… Dean logró conseguir un *smartphone* gracias a su arduo trabajo

como repartidor de pizzas, le costó el salario de todo un año. En su hogar no lo sabían, Zac guardaba el secreto.

—Es que no me llama la atención el internet…

—¡Siempre te pones de su lado! —Dean se molestaba por el hecho de no contar con el apoyo de su hermano; el wifi era un tema prohibido en la familia.

Una vez, Dean contrató a unos tipos para hablar con sus padres sobre la importancia de tener internet en casa; llevaron folletos de las compañías con planes de pagos, y cuando ellos estaban a punto de acceder, apareció Zac —pues había salido temprano de la universidad — y convenció a sus padres de que él y su hermano podían continuar elaborando sus trabajos escolares en la máquina de escribir: Zachary lo arruinó, propuso que ese dinero mejor lo ocuparan en añadir más libros a su estante, incluso comprar enciclopedias, ya que son más claras y confiables que el famoso internet. Después de eso, no hubo más intentos para tener su propio módem; además, sus padres se enteraron del plan de Dean.

Él recordó ese momento y se tornó rojo de irritación. Su hermano continuaba hablando de las ventajas de no contar con internet.

—Tenemos más tiempo libre, no somos adictos, no nos dañamos la vista ni el cerebro, aprendemos a ser didácticos, nos esforzamos por conseguir una buena nota académica y realizamos actividades que nos ejercitan, como el deporte…

Basura y más basura.

Dean no aguantó más: se levantó y caminó hacia la puerta, como si fuera un gladiador dispuesto a morir luchando por lo que quería: internet gratis.

—Iré por el amor de mi vida —anunció.

—Sí, seguro, a las once y tantas de la noche.

—Es la hora perfecta —se justificó—. Le pediré a Nicole que conecte el internet.

—¿Estás idiota? Sabrá que se lo robas…

Dean no lo dejó terminar, salió de la habitación enfurecido; lo peor era que no tenía consciencia de lo que hacía; en realidad, no iría a hablar con Nicole, iba a reclamarle por desconectar el internet. Para él, ella era la principal fuente de señal… y también de sus problemas.

2

Ladrón de wifi

Cuando las manecillas marcaron las once y media de la noche, Dean cruzó la puerta principal de su casa. No hubo necesidad de salir a hurtadillas. Él seguía pensando en Laila y en que la perdería si la dejaba en “visto”. Tenía que recuperar la señal de internet a como diera lugar, era una situación de vida o muerte… según su parecer.

El cielo estaba despejado, el sitio estaba en completo silencio, por lo que no sería buena idea tocar el timbre de la residencia de los Carter, despertaría a la familia y él sólo quería hablar con ella, no con sus padres.

Alzó la vista y vio el balcón de Nicole, lanzó algunas piedras a su ventana, pero no funcionó, la chica dormía como tronco. Decidió trepar por la enredadera de la casa y se desplazó por el descanso del tejado, llegó a la ventana de Nicole y golpeó suavemente, pero ella no contestó.

Al poco tiempo se desesperó y aporreó estrepitosamente el vidrio, pero continuó sin recibir respuesta.

—¡Nicole, con un demonio, abre la ventana! —gritó y sintió un frío recorrer su espalda. ¿Había llamado a un ser oscuro? La luz de la habitación se encendió y olvidó esos pensamientos de terror.

La chica, adormilada, se dirigió al cristal y corrió la cortina. Dean hizo un ademán para indicarle que abriera la ventana y ella accedió con un movimiento automático.

—¿Quién eres y qué quieres? —pronunció Nicole de manera extraña, pues llevaba un aparato de dientes para dormir; también tenía su corto cabello alborotado y pronunciadas ojeras.

—¿Desde cuándo usas aparatos? —susurró Dean, olvidándose del tema que

lo impulsaba—. Tus dientes están perfectos, tienes “sonrisa Colgate”.

La chica cerró la ventana, había apagado la televisión desde hacía una hora porque no quería escuchar más comerciales baratos.

—¡Qué maleducada! —gritó Dean, y su vecina reabrió la ventana—. Te estoy haciendo un cumplido y reaccionas de esa manera. Caes mal: lo tienes todo y ni siquiera te has puesto a pensar en ello, no sabes cómo son las vidas de los demás, te das el lujo de hacer lo que quieras cuando quieras, deja de ser tan egoísta…

—Ey, basta —reclamó Nicole más confundida que dormida—. ¿De qué estás hablando?

—Que yo creía en ti. Todos dicen que eres seca, fría y lo que se le parezca, pero te conozco desde el jardín de niños, y eras tierna, bondadosa y amable; seguía pensando lo mismo, hasta este momento. Y yo que venía *a pedirte algo*…

—¿Algo importante casi a medianoche? —interrumpió.

—Obviamente —contestó orgulloso y de nuevo le cerraron la ventana en sus narices.

Resopló y volvió a tocar, cruzando los dedos para ganar suerte.

—¡Déjame en paz! —exclamó Nicole, sin abrir.

—No me iré hasta hablar contigo.

—Bien, ponte cómodo y espera tu turno, quizá sea en un millón de años.

—Oye, realmente es urgente, he intentado luchar contra esto, pero ya no aguanto más. ¿Puedes salir, por favor?

—Bien —ella abrió la ventana por última vez, con la esperanza de ser besada para dar inicio a una historia de amor, como sucedía en los libros.

—¡No desconectes el internet! —gritó Dean—. El wifi es vida, no lo dejes morir.

Nicole movió la cabeza confundida, se decepcionó del primer chico que visitaba su balcón. Por su comportamiento, había creído que se sentía atraído hacia ella; sin embargo, sólo jugó con sus sentimientos, todo ese parloteo al pie de su ventana era falso.

“No es un cuento de hadas.”

Frotó sus ojos y comprendió que aquel chico era su extraño vecino, se sacudió por haber pensado en esas cursilerías. Ahora sabía de quién se trataba y recordó que tenía muy claro que jamás saldría con él. Eso la hizo despertar por

completo.

También cayó en cuenta de que era peligroso abrirle la ventana a extraños, especialmente durante la noche. ¡¿Dónde quedaron los consejos que su madre le había dado de pequeña?! Fracasó como hija. ¿Qué tal si era un ladrón? ¿Ella hubiera facilitado el delito?

“Aguarden”, Nicole reflexionó las palabras de Dean e hizo un mapa mental:

“Vecino, flecha, altas horas de la noche, flecha, reclamos sobre la señal de internet, flecha, delincuencia…”. Sólo podía significar una cosa: ¡Ladrón de wifi detectado!

—¿Me robas el internet? —enarcó una ceja.

—¿Quieres la verdad o una mentira? —respondió Dean con nerviosismo.

Zachary tenía razón. ¿Qué estaba pensando? ¿Que conectaría el internet sólo porque él se lo pedía? ¿Que no se daría cuenta de que él era un ladrón de wifi?

Al fin había comprendido que estaba haciendo una estupidez, nunca debió subir ahí.

—Con razón la señal a veces se alenta —dijo Nicole enfurecida.

Si ya le caía mal el chico, terminó por detestarlo, primero por saber que era su vecino, después por haberle coqueteado, y por último, por ser un idiota que dice algo y luego lo evade.

—Lo sé, y como buen vecino que soy, vine a decirte eso… —trató de buscar una justificación—. Porque ¿sabías que cada vez que desconectas el internet un perrito muere?

Ella cruzó los brazos.

—¡Deja de robarme el internet, delincuente!

A Dean no le dio tiempo de pensar, se sobresaltó por la fuerza con que su vecina empujó la cerradura, retrocedió un poco y tambaleó hasta llegar al borde del tejado. Cayó al césped y terminó con un fuerte dolor de cuerpo; muchas punzadas en la espalda y la cabeza.

Tirado en el suelo, miró el cielo nocturno y notó que había estrellas, quizás eran reales o quizás eran alucinaciones por su caída.

La chica ni siquiera se tomó el tiempo para verificar si se encontraba bien el ladrón de wifi, apagó la luz e intentó conciliar el sueño. Le avisaría a su madre al amanecer.

Dean permaneció recostado en el césped un rato más, pensando que se había

equivocado en todo con ella. Luego recordó que, si no conseguía internet, tampoco volvería a hablar con Laila Miller.

Tabla de puntuación: Nicole [1] Dean

[0].

3

Palomitas y contraseñas

Nicole se encontraba en la cafetería de su escuela, pidió una hamburguesa y papas fritas. Esperaba su comida cuando apareció el ladrón de wifi.

—¡Nick, Nick, Nickelodeon!

Ella no respondió, sólo se quedó absorta al ver al chico con muletas y collarín, sintió remordimiento por no haberlo ayudado la noche anterior.

—No, *esto* no es culpa tuya —aclaró Dean antes de que ella preguntara.

Después de estar mirando el cielo por casi una hora aquella noche, escuchó que Zachary salía a buscarlo. Al verlo, a Dean le pareció divertido cerrar los ojos y hacerse el muerto. Zac se llevó un gran susto, pero notó que su hermano pequeño, aunque intentaba aguantar la risa, seguía respirando y movía las comisuras de sus labios. Enseguida Zachary amenazó con llamar a sus padres y el juego terminó. Como siempre, a Dean nunca le salían bien las cosas. El mayor de los Blackelee no era tonto; Dean se dio cuenta que él ya sabía la verdad y le rogó que no les comentara a sus padres.

"—Es un milagro, me acabo de recuperar —dijo Dean, levantándose del césped—. *No hay necesidad de mortificar a mis padres con lo que me pasó.*

—¿Entonces prefieres que llame una ambulancia? —cruzó los brazos su hermano.

—No, sólo me duele un poco la cabeza —contestó el menor—. *Pero tú estás estudiando para médico, podrías ayudarme y asunto resuelto.*

Zac reflexionó la respuesta y sonrió, era el momento de vengarse.

—Por supuesto, yo me hago cargo —entraron a su residencia desde el garage, Zac vio las viejas muletas del abuelo y el collarín que había usado la tía Roxana cuando sufrió un accidente automovilístico. Eso era precisamente lo que

necesitaba para regresarle la broma.

Después de unas horas, Dean quedó bajo las órdenes de su hermano, fue obligado a usar los aparatos por toda una semana y fingir que Zac lo había salvado.

—Pero esto es injusto, ni siquiera me duelen el cuello ni los pies…

—Lo sé, pero, ¿prefieres que se enteren mis padres que tienes teléfono *? ¿Que fuiste a reclamarle a una chica porque no conectaba el internet para que te lo robaras? Puedo decirles todo lo que me plazca, ellos siempre me creerán antes que a ti.*

—¿Y qué ganas con todo esto?

—Verte sufrir y quedar como un héroe.

—Te detesto —dijo Dean, pero accedió—. *¿Entonces no hablamos de lo que sí me duele? Porque no soporto la cabeza.*

—No, no es nada grave.

—¿Y si se me muero?

—No, Dean, no morirás por una migraña.

—¿Seguro? Soy muy joven y aún no hago mi testamento.

—Cállate o yo mismo termino con tu vida en este instante.

Hablaron con sus padres y contaron la historia tal como Zac lo quiso, ellos creyeron esa versión y no se preocuparon más, sólo castigaron a Dean por un mes y felicitaron a Zachary por ser un buen hermano…"

Dean regresó a la realidad, donde seguía en pie frente a Nicole. Ella no decía palabra alguna, sólo lo miraba de arriba abajo. Él se recargó en sus muletas y notó que la chica lucía más bonita, pues tenía el cabello planchado y se había maquillado. Ya no era la chica zombi de la noche anterior.

—Entonces, si esto no es mi culpa, ¿qué quieres? —cuestionó Nicole.

—Internet, internet es lo que quiero —respondió Dean y brincó con las muletas.

—Tarado, creí que era algo más importante —se quejó ella—. Si sigues con eso, te voy a denunciar; eres un cínico. Cuando llegue a casa cambiaré la contraseña.

—Nooooo —dijo Dean con voz grave—. No lo hagas, por favor.

—Aléjate de mí, niño raro —caminó Nicole cerca de una mesa.

Dean se olvidó de las muletas y corrió tras Nicole, al fin y al cabo, Zachary

no estaba presente. Ella vio esa acción y lo odió aún más. Le pareció un insulto.

—Por favor, por favor —le rogó abrazándose a sus pies—. No me quites la señal… Te pido perdón por el alboroto de anoche, haré lo que quieras, pero no me hagas esto, por favor.

—¡Qué necio! —exclamó Nicole—. Hablaré ahora mismo con mi madre para que cambie la clave —sacó su teléfono y comenzó a teclear.

—No lo permitiré —expresó Dean y le arrebató el aparato.

—¡Devuélveme eso, niño feo!

—No me digas niño, tengo diecisiete —contestó él—. Te lo devuelvo si me dejas usar tu internet.

—Ni de chiste, voy con los profesores —Nicole se levantó.

—Está bien, me rindo —y le entregó su iPhone—. Al menos deja tu contraseña hasta las tres de la tarde, para que pueda descargar un programa para hackear redes, por favor.

—¿Cómo? ¿No tienes ya la aplicación?

—No, adiviné la tuya.

—¿Tan fácil es?

—Tu red se llama "DonovanEggenschwilerFamilia", es obvio que la contraseña tiene que ver con ese tipo.

—No es un tipo, es un músico…

—Sí, da igual; es posible que yo no sea el único que te roba el internet.

—No lo creo, a lado de mí vive un chico guapo —Dean se sonrojó creyendo que hablaba de él— que tiene su propio módem, lo sé porque conozco su casa.

—Qué suerte —bufó Dean—. Yo sólo te tengo a ti y a una pareja de ancianos desactualizados, creo que lo más eléctrico y magnético que tienen ellos es un horno de microondas…

—Yo no tengo horno de microondas —pensó Nicole en voz alta.

A Dean se le iluminó el rostro con una gran idea.

—¡Ya sé! ¿Estás cansada de ver películas en casa y no poder comer palomitas porque no tienes dónde hacerlas?

—¿De qué estás hablando? ¿Tienes vocación de publicista? Primero ayer con eso de Colgate, hoy con las palomitas. ¿Qué harás mañana?

—Te presentamos el nuevo microondas tres mil. Cómpralo ya, y si eres de los primeros treinta en llamar, recibe un recipiente gratis para

tus palomitas;

marca al…

—Yaaaa, loco. Das miedo.

—¡Es que quiero proponerte algo! —Dean sonrió—. ¿Qué te parece si yo te consigo palomitas de microondas cada vez que quieras? Porque películas sin palomitas no son películas. A cambio, tú no desconectas el internet ni cambias la contraseña.

Nicole se quedó pensando, acababa de contratar Netflix y, como bien dijo Dean, no se disfrutaría igual sin palomitas.

—¡Seré tu esclavo! —añadió Dean, ya que ella continuaba sin contestar—.

Palomitas gratis siempre que quieras.

Nicole se acarició la barbilla y siguió reflexionando.

—Por favor, mi familia es como mis ancianos vecinos, no usamos nada electrónico, te lo suplico —y se arrodilló.

La chica se asombró de la capacidad del chico para perder su dignidad y humillarse ante ella, pero le interesó más que Dean nunca se rendía, y aunque era fastidioso, eso le agradó un poco.

—De acuerdo —ofreció su mano para cerrar el trato.

El chico celebró el éxito, se arrojó al piso y alzó sus brazos gritando: “Síií”.

Nicole, avergonzada, decidió marcharse, pero no sin antes ordenar su primer tazón de palomitas para esa misma tarde.

Dean bajó los brazos, había perdido todo su entusiasmo. Él tampoco tenía horno de microondas.

Tablero de puntuación: Nicole [1] Dean

[-1].

4

Las mentiras de internet

Laila Miller: hermosa, rubia, popular, animadora y más clichés que se te ocurran.

¿Cuál era la diferencia? Ah, sí, no era hueca ni superficial. A decir verdad, marcaba la diferencia entre los estudiantes porque rompía con todos los estereotipos pareciendo uno de ellos, pues elegir actividades extracurriculares y ser físicamente de una manera no define tu personalidad, no eres lo que usas o haces, sino lo que piensas. Y ella *pensaba*, a pesar de que a simple vista parecía la *típica* rubia.

Se fijó en Dean porque era divertido y físicamente misterioso. Su cabello era rizado y oscuro, pero usaba plancha para alisarlo; tenía ojos color miel, pero estaban ocultos bajo sus gafas. Ella no sabía que usaba anteojos, pues él trataba de impresionarla todo el tiempo con lentes de contacto verdes y azules. Pero gracias al accidente, él olvidó ponerse sus atractivos, y lo único por lo que lo reconocían era por su vampírica tez blanca. Fuera de eso, él aparentaba algo que no era, justo lo que ella necesitaba para cambiarlo.

—Dean, ¿eres tú? —preguntó Laila al verlo tirado en el piso de la cafetería.

—Laila —se levantó enseguida y un amigo suyo le entregó las muletas —.

Perdóname, ayer te dejé en visto.

—Eso no importa —respondió y lo ayudó a sentarse—. ¿Por qué luces así?

—Creo que debí decirte que tengo el cabello rizado y padezco un poco de miopía.

—Dean, hablo del collarín y las muletas.

—Ah, eso, larga historia. Ayer salvé a un perrito de ser atropellado — dijo esquivando lo que pasó con Nicole y Zac.

—Sin mentiras —Laila cruzó los brazos—. No necesitas todo esto para

impresionarme. Soy sencilla, Dean, no finjas ser lo que no eres, demuéstrale a la gente que se puede ser diferente siendo un chico normal.

—Pero ser diferente a veces es no ser atractivo…

—¿Lo dices por tus anteojos? —resopló molesta—. ¿Sabes quiénes son las personas ciegas? No son las que usan gafas… Los ciegos son aquellos que se encierran en una sola idea y nada los hace cambiar de opinión. Creen que la belleza se ve únicamente con los ojos, adoptan todos esos estereotipos: que importa más el físico que el interior; que si no eres de tez blanca o delgada, estás fea. Esas personas son ciegas de mente y corazón.

—¿De verdad era necesario todo este discurso? —Dean se quedó asombrado.

Aquellas palabras habían sido tan emotivas que lo harían llorar y no tenía pañuelos para limpiarse los mocos.

—Me gusta hacerlos, ¡que viva la paz mundial! —rio Laila.

—Laila para presidenta —le siguió el juego.

—Y Dean para mi pareja… Espera, ¿qué?

El joven soltó una risa y se acercó para rodearla con un abrazo.

—Aquí aplica la frase “Quédate con quien te quiera con todo y tus lentes” —

dijo Dean en su oreja—. Ya nunca volveré a fingir.

—Bien, porque no tienes de qué avergonzarte —le devolvió una sonrisa cómplice—. Ahora explícame lo del collarín, por favor.

Él respiró profundamente y le contó todo desde el principio, anexando la tecnofobia y a Nicole.

Laila no se molestó, incluso le pareció divertido; estaba cansada de los mismos chicos, y Dean, a pesar de ser un tonto, le gustó más que otros.

—¿Entonces ahora estás más ligado a Nicole? —concluyó ella.

—Sólo por el internet, entre ella y yo no hay nada, ni siquiera nos llevamos bien.

•••

A la salida de la preparatoria, Dean se apresuró a llegar a casa, Zachary salía tarde de la universidad y sus padres trabajaban, por lo

que él tenía tiempo para trazar un plan para conseguir palomitas. Lo que más le motivaba era Laila y no tanto quedar bien con Nicole, pues ella ni siquiera lo entendía. En cambio, Laila

lo apoyaba a pesar de que le había mentido desde que se conocieron; ahora podía ser el mismo y ella no lo rechazaría.

Y él quería una relación seria con ella, verla por las tardes, hablar largas horas por teléfono, y por la noche enviarse mensajes hasta la madrugada y que su última conexión de WhatsApp fuera con ella. Podía incluso pensar en una boda, pero regresó a sus pensamientos y supo que nada de eso se realizaría si no conseguía internet o datos móviles. Y así llegó a la conclusión de que se infiltraría en la casa de los Brooks, sus ancianos vecinos, para conseguir su objetivo.

5

Un gato bizarro

Dean se creía ninja esa tarde. Según sus cálculos, la señora Margaret Brooks estaría ejercitándose a esa hora. Recordó que cuando no tenía teléfono su pasatiempo por las tardes era espiar a sus vecinos, en su mente se volvió a producir el desagrado de ver a una anciana “mover el bote”; su flácido trasero le dejó un trauma al pobre chico, pero él se lo buscó por andar de fisgón. Sin embargo, esta vez tenía que soportarlo, era la única manera de entrar a esa casa.

Miró por la ventana y vio a la señora usando una caminadora, mientras escuchaba rock & roll a todo volumen. Era ahora o nunca.

Dean se colocó guantes para no dejar huella y se asomó a su jardín trasero, respiró hondo y se llenó de valentía. Cruzó sigiloso la cerca que separaba ambos hogares, entró de puntillas e hizo poses ciertamente extrañas cuando estuvo en territorio ajeno. Sí, definitivamente el sueño frustrado de Dean era ser ninja. Y

en un momento de tensión, sintió muchas ganas de reír; le parecía asombroso, aquella aventura se la contaría a sus nietos. También pasó por su mente hacer travesuras, pero se contuvo, tenía que ser cuerdo por una vez en la vida.

Abrió lentamente la puerta corrediza de la cocina y notó que todo estaba cubierto por manteles bordados: la mesa, las fundas de silla, los aparatos electrodomésticos. Volteó hacia su derecha y alzó un mantel rosa, encontró el dichoso horno de microondas, brincó de felicidad y lo enchufó. Sacó de su chaqueta deportiva un paquete de palomitas y

lo acomodó como decía en el instructivo, presionó el botón “Palomitas de maíz” y comenzó la cuenta regresiva, el horno provocó un estrépito, pero no se escuchaba por la música alta que provenía del gimnasio.

Mientras se hacían las palomitas, Dean bailaba, el sonido que emitía el maíz

reventando era para festejar que todo avanzaba bien. Los granos explotaban y explotaban. Terminó el proceso y extrajo el paquete, inhaló el delicioso olor a mantequilla, se saboreó las palomitas y decidió marcharse otra vez por el jardín.

En ese momento terminó la canción y resonaron las pisadas de Dean.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la señora de la casa.

Dean sintió escalofríos y se escondió tras la barra del desayunador.

—¿Jorge, eres tú? —volvió a preguntar la señora.

—No, yo estoy en el baño.

El chico se asustó.

“¿El señor Jorge está aquí? ¿Qué no debía estar trabajando? Changos, tienen pensiones, lo he olvidado”, pensó Dean.

—Cariño, ¿hay alguien más abajo?

—Que yo sepa, no, a menos que sea otra vez ese estúpido gato.

“¿Gato? ¿Soy un gato?”

—Estoy harta de ese animal, hazme el favor de matarlo.

Dean creyó que estaban bromeando, los Brooks parecían inofensivos, con caritas de ángeles… pero de ángeles feos.

—Enseguida, mi amor —se escuchó el inodoro, y el señor Jorge se dirigió con dificultad al garage, sobándose la espalda.

Dean rio pensando que se había salvado, pues había ido al lugar equivocado, pero no tardó en regresar con un rifle.

—Te llegó la hora, estúpido gato —Jorge apuntó hacia donde escuchara el mínimo sonido.

“Por los calzones de Buzz Lightyear, aquí no hay gatos. Me van a fusilar.”

—Ven, gatito, gatito.

El señor Jorge emitía el *bishubishushshsh*. Clavó su vista en el mantel desarreglado. Recorrió sus dedos hasta llegar al microondas, algo no le cuadraba.

Estaba por girarse y encontrar a Dean… Sonó el timbre de la casa, el cual lo desconcentró. Mientras el señor Brooks caminó hacia la puerta, Dean gateó hacia la mesa, con su cabeza golpeó sin querer una de las sillas, pero no ocasionó ruido. A decir verdad, parecía bastante blandito el asiento. Cuando subió la mirada encontró a un gato de raza americana de pelo corto que acababa de despertar de su siesta. Se estiró como suelen hacerlo los gatos y se incorporó junto a Dean. El chico se alegró de que hubiera un minino ahí, pero esa felicidad

se convirtió en tristeza, no le deseaba mal alguno.

El señor Brooks volvió molesto, no había nadie en la puerta; seguro era alguna broma de un niño. Se desplazó por toda la sala, mientras Dean permanecía inmóvil.

—Tú y yo vamos a escapar —le susurró Dean al gato y lo tomó entre sus brazos, pero éste se resistió y lo rasguñó, haciendo que la mesa se moviera—.

Tarado, nos van a descubrir.

La criatura maulló en forma de disculpa, arruinando todavía más la situación.

Jorge volteó hacia ellos y, tan discreto como pudo ser, alzó el mantel de la mesa.

—Te tengo.

Pero ya no estaban. Dean corrió a toda velocidad y el animal no lo siguió, tomaron caminos diferentes.

El portón del patio trasero estaba abierto y no tuvo problemas para huir, aunque por un instante Dean se confundió y estuvo a punto entrar en una casa que no era la suya; le temblaban los pies. Después reaccionó y se dirigió hacia su cerca, de un salto cruzó y se sintió finalmente a salvo. No obstante, cayó de cara, definitivamente Dean

no había sido gato en otra vida. Además de todo, se enterró los lentes en la nariz, lo cual lo hizo gritar, por eso (y mil razones más) odiaba usar anteojos. Luego volvió la vista a la casa de los Brooks y notó la ausencia del gato. También se dio cuenta de que no traía la bolsa de palomitas, la había olvidado en la mesa.

“Torpe.”

Se golpeó en la frente y cruzó de nuevo hacia la casa de los Brooks. Había dado su palabra a Nicole y no tenía sentido salir con vida si no llevaba la comida, prefería morir rápidamente que morir lentamente, sin internet. Además, aún tenía la esperanza de que los ancianos fueran gentiles, simplemente no se imaginaba a ese par como asesinos.

“¿Al menos obtuvieron una licencia para portar armas?”

Si salía de ésta, él mismo los denunciaría… pero ellos también lo harían.

“Rayos y relámpagos… ¿Por qué soy tan atolondrado? ¿Por qué no le hice caso a Zac? ¿Por qué no sólo tengo internet? ¿Por qué? ¿Por qué, Señor?”

Dean cayó en crisis y ya no le importó si hacía ruido o no. Caminó decidido a tomar la bolsa, sin temor alguno.

Afortunadamente el señor Brooks no lo vio, andaba tan concentrado en cazar al gato que no notó el olor a palomitas; tenía al pobre animal acorralado con el rifle, el minino no paraba de maullar, pero al ver a Dean, lo hizo con más fuerza.

Dean jaló la bolsa y se escabulló. Jorge logró ver su silueta. El gato alcanzó al joven a hurtadillas y esta vez lo siguió.

—¡Intrusos! —exclamó el señor Brooks—. ¡Margaret, tenemos intrusos!

La señora bajó las escaleras.

—Llamaré a la policía.

Dean volvió a salvar su pellejo y se quedó tirado en el césped, gracias a Dios estaba al lado de sus aparatos, se colocó el collarín y tomó las muletas. Era eso o quedarse tirado en el césped, buscando hormigas y tratando de pasar desapercibido. Sin embargo, el gato no logró escapar, se escuchó un disparo y a Dean se le estremeció el corazón.

Se levantó de golpe y se encontró con su vecino, que al principio lo miraba extraño.

—Je, hola —dijo finalmente don Jorge—. No es lo que parece, sé que escuchaste un disparo, pero no le di a nadie, sólo quería espantar a un delincuente que entró a mi casa. ¿No lo viste?

No sospechaba de él por su condición. De algo tenían que servir el collarín y las muletas.

Dean hizo caso omiso y buscó con la vista el cadáver del gato, el señor Brooks escondía algo bajo sus pies y se movía para ocultarlo.

—Bueno, hasta luego —alzó su mano y entró a su casa, dejando en evidencia el cuerpo del pobre animalito, tieso.

Dean quiso llorar, dolía en su pecho mucho más que las caídas, más que las inyecciones y vacunas, incluso más que las mordidas de su perro; dolía más que los piquetes de hormigas y que los mensajes dejados en visto de Laila.

—Ya lleguéééé —rio Zac.

En otras circunstancias, Dean se hubiera burlado de su hermano. Pero esta vez fue distinta, por respeto al gato, guardó luto.

—Ey, ¿qué tienes? —se acercó afable Zac.

—Nada —respondió con voz rota—. Es una pena que los gatos no tengan siete vidas.

—En mi opinión, con una es suficiente.

—No cuando carecen de un hogar y un amo, de comida y amor; se la pasan

vagando, refugiándose en las esquinas de las casas, cubriéndose de la lluvia con viejos cartones —moqueó Dean—. De ahora en adelante quiero rescatar a todos los animales callejeros, merecen una familia humana.

Zachary asintió, comprendiendo el punto.

—Aún siento que escucho el maullido de ese pobre gatito —Dean sollozó cabizbajo—, su pelaje era suave, parecía un algodón de azúcar.

—¿Como ése de allá? —señaló Zac.

—Debí rescatarlo, no me lo perdonaré nunca…

—Ey, Dean —lo sacudió su hermano.

—Soy un monstruo, un ser oscuro y desgraciado. Sólo pensé en mí…

—Oye.

—Qué culpa tenía ese pequeño felino…

—Dean, escúchame.

—Murió en mi lugar, yo era el intruso y necesitado, no él. Sólo quería comida y amor, no era tan ambicioso como yo; él no buscaba internet, tan sólo quería un techo para dormir…

—Hermano del mal —gruñó Zac.

Dean se secó los ojos con las mangas de su chaqueta y los volvió a frotar cuando creyó que se trataba de una alucinación: el gato se estaba lamiendo la cola, como si nada hubiera pasado. No daba crédito de que el gato siguiera vivo, la bala le rozó, pero no le hizo daño, el minino se reincorporó, maulló y trepó hacia la casa de Dean.

— *Guau* —soltó una carcajada el joven—, o debería decir *miau*.

Zachary se estrelló la palma de la mano en la frente. El gato meneó la cola, presumiendo.

—Eres un gran *gactor*, ¿entiendes? Un gato actor, *gactor*.

A Zachary le agradó que Dean volviera a ser Dean, y no alguien lamentable.

—¿Has pensando en trabajar en Hollywood? —volvió a decir Dean, quien en su tiempo libre hablaba con los animales como si éstos le entendieran—. Mis respetos, querido animalito.

El gato ronroneó. Ahí había química.

•••

Dean se acercó al porche de los Carter. Se acomodó los lentes estrellados sobre la nariz y tocó tres veces seguidas el timbre, sólo por molestar. Ella abrió en menos de dos segundos, parecía que estaba tras la puerta esperando su orden de palomitas.

—Entrega inmediata —sonrió el joven ofreciendo las palomitas—. He cumplido.

La actitud de Nicole lo dijo todo: cruzó los brazos y se recargó en la puerta.

—Llegas tarde.

—Entonces es completamente gratis —animó Dean.

—Cincuenta minutos tarde.

Dean estaba a punto de objetar, pero Nicole siguió hablando.

—Mi madre no tarda en llegar, y ya no sabré el final de la película porque me pondrá a hacer limpieza. ¿A qué hora comería palomitas?

—Al anochecer, recostada en tu cama viendo películas de terror —Dean alzó su pulgar izquierdo.

—Olvídalo —sentenció Nicole—, ya no las quiero.

—Pero, pero… casi muero por…

—¿Y…? ¿Te hago fiesta?

Dean resopló algo malhumorado.

—Acéptalas, por favor —volvió a extender su mano.

Nicole las recibió con una mueca y Dean se dio media vuelta para marcharse.

—Espera… —ella observaba los lentes estrellados—. Ya lo pensé, y seguiré desconectándolo por las noches.

—¿Qué? —Dean se alteró y se quitó los anteojos, impresionado—. Eso no era parte del trato.

—Lo sé, pero al menos te estoy dejando usar mi internet.

—Uy, qué chiste —se quejó él—. Jamás hubiera venido a reclamarte.

—Quizás ése fue tu error, debiste haberte conformado.

—No puedo regresar al pasado, pero cuando Zac invente una máquina del tiempo, lo haré.

—¿Quién es Zac? —preguntó ella, tratando de entablar una conversación.

—Mi odioso hermano —respondió secamente.

—Me gustaría tener un hermano y decir con orgullo eso. Soy hija única.

—Lo sé —toda su vida la había estado observando, quizá no era parte de ella,

pero podía verla de lejos siempre.

—¿Cómo es Zachary?

—Nicole, lo siento, no quiero hablar; estoy cansado, hoy tuve bastante adrenalina y me molesta tu actitud volátil.

—De acuerdo, nunca soy linda, pero ahora estoy tratando de serlo; me siento culpable de lo que te sucedió, y no puedo creer tu indiferencia sólo porque seguiré desconectándolo. Gasto más luz eléctrica si lo dejo conectado todo el tiempo…

—Olvidé que eras ecologista —se encogió de hombros—, discúlpame… Y si ya no necesitas algo más, me retiro, *madame* —e hizo una reverencia. Ya se sentía como un sirviente.

—No te vayas —añadió Nicole—. El viernes haré una pijamada y requeriré de varios paquetes de palomitas…

Dean se mortificó, una pijamada no sonaba bien, y mucho menos porque tenía que conseguir más palomitas: más problemas.

—Nicole, ¿qué te gustan más, los gatos o los perros?

—Los gatos —respondió sin dejar de fruncir el ceño debido a la extraña pregunta—. ¿Por qué?

—¿Sabías que cada que me pides palomitas, un gato muere? —preguntó Dean y se marchó al instante.

Ahora tenía sentido por qué no había funcionado lo de los perros y el wifi.

—¿Eso qué significa? —indagó confundida—. ¿Es un *no*?

Tablero de puntuación: Nicole [1] Dean

[2].

6

Te cambio a Wifi por wifi

Se hallaba a punto de entrar a casa cuando el gato prodigioso de Hollywood apareció. Dean intentó ahuyentarlo, sin embargo el animalito peludo decidió quedarse a su lado, bostezó estirándose y ronroneando entre sus piernas. El joven se rindió y lo acarició por unos momentos, para luego levantarlo del cuello y llevarlo lejos de sus andares. En ese momento vibró su teléfono, había llegado un mensaje.

Nicole: Cuidado en cómo tratas a los gatos.

Dean volteó a su alrededor y comprendió que su vecina lo espiaba desde la ventana. Escribió una respuesta.

Dean: ¿Por qué me estás observando? ¿Quién te dio mi número?

Nicole: No sé, me preocupó lo que dijiste de los gatos, tenía que verificarlo, y ya vi cómo los tratas. Te vi patearlo.

Dean guardó el teléfono sin contestar, él sería incapaz de maltratar a un animalito indefenso. El aparato volvió a vibrar.

Nicole: Laila me dio tu número.

Dean: ¿Por qué haría eso Laila?

Nicole: No has justificado por qué tratas así a los gatitos.

Visto a las 3:47 p.m.

Nicole: Dean, esto es estúpido, ven a mi casa y hablemos.

Dean: Primero quiero saber por qué Laila te dio mi teléfono.

Nicole: Porque ella quiere que nos llevemos bien ahora que compartimos internet, y propuso que te envíe un mensaje cada que vaya a desconectarlo, así tú y ella podrán despedirse con tiempo y ponerse melosos.

Dean: Ésa es mi chica.

Nicole: Okey, de nada.

Dean: ¿Gracias?

Nicole: Así está mejor.

Dean: No me gustan los gatos, pero esta criaturita del Señor es increíble. Pero aun así prefiero los perros. ❤

Nicole: Oc.

Visto a las 3:50 p.m.

•••

Dean entró a su residencia y el gato lo siguió, ya no podía deshacerse de él.

Sintió un poco de remordimiento por haberlo dejado a la deriva, y como recompensa le dio un sobre de comida que había comprado para su perro. Su mascota verdadera al enterarse enfureció, se lanzó sobre Dean y correteó al gato por todo el jardín. Él tomó su teléfono y escribió.

Dean: Nicole. ¿Quieres un gato?

Nicole: ¿Hablas de ese gato al que maltrataste?

Dean: Que no le hice nada, lo rescaté para ti. Quiero dártelo como ofrenda de paz.

Nicole: Menos mal, estaba por llamar a maltrato animal.

Dean: ¿Pero qué rayos? ¿Lo quieres sí o sí?

Nicole: ¿Sí o sí? ¿No hay alternativa?

Dean: No, si dices que no, lo mataré, jajaja.

Visto a las 4:30 p.m.

Dean: Era broma, de hecho, el gato es mío, tiene todas las vacunas, está esterilizado. Pero mi perro se lleva muy mal con él. Son como perros y gatos.

¿Entiendes?

Nicole: Le envié un mensaje a mi mamá y dijo que sí. Tienes suerte.

Nicole: ¿Cómo se llama?

Dean: Wifi

Visto a las 4:32 p.m.

Dean: En serio, le puse Wifi.

Nicole: Tienes un serio problema, chico.

Nicole: Espero no sea en plan "Te cambio a Wifi por wifi". Porque no funcionará.

Dean: Rayos.

Visto a las 4:37 p.m.

Dean: Ya, en serio, mis mascotas suelen combinar nombres, mi perro se llama Pizza.

Nicole: ¿Y no se te antoja a veces?

Dean: Es un salchicha. Una vez le mordí la oreja, pero no sabe a salchicha.

Nicole: Jajajaja, qué tarado. Yo me refería a que si no se te antoja la verdadera pizza al escuchar su nombre.

Dean: Ahhh, sí. Más la de carnes frías.

Nicole: Buena elección.

Dean: ¿Quieres que te pida una?

Visto a las 4:45 p.m.

Dean: Yo lo decía porque trabajo de repartidor de pizzas y me dan dinero extra por conseguir clientes, pero bueno.

Visto a las 4:49 p.m.

Dean: Entonces, ¿te lo llevo a la puerta o te lo arrojo por la ventana?

Nicole: La comida no se arroja, animal.

Dean: Hablo del gato…

Nicole: Ah, los gatos tampoco se arrojan.

Dean: Caen parados.

Nicole: Pero no imagino a mi gato entrando así en casa. Parecerá que flotó sobre mí.

Dean: “Un gato flotó sobre mí y voló una pizza con su rayo láser”.

Nicole: No.

Dean: Okey.

7

La contraseña de mi red

—¡Cambiaste la contraseña, Nickelodeon!

—Tranquilo, homúnculo, te he dicho que no me hables en la escuela —

carraspeó Nicole ocultando su rostro en la libreta.

—Te di palomitas, te regalé un gato… ¿Qué más quieres? Casi muero por eso, literal. El rifle estaba tan cerca de mí… —se entregó al drama

—¿Qué estás diciendo? —Nicole enarcó una ceja.

—Nada, nada —contestó rápidamente, aún no lo superaba—. El punto es que me traicionaste, ayer después de ducharme ya no había conexión.

—Basta, cambié la clave porque me quedé pensando en que era muy fácil.

Pero te envié un mensaje dándote la nueva, incluso te volví a molestar diciendo que apagaría el internet en un minuto, dado que no sería el tiempo necesario para despedirte de Laila —Nicole hizo esa típica risa de villana de película.

Dean la observó.

—Genia, enviaste el mensaje, mas no pude recibirlo. ¿Cómo lo haría si no contaba con internet?

—Oye, sí —Nicole se recargó en su pupitre, analizando—. No pensé en eso, enseguida lo arreglo —y comenzó a escribir en su libreta.

—¿Y de verdad tú eres más inteligente que yo? —bufó y ella le arrojó una bola de papel—. ¡Eso no dolió!

—No importa, ahí está tu nueva contraseña.

La hoja, después de pegar en la cabeza de Dean, rebotó y cayó a tres filas de distancia. Él la fulminó con la mirada y se arrastró por el suelo, esquivando los pupitres. Todo el grupo dejó de hacer lo suyo y se dedicó a observar a Dean, por suerte la profesora había ido al baño. Él desdobló el papel y encontró una página

en blanco.

—¿No hay nada? ¿Me equivoqué de papel?

—No, ésa era *una* de las hojas que arrojé —rio Nicole—. Hice dos — movió su mano mostrando la que sí contenía la clave.

Dean gruñó y fue a su lugar antes de que lo regañaran o perdiera aún más su dignidad.

Tablero de puntaje: Nicole [2] Dean [1].

—No le entiendo a tu letra, está muy fea. Parece de hombre, qué digo, de médico —se quejó Dean.

—¿Tan mala es? —preguntó Nicole preocupada—. Ya entiendo, por eso repruebo literatura, el profesor no ha de entender lo que escribo.

En realidad, la letra de Nicole era bonita, pero cuando escribió la contraseña su caligrafía se veía diferente. Supuso que escribió rápido.

—Me niego rotundamente a recibir esto —negó con la cabeza.

—Está bien —Nicole cambió de pupitre y se sentó junto al suyo—, te la soplaré.

Ella acercó sus labios al oído del chico y le susurró la contraseña.

Dean trató de escuchar atentamente, pero se distrajo unos segundos apreciando la delicada voz de la chica. Le causaba una sensación parecida a una corriente eléctrica atravesándole la piel, sólo que muy leve.

—No puede ser, es lo más cómico que me han dicho en la vida —Dean rio fuerte para evitar un sonrojo.

—¿En serio? ¿Crees que es ingenioso?

—No, es torpe —sentenció él y apartó su asiento de Nicole—. Pero descuida, nadie lo sospechará y jamás volverán a robarte la señal. Gracias.

Ella hizo una mueca y el chico contuvo la postura, no volvió a mirarla por el resto de la clase.

Al principio, después de que regresó la profesora, Dean no prestó atención, recordaba la dulzura de la voz de Nicole y pensó que ese momento era lo más cercano que había vivido con ella desde su infancia, y cómo deseaba que Nicole recordara aquellos tiempos. Sin embargo, Laila apareció justificando su retraso a causa de un embotellamiento, la profesora tomó su asistencia y Dean sonrió. Ella

ya estaba ahí, le contaría de su aventura con los Brooks y reirían juntos por sus locuras. No necesitaba a nadie más.

¿Cierto?

8

La chica del módem

Zachary estaba harto de percibir la vibración del teléfono de Dean. No lo dejaba concentrarse en el estudio.

—¡Hermano del mal, ven acá en este mismo instante! —gritó.

—Oh, lo lamento tanto, hermano del bien. Verás, no puedo llegar rápido porque estoy *tan* dañado y me cuesta *mucho* trabajo subir las escaleras con estos artefactos —dijo Dean, quien usaba nuevamente las muletas y el collarín.

—Como sea, tu teléfono no para de recibir mensajes. ¿Quieres llevártelo de aquí?

—¡Pero no puedo con *tanto* accesorio! —se excusó Dean—. Si tan sólo pudiera quitarme estos aparatos que *no* necesito, y los donáramos a personas que *sí los requieren*, si tan sólo pudiera…

—Bien, ya puedes olvidarlos… —Zac lo interrumpió; con un ademán rompió la sentencia.

Dean hizo una fiesta de cinco segundos, y también celebró recibir tantos mensajes. Otros cinco segundos que sacaban de quicio a

Zachary.

Diecisiete mensajes… Todos de Nicole y ninguno de Laila.

Suspiró y exhaló. Abrió la conversación con Nicole y soltó una risa al saber de qué hablaban.

Dean: ¿Podrías dejar de enviarme videos y fotos de gatos? Gracias.

Nicole: ¡No! Quiero que siempre recuerdes a Wifi, para que no lo extrañes.

Además, son muy divertidos, intentamos hacer tiktoks. ¿Crees que podríamos ser famosos?

Dean: Wifi, sí. Tú, no.

Nicole: Qué pesado, destrozas mi sueño y de paso mi corazón.

Dean: Wifi es un excelente actor, tiene millones de cualidades. No sé cuáles sean las tuyas.

Nicole: Se supone que en este momento tenías que decir una de estas dos cosas: 1. Lo siento.

2. Te ayudaré a que seas famosa.

Dean: No, me niego rotundamente a escribir eso.

Nicole: De acuerdo, entonces creo que desconectaré el internet.

Dean: Hazlo, tú también te quedarías sin él.

Tablero de puntaje: Nicole [2] Dean [2].

Nicole: Entonces mejor sólo le cambio la clave.

Tablero de puntaje: Nicole [3] Dean [2].

Dean: Noooo, espera.

Nicole: ¿Ahora quién pierde?

Dean: Lo siento, te ayudaré a ser famosa.

Nicole: Eso pensé…

Visto a las 4:23 p.m.

Siete videos y diez imágenes después…

Dean: Nicole, ya basta. Prefiero los perros, mi mejor amigo es Pizza.

Nicole: Ahora que vuelves a mencionar el nombre de tu perro, me hizo pensar en algo.

Dean: ¿En qué?

Nicole: Ya casi son vacaciones.

Dean: ¿Y eso qué tiene que ver?

Nicole: En las vacaciones lo único que necesitas es wifi y pizza.

Dean: Jajajajaja, es verdad. Pero aun así no quiero que sean vacaciones.

Nicole: ¿Por qué?

Dean: Porque no veré a Laila, se irá de viaje y me dejará solo… Conocerá a

alguien más y se olvidará de mí.

Nicole: Pues sí, guapo no eres.

Dean: Exacto, y la solución es suicidarme en cuanto me deje. No puedo vivir sin ella, la extrañaré.

Nicole: Mejor opérate.

Dean: Mejor me suicido, es gratis.

Nicole: Ah, sí, a los 27 años para que seas todo un *rockstar*.

Dean: No, mejor ahorita.

Dean: ¿Tienes el emoji de la pistola?, no lo encuentro.

Nicole:

¿Éste

?

Dean: Sí, fuiste la culpable de mi suicidio, gracias.

Nicole: ¿Llamo a la policía o dejo que lo noten hasta que tu cuerpo huela mal?

Dean: No puedo contestar, ya estoy muerto.

Nicole: No, aún no se va Laila, espera el momento, por favor.

Dean: XD

Nicole: No, mejor sí muérete. Como que me quitas oxígeno.

Visto a las 5:10 p.m.

Nicole: Y entonces… ¿quieres mucho a Laila?

Enviado a las 5:21 p.m.

Dean: Quererla es poco. Amarla también.

Nicole: Iuug.

Dean: ¿Por qué sigo hablando de eso contigo? Sólo eres la chica a la que le robo internet.

Visto a las 5:37 p.m.

Dean: Me pasé, ¿cierto?

Visto a las 5:59 p.m.

Dean: Ey, era broma. Estamos juntos en esto, tú eres la película y yo las palomitas de maíz.

Visto a las 6:41 p.m.

Dean: No cambiarás la clave, ¿verdad?

Nicole. No, aún me debes las palomitas del viernes.

Dean: Gracias…

Visto a las 7:14 p.m.

9

Última conexión

El resto de la tarde, Dean habló con Laila recostado cómodamente en

su cama, el dolor en el cuello cesó después de olvidarse del collarín.

Laila: Te quiero.

Dean: Te quiero x2

Laila: Te quiero x3

Dean: Te quiero x4

Laila: Te quiero x5

Dean: Te quiero x6

Laila: Te quiero x7

No paraba de suspirar, no se movía de posición, hablar con ella era lo favorito en su día. Tanto así, que al anochecer se olvidó de sus demás contactos, de los videos de los youtubers y centró su atención en la chica. Llegó un mensaje de Nicole y no se tomó el tiempo para leerlo.

Nicole: Está bien, te quedan cinco minutos de internet, disfrútalos.

Dean: ¿Qué? ¿Por qué lo desconectarás tan temprano?

Nicole: Te lo expliqué arriba.

Nicole: Ah, olvidé que no leíste.

Dean: ¿Sigues enfadada?

Nicole: Deberías despedirte de Laila en vez de perder el tiempo conmigo, tanto te importa, ¿no es así?

Dean: Lo siento…

Visto a las 9:18 p.m.

Dean: Me equivoqué, no volveré a decir eso. Recuerda que haré lo que quieras, incluso daría mi vida (larga historia). Te daré palomitas, seré tu amigo, te haré famosa, haré cualquier locura contigo, pero en serio me molestó que cuando expresé mis sentimientos te hubieras burlado. ¿Sabías que a muchos chicos les cuesta hablar de ello? A mí no. Y si tú y yo fuéramos pareja, estoy seguro de que yo sería la mujer y tú el hombre.

Visto a las 9:20 p.m.

Dean: No, espera, no quise decir eso.

En serio, tú eres hermosa. La mejor vecina que he tenido. Estaría enamorado de ti, si no lo estuviera de Laila.

Visto a las 9:23 p.m.

Dean: No, espera, tampoco quise decir eso.

No eres segunda opción de nadie, nunca. Tú eres tan completa para alguien, que sería un estúpido si no le bastaras. Todos hablan de que eres preciosa, incluso a pesar de tu carácter.

Visto a las 9:25 p.m.

Dean: No, espera, tampoco quise decir eso. No eres enojona. Bueno, sí; bueno, no tanto. Te había dicho que sé que dentro de ti hay una tierna y amable Nicole, incluso enamoradiza. Que yo creo en ti, y algún día lo dejarás ver.

Visto a las 9:27 p.m.

Dean: No, espera, no quise decir que no te hayas enamorado nunca. Supe lo de tu exnovio y cómo te engañó, Kyle merece la muerte y sé que estás dolida.

Visto a las 9:29 p.m.

Dean: No, espera, no quiero que pienses que soy entrometido, es sólo que toda la escuela lo sabe.

Visto a las 9:31 p.m.

Dean: ¡Rayos! Ya no sé qué estoy escribiendo. Me importas, siempre lo has hecho. Nadie sabe del engaño, sólo yo porque quise saber de ti; quería ayudarte, pero no quería hacerlo notar.

Visto a las 9:32 p.m.

Dean: Nicole, nunca sé qué decir cuando estoy contigo, no sé cómo vas a reaccionar, siempre tengo algo que decir con todos, pero contigo es diferente.

En todo me equivoco, me vuelves loco, pero es que tú eres la locura misma.

Quisiera decirte tantas cosas y termino diciéndote nada. Sólo

perdóname.

¿Quieres?

Visto a las 9:34 p.m.

Nicole: Te dejo veinte minutos ¿y preferiste decir todas estas bobadas?

Olvídalo ya.

Apagaré el internet.

Uno…

Dean: No, aún no, me la pasé escribiéndote a ti, no le dicho adiós a Laila.

Nicole: Dos…

Dean: ¡No te atrevas!

Nicole: Tres…

Dean: No, Nicole, espera.

Nicole: Buenas noches.

Dean: Noooooooo.

Mensaje no enviado.

Dean: Nicoleeeeeee.

Mensaje no enviado.

Dean:

Mensaje no enviado.

Dean: Iría a tu ventana a reclamarte, pero tengo miedo de que me arrojes otra vez.

No se ha podido enviar el mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: Te deseo pesadillas.

No se ha podido enviar el mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: Ojalá los moscos te piquen.

No se ha podido enviar el mensaje. ¿Quiere revisar las redes disponibles?

Dean: Ojalá te dé insomnio.

No se ha podido enviar el mensaje. ¿Quiere revisar las redes disponibles?

Dean: Ya sé, ojalá que en la madrugada experimentes algo tipo actividad paranormal.

No se ha podido enviar el mensaje. ¿Quiere revisar las redes disponibles?

Dean: Te odio, mi última conexión es contigo.

Tablero de puntuación: Nicole [4] Dean

[2].

10

Pijamada y luces nocturnas

Nicole tenía todo preparado para la pijamada, sólo faltaban las dichosas palomitas, pero no se preocupaba por eso.

Sus padres le dejaron a cargo la puerta, ellos estarían en su recámara toda la noche, para no molestar.

Entonces, esperó ansiosa a sus invitadas, eran cuatro chicas: Sasha, Anahí, Abril y Romina. No obstante, Abril era amiga de Laila, por lo tanto, la mantuvo al tanto de lo que harían en esa noche… y la invitó.

—Hola —saludó Laila al entrar, llegó acompañada de Abril—, ¿necesitas algo? Para no quitarme el abrigo, y salir a comprar lo que falte.

—Ammmh, buenas noches, chicas —soltó Nicole confundida, sin procesar bien a las visitas y sus preguntas.

No se esperaba a la rubia en casa, claro, su relación amistosa había crecido ahora que tenían a alguien en común: Dean. Sin embargo, no significaba que se hubieran hecho amigas íntimas.

—Lo siento, se enteró y quiso venir para estar cerca de Dean —susurró Abril.

—Claro… pónganse cómodas —respondió Nicole dirigiéndolas hacia la sala.

—Mañana saldré de viaje, no estaré estas vacaciones por aquí, así que hoy tengo la oportunidad de pasar el tiempo con ustedes —Laila abrazó a Nicole como si la fuera a extrañar—. Por cierto, traje palomitas, para liberar a Dean de su obligación.

Nicole recibió los paquetes de palomitas preparadas.

—Gracias —sonrió falsamente y se dirigió a la cocina para vaciarlas en un recipiente. Permaneció unos segundos apoyándose en la barra del desayunador,

ella quería ver a su vecino, le gustaba molestarlo y verlo sufrir, pero gracias a Laila ya no sería posible.

Llegó Sasha, la chica que comía todo el tiempo.

Laila y Abril charlaban mientras Nicole se dirigió hacia la puerta.

—Sasha, necesito pedirte un favor.

—No traje comida, lo siento —contesto rápidamente.

—Es todo lo contrario, querida, quiero que termines con toda la comida que hay en casa —le sonrió.

—¿Qué?

—En especial las palomitas, por favor cómetelas todas.

—He esperado toda mi vida a que dijeras eso.

•••

La noche transcurrió, y sólo faltaba Romina para que estuvieran todas. Vieron una película de terror mientras la esperaban, ella había anunciado vía Messenger que demoraría en llegar. Las palomitas estaban por terminarse, Nicole parecía feliz. Le envió un mensaje al pretendiente de Laila.

Nicole: Bastardo, necesito que me traigas mis palomitas.

Dean: Holaaaaaa.

Nicole: En cinco minutos las quiero aquí.

Dean: ¿Qué? Pero, ¿no fueron suficientes las que llevó Laila?

Nicole: Creo que todo mundo sabía que ella vendría a casa, excepto yo.

Dean: No me culpes, ella me dice todo, y no creí que lo ignoraras.

Nicole: Como sea, quiero mis palomitas, porque hice un trato contigo, no con ella.

Dean: Pero…

Nicole: ¿Acaso Laila obtiene internet gratis?

Dean: Nop.

Nicole: Entonces sé un hombre de palabra.

Dean: De acuerdo, una última cosa…

Nicole: ¿Cuál?

Dean: Si muero en el intento, dile a Laila que ha sido lo mejor que me ha pasado.

Nicole: Que exagerado eres. ._.'

Dean: Es que no sabes, ¿Y si me electrocuto al desenchufar el horno de microondas? ¿Sabías que ocupan mucha corriente? ¿Y si exploto?

Nicole: Pues te mueres y ya.

Dean: Muy graciosa. Ja-ja-ja.

Nicole: Anda, ya ve por mis palomitas.

Dean: Ya voy…

Nicole: Uy, puntos suspensivos, qué misterioso resultaste.

•••

El chico tocó el timbre de su vecina treinta minutos después, se encontraba en pijama de ositos, cargando un nuevo gato y con la respiración agitada.

—Por fin —respondió Nicole al ver a Dean—. Te tomas muy literal lo de los gatos, ¿no es así?

—Te lo advertí, pero tuve compasión de Salomón.

Nicole rio.

—Hablo en serio, el próximo gato, lo dejo ahí y que acaben con él.

—Si vuelves a mencionarlo cambiaré la contraseña, te recuerdo que la idea de dármelas fue tuya, no mía.

—Pero es que no sabes a lo que me enfrento, me gustaría decírtelo. Pero eres tan… —Dean jaló con frustración su cabello rizado.

—Lo sé, los Brooks no son lo que parecen, pero decidiste tomar el riesgo.

Dean soltó su cabello y la miró.

—¿Qué? ¿Lo sabías? ¿Te lo dijo Laila?

—No todo se relaciona con ella —puso los ojos en blanco—. Soy tu vecina.

¿Recuerdas? Escucho los disparos, puedo espiarte, te conozco desde hace años.

¿Por qué crees que no lo descubriría yo sola?

—No lo sé…

—Me subestimas, deanlincuente.

—¿Cómo me llamaste? —Dean estaba medio sordo, tal vez no se lavaba bien

los oídos. O era tonto.

—Deanlincuente: la palabra “delincuente” mezclada con tu nombre, suenan parecido.

—Pero yo no cometo delitos… —cruzó los brazos y Nicole arqueó una ceja

—, robar internet no cuenta como uno, tampoco entrar sin permiso a la casa de los Brooks.

Nicole seguía esperando a que continuara. También el nuevo gato.

—Está bien, sí lo son —concedió Dean—, pero son actos inocentes, son por una buena causa.

—Vaya, yo no lo veo así.

—No importa, si tú sabes la verdad ¿por qué quieres seguir con esto?

Nicole pensó y sonrió:

—Porque es divertido molestarte —hizo una pausa y siguió—: tienes que pagar por el internet que consigues de mí, tú solito te pusiste la soga al cuello.

—Eres igual que mi hermano.

—Oye —se quejó Nicole.

—No te estoy diciendo algo malo, de hecho, pienso que así expresan su afecto hacia mí —confesó él.

—Pues sí, ya no me caes tan mal —sostuvo incómodamente la bolsa de palomitas—, seguiremos adelante con la provisión de alimento. Está en el contrato que firmaste.

—¿Cuál contrato? Yo sólo supliqué.

—Pues yo lo escribí en Canva.

—Cómo no se me ocurrió —rio Dean. Tal vez luego le pediría a Laila matrimonio a través de Canva, como parte de una broma tierna.

La chica supuso que la mente de Dean había abandonado la sala.

—¡Deanlincuente, te estoy hablando!

—Perdón —¿qué decía?—. Entonces ¿ya no tengo que traer palomitas?

—Sí, aún lo harás.

—¿Y cómo?

—Buscaremos una solución. *Juntos* —la palabra sonó comprometedora —.

Pero hoy no, ya vete.

Dean lucía desconcertado, pero aceptó contento y se despidió. Antes, preguntó por su chica, pero Nicole se limitó a hablar con monosílabos, así él se

marchó con los hombros caídos pero un poco aliviado.

El gato recién rescatado lo siguió.

Nicole azotó la puerta y se recargó tras ésta.

—¿Era Dean? —preguntó Laila irrumpiendo sus pensamientos.

—Ah, sí.

—¿Y por qué no avisaste? —se llevó las manos a las caderas. Aquel gesto resaltaba todavía más su atractiva figura.

—Sólo pasó rápido, trajo más palomitas —mostró los nuevos paquetes.

—¿Y está bien? Le dije que me preocupaba que continuara haciéndolo.

—Lo importante es que tiene salud.

Laila asintió, y dijo:

—Aquí hay gato encerrado.

—De hecho, dejé a Wifi en su jaula para que no nos molestara durante la pijamada.

Ambas rieron y se dirigieron a la alcoba de Nicole, donde encontraron a Sasha presa de náuseas y a punto de vomitar. Las demás chicas quedaron asqueadas.

—Lo siento, Nicky, comí tanto… Devoré todas las palomitas, como me lo pediste, pero creo que no fue tan buena idea —confesó Sasha.

Y ahí es cuando Nicole se convierte en perro rabioso y muerde a su amiga por revelar su secreto… Bueno, esa escena sólo se reprodujo en la mente de Nicole, quien en la vida real únicamente se ruborizó y enmudeció. Finalmente, prefirió ayudar a Sasha ofreciéndole algo para la indigestión.

Laila quería preguntar a qué se debía esa respuesta. Sin embargo,

sabía que estaba en casa ajena y no debía incomodar. Se dijo que no tenía por qué enfadarse y se ofreció para ayudar a Sasha.

Al final, todas terminaron por contraer nauseas, fue un desastre la habitación de Nicole. El olor quedó impregnado, optaron por limpiar en equipo y después reírse a carcajadas.

Tras el incidente no quisieron tocar más la comida, prefirieron ver películas de terror sin palomitas. Pero a falta de chicos que las abrazaran, decidieron quitarlas, pues se manifestaban muertas de miedo. Laila tuvo entonces la fantástica idea de jugar verdad o reto; enseguida atrajo la atención, pero no porque así lo quisiera, sino porque era muy natural en ella deslumbrar a las

demás. Las chicas siempre disfrutan convivir con la más popular.

No obstante, no percibían que esa preferencia lastimaba a Nicole. Y aunque la chica de la casa estaba decidida a no desperdiciar aquella noche, no tenía oportunidad. Todas se enfocaban en Laila y menospreciaban a Nicole: ninguna de sus repuestas atraía la atención del grupo sobre ella. Simplemente la ignoraban.

Nicole resopló para sus adentros y caminó hacia la ventana, deslizó la cortina y observó las estrellas. En lo alto se extendía un cielo despejado, con una luna que brillaba más que sus ojos.

Su respiración empañó el vidrio, donde con su dedo dibujó un corazón roto; entonces se recargó en el cristal sumida en sus pensamientos nostálgicos.

Notó que la luz de la recámara de Dean seguía encendida, bajó la vista para no percibirlo.

—¿Disfrutando de la noche? —gritó el vecino desde su ventana.

Ella no deseaba contestar, pero no quería mostrarse indiferente con él; recorrió el picaporte para abrir la ventana y sentir el aire en sus mejillas.

—No, pero disfruto un poco de frío —respondió tras suspirar.

—¿Y las demás?

—Están con Laila.

—No quiero ser impertinente, pero, ¿ella se está robando toda la

atención?

—Qué bien la conoces —puso sus ojos en blanco.

—No lo hace a propósito, te aseguro que no se ha percatado de cómo te sientes; en cuanto lo haga, dejará de actuar así y tratará de remediarlo.

—No hace falta —volvió a mirar la luna—. No quiero hablar del tema.

—¿Entonces de qué quieres seguir hablando conmigo? —preguntó Dean con voz suave.

—No lo sé —volteó a verlo—. Hoy no apagaré el internet, así que no esperes mi mensaje, las chicas y yo planeamos dormir hasta mañana y el internet es un buen instrumento para lograrlo.

—No lo necesito, tú estás con ella —respondió Dean sin mirarla.

—¿Hay algún tema que no relaciones con Laila?

Entonces Dean comprendió.

—Mmmmh. Me gustan las luces nocturnas.

—¿Algo como los fuegos artificiales?

—No, me encanta recostarme en la terraza o en el césped y contemplar la luna, las estrellas que refulgen y se apagan, los aviones que vuelan y los cometas que llegan a verse de milagro —contestó con sinceridad.

—Supongo que eso te levanta el ánimo, algún día lo intentaré.

—Sí, pero hay alguien que hace palidecer todas esas luces.

Nicole dejó de disfrutar el momento, rápidamente pensó en la adoración de Dean.

—Laila.

—No —negó él con la cabeza—. Tú.

—¿Qué? —Nicole giró hacia él.

—Dios pone una luz en cada persona. No dejes que Laila, quien tú piensas es la estrella más brillante, te opaque; es tu noche, puedes

disfrutarla y aún pertenecer a la misma galaxia que ella… porque tu brillo es inigualable.

Marcador de puntos: Nicole [4] Dean

[100 ❤].

Nicole inhaló el aire frío, esbozando una sonrisa cálida.

—Vaya, hasta que sirves de algo, tonto —era su manera de agradecerle.

—No hay de qué, ya iré a dormir —Dean se alzó de hombros.

—No hay motivos que te mantengan despierto.

—Me entiendes perfectamente —le devolvió la sonrisa y cerró su ventana, sosegado, luego volvió abrirla—. Casi lo olvido: dulces sueños, Nicole.

—Le diré a Laila que también le deseas buenas noches —dijo con sinceridad, se había ganado su cariño con aquella conversación nocturna.

Nicole también cerró su ventana y salió de su balcón, se unió a las chicas que le preguntaron dónde había estado, ella explicó cómo se sentía y, tal como había dicho Dean, de inmediato se pudieron arreglar las cosas.

La noche siguió el curso planeado: hicieron guerras de almohadas, leyeron revistas y contestaron cuestionarios de personalidad en internet. Hacían travesuras a quien se quedara dormida; tales como maquillarla o untarle espuma en la cara. Rieron a carcajadas, platicaron sin reparo, cantaron hasta enronquecer, bailaron libres de pena o prejuicios, y jugaron Xbox.

Se unió más a Laila, la sintió cercana, habían encontrado más cosas en

común, se llevaron estupendamente.

Y sólo ellas dos mantuvieron los párpados abiertos más tiempo que las demás, contándose secretos al oído.

11

Visto

Dean: Dormilona, es verdad. No apagaste el internet *Enviado a las 8:30 a.m.*

Nicole: Buenos días, mi amor.

Dean: Espera… ¿qué? ._.'

Nicole: Soy Laila.

Dean: Ahhhh.

Nicole: Nicole está durmiendo, bueno en realidad todas, sólo que yo desperté porque escuché vibrar un teléfono, creí que era el mío. Pensé que eras tú deseándome buen día.

Dean: Lo siento, es que no quería despertarte, supuse que no durmieron en toda la noche, y no quería que te doliera la cabeza y tuvieras ojeras. Mejor descansa un rato más.

Nicole: Siempre preocupándote por mí

, seguiré durmiendo. Pasaré a tu casa a

la una de tarde, para darte tu abrazo de Navidad y Año Nuevo.

Dean: Detestaré no verte en vacaciones, ya comencé a extrañarte.

Nicole: No sigas.

Dean: Pero es que en la playa hay tantos turistas, temo que te enamores de algún tipo de ahí.

Nicole: Oye, eso no pasará. Te quiero mucho.

Dean: Yo también te quiero.

Aunque parezca que se lo escribo a Nicole.

Nicole: Un segundo. ¿Por qué le escribiste a Nicole?

Dean: Ah, es que me gusta molestarla.

Nicole: Dean…

Dean: Laila…

Nicole: Nicole…

Dean: ¿Dean?

Nicole: Wifi.

Dean: ¿Ya conociste al gato? Está bien gordo.

Nicole: Lo sé, quiero un gato para mí.

Dean: Te daré un gato de raza. No será callejero como Wifi.

Nicole: ¿Que hiciste qué?

Dean: Ya te lo había dicho, el gato de Nicole ni siquiera era mío, sólo se lo regalé porque me lo encontré y me dio ternura.

Nicole: Ahora sí te voy a golpear.

Dean: ¿Por?

Nicole: Soy Nicole.

Dean: Oh, no… ¿Y Laila ya se fue a dormir?

Nicole:

Dean: Ya no entendí ¿Estoy hablando con las dos?

Nicole: Todo el tiempo has hablado conmigo.

Dean: ¿Quién eres? D:

Nicole: Pues yo.

Dean: DDDD:

Nicole: -.-

Dean: No entiendo.

¿Y si eres un secuestrador?

Nicole: Es aún peor que eso, soy el padre de Nicole. Y si le vuelves a hablar te pediré de la manera más atenta que no vuelvas a molestar a Nicole, y que dejes de robarnos el internet.

Dean: Oh.

Nicole: Estás advertido, ahora lárgate si no quieres que te bloquee.

Dean: Lo siento, señor Carter, nunca fue mi intención. Ya no volveré a robar internet en la vida.

Nicole: XDDD

Dean: Me da miedo que un padre sepa usar esos emoji…

Nicole: Qué intenso.

Visto a las 8:50 a.m.

Nicole: Soy yo, tarado. Nicole.

Dean: En estos momentos ya no sé qué creer.

Nicole: Todo el tiempo has hablado conmigo, quería molestarte porque tú querías hacerme lo mismo.

Dean: ¿Entonces no he hablado ni con Laila ni con tu padre?

Nicole: No.

Dean: ¿Por qué?

Nicole: Quería saber qué tan cursi eras, y quería asustarte.

Y gané, porque lo creíste.

Dean: Tonta, estaba por irme de Obless y de cambiarme el nombre. Incluso iba a empacar a mi perro.

Nicole: Claro, yo te consigo el pasaporte. Así tendré la dicha de no volver a verte.

Dean: ¿Sabes?, ahora que lo pienso, no has ganado, en realidad yo te desperté y ya que no has dormido, te pondrás de malas y te desquitarás con las chicas.

Nicole: No, será contigo. Tú siempre tienes la culpa. xD

Dean: Esta vez no.

Nicole: Sí, ahora ya sé de dónde proviene Wifi.

Dean: Ah, eso, jeje.

Nicole: Ahora vuelvo, iré a ver *Mil maneras de morir*, a ver si puedo encontrar una que te haga justicia.

Dean: Mejor duerme.

Nicole: No, muajaja.

Dean: Noooo.

Nicole: En serio, buscaré una manera de vengarme por lo del gato, lo bueno es que ya me encariñé con él. Pero tiene pulgas, ¿cierto? Con razón Laila no dejaba de frotarse los brazos ayer.

Dean: Qué crueldad… Yo sólo quería buscarle un hogar al minino. Es tan injusto que haya gatos callejeros.

Nicole: Mmhh.

Dean: Te recuerdo que eres una gran persona, y que fundaste la compañía

"Ayuda para los vecinos pobres y necesitados".

Nicole: ¿Mmmh?

Dean: Sí, tu historia ha inspirado a millones de personas. Ahora todos los vecinos son amables y regalan wifi.

Nicole: ¿No será al revés? ¿Ahora todos comenzarán a desconectar su internet y a protegerlo con más seguridad?

Dean: Shhhh. Déjame soñar.

Nicole: Creo que tú eres el que quiere dormir.

Dean: Puedo soñar despierto.

Nicole: Y yo molestarte aún dormida.

Dean: ¿?

Nicole: Soy sonámbula.

Dean: Oh.

Nicole: Y un día te espantaré, apareceré en la oscura y fría noche, y te jalaré los pies.

Dean: Eso es de terror, nada que ver con los sonámbulos. Y ahora estás despierta, porque ellos no pueden escribir y leer sin abrir los

ojos. Es absurdo.

Nicole: Ahorita sí lo estoy, pero quedas avisado.

Dean: Nicole: la chica sonámbula. ¿Puedo dirigir una película de terror titulada así?

Nicole: No, terminarás pobre. No recaudarás nada en los cines, no podrás recuperar lo invertido y terminarás viviendo debajo de un puente.

Dean:

Ya me voy, contigo no se puede.

Nicole: ¿Y quién ganó? ¿Quién siempre gana?

Dean: Tú.

Nicole: Ahora sí, buenas noches.

Dean: Es de mañana.

Nicole: Sólo por hoy no, dormiré todo el día.

Dean: ¿No me ibas a ayudar con los Brooks?

Nicole: Sí, pero no dije que hoy.

Dean: Lo mismo dijiste ayer, creí que hoy sería el día.

Nicole: Aggggh, necesito dormir para pensar.

Dean: Para soñar, será.

Nicole: Ash, ya me voy.

Dean: ¡¡Gané!!

Nicole: No si voy y le arrojo un balde de agua fría a Laila en el rostro. Ella duerme tan tranquila…

Dean: ¡No te atrevas!

Nicole: Es broma, somos amigas.

Dean: Oh.

Nicole: Tu consejo de ayer me sirvió mucho, gracias, Dean. Te quiero.

Visto a las 9:23 a.m.

12

También compartimos música

Dean: Entiendo que seas una vecina generosa, pero con el internet basta.

Nicole: ¿Qué más comparto?

Dean: La música.

Nicole: Genial, te enseñaré lo que es música.

Dean: Me gusta lo que escuchas.

Pero ahora no quiero escucharlo.

¿Podrías bajar un poco el volumen?

Nicole: No.

Estoy sola en casa, hago un concierto sólo para mí. El sonido debe llegar al máximo.

Dean: Entiendo. Pero, por favor, trato de concentrarme.

Nicole: ¿Qué haces?

Dean: Estoy pintando.

Nicole: ¿Las uñas?

Dean:

Nicole: Mmmmmh.

Dean: En todo caso le pintaría las uñas a Laila. Pero te recuerdo que no está aquí.

Nicole: Lo sé, la extraño.

Dean: No seas hipócrita.

Nicole: Ay, está bien, le voy a bajar un poco a la música.

Dean: Gracias.

Nicole: Entonces, ¿qué pintas?

Dean: Un cuadro para Laila.

Nicole: Espera… ¿Hablas de pintar, pintar? ¿Como un artista?

Dean: Sí, me gusta.

Nicole: Vaya, no sabía que te gustara algo más que robar internet…

Dean: Muy graciosa, pero sí. Te recuerdo que no siempre había tenido acceso a internet. Aunque mis padres sí aprueban las actividades culturales, deportivas y artísticas… Y yo escogí la pintura.

Nicole: ¿Y eres bueno?

Dean: Mejor que en los estudios, sí.

Nicole: A ver…

Dean ha enviado una foto.

Nicole: Nada mal, me gustan los atardeceres.

Dean: Sí.

Nicole: ¿Y éste es para ella?

Dean: No, éste ya lo tenía. El de Laila será una sorpresa.

Nicole: Ah.

Dean: Es que la despedida de hoy fue muy dura, no quería dejarla ir.

Nicole: Son pocas semanas, no exageres.

Dean: Bien, espero que el cuadro me quede magnífico, me he esmerado mucho.

Nicole: Lo harás bien.

Dean:

Nicole: Pero no entiendo. ¿En qué te afecta que escuche música? ¿No se supone que inspira?

Dean: No, a mí me desconcentra. Y no soy bueno en la música, antes de escoger ser pintor quise ser músico, y eso no salió bien. Traté de tocar la guitarra y la desafiné, las cuerdas salieron volando.

Nicole: ¿En serio?

Dean: Sí, no es lo mío. No soy como el perfecto de mi hermano, él ya domina más de tres instrumentos, y yo ninguno.

Nicole: Lo dices como si sintieras envidia…

Dean: Es que me gustaría tocarle canciones a la chica que me gusta.

Nicole: Dicen que es bonito.

Dean: ¿A ti no te han tocado una canción?

Nicole: Ni compuesto, ni cantado.

Dean: Yo espero algún día poder lograrlo…

Visto a 6:30 p.m.

Nicole: Pero tú al menos le harás un hermoso retrato, ¿no es así?

Dean: Ey, ¿cómo supiste lo que era?

Nicole: Es obvio, ¿qué más puede ser?

Dean: No lo sé… Pero no es un retrato cualquiera. Estoy tratando de imprimirle realismo, estoy utilizando una técnica para lograr el efecto.

Nicole: Me agrada, ¿me lo enseñarás cuando lo termines?

Dean: Nop, es exclusivo para ella.

Nicole: Ah.

Visto a las 6:57 p.m.

Dean: ¿Por qué volviste a subirle a la música?

Visto a las 7:15 p.m.

Dean: Oye, a este paso no voy a terminar.

Nicole: Tienes todas las vacaciones para acabarlo. En cambio, ¿yo no puedo simplemente gritar y cantar con canciones de Donovan

Eggenschwiler a todo volumen?

Dean: ¿Estás bien?

Nicole: Sabes… Creo que iré a desconectar el internet, adiós.

Dean: ¿Tan pronto?

Nicole: No tengo ganas de nada.

Dean: ¿Quieres contarme?

Visto a las 7:34 p.m.

Dean: Pero, ¿qué fue lo que pasó? ¿No estabas bien hace una hora?

Visto a las 7:36 p.m.

Dean: Es muy temprano para que lo apagues.

Visto a las 7:38 p.m.

Dean arrojó su teléfono a la cama, provocando que éste cayese al suelo tras un rebote debido a su enfado, lanzó sus pinceles y unas gotas de pintura salpicaron el retrato. Soltó un grito ahogado. ¿Por qué siempre le salían mal las cosas?

Podía lamentarse en silencio por arruinar el cuadro, pero había una solución más factible: ir a la recámara de su hermano para molestarlo e inculparlo. Si dos hermanos nunca han peleado, simplemente no son hermanos.

13

Tengo una estupenda idea, ¡galletas!

El día siguiente era domingo, Dean se levantó temprano y tocó el timbre de su vecina a las seis de la mañana. No recibió respuesta de la chica, quizá seguía durmiendo, como la gente normal. Insistió unas cinco veces más hasta que una mujer adormilada y en bata atendió la puerta.

—No queremos nada, gracias —dijo la señora pensando que era un vendedor de tamales, al tiempo que daba un portazo.

—¿Cómo? —Dean retuvo la puerta—. No, estoy buscando a Nicole.

—¿Quién eres tú?

—Soy su vecino.

—Ah, el chico que nos roba la señal.

—Puede ser —fue lo único que se ocurrió decir, creyó que nadie más lo sabía.

—Como sea, Nicole sigue dormida.

—¿Podría despertarla? Necesito hablar con ella urgentemente.

—¿Y por qué no le envías un mensaje? Ah, es verdad, no está conectado el internet.

—Entonces hágame el favor de conectarlo —sonrió Dean.

—Cínico —se quejó la señora Carter—. Preguntaré si desea hablar contigo, espero que diga que no.

Dean permaneció en el porche esperando a Nicole, hacía frío y él tenía sus manos en los bolsillos. Ella apareció en pijama.

—¿Quién osa despertarme? —se quejó—. ¿Qué no tienes vida? Es domingo por la mañana.

—De hecho, no —Dean rio y la inspeccionó—. ¿Has notado que casi

siempre te veo en pijama? Te conozco tan desarreglada, adormilada, despeinada, de mal humor, pareces un zombi.

—¡Qué lindo! ¿Así conquistas a una mujer?

—Sí, me gusta hablar con la verdad.

—¿Qué es lo que quieres? —Nicole cruzó los brazos.

—Necesito el plan para traer palomitas, yo quiero comer y no sé cómo.

—Dios, sigues con lo mismo. ¿No era urgente?

—Es urgente, no he desayunado.

—Eso no es desayuno.

—Pero tú me prometiste que lo arreglaríamos juntos…

—Hoy no.

—“Hoy no.” Siempre es lo mismo. Vendré todos los días a molestarte hasta que cumplas tu promesa.

—No te abriré.

—Entonces pondré música escandalosa para despertarte.

—Pero no tienes un reproductor para hacerlo —le sacó la lengua.

—Ahhh —exclamó y comenzó a brincotear como un niño irritado.

—Basta ya, romperás el piso de madera.

—Oye esto es divertido, inténtalo —dijo, olvidándose del enfado.

Nicole dudó unos segundos y después lo imitó. Ambos saltaban en el porche, el sonido crujiente de la madera les parecía gracioso. Dean caía cada vez más fuerte, y se apoyó de las manos de ella para tomar impulso. Parecían dos niños pequeños regordetes, pues comenzaron a partir la madera debajo de ellos.

—Ves, lo que te dije —Nicole lo soltó.

—Creo que es hora de irme —comentó Dean, encogiéndose de hombros.

—Ahora te quedas —lo retuvo del brazo—. Ya tengo lo que quieres.

—¿Sí?

—Sí, prepara galletas para ellos, como un buen vecino.

—¿Qué? ¿Por qué galletas?

—Eso es lo que siempre hacen los buenos vecinos, al menos así lo muestran las películas. Tocas su timbre, charlas con ellos, te haces su amigo y le sueltas la bomba.

—¿Bomba? ¿Habrá explosivos en las galletas? —Dean parecía genuinamente alterado.

—No, perdedor; me refiero a que les pedirás el horno de microondas prestado.

—Ah, está bien —dijo él y después la miró—. ¿Y en qué momento me

ayudarás?

—Ya lo hice, te di la idea.

—Eso no cuenta —hizo un ademán molesto—. Además, no sé cocinar.

—No es muy difícil, busca un tutorial en YouTube —dijo ella—. Ah, y te recomiendo que uses muchas chispas de chocolate.

—Pero nunca sirve lo que dicen en internet. Todo es un fraude.

—¿Te estás escuchando? ¿El chico adicto al internet está hablando mal de él?

—Nicole se llevó las manos a la boca en fingido gesto de asombro.

—Muy graciosa la niñita —agregó Dean—. Hablo en serio, ayúdame a hornear las galletas. No tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—No.

—Por favor.

—No.

—Anda.

—No.

—Poquito.

—¡Que no! —dijo Nicole empujándolo para que se fuera—. Ya vete.

—Pero…

—Si tienes alguna duda te ayudaré a resolverla, me envías un mensaje.

—¿En verdad?

—Sí.

—¡Genial! —festejó alzando los brazos.

Nicole le dedicó un gesto final y se adentró en su residencia. Conectó el servicio de internet y volvió a la cama.

Despertó a las 10:30 a.m. con más de diez mensajes de Dean.

Dean: ¿Cómo se prende el horno? D:

Enviado a las 6:49 a.m.

Dean: ¿Se tiene que precalentar, no es así?

Enviado a las 7:10 a.m.

Dean: Ah, no, espera. Eso es hasta el final, ¿verdad?

Enviado a las 7:15 a.m.

Dean: Pero ya tengo la mezcla… Luce asquerosa, pero tiene buen sabor.

Enviado a las 7:30 a.m.

Dean: ¿Es normal que la pruebe?

Enviado a las 7:35 am

Dean: Espera… Esto está crudo. D:

Enviado a las 7:58 a.m.

Dean: ¡Nicole, creo que me quemé!

Enviado a las 8:10 a.m.

Dean: Zac se reirá de mis dedos carbonizados.

Enviado a las 8:15 a.m.

Dean: ¡Dios! Ahora están hinchados.

Enviado a las 8:30 a.m.

Dean: Ya me preocupé, creo que no fue buena idea mojarlos.

Enviado a las 8:40 a.m.

Dean: Nicole, ¿estás ahí?

Enviado a las 8:55 a.m.

Dean: No, me estoy bañando. *¡Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está, porque si el lobo aparece, a todos nos comerá!… Nicole, ¿estás ahí?*

Enviado a las 9:17 a.m.

Dean: Ok, creo que me estás ignorado.

Enviado a las 9:29 a.m.

Dean: ¿O sigues dormida?

Enviado a los 9:45 a.m.

Dean: Ya no importa, creo que ya están listas las galletas.

Enviado a las 10:00 a.m.

Dean: Dime que son bonitas.

Dean ha enviado una foto.

Nicole reía con todos los mensajes, incluso con la canción infantil. Pero cuando llegó a la foto, tragó saliva, las galletas lucían horribles, quizá también sabían terribles.

Nicole: ¿Qué es eso?

Dean: Pan con queso, jajajaja.

Visto a las 10:19 a.m.

Dean: Las galletas, pues.

Nicole: Eso no se me antoja…

Dean: ¡Ves! Te dije que me ayudaras.

Nicole: Está bien, te ayudaré.

Dean: Mis dedos se quemaron para nada.

Si tan sólo hubieras querido

ayudarme.

Dean: Espera. ¿Qué estás diciendo?

Nicole: Ven a mi casa, aquí tengo todos los ingredientes.

Dean: ¿Segura?

Nicole: Sí, hago galletas caseras muy seguido.

Dean: Quién lo diría, la chica ruda hornea galletitas. :3

Nicole:

Voy a cambiar de opinión.

Dean: Pero… ¿No hay problema con tus padres?

Nicole: No están.

Dean: ¿A dónde fueron?

Nicole: Supongo que a la iglesia.

Dean: ¿Y tú no vas?

Nicole: Sí, pero hoy me quedé dormida y no me llevaron. :v **Dean**: Jajajaja, a mí me gustaría ir con mis padres, pero ellos son ateos.

Nicole: Eso es extraño, normalmente a los jóvenes no les gusta asistir a la iglesia, tienen una idea equivocada de lo que significa ser religioso y para ellos es aburrido.

Dean: Pues para mí no lo es, como jóvenes somos muy propensos a creer en el amor, ¿y cómo se demuestra que amas a alguien? Preocupándote por esa persona, procurando agradarle, pasando tiempo con ella para conocerla…

Pienso que al ir a una iglesia aprendes más de Dios, ¿no crees? Yo me pregunto: si Dios nos ama, ¿por qué nosotros no decidimos también amarlo?

Al fin y al cabo, he escuchado que Él es amor.

Nicole: ¡No puede ser!

Dean: ¿Qué?

Nicole: Sí piensas.

Dean: Yo siempre pienso, aunque a veces parece que el hambre me devora hasta el cerebro. :v

Nicole: Hablando de eso, no he desayunado.

Dean: Yo tampoco he desayunado.

Nicole: …

Dean: …

Nicole: …

Dean: …

Nicole: Ay, está bien. Además de hornear las galletas, puedes venir a desayunar conmigo.

Dean: ¿Qué vamos a desayunar?

Nicole: Hotcakes.

Nicole: No me digas que fuiste tú quien tocó el timbre…

Dean: Sí, ya estoy aquí.

Nicole: Pues me esperas, porque aún sigo en pijama.

Dean: Okey.

14

Mala idea, ¡galletas!

Nicole tardó treinta y cinco minutos en arreglarse, le gustaba seguir los tutoriales de maquillaje de las youtubers, aunque a veces no entendía cómo a ellas sí les quedaba magnífico. Nicole a menudo sólo parecía un mono con lápiz labial.

Dean, mientras tanto, aguardó sentado en la entrada, jugando *CandyCrush* en su teléfono .

—Por favor, apaga eso, ya nadie lo juega —Nicole abrió la puerta, la asombró verlo de nuevo con el cabello alisado.

—¡Al fin! Ya me hice viejo —dijo Dean, sacudiéndose el trasero.

—Entra ya.

Lo condujo hacia la cocina caminando a su lado, después Nicole empezó a preparar los hotcakes batiendo la harina.

—Esto es increíble, aquí tengo la mejor señal de wifi en todo el mundo

—

dijo Dean sacando su teléfono y alzándolo en el aire.

—Ni creas que estarás en tu *smartphone*, ve sacando los ingredientes de las galletas.

—Pero no sé dónde están, es tu casa…

—Yo te lo diré.

Nicole se encargó de la mezcla de los hotcakes, y Dean de la de las galletas.

Ella terminó rápidamente pues tenía práctica, pero él era un desastre, no sabía siquiera abrir la envoltura de la harina.

Luego, al lograr abrirla, esparció por accidente el polvo blanco por toda la mesa.

—Olvídalo ya, aquí están los hotcakes —Nicole puso el platillo sobre la mesa, listo para endulzarse al gusto.

—Pero creí que mientras las galletas estuvieran en el horno tú y yo íbamos a desayunar… —dijo Dean, sin embargo, se sentó de inmediato a disfrutar del delicioso jarabe de arce.

—Eso quería, pero ya veo que tendré que tomar medidas drásticas contigo —

dijo Nicole sirviéndose un tercio de los hotcakes.

—Como sea —saboreó la miel e inclinó su cabeza para orar—. Gracias, Señor, por los alimentos que provees, ya tenía hambre, y gracias por haberme enviado una vecina tan generosa como Nicole, no sé qué haría sin ella, es mi bendición. Amén.

Nicole movió la cabeza y sirvió un poco de café para Dean en una taza común y corriente; en cambio, ella se sirvió en una taza color verde azulado con asa en forma de corazón.

—Yo quiero ésa —dijo Dean mirando la taza bonita.

—¿Estás loco? —lo miró con desdén—. Es mi taza. Además, es de niña.

—No lo sé, los corazones me recuerdan a Laila —dio un bocado más

—. Y

soy tu invitado, debes tratarme bien, ¿no?

Nicole lo fulminó y babeó su taza preferida. Dean meneó la cabeza y volteó hacia la sala.

—Ey, tienes una pantalla de 52 pulgadas y un estéreo último modelo —fijó los ojos—. Apuesto a que tienes en tu recámara una computadora o laptop, impresora, iPad o iPod, cámara fotográfica profesional y tu teléfono.

—Acertaste a la pregunta del millón —dijo Nicole sarcásticamente y succionó una fresa que coronaba su desayuno.

—¿En serio?

—En efecto, sólo te faltó el nuevo Xbox y demás lujos de Apple.

—Pero, ¿qué rayos? —dijo Dean y mordió fuertemente el suave hotcake, como siempre, exagerando—. ¿Tengo que hacer un pacto con Satán para recibir lo mismo?

Nicole lo miró extraño.

—¿Qué?

—Tienes tantas cosas —se quejó—. Es demasiado. ¿No te sacias?

—No es demasiado, es la realidad. Todo mundo tiene electrodomésticos y consolas de videojuegos en casa.

—En la mía no.

Ella centró su vista en un punto fijo.

—Lo sé, ya sé que no es normal. Pero mis padres son los que insisten en comprar todas esas cosas materiales, quizás así buscan compensar que soy hija única.

—Tiene sentido —comprendió Dean. Quizá Nicole se sentía sola y vacía por la ausencia de sus padres, que sólo trataban de llenar el hueco afectivo con abundancia de pertenencias.

—También me parece un desperdicio, sólo alimentamos el consumismo. Es por eso que empecé a desconectar el internet por las noches, de alguna forma debo reducir gastos innecesarios. Y cuidar el

planeta.

Dean rio por el comentario y se atragantó, pero se negó a tomar líquido de tan ordinaria taza.

—¿Estás bien? —preguntó asustada, no recibió respuesta y el chico se tornó pálido.

Parecía tener dificultades para respirar, parecía ahogarse. Nicole contó veinte segundos, entonces no dudó uno más para auxiliarlo, le aplicó una maniobra de primeros auxilios, oprimiéndole la parte alta del vientre. Dean comenzó a toser y escupió el pedazo de bocado que curiosamente aterrizó en la taza del café de Nicole.

—Bueno, creo que ahora nadie la tendrá —dijo Dean volviendo a la normalidad.

—Dios, dame paciencia con este hombre.

•••

El resto de la mañana hubo más aventuras, lavaron los trastos al tiempo que se arrojaban burbujas y se mojaban la ropa salpicándose con las manos. Pero con la suerte que tenía Dean, unas gotas de jabón cayeron en su ojo izquierdo y por inercia corrió al baño para arreglar sus lentes de contacto. Una lente cayó al piso, o eso creyó él, estaba tan ciego que en realidad no vio que fue a parar dentro del arenero de Wifi.

Hornearon galletas al tiempo que se perpetuaron sus diferencias; era como si fueran una de chocolate y el otro de vainilla. Discutían por el turno de batir la harina en el recipiente, se arrojaban mezcla la una al otro. Dean cobró venganza

y la nariz de Nicole terminó roja como la del Rodolfo el Reno. Cocinar era muy divertido a su lado.

Cuando llegó la hora de moldear las galletas, el joven deseaba que fueran circulares y que colocaran las chispas de chocolate en forma de caritas felices, para que pareciera un emoticón. Pero Nicole quería usar los moldes tradicionales y sencillos, como las galletas que venden en la tiendita, de muñecos de jengibre.

—¡No! —dijo Nicole—. La señora Brooks ni siquiera sabe qué es un emoji.

—Pero tampoco es tan anticuada como para que sean sin chiste.

Optaron por hacerlas con moldes de lunas y estrellas, al fin y al cabo, ambos disfrutaban observar el cielo de noche.

Dos horas de diversión y 40 minutos de horneado.

El chico era bastante vivaracho y chiflado, no obstante, también pensaba en cosas más profundas, como en una teoría para saber si conoces lo suficiente a una persona o percibes si se siente cómoda a tu lado, la cual consiste en comprobar si ella es capaz de cantar en tu presencia sin que se lo pidas, pues eso expresa su estado de ánimo y la confianza que le provocas cuando están juntos.

Y Dean escuchó cantar a Nicole “Cristal”, de Donovan Eggenschwiler mientras bajaba las escaleras. Él dejó lo que estaba haciendo y se ocultó tras una pared, esperaba el momento para caminar hacia ella y descubrir si seguiría perdida en la melodía o guardaría silencio.

La chica sólo le sonrió y se encaminó para ayudarlo a lavar los trastos. Algo dentro de Dean se encendió: ella disfrutaba estar con él tanto como él lo esperaba, por lo que no pudo evitar contemplarla mientras sumergía y enjugaba la porcelana.

—¿Quieres dejar de mirarme, deanlincuente? —soltó ella.

—¿Mirarte yo? —bufó él notoriamente nervioso—. Para nada, estoy cantando: *Pin Pon es un muñeco muy guapo y de cartón, se lava la carita con agua y con jabón…*

—Dean…

—*Se desenreda el pelo con peine de marfil…*

—Dean…

—*Y aunque se da estirones, no llora ni hace así…*

—¡Dean! —gritó Nicole exasperada.

—¿No escuchas que estoy ocupado y en mi mundo? —cerró el paso del agua

—. ¿No amabas de pequeña esa canción? ¿Qué no tuviste infancia?

—Sólo quería decirte que en vez de mirarme, te mires a ti —protestó —. Tu ojo está hinchado y rojo, no sé por qué…

—¿Qué? —se secó las manos con inquietud. Nicole buscó entre los cajones un espejo de mano para dárselo.

—No lo sé, mírate en el espejo.

Él lo tomó con el temor de ver sus ojos, a veces odiaba usar lentes de contacto, no podía confiarse—. ¿Qué rayos me pasó? Creo que ya me empieza a arder el ojo… ¡Dios, quedaré ciego!

—Calma —trató de tranquilizarlo e inspeccionó su ojo—. Déjame ver, creo que tienes… ¿Arena de gato?

—No puede ser —se alteró aún más Dean—. ¿No era polvo de maquillaje el que estaba en tu baño?

—No lo creo… —respondió Nicole apretando los labios para no reír—. Tú sabes, Wifi debe hacer sus necesidades en algún lugar…

—¡Ese gato siempre me hace perder el atractivo! —pataleó con intenciones de ser consolado por ella, e inclinó su rostro para ser revisado.

Pero ella lo ignoró porque en ese preciso momento sonó la alarma que indicaba que las galletas estaban listas.

Definitivamente Nicole no lo cuidaba como lo haría Laila.

15

Peter Pan tiene la culpa

Dean: Oye, Nickelodeon…

Nicole: Dean, estamos en la misma casa, no me hables por aquí.

Dean: Creo que es mejor por aquí…

Nicole: No, no es verdad. Baja y hablemos.

Dean: Es que…

Nicole: ¿Qué quieres decirme?

Dean: Es que nunca había tenido tan buena señal de internet.

Nicole:

Dean: Debo aprovecharla, por eso quería hablar por aquí.

Nicole: Ya sal del baño, tengo que mostrarte algo.

Dean: ¿Qué es?

Nicole: No le voy a tomar una foto. ¡Baja!

El joven hizo lo que le ordenaron y actuó normal.

—Ahora sé por qué no querías bajar —Nicole cruzó los brazos—. ¡Pareces un pirata! —se burló ella.

—Calla —se limitó a decir. Su ojo no había mejorado, y por compasión a los demás optó por ponerse un parche en él. Lucía fatal.

—Mira lo que hice —Nicole mostró dos cajas decoradas donde metió las galletas—. Tenían que enfriarse, y para hacer tiempo se me ocurrió que se las dieras a los Brooks en forma de regalo, así sentirían más curiosidad.

—Y también decoraste las mías —agregó Dean—. Creo que dentro de la caja se ven más bonitas.

—Por eso mismo lo hice —rio Nicole.

—Gracias —respondió Dean mirando las decoraciones—. Pero creo que me gustan más las de mi caja, si pones esa caja con las otras galletas, sería perfecto.

—¿Tú crees? —descansó las manos en sus caderas—. Tienes razón.

Dean sonrió y bajó la vista, vio sus dedos de la mano izquierda y notó que seguían opacos, pues la quemadura no sanaría en unas horas. Pensó que si el accidente hubiera sido más grave, tendrían que cortarle la mano, y sólo así podía ser ya un pirata de verdad, bueno, también le sobraba un pie, pero era lo de menos; seguro que tuerto y manco ya sería bien recibido en el barco de Garfio.

Nicole seguía hablando. Sin embargo, él no la escuchaba, sólo asentía por cortesía, estaba sumergido en sus pensamientos piratas, imaginándose luchando contra Peter Pan, cazando a los niños perdidos.

—¿Hiciste lo que te pedí? —preguntó Nicole y Dean se sobresaltó.

—¿A dónde fuiste? —respondió con otra pregunta, no tenía ni idea de

lo que le había pedido.

—Por mis audífonos, te lo dije.

—Ah, sí —mintió. ¿Qué rayos le había pedido?

—Me alegra, entonces ya puedes ir a entregar las galletas como Caperucita Roja, sólo que sin cesta y sin fruta.

—¿Me estás corriendo? —enarcó una ceja.

—Sí —sonrió Nicole.

—Oye —frunció el ceño—. Deberías acompañarme, sirve que también te haces amiga de la señora… ¿Cómo se llama?

—Margaret Brooks —respondió ella—. Y no hace falta, no quiero involucrarme con más vecinos odiosos, contigo es suficiente.

—Tomaré eso como un cumplido.

Dean era un hombre de palabra, y cualquier cosa que había prometido estaba dispuesto a cumplirla, aunque no le agradaba la idea. Tomó la caja que más le agradó y se dirigió a la puerta de los Brooks.

—Pero aún no quiero irme —se quedó de pie en la salida.

—¿Por qué? —Nicole recargó su brazo en la puerta entreabierta.

—Por el internet, nunca había tenido tanta potencia para navegar —bromeó Dean—. Me divertí demasiado. Y no, aún no quiero que acabe.

—Lo sé, fue un domingo diferente —admitió ella, levemente sonrojada —.

Pero a mí no me engañas, tú quieres seguir aquí por el internet.

Ambos rieron y Dean alzó una mano en forma de despedida al tiempo que sujetaba la caja con la otra.

—Me envías un mensaje para saber cómo te fue con los Brooks —ella rodeó su boca con las palmas para proyectar la voz.

Nicole entró en la casa y miró con nostalgia la cocina, una vez más estaba sola. Tampoco quería que él se marchara, podía pasar el tiempo riendo, peleando o jugando con el niño que Dean llevaba dentro y

jamás aburrirse. Era una persona que veía el lado positivo o divertido de todas las cosas. Mientras ella sólo les miraba el lado sarcástico, y el estresante.

Se recostó en un sillón y prendió la televisión, no encontró algo de su interés y decidió ir a la alacena para probar una galleta preparada por él.

Tenía la esperanza de que tuviera buen sabor y de equivocarse al haberlas juzgado por su apariencia. Pero cuando abrió la caja comprendió que ahí estaban sus galletas y no las de él. Dean había confundido las cajas.

Corrió rápidamente por su teléfono y le envió un mensaje.

La mesa vibró, entonces supo que Dean también había olvidado su teléfono.

El muy… zopenco.

16

Teléfono extraviado

Dean: Soy un tonto, creo que me gustas.

Nicole: No es real.

Ella bloqueó su iPhone y se hundió en el sofá.

Dean era tan inepto que no tenía un patrón para desbloquear su teléfono, simplemente tocabas la pantalla y listo.

Enseguida borró los mensajes que se había enviado a sí misma.

También encontró las diferencias en los contactos, a Nicole la tenía agregada como “Fuente de wifi” y a Laila como “Ella

”.

¿Eso significaba para él? ¿Un robo? Se sintió mal por espiarlo.

Quiso arrojar el teléfono y estrellarlo, pero sabía el gran trabajo que le había costado al chico conseguir uno. Y no quería hacerlo sufrir.

Se mordió la lengua y husmeó en toda la memoria del aparato. Vio fotos, la mayoría con Laila o de esa hermosa chica, ninguna con

Nicole, de hecho; notó que había borrado las fotos que le había enviado de Wifi, su gato.

Se percató de que no había similitudes entre las conversaciones con Laila y las que mantenía con ella, eran tan distintas.

Le dolió el pecho, era estúpido empezar a sentir algo por una persona que sólo tenía ojos para otra. Y no para ella.

17

Laila y Lauren

La vida de Laila no era tan perfecta como Dean, Nicole y quizá toda la preparatoria pensaba.

Lo que menos tenía era vacaciones. Tampoco había ido a Hawái como hizo a creer a todos. Se encontraba en un hospital particular de la ciudad.

Como si fuera voluntaria, ayudaba a las enfermeras con los pacientes, les ofrecía alimento a los parientes que esperaban con preocupación a sus seres queridos en quirófano. Conocía aquella sensación, se veía reflejada allí desde hacía dos años.

Se recargaba afuera, en la sala de espera, abrazando sus codos y mirando con atención a la gente que pasaba por tribulaciones. Era horrible, en épocas navideñas donde el mundo proyectaba felicidad y amor, ver tantas tragedias y desesperanzas.

Laila quería entrar a esa habitación, pasar a su madre que lloraba desconsoladamente, y ver a su hermana conectada a una máquina. Pero las cosas no serían así, ni porque su padre fuera el dueño del hospital iban a permitirle entrar. El acceso estaba vedado a todos.

Y otra vez Laila estaba ahí, tratando de contener las lágrimas. Respiró hondo y buscó el teléfono en su bolso. Recibir un mensaje de Dean le haría olvidarse de todo aquello.

La última vez que entablaron una conversación por mensajes de texto había sido durante aquella mañana. Dean le contó que se sentía un pirata por la hinchazón en su ojo rojizo y aquello había mejorado el día de Laila, él siempre la hacía reír hasta que le dolía el vientre.

Se dedicó a releer los mensajes y después envió uno nuevo:

Laila: ¿Y cómo sigues, Rulitos?

Dean abrió el chat al instante, decía que se encontraba en línea, pero aún no le estaba escribiendo.

Laila: Burbujaaaaaaa.

Volvieron a aparecer las palomitas azules y no hubo respuesta.

Laila: ¿Recuerdas cuando me dijiste que si me sentía enojada o triste sólo dijera la palabra "burbuja"? Es neutral, y siempre me hará sentir bien porque da risa el escucharla, jajaja.

Silencio.

Laila: Creo que no funcionó, todavía me siento mal.

Dean continuaba ignorándola.

Entonces Laila bloqueó el teléfono y miró su reflejo en la pantalla. Pensaba que si realmente lo quería tenía que abrir su corazón y contarle lo que ocurría en su familia.

Laila: Necesito decirte algo importante, probablemente ya no me verás de la misma manera…

Visto a las 3:58 p.m.

La rubia suspiró y comenzó a redactar su verdad, no la enviaría hasta estar segura de haberse expresado como quería, luego de releer su escrito y revisar que no tuviera un error ortográfico o de redacción. Y verificar que no hubiera divagado más de la cuenta.

—¿Qué haces? —la sorprendió su prima, Lauren, sentada a su lado.

—Nada —Laila quiso ocultar su teléfono.

—Sé que hablas con tu novio —jugueteó y le arrebató el aparato. Laila fue

lenta para recuperarlo, emitió un grito ahogado y rascó nerviosamente su cabeza.

De pronto la sonrisa de Lauren desapareció al leer lo que su prima intentaba enviar a Dean.

—No puedes hacer esto, estás loca —comenzó apretar el botón de

borrar y enseguida cada letra desapareció hasta eliminar todo el escrito.

—Es un buen chico, puedo confiar en él —se excusó Laila.

—¿Y qué me dices de su familia? —la voz de Lauren sonaba enfadada —. Es muy riesgoso.

—No se enterarán, ellos rechazan la tecnología.

Lauren recordó una historia y tragó saliva.

—No, dime que no es cierto —relamió sus labios—. ¿Acaso es Dean Blackelee? Dímelo, ¿es él?

Laila bajó la mirada a sus zapatos, no planeaba responder.

—Tengo que decirle esto a tu padre —Lauren se levantó de golpe y Laila la retuvo tomando su muñeca.

—Por favor, no lo hagas —Laila fijó sus ojos cristalinos en su prima—. Me da miedo…

—A mí también me da miedo que las cosas empeoren.

—Por eso no puedes decirle —suplicó Laila.

—Pero tú también estabas por arruinarlo —ella volvió a sentarse.

—Bien —Laila gruñó—. ¿Qué debo hacer para remediarlo?

—Aléjate de Dean. No nos conviene.

Laila soltó una risa. No podía hablar en serio, ella realmente lo quería en su vida. Sin embargo, su prima estaba decidida, y amenazó con decirle a su padre si no se alejaba de él. Y Laila odiaba con todo su ser la manipulación, pero sentía mucho miedo de lo que pudiera desatarse si no aceptaba.

Trató de convencerse de que sería momentáneo, que sólo sería hasta que aprendiera a separar sentimientos y problemas. Y si fuera necesario que Dean y ella no hablaran durante todas las vacaciones, lo aceptaría. Ya encontraría después una buena excusa.

Por ahora, Lauren se apoderó del teléfono y eliminó a Dean de todas sus redes sociales, luego comenzó a escribir un mensaje en WhatsApp antes de finalmente bloquearlo.

Laila: Sé que es poco ético que sólo lo escriba, debí hacerlo en persona, pero ya no podemos vernos. Esto se está volviendo una relación a distancia y yo no estoy preparada para asumirlo. Lo siento, espero que entiendas que ya no quiero nada contigo. Gracias por tu tiempo.

Laila necesitaba un hombro para recargarse y llorar, pero ése no sería el de su prima. No después de lo que había hecho. Aunque fuera para proteger a su familia.

Y pese a que amaba a Dean, su hermana en coma era prioridad. Todavía tenía esperanza de que despertara sana y con la memoria intacta. Para estrecharla entre sus brazos y decirle que se había enamorado.

18

Seamos buenos vecinos

Los dedos del joven sudaban, hablar con la familia Brooks le daba terror, miraba hacia el otro lado, a la casa de Nicole, esperando a que ella lo ayudara o al menos lo apoyara mirando por su ventana, de esa manera se sentiría más seguro, pero no sucedió. Y eso le provocó un dolor en el pecho.

La señora Margaret abrió la puerta con unas bolsas de basura en las manos, le sorprendió ver a su joven vecino a punto de tocar el timbre.

—Hola, cara de bola —saludó éste sin pensar—. Perdón, buenas tardes, señora Brooks.

—¿Necesitas algo? —dijo rápidamente la anciana.

—Vengo a ofrecerle un regalo —Dean le mostró una sonrisa torcida—.

Galletas recién horneadas.

—¿A qué se debe? —enarcó una ceja y arrastró el bote de desechos.

—Es para una buena causa —se excusó Dean—. ¿Conoce a Nicole?

—La chica que comparte música para toda la calle, ¿cierto?

—Exactamente, así es ella —una sonrisa se le escapó al chico.

—Comprendo —la señora dejó de hacer lo que estaba haciendo—. Estás enamorado de ella, pero como no tienes dinero planeas

venderme galletas para obsequiarle algo a esa linda chica.

Dean negó con la cabeza al tiempo que reía.

—¿Entonces eres un niño explorador? Aunque estés grande de edad, nunca es tarde para cumplir tus sueños. Por ejemplo, yo de joven quería ser corredora, pero nunca entrené, apenas a esta edad empecé a ponerme en forma, te puedo recomendar unos ejercicios excelentes…

Dean volvió a sonreír, la señora era parlanchina, no lo dejaba hablar.

—¿Podemos entrar?

—Claro, adelante —fue más sencillo de lo que pensaba—, puedo prepararte un chocolate caliente, incluso galletas —explicó la señora.

—Pero ya traje las galletas…

—Ah, es verdad. La vejez afecta mi memoria.

Conversaron en la sala, parecían niños, cabe destacar que la señora quería aparentar menos años, décadas y siglos. Y después de un largo tiempo, Dean regresó al tema principal.

—Coma una galleta, le gustarán.

—No lo creo, mis galletas son mejores.

—No, yo las hice con azúcar, flores y muchos colores —se jactó Dean.

—Pero le falta la sustancia X —la señora Brooks rio causando que Dean se quedara perplejo. ¿Esta señora conoce *Las chicas superpoderosas*?

Al final giró los ojos y abrió la caja donde se encontraban los dichosos bocadillos, se paralizó al ver que no eran las de Nicole, eran sus patéticas galletas. Rápidamente buscó su teléfono en el bolsillo, el cual encontró vacío, excepto por un pañuelo arrugado y usado.

—¿Hay algún problema? —quiso saber doña Margaret—. He decidido probar tus galletas —le arrebató la caja y sin ver la comida se llevó el primer bocado. Ella masticó fuertemente, al parecer el manjar era muy crujiente, luego llegó a una parte donde no estaba bien cocida y sintió náuseas, pero se aguantó y tragó saliva después de terminar la galleta.

—No pueden estar tan mal —sugirió Dean y tomó una. Sintió lo mismo que la señora: el paladar asqueado por su sabor. Optó por

devolverla, la escondió en su servilleta. Luego de esto no quería probar otro bocado en su vida.

—Dean, ¿a qué se debe todo esto? ¿Qué tienen que ver las galletas con Nicole? —preguntó doña Margaret, arrojando la caja de galletas en el sofá.

—Es una larga historia, y no pretendo aburrirla con ella —argumentó Dean

—. Lo importante es que tenemos salud. Y yo quería ganarme su confianza, aunque veo que lo he arruinado todo, lo siento si hago que enferme del estómago, no fue mi intención. Yo sólo quería ser buen vecino, y quedar bien con…

Dean hablaba rápidamente, entonces Margaret Brooks decidió interrumpirlo.

—¿Qué dijiste? No te escucho —señaló su aparato para la sordera.

Él gritó desdoblando su servilleta donde tenía apuntado el diálogo. Pero ella seguía sin oír bien, así que Dean continuó pronunciando palabras sueltas que rimaban entre sí. Finalmente, se desesperó y resopló, para ir directo al punto.

—Regáleme su horno de microondas, o máteme.

Su vecina rio fuertemente hasta que le dio tos.

—Lo sabía, sabía que el gato que venía a mi casa eras tú.

—No le mentiré —dijo sin tapujos y enfrentando su final—. Me descubrió.

—Eso explica por qué a veces mi casa olía a mantequilla. ¿Por qué preparas palomitas de maíz? ¿No sabes usar la estufa y la sartén? ¿O no tienes? ¿Te alimentas sólo de eso, pequeño?

Dean no entendía su comportamiento y se dedicó a negar.

—No, pare. Gracias a Dios sí hay estufa en mi casa, pero una vez escuché decir a Nicole que no le gustan las palomitas así, porque no saben igual a las de microondas. Pero ella no tiene ese aparato, y yo le prometí ayudarla a disfrutar cada película acompañada de palomitas, no quiero fallarle, pero como no era cercano a usted entraba de incógnito, sólo para conseguir que ella…

—Sonriera, lo entiendo —volvió a interrumpir la señora, quien procedió a sonarse la nariz—. Dios mío, es la historia de amor más hermosa que me han contando. Tú robabas para que ella obtuviera su joya, en ese caso, la comida chatarra.

"No puedes negarlo más, estás enamorado de ella. Y soy fan del amor, si supieras la historia de Jorge y yo, corrían los años cincuenta… —comenzó a platicar la señora y Dean trató de aclararle que no era el caso, pero guardó silencio por la última cosa que mencionó Margaret —: Y por eso he decido ayudarte, podrás entrar en cualquier momento, todo por ganar el amor de la chica…

A Dean le favoreció esa repuesta y le siguió el juego.

—Exacto, Nicole me… encanta. Gracias.

—Puedo prestarte mi horno cuando desees, le explicaré a mi esposo —dio permiso Margaret—. Y no dudes nunca en venir a mi casa a contarme su hermosa historia, puedo darte consejos románticos para sus primeras citas.

Dean sonrió incómodamente y pensó en Laila, pero todo lo valía por hablar con ella. Incluso fingir sentimientos por su vecina.

—Sólo una cosa más —Dean alzó el dedo índice de la mano derecha para

señalar su objeción—. No se le ocurra mencionarle a Nicole mis sentimientos, yo le diré a su tiempo. ¿Esto puede quedar entre nosotros?

—Será un secreto —le dio su palabra—. Pero, por favor, invítenme a la boda.

Yo seré la madrina de microondas. ¿Te parece?

Dean asintió queriendo morir de risa.

—Y ahora que todo está arreglado puedes quedarte conmigo a ver *Las chicas superpoderosas* —invitó la señora Brooks.

—Será en otra ocasión, tengo que avisar a Nicole la buena noticia —dijo levantándose.

—Pero preparé chocolatito caliente…

—Creo que ella puede esperar —se recostó en un sillón y tomó una

manta para cubrirse los pies, abusando un poco de la confianza.

19

Desconéctalo, ya no me interesa

Dean había cumplido con el trato, ahora podía gozar de internet ilimitado, ya podría platicar con Laila sin interrupciones de Nicole. Se mostraba entusiasmado.

Luego de salir de la casa de los Brooks, se dirigió inmediatamente a recuperar su teléfono.

—Nickelodeon —tocó en la puerta—. Tengo buenas noticias.

No recibió respuesta, alzó su vista y vio que la ventana de su balcón estaba abierta, ella estaba en casa, sin embargo, no daba señal de que estuviera dentro.

No se escuchaba la televisión, ni la música. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba esa chica escandalosa?

—¿Te comió la lengua el gato? —volvió a preguntar—. ¿Entiendes? Tienes a Wifi y no hablas, JA —aún hablaba con una sonrisa.

Una vez más, no obtuvo respuesta.

—Me dijiste que te enviara un mensaje para que supieras lo que pasó, pero olvidé mi teléfono aquí, si ya no quieres estar conmigo físicamente lo entenderé, pero, ¿puedes regresarme lo que me pertenece? —de nuevo habló, notó un movimiento en la ventana de la chica, un desplazamiento rápido.

Efectivamente, Nicole se encontraba con los brazos cruzados en su alcoba, indignada. No quería abrirle a Dean.

—Está bien, te contaré por aquí mientras decides abrirme —comenzó a platicar Dean, aunque parecía que sólo mantenía conversación con la puerta.

Habló de lo que había pasado en casa de los Brooks y cómo ahora podían tener palomitas todo el tiempo, pero no funcionó. Nicole seguía sin contestar.

—Nicole, ¿quieres abrirme? —insistió Dean—. Espera, ya noté que no

quieres hacerlo, pero en serio debes abrirme, necesito hablar con

Laila, no lo he hecho en TODO EL DÍA. La extraño mucho.

—No te preocupes, Laila está muy ocupada —gritó Nicole y cerró su ventana.

—¿Cómo dices que dijiste? —indicó Dean y miró el cielo—. Hace frío, ábreme.

—No quiero.

—Entonces me quedaré aquí hasta que lo hagas.

—Te recomendaría ir por un suéter.

—Soy macho pecho peludo —replicó Dean—. No lo necesito.

Cinco minutos después…

—Oye, Nicole…

—¿Ya te rendiste? —cuestionó ella mientras miraba cómo estaba recostado en el porche, con los brazos en la nuca.

—No, pero creo que va a llover —señaló Dean—. ¿Es normal que ocurra en diciembre?

—Yo qué sé.

—Tú eres la lista.

—Pero ahora no quiero hablarte.

—De acuerdo —se levantó Dean—. Entonces no te hagas más del rogar. Lo detesto.

—Si tanto me odias, vete.

—¡Que no! —se llevó una mano al rostro, en señal de frustración—. Estás entendiendo todo mal. ¿Puedes decirme qué ocurre?

—No.

—Perfecto, me voy. Mañana regresaré —lo había sacado de sus casillas.

Dean comenzó a cruzar la zona de césped—. Pero si llega un mensaje de Laila,

¿podrías decirle que no tengo mi teléfono? —eso era lo que más le importaba al chico.

Nicole enfureció aún más, únicamente le interesaba saber de su noviecita.

Comenzó una llovizna que después se convirtió en granizo.

Dean regresó rápidamente con Nicole.

— *¿Y si hacemos un muñeco?* —cantó alegremente él. Siempre había querido decirlo, y por fin pudo cumplirlo gracias a que alguien no quería abrirle la

puerta.

—Púdrete.

—Anda, o te arrojaré bolas de nieve.

—Inténtalo y te irá peor.

—¡Basta ya! —se molestó y pateó el granizo, pero terminó resbalándose y cayendo al suelo, su cabeza se golpeó con una roca.

Nicole se burló, pero al ver que Dean no reaccionaba, se preocupó.

Enseguida bajó las escaleras corriendo, y se detuvo a observarlo por la cortina de la cocina, seguía paralizado.

“¡Maldición, Dean! ¿Por qué siempre debes ser la damisela en peligro?”, pensó ella y cruzó la entrada.

El pobre chico estaba inconsciente, Nicole lo movió de un lado a otro y notó la piedra. Estaba dispuesta a aplicarle los primeros auxilios mientras llamaba una ambulancia. Esta vez Dean no estaba fingiendo. Intentó de todo para hacerlo reaccionar pero no funcionaba. Incluso le propinó una bofetada. Sólo le faltaba dar respiración de boca a boca. ¿Ayudaría? Bueno, ella estaba por comprobarlo.

—Ey, vaya… ni se te ocurra hacerlo —Dean la detuvo alzando una mano, apenas estaba reaccionando, no obstante, reunió todas sus fuerzas para impedir que lo besara. Parpadeó y frotó sus ojos para cerciorarse de que aquello no fuera un sueño.

—Gracias al cielo, me habías preocupado —respondió Nicole y lo ayudó a levantarse—. No tarda en llegar la ambulancia. ¿Qué les

digo?

—Nada, le diré a Zac que me revise, si no tiene vida social por tanto estudiar para médico, que al menos practique con su hermano, ¿no? —comentó Dean mareado.

—Bueno, hoy valdrá la pena tanto esfuerzo en su carrera —agregó ella sobre Zac—. Tan sólo hoy te revisará la infección de ojos, las quemaduras y el golpe que te acabas de dar en la cabezota.

—Sí, estoy ansioso de saber qué nuevas heridas traerá el mañana —dijo sarcásticamente él—. Un segundo. ¿No estabas enojada conmigo?

Nicole recordó ese insignificante detalle, al parecer la preocupación por el chico era más grande que su disgusto.

—Ah… eso.

—¿Ahora sí puedo entrar a tu casa? —inquirió Dean.

—Desde luego.

Después de ofrecerle un poco de hielo para el golpe —qué ironía—, y de limpiar la sangre de la entrada para que sus padres no se preocuparan, hablaron de lo que había pasado.

—Pero yo no borré las fotos de Wifi, fue Laila, que quería tener espacio libre en mi teléfono para ocuparlo en fotos suyas —aclaró Dean.

—¿Entonces sí te importamos Wifi y yo? —preguntó tímida Nicole.

—Por supuesto —Dean rodó los ojos—. Me siento como un superhéroe por haber salvado a ese gatito.

—Ah —Nicole no sabía qué decir.

—¿Y eso era todo?

—Sí —mintió ella, esquivando sus sentimientos al enviarse mensajes a sí misma.

—Entonces, no perderé más el tiempo. Iré a ver a Zac —agregó Dean —.

Pero antes, ¿me das mi teléfono?

—Ah, sí, perdona. Pero hay un pequeño problema —hizo un ademán.

—¡¿Qué?!

—Es que lo escondí para hacerte una maldad… —admitió Nicole—. Y no recuerdo dónde lo puse —frotó su barbilla.

—Entonces busquémoslo juntos.

Una hora después lo encontraron, estaba en la cama de Wifi, y el gatito lo estaba calentando con su pelaje.

—Qué lindo, ahora es una bola de pelos —bufó Dean.

—Lo siento —Nicole mostró su sonrisa Colgate.

Dean se carcajeó y tomó su teléfono. Pero al instante la risa desapareció al leer los mensajes de Laila.

—Ahora entiendo porque no querías darme el teléfono —anunció secamente él—. ¿Por qué me hiciste esto?

—¿De qué hablas? —preguntó desorientada.

—No finjas, sabes perfectamente lo que hiciste.

—No sé de qué hablas.

Dean la fulminó con intenciones de iniciar una pelea. No obstante, se entristeció con los hombros caídos.

—¿Sabías que cada vez que el corazón de Dean se rompe, un pollito muere?

—No te entiendo, esos animales mueren todo el tiempo.

—Sólo imagínate cómo me siento.

—No veo la similitud, ¿qué quieres decir?

—Olvídalo, no me interesa hablar con la chica que arruinó mi relación con Laila.

—¡¿Qué?! —Nicole se sorprendió.

—Piensa que nada ocurrió, ¿entendido?

—Dean, no sé a qué te refieres, yo no…

Él ya no la escuchaba, estaba a punto de marcharse.

—Quédate con el internet, desconéctalo, haz lo que te plazca, ya no importa

—finalizó, pálido, y dejó a su vecina hablando sola.

20

No volveremos a compartir wifi

Nicole: Dean…

Visto a las 8:30 p.m.

Nicole: ¿Estás llorando? Puedo verte desde mi ventana.

Visto a las 8:33 p.m.

Nicole: Está bien, no lo dije para que corrieras las persianas y me dejaras en visto.

Visto a las 8:35 p.m.

Nicole: Sigo sin entender qué te hice… ¿Me puedes explicar?

Dean: ¿Qué no se te hace suficiente haberme dejado afuera por dos horas?

Nicole: No, eso no fue lo que te hizo enojar.

Visto a las 8:42 p.m.

Nicole: Anda, ya dime. No podré dormir.

Visto a las 8:45 p.m.

Nicole: Hoy no desconecto el internet, ¿va? Te complaceré.

Dean: ¡Estoy tratando de rescatar mi relación! No interfieras más, por favor.

Nicole: Pero, Dean, ya te dije que no le dije nada a Laila.

Dean: Mentira, qué casualidad que todo se vino abajo cuando tú tenías mi teléfono.

Nicole: Ni siquiera marqué sus mensajes como leídos, inmediatamente me desconecté.

Dean: ¡Todo esto pasa por fisgona!

Nicole: :(((

Dean: Olvídalo ya.

Nicole: Dean.

Visto a las 8:53 p.m.

Nicole: Entonces apagaré el internet.

Dean: Hazlo.

Nicole: ¡Pues lo haré!

Dean: Te estoy esperando.

Cinco minutos después.

Dean: Lo sabía, sabía que no desconectarías el internet.

No se ha podido enviar su mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: Ay. ¿Es una broma, cierto?

No se ha podido enviar su mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: Nicole, necesito comunicarme con Laila, no me hagas esto. De por sí me está ignorando, al ver que ya no le escribí se molestará más.

No se ha podido enviar su mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: ¡Rayos! ¿Por qué soy yo el que siempre debe pedir perdón? Sabes que no hablaba en serio cuando dije que cortaras el internet.

No se ha podido enviar su mensaje. Revise su conexión a internet.

Dean: Estaba triste y desesperado. Entiéndeme, Nickelodeon.

Enviado a las 9:40 p.m.

Dean: Yeiii, ya te llegaron mis mensajes. :33

Nicole: Voy a seguir ocupando el internet, pero para que ya no me molestes cambiaré la contraseña. Entendí que, al castigarte así, también me castigaba a mí.

Dean:

Nicole: Suerte con tu chica, o ¿debería decir ex?

Dean ha enviado un mensaje de audio

Nicole: Estás loco, no le pediré perdón a Laila. No tengo por qué.

Dean: Por favor.

Nicole:

Dean: De seguro le enviaste mensajes diciendo estupideces de ella, y los eliminaste para borrar la evidencia y que yo no me enterara.

Nicole: ¡Que no!

Dean: ¿Entonces cómo explicas que, de la nada, ella me terminara?

Nicole: ¡Bien!

Dean: Admítelo.

Nicole está escribiendo…

Dean: Vamos, necesito enviárselo a Laila.

Nicole: De acuerdo, sí vi tu WhatsApp y leí tus conversaciones. Perdón.

Dean: Eso no importa, quiero que admitas que le enviaste mensajes a ella.

Nicole: Le envié mensajes a otra persona… Eso fue todo.

Dean: ¿A quién sino a ella?

Nicole: A “Fuente de wifi”.

Dean: Muy graciosa,

no aparece ningún mensaje enviado.

Nicole: Es que los eliminé.

Dean: ¿Y piensas que lo voy a creer? Seguro también eliminaste los que le enviaste a Laila.

Nicole: ¡Caramba! ¡Que yo no le hice nada a ella! Si ella decidió terminar contigo fue por decisión propia, yo no tuve nada que ver con esa rubia mojigata.

Dean: Basta. No le digas así.

Nicole: Basta tú. Ya me cansé.

Dean: Pero yo nunca me canso contigo, al menos merezco una explicación.

Nicole: Ya te dije la verdad.

Dean: No te creo.

Nicole: Pues allá tú.

Dean: A ver, ¿qué decía el mensaje que según tú te enviaste?

Nicole: No te lo diré.

Dean: Pero si estás planeando ya no volver a dirigirme la palabra, necesito las últimas palabras que “según” yo dije.

Nicole: ¡Bien!

Escribí que yo te gustaba…

Dean: ¡¿Qué?!

Nicole: Sí, me envié eso.

Nicole ha enviado una foto.

Dean: ¡Y de seguro se lo enviaste también a mi novia!

Nicole: Aclaremos algo.

Me envié eso porque al principio me sentía extraña, como si me hicieras falta. Necesitaba algo desastroso en mi vida como tú, mi casa estaba sola, silenciosa y me sentía tan abandonada. Estaba por correr hacia ti a entregarte

el teléfono y mis galletas cuando llegó un mensaje de Laila, el cual me detuvo. Eres mi amigo, y apenas comienzo a quererte. Lo último que querría es ser un tropiezo en su relación. ¿Quién daría lo que fuera por enviarle un mensaje a su novia? Nadie, sólo tú; aceptabas mis malos tratos y mis términos únicamente para hablar cinco minutos con la chica que quieres, aun así no te quejabas, siempre eras tan lindamente feliz e infantil, dando un poco de vida a mi aburrida rutina. Si llegaba a pensar en ti de esa forma, sólo podría salir lastimada. Fue un impulso tonto lo que me hizo enviarme ese mensaje, lo siento.

Dean:

Nicole: Estoy enamorada de tu forma de ser feliz… No de ti, creo.

Dean: Vale.

Nicole: ¿Es lo único que dirás?

Dean: No sé qué decirte, yo…

Nicole: No sientes lo mismo, ya entendí.

Dean: Es una larga historia, y sinceramente tengo que explicarle a Laila…. Pero sí me importa, hablamos de eso luego, ¿vale?

Nicole: ¿Seguirás necesitando de mi internet?

Dean: Por ahora creo que lo mejor sería poner un poco de distancia.

Nicole: Púdrete.

La chica bloqueó su teléfono y enjugó la pequeña lágrima que pendía de su ojo izquierdo. Nunca antes le había dicho sus sentimientos a un chico, ellos siempre eran los que daban el primer paso, entonces ella se encargaba de rechazarlos o aceptarlos. Esta vez se sentía tonta, usada… sólo la querían por interés: interés por su internet.

Odió tanto la idea de fijarse en Dean tan rápidamente, ella de verdad trató de ser dura consigo misma y no enamorarse sin pensarlo dos veces. Pero es que Dean no era amargado como ella, era risueño,

divertido, y vivía como un niño sin preocupaciones, no le molestaba mostrarse infantil, tenía fe… Era maravilloso.

Reinició su módem, y aún no logró que hubiera conexión entre ellos. Sabía que los sentimientos no se podían desconectar tan fácil como un aparato electrónico, tampoco se podían borrar como un mensaje de texto. Estaba perdida.

Entonces, lo eliminó de sus contactos y cambió la contraseña de su wifi.

Luego escuchó música a todo volumen para limpiar las heridas de su corazón.

Así, cuando llegaran sus padres, podría fingir normalidad.

21

Una vida sin internet no es vida

Dean no tenía ni idea de qué hacer con su vida después de la confesión de Nicole y la ruptura con Laila.

Dicen por ahí que los videojuegos ayudan, pero él no tenía una consola.

También dicen que escuchar música deprimente te hace sacarlo todo, pero,

¿dónde podría escucharla?

Ni siquiera tuvo tiempo para descargar nuevas aplicaciones en su teléfono, el internet ya no estaba disponible para él, y dudaba mucho que Nicole lo ayudara, o lo perdonara.

Sí, sabía muy bien que había sido algo duro con ella cuando había expresado sus sentimientos, pero él sólo quería recuperar a Laila, no entendía la causa de su ruptura, y echarle la culpa a alguien más era mucho más sencillo que afrontar la realidad.

Planeaba pedirle disculpas, pero no ahora.

Continuó llorando desconsoladamente, después de que Nicole apagó el internet no pudo comunicarse con Laila, y fue corriendo en pijama a la tienda, a recargar saldo de datos a su teléfono.

Pero éstos se agotaron muy pronto. No sabía cómo desactivar el

acceso del aparato a los datos móviles y el dinero que había ahorrado para comprarle un oso gigante a Laila se diluyó en sus intentos fallidos por comunicarse con ella. Algo no cuadraba, Laila jamás respondió.

Cuando amaneció, Dean gritó de alegría como un maniático. No concilió el sueño toda la noche, pero ahora podría ir a un cibercafé. Ahí escribió una larga carta a Laila que envió por correo electrónico. Luego pasó a una tienda, recargó más datos a su teléfono e ingresó a WhatsApp. Observó que la chica rubia a

quien tanto quería lo había bloqueado.

Usó todas las fuerzas que le quedaban para marcar al número de Laila. Ella no contestó.

Pasaban los días y Dean seguía con un terrible dolor adolescente, sólo salía al sol a sacar la basura, a lo que le obligaba su familia. A veces se encontraba con Nicole, pero ella rápidamente entraba en su hogar.

En Navidad no quiso salir de su habitación, perdió todo interés y no se arregló, descuidó su cabello rizado, que ahora estaba largo y esponjado, parecía una melena afro.

Se dejó crecer la barba, a pesar de que era lampiño uno que otro vello sí le brotaba.

No usaba anteojos, ni lentes de contacto, lloraba la mayoría del tiempo y todo le daba igual, sin lentes veía borroso y con lágrimas también, así que optó por quitárselos. Sus ojos estaban hinchados, rojos e irritados.

Dean no quería ni bañarse, ¿para qué? No tenía para quién mostrarse limpio.

En pocas palabras: tenía un aspecto terrible. El cual exageraba más que un actor de telenovela.

—Oye, vago —le dirigió la palabra Zac tras una semana de luto—. ¿Cuánto tiempo seguirás así?

—No quiero hablar —la voz de Dean sonaba pausada y su mirada estaba en un punto fijo de su cama.

—Mírame, hermano maligno —reprochó Zachary, y Dean se cubrió el rosto con una sábana.

Entonces, el hermano mayor comenzó una lucha para destaparlo mientras que el otro se comportaba como un niño y pataleaba. Zachary apretó sus brazos y jaló de las cobijas, pero Dean se dedicó a morderle una muñeca.

—¡Deja de comportarte como un caníbal! —Zac se alejó para revisar las marcas de dentadura en su piel—. Si tienes hambre, dilo; la huelga de hambre no funciona aquí.

Dean volvió a esconder su cabeza bajo las almohadas. Y Zachary suspiró.

—¿Sabes? Yo también he sufrido por amor.

—Cállate, tú sólo lo lees, yo lo vivo.

Si Dean hubiera estado descubierto, habría notado cómo Zachary negaba con cierta tristeza en los ojos.

—Creo fielmente que, cuando tienes una conexión con alguien, ésta nunca se pierde —aclaró la garganta—. No importa si existen dificultades, ni la distancia ni el tiempo rompen tal conexión.

—La palabra “conexión” me recuerda al internet, y yo no tengo —chilló Dean.

—Maldición, Dean. ¿Sólo eso te importa?

—Pues sí, Laila ya se fue.

—¿Y Nicole?

Hubo un largo silencio. El chico no planeaba responder.

—Bueno, te traje un regalo —Zac escondía algo tras su espalda—. Dicen que siempre es bueno obsequiar…

Emocionado, Dean destapó su rostro y su mirada cambió a la de un niño que ansía caramelos.

—¿Un libro? —Dean lo miró con desagrado—. ¿Para qué me sirve un libro?

—Será tu nuevo mejor amigo —explicó Zac.

—No lo quiero, sabes que prefiero hacer de todo antes que leer un libro.

—Ni siquiera estás haciendo algo —cruzó los brazos.

—Estoy respirando, eso cuenta —se justificó Dean—. No veo en qué me ayude leer. ¿Me hará sentir mejor?

Zac giró los ojos y busco una respuesta.

—Tal vez encuentres sentido a tu vida, zopenco.

Dean chasqueó la lengua y poco convencido abrió el volumen y hojeó las primeras páginas. No le quedaba de otra, no tenía nada mejor que hacer, se adentró en la lectura y, para su sorpresa, comenzó a disfrutarla.

Luego avanzó hacia las últimas páginas del libro, para descubrir si el final valdría la pena.

—Zac… —dijo después de cerrar el libro—. ¿Dónde está el final?

—¿Cómo? ¿Lo devoraste? Dios mío, lees más rápido que yo…

—No, pero creo que le faltan páginas. ¿Crees que te hayan robado? ¿Dónde lo compraste? Laila decía que a los libros piratas puede que les falten páginas,

¿no me digas que el tuyo es de ésos? Qué deshonra, yo siempre te consideré tan recto…

Zac se carcajeó por todas las ocurrencias de su hermano, con trabajo pudo hablar debido a tanta risa:

—¿De qué hablas?

—Del final, no hay final feliz —se quejó Dean.

—Pequeño iluso, aún crees que existen los “Y vivieron felices por siempre”

en los libros.

—¿Y no es así? —Dean se mostró perturbado al ver la negativa de su hermano—. Pero tú, tú dijiste que me iba a sentir mejor…

—Mira. Si quieres un final, dáselo tú.

—Yo no soy escritor, tonto —Dean sacó la lengua para mostrar su inconformidad.

—Pero eres humano, parásito. Puedes hacer algo con tu vida, ya levántate y haz algo, que tu libro no ha terminado.

—¿Y si mejor me suicido? Qué flojera seguir escribiendo.

—Tus páginas estarán en blanco y será muy aburrido. No te gusta ser así,

¿no? Pues sigue tus principios.

Dean refunfuñó.

—Me das miedo, hermano. Como que te traumas con los libros.

—Oh, vamos —Zac le dio un codazo—. Te ayudé a superarte.

—No, lo empeoraste todo —Dean lo empujó y se retiró de la habitación.

—¿A dónde vas?

—Ya te dije, a suicidarme —respondió sarcásticamente y salió a la calle en pijama.

Zac se quedó mirando desde la puerta cómo su hermano caminaba débil y torpemente.

—¡Dean, Dean, Dean! —gritó Zac—. Tu teléfono está sonando, creo que alguien te llama.

—No caeré en eso —agregó Dean sin mirar atrás.

—Te estoy diciendo la verdad, es Laila, corre, regresa —exclamó su hermano mientras le hacía señas para que entrara rápidamente.

El chico de cabello rizado giró, reunió las fuerzas que le quedaban y corrió a su hogar. Cuando llegó, encontró a Zachary muriendo de risa.

—¿Qué estás haciendo? —lo zarandeó Dean—. ¿Dónde está mi teléfono?

—No puedo, no puedo creer que hayas caído —rio Zac. Había sido una broma, lo estaba molestando, como solía hacerlo.

—Te detesto —Dean lo soltó. Por eso no podía seguir los consejos que él le

daba: no serían verdad. En un momento se mostraba comprensible, y al siguiente lo apuñalaba por la espalda.

Así que Dean siguió con su camino, quería pensar, despejarse.

Zachary esta vez no lo detuvo, dejó que se marchara y que hiciera lo que le pareciera correcto mientras comía un emparedado. Estiró los brazos y se adentró en la cocina. Escuchó un sonido raro y lejano. Preparó unos huevos revueltos, seguía con hambre. Continuó escuchando algo extraño. Tuvo curiosidad y notó que era el teléfono de su hermano, en la pantalla se mostraba un número, una pequeña foto de la chica rubia y los botones verde y rojo para contestar la llamada.

Sintió un nudo en la garganta porque le recordaba a alguien.

22

¡En hora buena desapareces!

Zachary tragó saliva y contestó la llamada después de tres intentos fallidos, usó guantes para no contaminarse con el artefacto.

—Gracias a Dios, creí que jamás contestarías.

—Mmmmmh —tosió Zac.

—Sé que mereces una explicación, y antes de decírtela quiero que sepas que lo hice por tu bien…

—Esteeeemmhhh —intentó hablar—. No soy Dean.

—¿En serio? —se escuchó lejana la voz, como si se tomara unos segundos para verificar el número—. Pero me aparece su foto… Sólo que sea otro truco, no puede ser, no sé cómo…

—Laila —dijo Zac rápidamente—: sí estás marcando al número correcto, pero Dean no está —carraspeó y bajó el teléfono.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? ¿Con quién hablo?

—Soy Zachary, su hermano —respondió mientras daba un bocado a su desayuno—. No sé en dónde se metió. Sólo contesté porque estaba harto del sonido.

Laila dudó en preguntar a qué se debía dicha reacción, tenía entendido que sufría de tecnofobia. Evaporó esos pensamientos y

decidió abordar el punto:

—Podrías ir a buscarlo, ¿por favor? Necesito hablar con él.

—¿No habían terminado ya? —preguntó, sin filtro, y con la boca llena.

—No, es complicado, pero no —dijo apresuradamente—. Debo irme, envíame un mensaje cuando llegue, por favor.

Zachary aún no había contestado cuando la exnovia —o novia— de su hermano ya había colgado. Se quedó confundido y negó con la cabeza. No sabía

cómo enviar un SMS, se limitaría a pasar el recado a Dean. De todas formas, no mostró demasiado interés en buscarlo.

Después de terminar de comer, y de leer quince capítulos de un nuevo libro, Laila volvió a llamar.

—No ha llegado —agregó Zac con la finalidad de colgar y seguir leyendo.

—¿Pero cómo? —espetó la rubia—. Dean nunca abandona su teléfono. ¿No será que no quiere hablar conmigo?

—¿Estamos hablando del mismo Dean Blackelee? Él te adora, no te miento.

—Entonces, ¿dónde está? —insistió preocupada Laila.

—No lo sé. Salió a la calle en pijama hace unas cuatro horas.

—¿Qué? —gritó ella, asustada—. ¿Qué pijama llevaba?

—¿Una de ositos? —dudó Zac.

—Esto es grave.

—¿Por qué?

—Dean ama su pijama de ositos, y no le avergüenza vestirla. Pero no la llevaría a un paseo o algo parecido, le encanta arrojarse al piso y contemplar el cielo o las estrellas. Le gusta andar trotando o jugueteando mientras camina.

—¿Y eso qué? —Zac arqueó una ceja, a pesar de que ella no lo viera.

—Que con su rutina habitual arruinaría su pijama favorita. En todo caso, saldría a la calle con la pijama de *Cars*.

—¿Cuál es el punto de esto? —Zac frunció el ceño.

—No es normal que uses tu ropa favorita para vagar, aunque estés deprimido.

—¿Estás diciendo que puede suicidarse? —rápidamente Zac pensó en un personaje literario de novela juvenil, y la ropa que usaría para morir—. Creí que era broma.

—Espera, ¿qué? ¿Dijo algo así? Yo suponía que…

—No lo sé, tengo que colgar.

Cuando Zachary se alteraba no reaccionaba en sus cinco sentidos, ni siquiera se replanteaba el problema. Sólo actuaba sin pensar. Por eso casi siempre quería estar tranquilo, para no perder la cabeza.

Preocupado, llevó las yemas de sus dedos a los labios, Dean había pasado cinco horas desaparecido. Sonó la alerta roja en su mente, era hora de hacer algo al respecto.

Entonces, salió a la calle y recorrió todo su vecindario para tratar de

encontrarlo.

No sabía en qué dirección comenzar. Subió a la camioneta de sus padres y condujo hasta los cibercafés más cercanos, las zonas de videojuegos o maquinitas, centros comerciales, parques con césped cuidado, zonas de juegos con columpios, toboganes o casas del árbol.

Buscó en áreas de comida, y en los complejos de cine, a causa de su gran adicción a las palomitas.

Nada, no había rastro de él.

Incluso, aunque lo fatigara mucho, buscó debajo de los puentes, temiendo encontrarse con el cuerpo inerte de su hermano.

Desesperado subió de nuevo al automóvil y tronó los dedos. Pensó en las últimas personas con las que había tenido contacto Dean, lo cierto era que su hermano vivía encerrado en su recámara aislado del mundo, lo cual dificultaba todo. Fue entonces que se le vino a la mente una chica de cabello oscuro, corto y lacio.

Nicole.

Tocó el timbre tres veces seguidas y no tardaron más de dos minutos en abrirle. Nicole esperaba una pizza debido a que tenía pereza de cocinar, pues su mamá estaría ocupada trabajando hasta tarde.

—Es gratiiiiis —cantó ella saboreando sus labios—. Oh, no… —estaba dispuesta a cerrar cuando entendió quién era.

—Necesito de tu ayuda, por favor —Zac trató de mantener la puerta abierta empujándola con su débil fuerza—. Es grave.

—¿Y yo por qué te ayudaría? Tengo hambre —la chica se quedó quieta.

—Por Dean —respondió esperando que funcionara; ella abrió los ojos con exageración—. Bien, también puedo cocinar para ti.

—Hecho —dijo, recordando que posiblemente no llegaría la pizza. Nada mejor que comida casera, y más si es preparada por un chico lindo.

A Zachary le tomó tiempo asimilar que acababa de sobornar a la chica, y que había sido algo sencillo.

—Dean no aparece… —se atrevió a comenzar.

—Le hace un bien al vecindario —dijo tratando de sonar indiferente y ruda.

—No, me preocupa que se haya suicidado.

Ella rio por lo absurdo del comentario.

—Pues es loco, ingenuo y tonto… Pero no llegaría a tanto, él ama vivir y sonreír. ¿Sabes? Es de esas personas que te hacen reír aun cuando se siente triste.

—Pero hace… —miró su reloj de mano— cinco horas con catorce minutos y veintinueve segundos que no aparece, salió a la calle en pijama.

—Y yo creí que el exagerado era él —rodó los ojos.

—No estoy jugando, me preocupa… Y no se ha tomado sus medicinas, porque, aparte de todo, se enfermó, y la inyección le tocaba hace una hora; las pastillas a las tres de la tarde. ¿Y si empeoró y le dio un

ataque pulmonar?

—Tranquilízate, estás hablando muy rápido —ella posó sus manos en los hombros del chico castaño.

—Es que no puedo, llevo horas buscándolo y este artefacto no para de vibrar

—sacó rápidamente de su bolsillo el teléfono de su hermano.

—Déjame ver —tomó el *smartphone* que había jurado no volver a tocar, y se atrevió a contestar—. ¿Hola?

—¿Ya lo encontraron? —preguntó Laila.

Nicole se desconcertó.

—No lo sé —le dijo—. ¿Qué ocurre? Zac está aquí y le está dando un ataque de nervios o no sé qué, tú estás llamando impacientemente y de Dean no tengo ni la menor idea.

—No me está dando algo, sólo que siento diferente mi cuerpo, como un hormigueo. ¿Y si son las ondas electromagnéticas del teléfono las que me invaden? ¿Qué tal si mi piel se torna negra? —gritó Zac para que lo escucharan ambas.

Nicole recordó la inexperiencia que tenía con los teléfonos móviles, hizo un ademán y prefirió escuchar con atención la explicación de Laila.

Después de conocer el disparate que los aquejaba, puso en duda quién merecía el primer puesto de *Drama Queen* si Dean, Zachary y Laila compitieran en un concurso.

Al final, decidió que lo averiguaría si se disponía a ayudarles. Y Laila habló:

—Te lo agradezco tanto, quizá tú pienses mejor que Zac y lo encuentres más rápido…

—Puedo escuchar la conversación —se quejó él.

—Lo siento, debería quitar el altavoz —se justificó Nicole.

—Como te estaba diciendo —la voz de la chica rubia se escuchaba lejana—.

Todos queremos que Dean sea el mismo de antes, pero no estoy físicamente presente para ayudarlos, eres una gran amiga por hacer esto por mí.

—Entiendo, sólo debemos saber lo que Dean ha hecho en estos últimos días, porque, así como tú estabas desconectada de él, yo también, ya no le comparto de mi internet.

—Con razón mis mensajes se quedaban en "enviado"…

—Sí.

—Tengo una idea —gritó Zac—. Puede que esté con sus amigos. ¿Debe de tener amigos, no?

Laila se quedó callada, pensando si había chicos con los cuales convivía Dean, pues en la escuela ellos dos nunca se separaban.

—Sí tiene —respondió Nicole—. Aunque uno se acaba de mudar y tardaría medio día en llegar a su nueva casa, otro está de viaje como Laila, otro más encerrado en casa porque tiene varicela y sigue en cuarentena, no creo tan tonto a Dean como para visitarlo. Y también hablaba con un amigo de internet, pero supongo que no ha tenido contacto con él desde que ya no le comparto mi señal.

Zac era del equipo Nicole, y quedó satisfecho con la contestación de ella, sabía que daría una respuesta como ésa, y que dejaría sin palabras a Laila: lo había hecho con la intención de hacerle entender a Laila que ella no era la única en conocer bien a Dean.

—Entonces, ¿dónde más podrá estar? —volvió a preguntar Zac.

—Quizás haya ido a un parque acuático —dijo rápidamente Laila.

—No creo, él hubiera colado a Pizza de contrabando, le encanta arrojarlo a la alberca —habló Zac—. Y no se ha acercado a él desde su ruptura con ustedes.

Ya ni siquiera juega con Salomón ni con el vago de Wifi.

—Ey, ¿qué te pasa? Yo cuido bien a mi gato y no dejo que se salga, incluso estoy pensando en cortarle los bigotes, dicen que con eso dejan de escaparse.

—¿Qué tienes en la cabeza? Harás que pierda su equilibrio, astucia y agilidad… —comentó Zac.

—Entonces lo llevaré a un veterinario, no quiero que sea un gato callejero —

Nicole se frotó la barbilla y Zac observó dicho gesto.

—¡Chicos, nos estamos desviando del tema! —añadió alarmada Laila —. Les recuerdo que esto es grave, muero por saber de Dean, por escuchar su voz; estoy ansiosa de arreglar las cosas con él, pero no puedo estar presente allá…

Ayúdenme, por favor.

—Lo siento —respondió Nicole—. Estoy pensando, y creo que ya tengo una idea. Puede ser que…

—¡Enhorabuena! —interrumpió Laila—. Llévenlo a cabo, me cuentan cómo les fue, tengo otros problemas que debo resolver antes de hablar con Dean, lo siento si les cuelgo en este momento, pero… —se escuchó un estruendo en la llamada, como si llegaran más personas, después la comunicación se cortó.

Nicole enfureció, y el disgusto le dejó la mente en blanco.

—Claro, nosotros haremos el trabajo y ella se llevará el crédito — bufoneó Zac—. ¿Pero qué decías antes de eso? ¿Cuál es el plan?

—Creo que lo olvidé… —confesó Nicole. Y era la verdad, a veces le molestaba la actitud de Laila y que sólo hablara de ella, aun si todo fuera maravillas o motivaciones. Esta vez se hacía la mártir.

Zachary chasqueó la lengua y decidió animar a la chica frente a sus ojos.

—Creo que piensas mejor con el estómago lleno. ¿Qué te preparo?

Y así, amigos míos, es como Dean pasó a segundo plano.

23

Toboganes, selfis y el traidor

La señora Margaret Brooks salió a sacar la basura y vio al pobre Dean en la esquina de la calle, cabizbajo y pateando rocas.

—¡Muchacho! —le gritó alzando un brazo en forma de saludo.

—Hola —respondió por cortesía.

—No has venido a mi casa desde que acordamos que podías pedirme palomitas —se acercó a él—. Qué raro eres. ¿Te gusta que sea prohibido para que lo lleves a cabo?

—No es eso —caminó hacia ella—, pero sinceramente ya no lo necesito, gracias.

—Muchacho —le tocó la frente—, tienes una pinta horrible. ¿Qué te sucede?

—No ha sido una buena semana.

—Tampoco la mía, ayer me dio diarrea aunque no por eso voy a dejar que mis planes se arruinen, deberías hacer lo mismo.

—Iuu —Dean se limitó a expresar.

—¿Pasó algo con tu enamorada?

—Sí.

—¿De qué me perdí? —enarcó una ceja y cruzó los brazos.

—Larga historia —confesó Dean al tiempo que le sonreía.

—Podemos consultarlo con café y galletas, yo invito —sugirió ella y le dio una palmada en la espalda—. Sé que tu situación te está atormentando.

—Quizá sea eso —pensó Dean—. O tal vez tenga hambre.

—Apuesto a que no has desayunado, escucho gruñir a tus tripas desde mi puerta.

—Aliménteme y seré feliz —se encaminó a su lado decidido a contarle todo.

Su compañía no era tan mala, y sentía que se preocupaba por él.

—Suerte que tenga mucha comida.

—Ya, ¡adópteme! —le dijo, entusiasta.

Margaret rio mientras lo conducía a su hogar. Dean no tardó en llegar a la cocina a husmear.

—Puede que muera de amor, pero jamás moriré de hambre, mi único

verdadero amor es la comida, algún día me casaré con mis deliciosos hotcakes

—dijo poético mientras se sentaba a comer.

—Dean, no seas exagerado.

—Claro que no lo soy —se quejó él—. Señora Margaret, le he dicho un millón cuatrocientos cincuenta y ocho mil seiscientas treinta y cuatro veces que no soy exagerado.

La señora Brooks giró lo ojos.

—Bueno ya, suelta la sopa.

—Pero no estoy comiendo sopa… ¿Quiere que le comparta un churro?

—No —resopló ella—. Me refiero a que me cuentes la historia…

—Ah, todo comenzó el día que vi a Laila Miller por los pasillos de la escuela… —suspiró Dean mirando un punto fijo en el suelo.

La señora Brooks pensó en qué tan dañado debía estar el chico como para que le estuviera contado su historia a una viejita en vez de a sus amigos.

Recargó su rostro en una mano y escuchó atenta de principio a fin, no quiso interrumpir hasta que la historia se entrelazó con su otra vecina.

—¿Y entonces Nicole te dijo que le dijeras a Laila, que te dijera a ti, que ella no era culpable?

—Algo así —carraspeó Dean—. Me ahogo, ¿me da agua, por favor?

—Sólo tengo café, y no quiero alterarte más.

—A estas alturas ya nada puede empeorarme.

Doña Margaret tuvo la confianza para propinarle un pequeño golpe amigable en la cabeza.

—Eres un zopenco, estar dentro de un triángulo amoroso sí te empeora.

—Pero Nicole dijo que sólo fue una confusión, ella realmente no siente nada por mí, sólo lo dijo porque se sentía sola…

—Aun si no fuera real, tu amor por ella sí lo es.

—No, no, no… —Dean se apresuró a negar—. Con Nicole es amistad, con

Laila es amor.

—Contigo son puras mentiras.

Dean se estrelló la palma de la mano en la frente, sería imposible hacerla cambiar de opinión. Lo que le recordó a sus clases de filosofía, ¿estaba utilizando *falacias*? Esos argumentos que carecen de sustento y por eso no pueden considerarse verdaderos.

Rayos, ¿quién rayos piensa en la escuela si son vacaciones? Pues Dean.

Recordó el cabello dorado de Laila, cómo éste colgaba sobre su pupitre, mientras trataba de apuntar en su libreta lo que estaba escrito en el pizarrón.

Recordó cómo su torpe enamoramiento lo hizo tirar un bolígrafo al suelo, y entonces, al intentar acercarlo con su pie, sólo logró alejarlo aún más, haciendo que éste rodara hasta los tenis de Nicole, quien decidió recargar su pie encima del bolígrafo por el simple gozo de molestarlo.

Entonces, Dean le suplicó con las manos que le permitiera recuperar su bolígrafo, pero Laila se volteó hacia Dean y le obsequió uno adornado, con un diseño de hamburguesa en la tapa.

“Los compré para nosotros. Tú eres la hamburguesa y yo las papas fritas”, dijo, al enseñarle su bolígrafo que estaba igualmente decorado. “Somos la combinación perfecta”.

Dean se sonrojó por tan tierno gesto de pareja. Pero poco duró su emoción, Nicole al final de la clase le pidió el bolígrafo decorado, amenazando con retirarle el acceso a internet si no se lo concedía. Él, nervioso terminó por ofrecer el preciado bolígrafo, el cual Nicole tomó y acarició en su mano.

Y pese a que Dean soltó su regalo, lo calentó la suavidad de los dedos de Nicole en la palma de su mano. Creyó que le dolería desprenderse de un recuerdo de Laila; sin embargo, disfrutó estar cerca de Nicole.

Entonces comprendió. Nicole tenía varios defectos que odiaba, pero ellos hacían que intentara estar con ella una y otra

vez; ella gustaba de romper sus barreras. Y Laila era una gran persona, hermosa, perfecta de pies a cabeza, y por dentro era tan intelectual y bondadosa, que a veces sentía no merecerla. De alguna manera, Nicole era más cercana, más de su estilo.

—Demonios, señora Brooks. No sé de quién estoy enamorado.

—Lo sabía, no por nada me sirvieron todas las telenovelas que hasta ahora se

han transmitido.

—¿Y qué hago? Para las dos es necesario el internet, puesto que así me comunico con Laila, y es el tema de conversación con Nicole.

—Lo dices como si todo fuera culpa de la tecnología.

—Debí hacerle caso a Zac, el teléfono me destruyó —apretó su pecho tumbándose en el sillón.

—Atolondrado —la señora Brooks acarició su cabello para calmarlo, pero estaba enredado, y como consecuencia sus dedos se quedaron atorados—. Niño,

¿te puedo hacer una pregunta? —él asintió—. ¿Por qué no te has aseado? Parece que hay pepperoni en tu cabello, y está más esponjado de lo usual…

—Todo se resume a esto: la comida es lo único que me ha ayudado con mi corazón roto —Dean se levantó—. Iré a ver qué más como.

—Ni lo sueñes —la señora Brooks lo pescó del cuello—. Ya terminaste con toda la despensa. Tu estomago explotará.

—¿Y entonces? No sé qué hacer con mi vida.

—Ya sé —la señora Brooks tuvo una gran idea—. Necesitas salir, podrías acompañarnos al parque acuático hoy mismo.

—Es increíble, señora, creí que sólo me invitaría a ver la televisión —

admitió Dean—. Es genial —la abrazó amistoso.

—Condenado escuincle, ¿acaso lo habías planeado todo?

—Digamos que cuando usted fue al baño husmeé en su bolso y vi los boletos de admisión; se me rompió el corazón porque yo no tenía

dinero para acompañarlos…

Margaret giró los ojos.

—Bueno, vete a cambiar, que en 15 minutos nos vamos. Allá alcanzaremos a Jorge.

—¿Por qué esperar 15 minutos? Vayámonos ya.

—Debo empacar el traje de baño —Dean hizo una cara de desagrado —. Tú,

¿no planeas cambiarte esa pijama de *Cars*?

—No es mi favorita, así que da igual.

—¿No vas a empacar nada?

—Creo que no necesito de nada, usted puede comprarme un traje allá —

mencionó Dean con mucha seguridad—. Me gustaría llevar a mi perro, pero tendría que ver a Zac y no estoy de humor como para que me cuestione.

—De acuerdo, entonces vámonos ya —finalizó la señora Brooks. Al fin y al cabo, nunca había tenido hijos, mucho menos nietos, por eso no le molestaba gastar en el muchacho.

Todo lo que necesitaban estaba empacado en la cajuela del pequeño coche de los Brooks. Margaret vio al hermano de Dean corriendo como loco, con un teléfono en las manos.

—Zac está aquí —agregó ella.

—Que no me vea —se escondió Dean tras el auto, abriendo rápidamente una portezuela para subir.

—¿Por qué no quieres que lo sepa?

—Porque se lo merece, me jugó una broma pesada.

—No lo sé, está usando tu teléfono.

—¿En serio? —se asomó por el vidrio de la ventana—. Qué extraño, pero que lo conserve, supongo que descubrió Wattpad.

—Está sacando la camioneta —avisó la señora.

"¿Ahora quién es el hijo desobediente?", pensó Dean al recordar que no podían usar la camioneta de sus padres excepto para emergencias.

—¡Acelere de una vez! —gritó ansioso Dean luego de que su hermano se hubiera marchado, toda su vida anheló fugarse.

Así partieron al parque acuático que estaba a tres horas de viaje, pero Margaret no era la típica viejecita que conducía despacio, ella era una mujer que pisaba el acelerador: pronto duplicó la velocidad en carretera, donde sólo se podía escuchar a Dean celebrar alzando los brazos al aire, disfrutando del viaje.

Sólo tardaron una hora en llegar a su destino, esperaron a don Jorge, pero él marcó diciendo que no llegaría, había tenido una entrevista de trabajo de último momento. Era increíble que lo contrataran, esa familia no sólo se conformaba con sus pensiones: ellos se divertían siempre, un matrimonio feliz pero sin hijos, aunque ahora pareciera que habían adoptado al pequeño Dean. Doña Margaret sonrió por haber aceptado su autoinvitación.

—¿Sabes nadar? —preguntó la señora Brooks antes de entrar al agua.

—Perfectamente —mintió Dean—. Pero, por si las dudas, podría comprarme un salvavidas.

Ambos rieron y se adentraron a la aventura, subiendo al tobogán más alto.

—Espera —lo detuvo Margaret—. Creo que no debí haber subido esto —le

mostró el teléfono que le había regalado su esposo por su quincuagésimo aniversario de bodas.

—A ver —él lo tomó—. Señora, es a prueba de agua, es un modelo impresionante, tiene una resolución de alta definición, una pantalla….

—Dean, por favor deja de publicitarlo —se quejó—. Sólo quiero saber si no se averiará por el agua.

—¿Es broma? Puede usarlo *bajo* el agua, incluso le recomiendo instalar Instagram, para que ahí suba nuestras fotos. ¡Seremos la sensación de internet!, ya sentía extraño de no tomarme fotos, ¡pero ahora sí podremos!

—¿Y cómo hacemos eso? —la señora Brooks estaba tan distanciada de la tecnología que Dean ni siquiera lo explicó: tomó el teléfono y usó los datos móviles para instalar varias aplicaciones.

—Diga “selfi” —Dean posó hacia la cámara.

—¿Qué es “selfi”?

—Sólo sonría —respondió y ella mostró su dentadura falsa, con el enorme tobogán a sus espaldas.

—Lista —se puso unos goggles de natación.

Dean agradeció no tener ningún aparato oftalmológico y se lanzó después de ella.

Chapotearon y nadaron alegremente. En una ocasión, la señora casi se ahogaba y una persona hasta se ofreció a ayudarlos, pero entonces su dentadura salió volando, y eso ahuyentó a las demás personas de la piscina. Así, ellos pudieron disfrutar de más espacio. También hubo burbujas y algo de espuma, pero no fue a causa de un motor de jacuzzi.

—Te dije que estaba enferma del estómago… aunque eso no impediría que viniera aquí —aseguró Margaret.

—Señora Brooks, esto es asquerosamente genial.

•••

Tuvieron un mini pícnic y se tomaron más de cien selfis, aunque la mayoría era únicamente de Dean, pues planeaba enviárselas vía bluetooth cuando éste recuperara su teléfono.

Ya se había hecho la idea de no tener internet nunca más, y ser una persona

como Zachary. Estaba decidido a cambiar, pero éste, éste sería el último día, su propósito de Año Nuevo sería ser menos Dean y más un chico normal.

—No, no hagas eso —insistió ella—. Pero si quieres cambiar para bien, creo que tengo un plan.

—¿Cuál es? —Dean sacudió su cabello, que aún estaba mojado.

—Podrías fingir ser un chico egocéntrico e ignorar a Laila y Nicole.

—Las he ignorado por una semana. Una —señaló con el dedo índice para dramatizar más.

—Pero no lo hagas deprimiéndote, atolondrado. Puedes cambiar tu *look* por un tiempo, para que ellas, al mirarte, se den cuenta que extrañan al antiguo Dean; eso funcionará.

—No lo sé, estoy disfrutando de esta tarde, no quiero pensar en ellas —quiso cambiar el tema—. ¿Nos quedaremos a acampar?

—No, regresaremos en una hora —miró su reloj—. Cambio de planes.

—¿Por qué? Sólo hemos estado tres horas…

—Pero sin Jorge, y he decidido que las horas que nos restan del día las ocuparemos en ir a comprarte ropa.

—¿Qué?

—Por Dios, si no vistes como un vagabundo, vistes como un niño.

—Bueno, ya qué… —alzó los hombros conformándose.

—Conocerás una nueva versión de ti.

•••

Ya había oscurecido cuando regresaron a Blessingville. Dean podía distinguir el hogar de Nicole, y el suyo. Margaret se estaba estacionando cuando percibió en el porche de los Brooks dos siluetas.

Eran Nicole y Zachary sentados en el peldaño de la puerta principal. Nicole escuchaba música mientras Zac le preguntaba algo al oído, entonces ella se quitó un audífono y lo compartió con él.

—¡Está usando audífonos! —observó Margaret aún desde el auto, sabía de su tecnofobia, eso era un gran paso para Zachary.

—Es un traidor —refunfuñó Dean.

Audífonos y llamadas

—¡Merece la muerte, quiero estrangularlo! —Dean se desabrochó el cinturón del auto—. ¿Cómo puede estar feliz como una lombriz con ella?

—Tranquilízate, Dean, no veo que estén haciendo algo malo, de hecho, creo que nos están esperando.

—¡Qué va! —gritó enfurecido, estaba decidido a luchar—. ¡Por Esparta! —

levantó su puño como un guerrero, y los flotadores de brazos que aún tenía puestos parecían su armadura.

—No debí haberte regalado eso —se lamentó la señora Brooks, golpeando el volante con la cabeza. Eso hizo sonar la bocina del auto, que alarmó a los tórtolos en el porche de su entrada.

—Es mi momento gladiador —alegó Dean.

—Ni se te ocurra —bajó los seguros del auto—. Saldrás como habías ensayado, como un nuevo Dean.

—Pero…

—No.

—Pero… —el joven hizo un puchero.

—Pero nada —negó con la cabeza Margaret.

•••

—¡Está canción es increíble! —exclamó emocionado Zachary, nunca había escuchado la música directamente en los oídos, no tenía idea de qué eran los audífonos.

—Sí, lo sé, pero no me grites —sonrió Nicole—. Estoy aquí.

—¡¿Qué?! —Zac volvió a alzar la voz—. ¡No te escucho, esto está muy alto!

Nicole revisó su teléfono y el volumen estaba a la mitad, Zac era un principiante que no podía escuchar música mientras tenía una conversación. En seguida pausó la canción y bloqueó su teléfono.

—¡Ey, la quitaste! —exclamó muy alto sin quererlo, entonces notó que

a su alrededor había tranquilidad. Se avergonzó.

—Mira —señaló Nicole—. Ya llegaron.

—Sólo son los Brooks, al menos podremos preguntarles.

—No, yo digo que Dean está ahí con ellos.

—¿Cómo crees? —giró hacia ella—. Ellos no se llevan bien. No sé por qué te hice caso en esperarlos cuatro horas, debería estar buscando a mi hermano y sin embargo estoy aquí contigo.

—Tengo la razón. ¿Apostamos?

—Apostamos.

La señora Brooks luchó con una puerta del coche y después se acomodó el cabello y miró a los chicos.

—Buenas noches, vecina, me preguntaba si sabía algo sobre mi hermano perdido, suele meterse en problemas, cualquier cosa, aunque sea insignificante, algo que haya observado antes de haber salido…

—Ah, sí.

—¿Y? —quiso saber Nicole.

—Él está conmigo —la señora Brooks aclaró su garganta.

—Te lo dije, ahora paga —Nicole alargó una mano, esperando su paga. Zac buscó en su bolsillo.

Margaret los interrumpió.

—Ya puedes salir, Dean —anunció y ambos voltearon para presenciar su entrada triunfante.

El chico de cabello rizado estaba peinado, haciendo resaltar su caballera ensortijada sin cubrirle la frente. En comparación con otras veces, cada rulo estaba acomodado adecuadamente, sin que esto lograra opacar su recién bronceada tez. Ahora también usaba gafas de sol.

Salió lentamente del auto, quitándose los anteojos y sacudiendo el rostro; caminó como en pasarela de modas, como si de fondo se escuchara el tema musical de *Mujer bonita*.

Traía unas sandalias, bermudas y una camisa hawaiana abierta, que dejaba ver su abdomen firme y hasta marcado. Aunque el efecto era maquillaje, nadie tenía por qué saberlo. Todo un *look* de verano en invierno. Moría de frío, pero al menos aparentaba seguridad.

Zac y Nicole quedaron boquiabiertos.

—¿Quién fue el ser despreciable que te destruyó? —se quejó Nicole. Su acompañante aún estaba asombrado y un poco celoso.

—Nadie, nena —contestó él y sintió el frío helado recorrer su espalda, dio un respingo y trató de recargarse en la pared, resbaló su mano, pero enseguida se reincorporó—. Comprendí que no necesito de Laila, ni de ti. Hoy conocí a bastantes chicas y todas me pidieron mi número —quiso abordar el papel de engreído olvidando algo esencial.

—¿Ah, sí? Dime: ¿cómo van a contactarte si no tienes internet, ni saldo? —

Nicole cruzó los brazos—. Y hoy olvidaste tu teléfono.

“Tarado, lo arruinaste”, pensó Dean.

—¿Dónde estabas? —interrumpió Zac—. Por lo que veo, creo que perdí mi tiempo.

—Pienso lo mismo, me has decepcionado de nuevo —reclamó ella.

—Bueno, ¿y ustedes dos qué? —se defendió él—. No me digan que tienen algo —se dirigió a Nicole.

—No es lo que piensas, sólo estábamos preocupados por ti —contestó Zac por ella.

—Sí, claro —bufó Dean—. No te creo nada, Jafar.

—¿Cómo me dijiste? —frunció el ceño.

—Escuchaste bien, eres ese hechicero viejo y malvado que quiere quedarse con la princesa —desafió Dean—. Consíguete una de tu edad, anciano.

Zac se encendió de enojo.

—Sigues siendo el mismo Dean inmaduro, pero si fuera verdad lo que dices,

¿a ti en qué te afectaría? Tú quieres a Laila, no seas egoísta.

—¿Tú qué sabes de sentimientos si no tienes? Entiéndelo, no has tenido novia y nunca la tendrás, morirás solo y rodeado de libros baratos e imitaciones pirata.

—No me desafíes, en este preciso momento puedo besar a Nicole —miró a la chica.

—No si yo lo impido —aseguró Dean pensando en hacerlo él primero.

—¡Chicos, basta! —se exaltó Nicole—. Hoy regresé con Kyle.

—¿Ah, sí? —dijeron tristemente al unísono.

—Sí —confesó ella.

Hubo un silencio incómodo, nadie se atrevió a seguir el tema.

La señora Brooks movió sus llaves para recordar que ella seguía presente.

Dean tiró bruscamente las gafas de sol al césped de los Brooks.

—Es todo, le dije que no funcionaría, ahora me largo —la sangre hirviendo de ira lo mantenía ahí, pero poco a poco habían regresado la depresión y el hielo a su corazón.

Literal, su pecho estaba helándose.

—No, espera —dijo Nicole—. Laila tenía razón —le susurró a Zac.

—¿Dijeron Laila? —sus ojos brillaron.

—Dile por qué estamos aquí —sugirió ella—. La que tiene que irse de aquí soy yo.

Zachary asintió y agregó:

—Laila te estaba buscando, quiere hablar contigo sobre su relación y explicarte qué pasó. Nos contactó para buscarte.

—No te creo nada —comentó Dean.

—Es verdad —admitió Nicole.

—¿En serio? —se le iluminaron los ojos—. ¡Señora Brooks!, la herida

volvió a sangrar… ¡No quiero que me lastime! —Dean se dirigió a ella.

—No lo hará —le susurró ésta al oído—. Ahora da las gracias a Nicole.

—Claro —Dean respondió alegremente y corrió a alcanzarla—. Oye —ella lo miró—: creo que mereces una disculpa por cómo me he comportado, no sólo hoy, sino toda la semana. Eres una gran amiga, gracias —intentó abrazarla pero ella se rehusó—. Oye, estoy siendo sincero.

—Te creo —sonrió ella.

—¿Entonces por qué no me devuelves el abrazo?

—Por mi propio bien, aún me siento herida.

—Oye, ¿qué te parece si luego llevo palomitas a tu casa y también unas películas de Disney? Hacemos maratón y la pasamos genial en vacaciones.

—No lo sé —se encogió de hombros y recordó el comentario sobre Jafar—.

¿Llevarás *Aladdín*?

—Sólo si me dejas estar Aladdín de ti —bromeó y rio a carcajadas—.

¿Entiendes? Al-lado: suena como “Aladdín”, jajaja.

Nicole conocía sus pésimas bromas y se acercó para abrazarlo. Le nació regresarle el gesto. Ella se recargó en su amigo y permanecieron juntos por un tiempo, notó que no olía al mismo perfume de siempre, olía a sol y a cloro de alberca. Por lo que se le escapó una risa en su oído.

—Tienes que ver *Buscando a Nemo*, me lo recuerdas por payaso, sólo que él era un pez.

Dean asintió. Y Zac interrumpió alzando el vibrante teléfono de su hermano, alguien llamaba.

—Soy feliz como una lombriz —brincó de alegría. Después de soltar a Nicole, usó de nuevo las gafas oscuras y chasqueó los dedos.

—Sí, ahora contesta —sugirió el chico castaño.

—Antes de eso —inquirió Margaret Brooks—, no te emociones

demasiado, aún no sabes qué te dirá.

—Tiene razón —acertó Zac—. Aunque te explicara toda la historia debes mantenerte como un hombre duro, no muestres que estás muriendo por volver.

—Descuiden, seré profesional —sonrió y tomó su teléfono—. *Hello, it's me*

—contestó cantándole a su exnovia.

—Ésa es la canción que estaba escuchando con Nicole… —agregó Zac y la señora Brooks le indicó con una seña que guardara silencio.

25

Adiós, teléfonos, ¡tecnofobia!

—Einstein dijo: "El día que la tecnología sobrepase a la humanidad, tendremos una generación de idiotas". Un ejemplo perfecto es mi hermano.

Zachary cruzó los brazos mientras veía con desagrado al joven de cabello rizado.

—¿Por qué te enoja tanto que Dean sea feliz? —preguntó la señora Brooks.

—No es eso, me molesta que haya regresado a depender de su teléfono —se quejó—. Maldición y yo que ya lo había instruido en el camino de la lectura, ahora tengo miedo de que queme el libro que le regalé.

—No te preocupes, está enamorado y no lo hará —sugirió ella—. Y si lo deseas, puedes pasar y contarme tus penas, tengo galletas y chocolate calien…

—¡No soy igual que mi hermano!

—No estoy diciendo eso, intento ser amable…

—¡Déjeme en paz! —exclamó Zac decidido a irse a casa.

Dean se encontraba a mitad de la calle parloteando en su teléfono, seguía poniéndose al tanto con Laila, intentaban arreglar sus diferencias. Sin embargo, ella le pidió seguir hablando por mensaje de WhatsApp, no podía continuar conversando por teléfono, o la regañarían. Necesitaban una red de internet, urgentemente. Era de

vida o muerte.

—Señoraaaaa Brooks —dijo él—. ¿Qué posibilidad hay de qué me comparta sus GB?

—¿Mis qué?

—Oh, ya sabe —carraspeó—. El internet que tiene en su teléfono.

—No.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dean, ya te ayudo demasiado al darte de comer y prestarte mi horno de microondas.

—Pero… —pensó él chico—. Si me comparte datos de su plan, ya no tendré que pedirle su horno, no habrá necesidad de darle palomitas a Nicole.

—¿Planeas ya no hablarle? —arqueó una ceja—. Así menos.

—Es que ya volví con mi linda Laila.

—Qué bueno, pero no tiene nada de malo que seas amigo de tus vecinos. Yo soy tu amiga, y no por eso terminarás enamorado de mí, ¿o sí?

Dean se quedó inmóvil, ¿qué argumento era ése? No tenía sentido.

—Además, me explicaste que se pueden acabar mis datos antes del mes, y yo ya no puedo vivir sin mis seguidores de Instagram. Acabo de revisar y ahora ya tengo 1 500, ¡en un solo día! —argumentó Margaret Brooks con una sonrisa de oreja a oreja—. Soy famosa, no me toques.

“Maldigo el momento que le enseñé esa red social”, pensó Dean.

—De acuerdo —le dijo a su vecina—, quédese con sus *likes*.

—Ey, ¿qué es eso? —finalizó la anciana.

•••

—Hermano del mal —Dean subió corriendo las escaleras y se dirigió al dormitorio—, necesito de tu ayuda.

Zachary estaba sentado frente a su escritorio, pero no como siempre, escribiendo o leyendo, esta vez sostenía en sus manos una lata como de frijoles charros sin etiqueta.

—¿Ahora qué quieres? —resopló Zac.

—Quiero que contrates internet para nosotros, ya me cansé de robarlo y rogarlo.

—Ajá —respondió deslizando sus dedos en un hilo blanco que pegaba con la lata.

—Estoy hablando en serio, ya te vi —señaló sus ojos y luego los de él —.

Estabas usando audífonos con Nicole, has superado tu tecnofobia.

El hermano mayor puso los ojos en blanco, primero se sorprendió de que Dean supiera el significado de tecnofobia. Después recordó lo que había pasado y tuvo que explicarle la razón por la cual aceptó escuchar música en ese

artefacto.

—Necesito que te quede claro… —suspiró Zac—. Odio las tecnologías, y eso no cambiará… Me han quitado todo lo que he amado.

—Pero lo aceptaste por Nicole, yo siempre lo he intentado y nunca te dejas.

—Es que lo hice porque…

—Te gusta, ya lo sé.

—No, tampoco.

Dean lo fulminó.

—Por favor, no lo niegues.

—Por Dios, acabo de conocerla hace unas horas. ¿Por qué me gustaría?

—Porque así podrías molestarme.

—Escucha, disfruto hacerlo, pero no todo se trata de ti —confesó Zac —.

Aunque no puedo negar que disfruté la cara que pusiste cuando dije que la besaría.

Dean gruñó.

—¿Entonces no sientes nada por ella?

—Me atrae, pero ella ya aclaró que volvió con su exnovio —alzó los hombros—. La vida sigue.

El joven de rulos se quedó pensando en cómo a los hombres les parecía fácil olvidarse de una chica, y cómo a él le era tan difícil, quizá por eso no podía superar a Laila, quizá sí estaba enamorado de ella, o tal vez sólo estaba confundiendo el sentimiento con un capricho.

Sacudió la cabeza y regresó a la realidad.

—Nos desviamos del tema, necesito el internet. Estoy preocupado por mi chica, no me terminó de contar lo que le sucede en su viaje, y necesito saber más, para ayudarla.

—Pues hazlo.

Dean negó con la cabeza.

—Nuestros padres sólo te escucharán a ti, tú debes decirles.

—No me da la gana.

—¡Ves! A eso me refiero, tu actitud ante las tecnologías con Nicole fue diferente, y conmigo sigue siendo igual.

—Tengo que sacarte esa idea de la cabeza —agregó Zac y aclaró la garganta

—. Todo fue un plan de la señora Brooks.

—¿Qué? No comprendo, ¿qué tiene que ver…?

—Déjame hablar —interrumpió él—. Nicole y yo seguíamos quemando nuestras neuronas para buscarte y mientras ella fue al baño sonó de nuevo tu teléfono, un número que no estaba registrado en tu lista de contactos, al principio me asusté, creí que te habían secuestrado y ahora llamaban para extorsionarme a cambio de soltarte. Después me dije: ¿Quién va a querer a mi pobre hermano?

Así que contesté. La señora Brooks me contó todo: que ustedes dos estaban juntos, que te iba cambiar el *look* para volverte seguro y afrontar tu vida con o sin chicas. Nos pusimos de acuerdo y le marqué a Laila avisándole la hora a la que llegarías, también a Nicole, y ella vino a esperarte frente a la casa de los Brooks, obviamente haciendo parecer que fue su idea. Ambas creyeron, o inconscientemente estaban esperando, que las eligieras. Sé que no está bien haberlas engañado, y mucho menos usarlas para ver cómo luchan por ti, pero me parece peor que estés indeciso y que ambas te quieran, deberías decidirte para no causarles más daño, porque Nicole también se deprimió cuando la culpaste de tu ruptura con Laila. ¿O no escuchabas su música a todo volumen? —Dean asintió y señaló con la mano para que prosiguiera—. Nuestra vecina anciana propuso que yo actuara, que incitara tus celos, y la manera más fácil para hacerlo era que aceptara compartir las tecnologías de Nicole "por amor a ella". Todo estaba saliendo a la perfección, por poco creí que la escogerías a ella, pero al final elegiste a Laila.

—Okey… —Dean comenzó a reflexionar, Margaret le había prometido que le ayudaría a saber de quién estaba enamorado en verdad, no se imaginó que sería de esa forma. Admitió que fue una gran idea de la cual ninguna de las chicas sospechaba, así sería mejor, pues ninguna pondría en riesgo su orgullo, ni mendigaría su amor.

Todo tenía sentido, incluso los momentos ausentes de la señora Brooks, el porqué le había pedido su número, por qué desapareció cuando él estaba ahogándose en la alberca.

Se entristeció de haber sido usado, y también de haber involucrado a las chicas, ellas no debían enterarse jamás. Pero admitía que era buena estrategia y así no rompían el corazón de nadie.

—Te imploro que no digas nada a nadie, juré que no te lo contaría, porque sabemos que no estuvo bien jugar con TODOS —admitió Zac —. Además ya no

tiene caso recordarlo, regresaste con Laila.

—Sí —se limitó a decir el chico que nunca paraba de hablar—. Y por eso mismo, ya no puedo depender del wifi de mi vecina. Si quiero que mi relación con mi novia sea estable no debo seguir unido a Nicole.

—Tienes razón.

—¿Entonces ya tendremos módem?

—No has entendido el punto, me saca de mis casillas que pienses que apruebo las tecnologías, no lo hago y nunca lo haré.

—Pero…

—Estás confundido, no dependes de Nicole, dependes del maldito internet. Y

eso es grave, no quiero terminar como tú.

—¡Exactamente! —exclamó Dean—. ¡Terminarías como yo, y como todos los adolescentes normales, si tan sólo tuviera nuestro propio módem! ¿No te das cuenta de que esta situación es extraña? Mi vida cambiará para bien cuando decidamos tener nuestra propia red. No acabarías tan dañado como yo, sólo lo normal.

—No me convence, prefiero escuchar música en un tocadiscos.

El hermano menor se desesperó, casi no le quedaban argumentos.

—Espera, oí hablar de cierta red social donde lees y escribes libros.

Zac levantó la vista discretamente de las latas.

—Creo que se llama Wattpad —volvió a hablar Dean—. Un nuevo mundo virtual, millones de lectores y escritores, para interactuar con ellos a través de mensajes, imágenes e incluso comentarios mientras lees. ¿Entiendes eso? Puedes conocer la reacción que todos tienen al leer ese párrafo que tanto les gusta.

A Zac le parecía atractivo el sistema de esa aplicación, pero su tecnofobia era más poderosa.

—No, lárgate de aquí —amenazó.

—¿Pero qué rayos? —dijo frustrado—. Yo sólo intentaba…

—Adiós —lo corrió de su recámara.

—¡Naciste en el siglo equivocado! —anunció Dean después de que le cerrara la puerta en sus narices—. Y sólo para que lo sepas: Jane Busten no se hubiera casado contigo. Eres un conformista.

Zachary abrió la puerta y arrojó el teléfono que había olvidado su hermano.

—Es Jane Austen, tarado inculto. Primero lee, luego habla.

El *smartphone* se estrelló contra el estómago del chico y cayó al piso, Dean al recogerlo observó que todas sus piezas estaban dispersas: la batería, los paneles de la pantalla táctil, el teclado de membrana, la tarjeta SIM y por último la carcasa.

—Bueno, al menos tendrás que leer el instructivo del teléfono —sentenció Zac.

—Rayos —sollozó Dean, su hermano tenía razón. Era inculto e inepto; no sabía arreglar su teléfono. Ya no tenía remedio, tendría que leer los manuales—.

Dios, qué aburrido. ¿Quién hace eso?

Dean subió a la azotea para mirar las estrellas, en esos momentos era lo único que lo tranquilizaba. La oscuridad no lo dejaría leer.

26

Razones por las cuales no debes cantar

La noche estaba helada, pero eso no impedía que Nicole siguiera en su terraza mirando el cielo oscuro y las pocas estrellas que se veían.

Suspiró recordando que el chico que le gustaba era como una de ellas, podía contemplarlo mas no tenerlo.

—¿Nicole? —interrumpió sus pensamientos—. ¿Qué haces afuera a estas horas?

—Hola, Dean —sonrió ella.

El chico logró sentarse también en su propia terraza.

—Es peligroso, deberías meterte a casa.

—¿Por qué?

—Podrías caer, y no me gustaría que te hicieras daño —confesó él.

—En la semana he frecuentado este lugar, no pasará nada —alzó los hombros.

—Bueno, espero no asustarte y que caigas del precipicio —bromeó con la intención de recordarle su primer encuentro, cuando él cayó de su balcón.

—Es verdad, casi lo olvidaba —rio ella—. Lo siento.

—Estuvo bien, yo hubiera reaccionado igual si se robaran mi internet…

—No te creo.

—Tienes razón, ¿a quién engaño? Yo dejaría mi red sin clave y siempre disponible para que otros no sufrieran como yo.

—Mala idea —Nicole negó con la cabeza—. Así se alentaría tanto que ni tú la podrías usar.

—¿En verdad? —preguntó tristemente—. Bah, debería ser un derecho el acceso a wifi gratis.

—Me parece que ya lo es.

—No importa, de todos modos, ya no tengo teléfono —aclaró Dean y mostró sus piezas—. Fue culpa de Zac.

Ella rio y vio una oportunidad.

—Qué lástima, y yo que otra vez te iba a compartir de mi red.

—Ah, ¿sí? —los ojos del chico brillaron.

—Obvi —respondió Nicole—. Pero ya no sólo te pediría palomitas a cambio, también tendrías que hacer otras cosas.

—¿Como qué? —arqueó una ceja.

—Como sacar la basura, ir al súper, ordenar mi alcoba, pintarme las uñas…

—Era muy bello para ser real —rio él.

Nicole sonrió.

—Pero, sobre todo, hacer que me divierta —Dean volteó hacia ella—. Ya sabes, aunque fuiste un patán conmigo eso no te quita lo cómico, hacías que mis días valieran la pena y que riera como loca al recordar esos momentos.

—Creo que yo también lo extraño —admitió Dean—. Y lamento haberlo arruinado al caer en “depresión” y culparte por ello.

—Olvídalo, ya quedó en el pasado.

—¿Pero aún somos amigos? —no sabía qué respuesta quería escuchar.

Nicole tardó en contestar, pues prefirió sólo mirarlo.

—Si tú lo deseas…

Él tornó los ojos.

—Lo anhelo en verdad —confesó—. Pero que sea como al principio.

—Ey —alegó ella—. Tú estás con Laila y yo con Kyle.

—Al menos no es con Zac —tosió Dean.

—¿Cómo…?

—No, nada —enmendó rápidamente—. ¿Crees que tenga arreglo mi teléfono?

—Déjame verlo bien —Dean alzó los brazos para que ella alcanzara a distinguirlo—. No se te quita lo exagerado, sólo tienes que unir las piezas, amigo.

—¿En verdad?

—Sí, es sencillo.

—Entonces creo que sí aceptaré tu oferta —agregó Dean—. Y para que veas

que estoy arrepentido, haré algo por ti.

Nicole se levantó, se sacudió el pantalón y respiró hondo para saltar a la casa de su vecino.

—¡¿Qué haces?! ¡Estás demente! —exclamó él cuando ella cruzaba el mediano espacio que separaba los hogares—. Te vas a ca… —no terminó de hablar y la sujetó.

—Vaya, creí que no lo lograría —anunció ella, agitada.

—¿Qué fue eso? —Dean quiso saber la razón del arrebato.

—No iba a gritar mi contraseña, capaz que alguien la escucha, y ya no serás el único vecino al que tendría que mantener.

—Muy graciosa —dijo Dean con el pulso acelerado.

—Y también vine a ayudarte a reparar el teléfono…

—Podríamos haber bajado, como personas civilizadas —argumentó él.

—Oye, estás muy serio —se quejó ella—. Pero bueno, sólo quería fingir ser un gato.

—Nicole, te está afectando tener a Wifi encerrado en casa. Ya quieres cambiar los papeles, pobre gatito.

—Nah, él tampoco es un gato.

—Sí, es su especie, no la tuya.

—Es gata —aclaró ella.

—¿Qué?

—Tendrá gatitos dentro de dos semanas, apuesto a que me la diste para no hacerte cargo de ella. ¡La abandonaste, canalla!

—Siendo sincero, ni siquiera sabía que era hembra.

—Yo menos—rio ella—. Y eso que ya hasta le estaba buscando pareja por internet…

—No creo que haya páginas para eso, Nicole… —rio él también.

—Sí las hay… —se justificó—. Oh, bueno, no sé. Quizá fue un sueño mío.

—Lo más seguro.

Se miraron y después alzaron la vista al cielo, la niebla ocultaba las estrellas.

Ella optó por pedir el teléfono para comenzar a poner cada parte en su lugar, después lo encendió y agregó su contraseña de internet.

—Ya está.

—Gracias, siempre me salvas el pellejo.

El frío comenzó a erizarle los vellos de la nuca.

—Bien, creo que ya me voy.

—Vamos —se pararon al mismo tiempo, Dean pensó que bajarían por las escaleras, no obstante, ella seguía con la idea de salir como llegó —. Es una locura, no lo hagas.

—Hace rato dijiste que era la princesa, imagínate que soy Jazmín con Aladdín cuando están de incógnitos y saltan para llegar a su refugio — Dean recordó esa parte de la película. Ella alargó su mano, y le dijo—: *¿Confías en mí?*

—Sí —dijo, y le estrechó la mano—. Pero no mueras —pues del otro lado no había nadie que la sostuviera.

—Será divertido —retrocedió para tomar vuelo y brincar—. Espera, si muero en el intento, ¿cuáles serían tus últimas palabras para mí?

—Ya sabes, que me des tu contraseña de Facebook para publicar que ya no estás con nosotros.

—¿En verdad?

—No —se carcajeó Dean—. Aunque estoy tentado a leer tus conversaciones con Kyle.

—No hace falta —sacó su iPhone y le envió los pantallazos por WhatsApp

—. Te acabo de enviar los mensajes de cuando me pidió ser su novia de nuevo.

—Ah, okey —Dean no supo qué decir, entonces su teléfono vibró.

—Pero, ya en serio… ¿No me dirías algo antes de saltar?

Dean guardó silencio, decidió que era mejor no expresar lo que sentía.

—Habla ahora o calla para siempre —Nicole frotó sus brazos, luego las manos y brincó a su terraza, tambaleó en la punta pero logró aterrizar a salvo—.

¡Sí! —celebró alegremente.

—Un segundo, yo también quiero intentarlo —sonrió Dean y corrió para saltar a la casa de su vecina, miró hacia abajo y se detuvo—. Olvídalo, ya me dio miedo.

—Bueno —ella hizo una mueca y dio media vuelta para entrar.

Entonces alguien tocó su hombro.

—Ya estoy aquí, era broma —había cruzado el espacio que los separaba imitando a un rockstar.

—¡Lo logramos! —chocaron las manos y el puño.

— *Vamos, come on, vamos todos allá, manos a la obra*… —cantó Dean mientras marchaba.

—Dean, ¿qué estás haciendo?

—Oh —se quedó quieto—. Ya sabes, quería festejar como cuando Dora, la exploradora, y Botas logran su objetivo… —se rascó la nuca —. Y lo asocié, bueno, porque tú tienes el cabello como ella…

Nicole abrió los ojos como dos platos y tocó su cabello.

—¿Te parece que luzco así? —bufó—. Además, ésa no es la canción correcta, ésa es la del principio.

—Changos, me equivoqué —habló él—. Pero no, Dora parece que tiene un problema mental, yo sólo dije que se parecían en el corte, fuera de eso, en nada…

Nicole le dio un golpe en la cabeza.

—Y tú eres el mono ese feo.

—¿Quién osa llamarlo así? Su nombre es Botas, B-O-T-A-S.

—Como sea —dijo ella cortante, parecía enojada—. *¡Lo hicimos, lo hicimos, lo hicimos! ¡Sí!* —comenzó a bailar.

— *We did it* —cantó Dean como si su puño fuera un micrófono—. *Saltamos sobre el lodo, y pasamos al duende, ¡sí! ¡Lo hicimos, lo hicimos, lo hicimos!*

¡Qué bien!

Los dos chicos de preparatoria no paraban de bailar como dos niños, cuando ya bajaban las escaleras de la casa de Nicole, aún seguían cantando.

— *¡Lo hicimos!* —finalizaron juntos.

—¿Qué hicieron? —la madre de la joven los esperaba en la sala.

Ellos tragaron saliva pensando que los regañarían por haber hecho algo peligroso. Se miraron, nerviosos.

—Mmmmh, oh, es que… Bueno, ya, este, uh… que-ríamos, cru-zar, y…

boom, pensamos, no que, así… Luego, ajá, bien… —intentaron hablar.

—¡Ana Elizabeth Nicole! —exclamó la madre horrorizada—. ¿Te acostaste con este charlatán?

—¡¿QUÉÉÉÉ?! —dijeron al unísono.

Después se vieron uno al otro y notaron que Dean aún tenía el atuendo de chico de playa, con todo lo que tenían en la cabeza, olvidaron que él aún seguía con la camisa desabotonada.

Sus rostros quedaron horrorizados y negaron inmediatamente con la cabeza y las manos.

Él rápidamente comenzó a narrar todo lo que le había pasado en el día, y Nicole explicaba con pausas la razón de su presencia ahí para que su madre ya no malinterpretara más las cosas.

Lo cierto era que ambos estaban hablando al mismo tiempo y no se les entendía nada, a pesar de que hacían ademanes y gestos no lograban clarificarse.

Y no ayudó que Dean mencionara su relación con Laila.

—¡Ana Elizabeth Nicole! ¿Tiene novia y aun así aceptaste?

—Mamá, deja de llamarme así —Nicole marcó un alto y miró al chico —: Dean, no me estás ayudando mucho. ¿Podrías retirarte, por favor?

—Pero… —levantó un dedo índice y recibió la mirada asesina de su vecina

—. Bueno.

Nicole lo acompañó a la salida.

—¡Claro! ¡Huye, cobarde! —espetó la madre.

—¿En serio no quieres que me quede a aclararlo? —Dean le preguntó a Nicole.

—No, es mi relación con ella, acaba de ver el programa de Laura Bozzo y piensa que todas esas cosas terribles van a pasarme también.

—Pero ella piensa que tú y yo…

—Ni lo menciones —no quería ni imaginarlo—. Puedo solucionarlo sola, así que no pasa nada —dobló la cabeza para cerrar la puerta.

—Espera —retuvo la perilla—. Quiero disculparme contigo, en verdad, no puedo creer que me dirijas la palabra después de que te inculpé. Y gracias por seguir compartiendo el internet —se sinceró—. Lamento haberte ocasionado problemas con tus padres.

—No es nada, luego te cuento cómo me fue, abrocha tu camisa de una vez por todas y jura nunca más cantar canciones infantiles —bromeó.

27

Un triste video de YouTube

Laila: Dean, Dean, Dean.

Enviado a las 9:45 a.m.

Dean: Ey, hola.

Visto a las 11:21 a.m.

Dean: Perdona la tardanza, es que Nicole apenas conectó el internet.

Laila: Jajaja no te preocupes.

Dean: ¿Ya solucionaste todo?

Laila: En parte, me voy a quedar a cuidar a Lauren, no puedo dejarla sola.

Dean: ¿En serio sufre esa enfermedad? Creí que era para llamar tu atención.

Laila: En verdad está muy mal, y debo apoyarla, estar ahí para ella.

Dean: -.- Pero ella nos separó, ¿cómo puedes ser tan linda?

Laila: Porque es parte de mi familia, quizá no pensó literalmente en hacerme daño…

Dean: No lo sé, no me convence.

Laila: Si algo te pasara, haría lo mismo.

Dean: Eso es diferente, yo no haría algo que te hiciera sufrir.

Laila: Quién sabe, cuando hablé con Zac, hizo bastante énfasis en Nicole. ¿Ella te gusta?

Visto a las 12:00 a.m.

Laila: Respondeeeee.

Dean: ¡No! ¿Cómo lo puedes pensar? Nicole regresó con Kyle.

Dean ha enviado una foto.

Laila: ¿Por quéééé? ¡Ay, no puedo creer que le dé una oportunidad después de lo que pasó!

Dean: Lo sé, ella merece a alguien mejor.

Laila: En fin, hemos estado lejanos este tiempo, y puede que se prolongue un

poco más…

Dean: ¿Por qué estás diciendo eso?

Laila: Porque también pasaré el Año Nuevo aquí.

Dean: No importa, sólo faltan tres días.

Laila: Y el día de la rosca.

Dean: Está bien, puedo esperarte.

Laila: Y el día de inicio de clases.

Dean: ¿Te veré a mitad de enero?

Laila: No.

Dean: ¿Febrero?

Laila: Posiblemente a principios de marzo.

Dean:

Tu prima no lo vale.

Laila: No es sólo por ella.

Dean: ¿Ah, sí?

Laila: Me ofrecí como voluntaria en el hospital. Me encariñé mucho con la familia de una paciente que está en coma.

Luego, la siguiente parte del día estoy con Lauren. Y al final, voy a la corte para darle apoyo moral a mi familia.

Dean: ¿Y la escuela? Perderás el semestre.

Laila: Hablé con el director. Me dijo que por esta ocasión se tomarían en cuenta las circunstancias; además, mis amigas me cubrirán lo más posible, incluso me pasarán los temarios. Te extraño.

Dean: Yo también, regresaaaa.

Laila: Quisiera, pero primero están las personas que quiero.

Dean: ¿Y a mí no me quieres?

Laila: A ti, te amo.

Visto a las 12:30 p.m.

Nicole: ¡Dean, Dean, Dean!

Enviado a las 12:30 p.m.

Nicole: Oye, si digo varias veces tu nombre parece que estoy tocando un timbre.

Dean: Jajajaja, hola. ¿Cómo estás?

Nicole: Ammm, bien, por fin convencí a mamá.

Dean: Pfff, qué alivio.

Nicole: Sólo con la condición de que Kyle viniera a comer, ¿puedes creerlo?

Visto a las 12:42 p.m.

Dean: No parece, vuelve, por favor.

Enviado a las 12:42 p.m.

Laila: Lo haré, pero en unos meses.

Dean: ¿Y si me voy contigo?

Visto a las 12:57 pm

Dean: Uuuuh, esto es serio. ~(^-^)/

Enviado a las 12:57 p.m.

Nicole: ¡Sí! Pero no sé cómo invitarlo. Tú que eres hombre, ¿cómo le digo para que no piense que estoy yendo muy rápido?

Visto a la 1:05 p.m.

Laila: Ya pregunté, me dicen que sí puedes venir.

Dean: Geniaaaaaaal.

Laila: ¿Vendrás sólo para Año Nuevo?

Dean: No, iré todo el tiempo que estés allá.

Laila: Ah, entonces no.

Visto a la 1:23 p.m.

Nicole: Ey, no me dejes en visto.

Enviado a la 1:23 pm

Dean: ¿Por qué no? Si te gustan mucho las palomitas. :3

Nicole: Sólo las palomitas de maíz, no las azules de visto.

Dean: Bueno, jajaja.

Nicole: Pero, hablando de eso; se me ocurrió una idea.

Dean: Cuéntame. :3

Nicole: Que mejor lo invite a ver una película, eso suena mejor.

Dean: Sí, de hecho.

Nicole: Y tú traes las palomitas de la casa de los Brooks.

Dean: ¿O sea que estoy invitado?

Nicole: …

Dean: Qué bueno que pienses que no seré mal tercio.

Nicole: En realidad sólo las vas a traer.

Visto a la 1:38 p.m.

Dean: ¿Por qué? Yo quiero estar contigo.

Laila: Yo también, pero no quiero que dejes la escuela, eso me asusta.

Dean: Nah, pediré permiso también.

Laila: Siendo sincera, no creo que te lo den; no eres buen estudiante, ni te llevas bien con los maestros, amor.

Dean: ¿Y crees que sea un impedimento?

Laila: Sí.

Visto a las 2:19 p.m.

Nicole: Entonces voy a desconectar el internet. No cumples el trato.

Enviado a las 2:19 p.m.

Dean: No, es que estoy hablando con Laila de algo delicado, ahorita voy por ellas.

Nicole: ¿Seguro?

Dean: Sí.

Visto a las 2:24 p.m.

Dean: ¿Entonces todo esto significa que estás rompiendo de nuevo conmigo?

Enviado a las 2:24 pm

Laila: Nooooo.

Laila: Sólo estoy diciendo que necesito tiempo, pero no para nosotros.

Dean: No entiendo.

Laila: Quiero seguir hablando contigo y tener una buena relación en la que pueda contarte lo que sea, que me apoyes y nos divirtamos. Algo así como amigos, pero no tan amigos, porque yo te amo.

Dean: ¿Algo así como una relación abierta?

Laila: Sí, parecido. Que este tiempo no cuente, y ya cuando yo regrese seamos de nuevo inseparables.

Dean: … No hagas esto. Apenas iniciamos ayer.

Laila: ¿Entonces qué propones?

Dean: No lo sé, al rato hablamos. Tengo que ir a la casa de los Brooks.

Laila: ¿Por?

Dean: Palomitas.

Visto a las 3:00 p.m.

Nicole: Deeeean ¿Dónde estás?

Enviado a las 5:30 p.m.

Nicole: Ya las necesitooooo.

Enviado a las 5:33 p.m.

Nicole: Mis palomitas, mocoso.

Enviado a las 5:35 p.m.

Nicole: Dean….

Enviado a las 5:39 p.m.

Nicole: Olvídalo.

Enviado a las 5:45 p.m.

Nicole: Ya no las necesito.

Enviado a las 5:49 p.m.

Nicole: Pero a ti sí te necesito.

Enviado a las 5:51 p.m.

Nicole: ¿Dean?

Enviado a las 5:55 p.m.

Dean: Lo siento, me quedé platicando y viendo televisión con la señora Brooks.

:3

Enviado a las 6:13 pm

Dean: ¿Qué pasa? Ya iba a llevar las palomitas…

Nicole: Mira por tu ventana.

Dean corrió las cortinas. Nicole estaba ahí, triste, con los ojos manchados de rímel.

—Nickelodeon, ¿qué pasó? —le partió el alma verla llorar.

—¿Puedes venir? —fue apenas un murmullo, pero por suerte Dean alcanzó a leer sus labios. Y de inmediato fue a verla.

—¿Sabes qué día fue ayer? —preguntó ella, un poco más serena.

Dean negó, no sabía ni en qué día vivía.

—El Día de los Santos Inocentes —se enjugó las lágrimas—. Todos hacen bromas, todo lo que te digan ese día es mentira… Kyle jugó conmigo, fingió regresar conmigo y le creí. Qué tonta soy.

—No, no puede ser —Dean la abrazó—. ¿Y por qué no terminó la broma ayer?

—Porque hoy decidió hacerla en grande. Como yo no entendí, él le comentó a todos lo ingenua que había sido y prefirió seguirme la corriente; entonces, hoy, cuando llegó a mi casa, trajo a todos sus amigos para burlarse de mí. Venían en un convertible y hasta me rociaron espuma y arrojaron huevos con confeti al tiempo que decían "Feliz Día de los Inocentes, ilusa" —Nicole colapsó presa del llanto otra vez—. Lo peor es que grabaron mi reacción y la subieron a YouTube:

¡ya se hizo viral!

—¿Por qué te harían algo así? —preguntó Dean, incrédulo, y ella le mostró el video que lo confirmaba: Antes de tocar, un grupo de chicos

yacían escondidos; entonces se ve el rostro enamorado de Nicole que recibe a Kyle con un beso, y es ahí cuando él rompe su corazón de una manera cruel y vil: le grita la verdad y enseguida salen todos los chicos escondidos a arrojarle huevos y rociarle espuma. Ella luce furiosa y acto seguido manda a todos al diablo.

Entonces aparece aún más gente que repite "i-lu-sa, i-lu-sa". La chica en el video ruega que paren, pero ellos la ignoran; de hecho, suben el volumen de sus burlas, le dicen cosas como: "Miren, la chica dura tiene sentimientos" y "Vaya que es débil la mosquita muerta". Entonces Nicole no lo soporta más y entra a su casa hecha un mar de lágrimas.

—¡Malditos! —enfureció Dean. "¿Qué se podía esperar de un chico que ya la había engañado una vez?", pensó—. ¡Eso no es una broma! ¡Es una humillación!

Te lastimaron —la abrazó fuertemente—. Lamento no haber estado ahí, escuché bullicio, pero creí que eran las noticias en la televisión… Lo siento tanto. Ahora vuelvo —la soltó.

—¿A dónde vas?

—A darle una lección a Kyle —estaba dispuesto a pelear a pesar de no ser un gran contrincante. Lo importante era dejar en claro que lucharía por Nicole.

—No —lo retuvo—. ¿Qué haces?, si eres un debilucho.

Dean suspiró, bien sabía que terminaría con un ojo morado, pero Nicole lo valía, Nicole valía cada segundo de su existencia.

—No me importaría quedar en ridículo, prefiero ser un buen amigo.

—Pero no seas tonto, por favor. Así no solucionarás nada.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Puedes quedarte conmigo —le suplicó con los ojos anegados de lágrimas.

Dean no pudo negarse, sentía diferente a Nicole: ella expresaba lo que sentía, sacaba todo lo que se había guardado: y lo hizo llorando a su lado. Sobre su hombro rodaban las lágrimas, y él la abrazaba con todo el amor del mundo: le besó la frente, acarició su cabello corto y enjugó las lágrimas con su pulgar.

—Siempre estaré aquí para limpiar tus lágrimas —le dijo. Así permaneció un largo tiempo, acogiendo su lamento, escuchándola sollozar y sobre todo, sosteniéndola, nunca soltándola.

Después, pensó que su humor podría hacerla reír, le contó algunos chistes terriblemente malos, pero él al reír contagiaba su humor. Y su plan funcionaba.

También se le ocurrió algo más.

—¿Sabes a quién te pareces aparte de Dora, la exploradora?

—No, por favor, no lo digas —ocultó su rostro.

—A Boo —rio él—. La de *Monsters, Inc.* ¿La conoces?

—Gatito —imitó ella.

—Exactamente —sonrió él—. Te gustan los gatos y las cosas peludas; Sullivan fue tu amigo de pequeña, pero él tuvo que regresarte a tu mundo —

Dean revisó el armario de la chica—. Oh, Dios, hasta tu puerta tiene el mismo diseño. Eres tú, a mí no me engañas.

Nicole no pudo aguantar la risa, jamás encontraría a un chico como él, que la hiciera reír tanto sin recurrir a lo obsceno. Aunque a mil personas les pareciera infantil, Dean tenía el aura de un chico muy alegre y espontáneo. ¿Quién puede

levantarte el ánimo con semejantes incoherencias? Sólo Dean.

—¿Ves?, no tiene nada de malo que seas de nuevo famosa, ya lo fuiste cuando eras pequeña —agregó el muchacho—. Piensa en lo mucho que los niños y adolescentes han esperado tu regreso.

—Dean, no soy ella.

—Claro que sí, recuerdo que una vez, de niña, desapareciste; no lograba verte jugar en el patio.

—Esa vez fui a un campamento.

—No sigas mintiendo, tu secreto está a salvo conmigo, no se lo diré a nadie.

Pero, dime: ¿cómo fue estar allá, del otro lado de la puerta? ¿El pelaje

de Sully era tan sedoso como parece en la película? ¿Lo extrañas? No puedo creer que conozca el verdadero nombre de Boo…

Nicole carcajeaba:

—Estás demente.

—Sí, recuerdo como tu mamá te peinaba con esas coletas —sujetó su propio cabello rizado e intentó hacer una demostración—. Un segundo, ¿por qué tu mamá no está aquí?

Ella puso los ojos en blanco.

—Sabes que mis padres trabajan todo el día. Pero mamá había pedido permiso a su jefe para salir temprano y venir a conocer a Kyle. Justo llegó después del "show" que me montaron. Recogió todo para no dejar ni un rasgo de evidencia que pudiera hacerme sentir mal y me consoló por un rato hasta que llegaste tú. Entonces fue al médico.

—Entiendo —dijo él, y su vecina asintió—. Es mejor que me vaya, cualquier cosa me envías un mensaje.

—Sí, ya es bastante tarde —miró el reloj. Eran las diez de la noche.

—Bien —se levantó—. Tengo que ir a decirle a Zac que me caliente de cenar porque guisa mejor que mi madre.

—Puedes cenar aquí.

—Es broma, cada que voy a casa de doña Margaret me alimenta como si me estuviera cebando para la cena de Año Nuevo.

—Suerte que faltan pocos días —bromeó ella—. Te imagino con una manzana en la boca.

—Ey, no soy un cerdo —argumentó.

Se despidieron alzando una mano y cada quien regresó a su hogar.

•••

A la hora de dormir, Dean tuvo una idea. Llamó a Nicole a través de su ventana.

Ella encendió la luz y se asomó.

—Aún está conectado el internet, puedes decirme lo que quieras por teléfono.

—No lo creo —ladeó la cabeza—. ¡33-12! Tenemos un 33-12.

—¿Qué pasa? —se alarmó ella.

—Nada —sonrió el—. Quería desearte buenas noches.

—También podías escribirlo —se cruzó de brazos.

—Pero no escucharías la sinceridad de mi voz —añadió Dean—. Dulce sueños —pronunció con delicadeza.

—Existen los mensajes de audio, idiota —se apresuró a decir Nicole para evitar sonrojarse.

—Gracias, acabas de arruinar el momento.

—De nada.

28

Ahorremos energía

Dean: Hola, hola, cara de bola.

Nicole: Olita de mar.

Dean: ¿Ya estás mejor?

Nicole: Sí.

Dean: Oye, Nicole…

Nicole: ¿Sí?

Dean: También eres el emoji de esa muñequita. Tienes el cabello corto y negro, jajaja.

Nicole: Ya vas empezar, lo agregaré a los apodos que me dices.

Dean: Ey, son de cariño.

Nicole: Ajá. xD

Dean: Admítelo, es todo un privilegio. ¿Quién es Dora, la exploradora, y Boo, y un emoji, todo al mismo tiempo? Eres toda una celebridad,

jajaja.

Nicole: Lo sé, lo sé… Cuando quieras te doy mi autógrafo.

Dean: ¡Yeiiii!

Nicole: Pero antes, tengo una duda que me carcome cada vez que hablo contigo.

Dean: ¿Cuál?

Nicole: ¿Cómo es que sabes tanto de películas, series y programas infantiles?

Nunca has tenido televisión…

Dean: Jajajaja.

Nicole: Responde.

Dean: No.

Nicole: ¿Me has estado mintiendo?

Dean: No, obviamente no. Mi familia ha sido rara toda la vida, de hecho jamás

he ido a un cine.

Nicole: Pero eso no es tan moderno…

Dean: Ya sé.

Nicole: Y eso descarta una posibilidad, pero dime: ¿por qué sabes tanto de esas cosas? Parecería que te la pasabas pegado a la televisión cuando eras niño…

Dean: Todo lo contrario, pequeña Dora Boo Emoji.

Es que, cuando fui niño, nunca disfruté de mi infancia en ese sentido.

Conozco todos los juegos al aire libre, más de los que te puedas imaginar.

Pero en la escuela siempre escuchaba hablar de películas y programas de televisión que todos disfrutaban. Yo no entendía y siempre preguntaba qué eran; algunos me explicaban, otros se burlaban. Quise

saber de qué se trataban. No fue sino hasta la adolescencia que descubrí el internet, pero conservaba todos los nombres en mi mente. Así que descargo la película o el programa en aplicaciones, uno a la vez, y cuando lo termino de ver, lo borro (porque no tengo mucho espacio, jaja), y si no lo encuentro, lo busco en YouTube.

Nicole: Qué chafa eres, yo por eso tengo Netflix.

Dean: ¡Por eso luego está lento el internet!

Nicole: Sí, jajaja.

Dean: ¡Utilizas toda la señal!

Nicole: Es mi wifi, jajaja.

Dean: Pero no se vale, así no me dejas ver videos.

Nicole: Ya entiendo por qué eres tan infantil…

Dean: ¿Porque soy *kawaii*? :3

Nicole: (/_.) No.

Dean: ¿Entonces?

Nicole: Porque todo lo que no viviste en la infancia, lo vives en la adolescencia.

Supongo que no pierdes el tiempo viendo cosas que disfrutan los adolescentes normales, tú anhelas conocer lo que agradaba a los niños de tu tiempo.

Dean: Sí.

Nicole: Soy toda una detective.

Dean: Jajaja.

Nicole: Es bastante duro vivir sin las tecnologías modernas, ¿verdad?

Dean: No tienes idea, he querido adaptarme, pero no lo consigo.

Ya ni la anciana lo consigue, ahora que tiene *smartphone,* no logro que aparte la vista de la pantalla.

Nicole: Jajaja, lo sé. Ayer me envió un mensaje de texto, al principio

me asusté, pero entonces vi su foto de perfil y

no sabes, me hizo el día.

Dean: Qué mala onda, a mí no me ha enviado mensajes.

Nicole: Si quieres ahorita te pasó su número, pero que yo sepa, ya lo tenía.

Nicole ha compartido un contacto.

Dean: Gracias, gatito.

Nicole: Jajaja, se ha vuelto adicta a las redes sociales. Hoy quedamos en vernos para enseñarle a ser una mujer *online*; por ejemplo, que no debe contestar los mensajes enseguida, jajaja.

Dean: Oye, no le hagas eso.

Te digo: querías conseguirle pareja a Wifi, pero no se te hizo, y ahora quieres conseguírsela a ella, jajaja.

Nicole: No, Margaret tiene a don Jorge, sólo quiero enseñarle las leyes femeninas para navegar en internet.

Dean: No sabía que algo así existía.

Nicole: Igual y lo estoy inventando todo.

Dean: Jajajaja.

Nicole: Pero sí me voy. Iré a su casa y, como sabes, no llega mi señal hasta allá.

Dean: Invítenme.

Nicole: No, es reunión de chicas.

Dean: Ella es una anciana.

Nicole: Pero no seré la única chica.

Dean:

Nicole: Irán Abril, Sasha, Anahí, Romina y algunas amigas de Margaret.

Haremos dinámicas raras, les enseñaremos a usar los teléfonos

inteligentes a las mujeres mayores, y ellas nos enseñarán a tejer.

Dean: ¿Cambiarán los papeles?

Nicole: Algo así, ¡demencia de fin de año!

Dean: Qué loco, yo quiero ir a grabarlas.

Nicole: NOOOO, te mato si lo intentas. xD

Dean:

Nicole: Pero si quieres salir, podríamos ir al cine un día de estos. Te enseñaré cómo divertirte, ya que nunca has ido.

Dean: Suena fantástico, pero le prometí a Laila ir al cine por primera vez con ella. Ya sabes, si vas en pareja, dicen que puedes usar la táctica de pasarle el brazo por la espalda y así.

Visto a las 11:36 a.m.

Dean: ¿Nickelodeon?

Nicole: Ah, sí, está muy bien.

Dean: Pero después de eso, ya podemos ir al cine, ¿vale?

Nicole: Okey.

Dean: Llévame.

Nicole: ¿A dónde?

Dean: Con la señora Brooks, ella siempre me alimenta y no he desayunado. :c **Nicole**: Tienes manos y pies, puedes hacer algo en la cocina.

Dean: Nah, para eso tengo a Zac.

Visto a las 12:00 p.m.

Dean: …

Nicole: Un chico estudioso, aspirante a médico, en servicio social, deportista, músico, simpático, castaño, con modales, que se preocupa por su familia, que lee, sabe cocinar… ¿Y si mejor me invitas más seguido a tu casa?

Dean:

Nicole: ¿Qué? XD

Dean: ¿No crees que si fuera todo eso ya habría tenido al menos una novia?

Nicole: De seguro las rechaza porque está centrado en su carrera.

Dean: Yo digo que es por su tecnofobia.

Nicole: Conmigo la supera…

Dean: Suerte que hoy no está en casa.

Nicole: Y como no tienes a quién molestar, quieres venir conmigo.

Dean: Exacto, y no olvides la comida gratis.

Nicole: Ahhh.

Dean: Anda.

Nicole: No, y seré buena onda, porque te dejaré conectado el internet.

Dean: ¿Y eso qué?

Nicole: Que cuando no estoy, desconecto todo para no gastar luz.

Dean: Bueno, gracias por eso.

Nicole:

Dean: ¿Pero si muero de hambre?

Nicole: Come algo.

Dean: ¿Me pasas la receta de cereal con leche?

Nicole: ¿Es broma, verdad?

Dean: No, no sé hacer nada. :c

Nicole:

Dean: Bromeo. JAJA-JÁ.

Visto a las 12:59 p.m.

Dean: No me dejes.

Enviado a la 1:11 p.m.

Dean: ☹

Enviado a las 3:00 p.m.

Nicole: ¿Sigues vivo?

Enviado a las 8:04 p.m.

Dean: No.

Nicole:

¿Qué hiciste?

Dean: Vi todas las películas de *Toy Story*, ahora entiendo por qué en la escuela los niños pensaban que tenían vida sus juguetes. Subí al ático después de terminarlas.

Nicole: Jajajaja.

Dean: No te pregunto cómo te fue porque sé qué hiciste, me aburrí un rato y fui a espiarlas.

Nicole: Nooo.

Dean: Pero no grabé, tranquila.

Nicole: ¿Y ya llegó Zac?

Dean:

Nicole: Para saber si comiste, tonto.

Dean: No, terminé ordenando una pizza, lo cual es ilógico, ya que mi trabajo de medio tiempo es repartir pizzas. xD

Nicole: No más ilógico que saber cómo la pediste, si no tienes línea telefónica en

casa. xD

Dean: Celular, dah.

Nicole ha enviado una nota de voz.

Dean ha enviado una nota de voz.

Nicole: En fin, antes de que te enojes. Mañana no conectaré el internet en todo el día.

Dean: ¿QUÉÉÉÉ?

Nicole: Es Noche Vieja, Dean. Prepararemos todo para la velada. Es tiempo para pasarlo en familia.

Dean: No, no es lo mío.

Nicole: Pues, ni modo, porque sí es lo mío, si no, sólo me voy a estar distrayendo en Facebook.

Dean: Al menos enciéndelo un rato, para desear feliz año en mis redes sociales y enviarle un mensajito bonito a Laila.

Nicole: Te recomiendo hacerlo hoy, de una vez.

Dean: Pero…

Nicole: Te estoy haciendo un favor: así tus padres no se enterarán de que tienes teléfono propio, ya que dejarías evidencia.

Dean: Pero no se vale, porque mis primos sí traerán los suyos, y yo no tendré nada que hacer.

Nicole: Claro que no, ese día es para estar con la familia, no en la web: arréglate y tómate una foto en la chimenea, disfruta, come pavo y da unas palabras motivadoras a tu familia.

Dean: Bah, eso ya es tan anticuado, estamos en pleno siglo XXI.

Nicole: Pero el internet rompe la comunicación física. ¿Has visto que en las fiestas la gente está rodeada de teléfonos? Ya sólo conviven cuando se sacan selfis.

Dean: Es diferente, no es en familia.

Nicole: Sí pasa lo mismo. Incluso se envían mensajes cuando la persona está a un lado.

Dean: Pero así es la vida ahora.

Nicole: En mi familia no.

Dean: Tu familia es extraña.

Nicole: No más que la tuya. xD

Dean: *Touché*.

Nicole: Así que deséale buen año a tu novia desde hoy, bye.

Dean: No, no lo quites.

Nicole: Estoy pensando en reducir el consumo de la red virtual, hace daño.

Dean: Hoy estás hablando mucho como Zac…

Nicole: Nos entendemos muy bien, ¿no?

Dean: Demasiado…

Nicole:

Dean: Ya, ya entendí.

Nicole:

Dean: No va a funcionar.

Nicole: ¿Qué cosa?

Dean: Intentas darme celos, pero te recuerdo que sólo tengo ojos para Laila.

Nicole: Jajajaja. ¿Piensas que me gusta Zac?

Dean: Pienso que tú piensas que quieres hacerme pensar que sí.

Nicole:

Apenas lo conozco, sólo quiero tratarlo más.

Dean: Qué lástima, no lo permitiré.

Nicole: ¿Por qué no?

Dean: Ya desconecta el internet, por favor.

Nicole:

Dean: Estoy esperando a que lo hagas.

Nicole: Creí que nunca dirías eso.

Dean: Buenas noches.

No se ha podido enviar el mensaje, revise su conexión a internet.

Dean: ¡Changos, monos y bananas! ¿Por primera vez me hiciste caso?

No se ha podido enviar el mensaje, revise su conexión a internet.

Dean: Hubiera pedido otra cosa.

No se ha podido enviar el mensaje, revise su conexión a internet.

Dean: No le escribí a Laila feliz año adelantado.

29

Celebrar Año Nuevo con una guerra de comida

¿Cómo pasar el 31 de diciembre al estilo de los Blackelee?

Dean despertó, molestó a su hermano, desayunó, sacó la basura, sacó la basura de casa de Nicole, le pintó las uñas a Nicole con diseños de copos de nieve —y le quedaron fatales, a pesar que tardó más de dos horas—, también le rogó a su vecina que conectara el internet, pero su respuesta fue un rotundo “no”, así que tuvo que seguir con su fracasada vida.

Zachary toleró a su hermano menor poniendo los ojos en blanco, ayudó a sus padres a preparar la ensalada de manzana para la cena y a rellenar el pavo, después se vistió para recibir a los invitados.

Los familiares llegaron y el chico rizado aún no estaba listo, pues aún no se duchaba por preferir bañar a Pizza. El perro habría de lucir mejor que su dueño.

Luego del contratiempo, y de acomodar su alborotado cabello, saludó a sus abuelos, tíos y primos paternos. Los condujo a la sala para “convivir”. Dean intentó seguir el consejo de Nicole para disfrutar Noche Vieja.

—¡Hola! —saludó a su primo Ryan—. ¿Qué haces? —esperó una respuesta que no recibiría, así que se acercó más a él.

—¿Qué no lo ves? —se apartó Ryan—. Estoy en Facebook —mostró su pantalla.

—Deja eso, no te veo desde hace tres años —argumentó Dean.

—No molestes —añadió su primo y se colocó los audífonos.

Es cierto que los padres del joven rizado no aceptaban las tecnologías dentro de casa, pero tampoco llegaban a prohibírselas a sus familiares, puesto que eran sus invitados y deseaban hacerlos sentirse bienvenidos.

Disimularon su molestia y con una mueca le advirtieron a Dean que no se le

ocurriera dejarse influenciar por Ryan. Pero no había necesidad de eso, el chico estaba perdido en su mundo virtual e intentara lo que intentara, Dean no lograba captar la atención de su primo.

Al fin se rindió y fue a molestar a su prima Lazzy, una niña de seis años. Se identificó con ella, terriblemente, cuando hablaron de Dora, la exploradora, ya que le recordaba a su dulce Nicole. Pero no fue una gran idea seguir con el tema, pues le platicó de la parodia con zombis que había visto en internet y la pequeña terminó llorando a mares. Sus tíos le dirigieron miradas asesinas.

Caminó hacia la cocina, donde se encontraba su tía abogada, soltera y cuarentona, los abuelos y sus padres. Hablaban de política y Dean estaba tan aburrido que decidió sentarse a escucharlos, pero después de cinco minutos se hartó de tanta injusticia.

Sólo quedaba recurrir a Zac, que leía cómodamente en el sofá.

—Hermano del mal —saludó Dean—. Todos están en su mundo, ayuda.

—¿Qué quieres? —bufó sin alzar la vista de su libro.

—Estoy aburridoooooo —cantó, desafinado—. Ve por leña para encender la chimenea.

—¿Y yo por qué?

—Para que ya no leas, no puedo creer que casi acabes ese libro, sólo han pasado dos horas.

—Está interesante —iba a comenzar a parlotear sobre su libro.

—Qué flojera, para: cómo deseo que la literatura también fuera prohibida, como lo son las tecnologías.

—¿Seguro? —arqueó una ceja—. ¿No ibas a escribir un libro sobre mí en la esa cosa *watapad* ?

—Wattpad —corrigió Dean—. Y no tiene caso, nadie quiere saber sobre ti, eres la cosa más aburrida que he visto en la vida.

Zachary cerró su libro. Él jamás hacía tal cosa si no lo valiera.

—Yo soy más interesante que una tonta historia de un chico que está enamorado de su vecina, pero jamás habló con ella hasta que éste se consiguió novia virtual y así pudo reclamarle por desconectar el internet, ya que robaba su señal para poder hablar con su "novia". Hasta que terminó confundido y ahora no sabe qué hacer más que molestar a toda su familia en víspera de Año Nuevo.

Dean estrechó la mirada.

—¿Puedes dejar de burlarte de mí? No ayuda.

Zachary meneó la cabeza mientras soltaba una risita.

—Nadie dijo que hablaba de ti, yo sólo me refería a una historia famosa en Wattpad. Y por eso no leo ahí, sus historias son basura.

—Hablando de basura… —Dean arrugó una bolita de papel con su saliva, y la escupió en la cara de su hermano. Vamos, le resultaba insoportable que denigrara toda la literatura que no perteneciera a los grandes clásicos.

—¡Vuelve, cosa infernal! —gritó Zac persiguiendo a Dean hasta su habitación.

Al fin, éste respiró hondo, pidió disculpas a la familia y regresó al sofá para retomar la lectura.

Dean abrió lentamente su puerta y notó que no había nadie, no pudo evitar más y tomó su teléfono a escondidas. Procedió a encerrarse en el baño, donde bajó la tapa del inodoro y se sentó para jugar con su teléfono… Gran manera de festejar la última noche del año.

Cuando alguien quería entrar a hacer sus necesidades, él fingía estar enfermo del estómago y por eso ocupaba tanto el baño. Disfrutó escuchar sufrir a Zac porque no salía del sanitario, pues el otro en casa

estaba fuera de servicio.

—¡Caracoles! —exigió su hermano—. ¡Sal de una vez!

—¡Con un carajo! ¡Abre la puerta! —amenazó su padre.

Dean se levantó inmediatamente y bajó la palanca del retrete para no levantar sospechas.

Salió triunfante y le mostró la lengua a Zac.

—Cariño, ¿no quieres medicina? —preguntó su madre.

—Emmmh, no, gracias, creo que ya acabé de sacarlo todo…

—Pero puedo recetarte algo, para que estés mejor, hermanito —sonrió Zac.

—Tengo una mejor idea: prepárame un té —sentenció el hermano pequeño, y el hermano mayor se levantó para calentar agua. Cuando se lo trajeron, Dean fingió tomarlo, pero en realidad lo regó en las plantas. ¿Y si tenía veneno?

La noche prosiguió aburrida, pues sin música, sin televisión ni radio, en la casa no había con qué encender la chispa de celebración.

Lo mejor fue cuando la abuela tocó el piano y se quedó dormida mientras lo hacía.

Al final decidieron adelantar la cena por falta de cosas por hacer, así que los

abuelos oraron por los alimentos y cada quien dijo unas palabras antes de comenzar a comer.

—Entonces, Dean, ¿tienes novia? —se animó a preguntar la tía Roxana.

—Así es, hace tres días se hizo oficial —sonrió.

—¿Y tienes una foto? Quisiera conocer a la desdichada, digo, a la afortunada

—rio ella.

—Dean no usa un *smartphone* —se adelantó a decir su madre.

—Pero tengo algo que funcionará —dijo él, se levantó de la mesa para ir a su recámara y traer el retrato que pintó para su novia, el cual planeaba darle al terminar las vacaciones—. Se llama Laila, es la chica más popular de la escuela… —comenzó a presumirla.

—Caray, es muy linda —señaló su primo.

—¿Es la vecina?

—¿Qué? —se confundió Dean—. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, he visto que volteas mucho a la ventana.

—Ah, no, ella sólo es mi amiga.

—Creí que te gustaba, y nunca pensé que tuvieras una novia como la que dices, te creería más si dijeras que es la vecina —argumentó su tía.

Dean tosió y absorbió rápidamente su refresco mientras Zac reía con el comentario.

—¿Tienes algo que decir, Zachary? —volvió a hablar Roxana.

—No, nada —enrolló con su tenedor el espagueti—. Perdón, tía.

—Vamos, diles —habló Dean.

—¿Qué cosa? —preguntó su hermano mayor.

—Zac compartió audífonos con la vecina —anunció a propósito el chico de rizos.

Para muchas familias podría ser algo de lo más normal, pero no para esta familia, en esta familia eso era un delito.

—¿Y cuándo planeabas decirnos? —se cruzaron de brazos sus padres.

—¿Qué? —escupió Zac—. Sólo fue un momento, me mostraba a una cantante llamada Adele.

—¡Zachary, no te contamines, por favor!

—¿Qué? No, no, yo no… —fulminó a su hermano con la mirada—. Bien…

Papá, mamá: tengo que confesar algo, y no es lo que ustedes piensan.

Mi

hermano menor, desde hace unos meses que…

Dean tragó saliva, sabía que iba a revelar que ocultaba un teléfono en la casa.

Tenía que actuar rápidamente, pero lo único en que podía pensar era en comida, así que no dudó en lanzar una ración de espaguetis al rostro de su hermano para callar sus labios.

Zac sacudió la cabeza y tocó su nuca. Si existía algo que amara tanto como los libros y la medicina, era su cabello, su castaño, lacio y sedoso cabello.

Giró hacia su enemigo y contestó la jugada. Pronto Dean tuvo al menos tres tiras de pasta entre sus rizos, más uno que colgaba de su nariz. El hermano menor se acomodó los lentes sobre la nariz y alzó los hombros.

“Bueno, lo valió: él olvidó lo que iba a decir”, pensó Dean.

—¡Chicos! —exclamó su madre—. ¿Dónde están sus modales?

Zac se estrelló la palma de la mano en la frente, no quería pelear ese día, pero se enfureció por culpa de su hermano, así que ya no le importaba usar todo lo que había en su plato, y arrojó más comida al traje de Dean.

Lo tomó por sorpresa y éste se asustó.

“Bien, posiblemente no quede suficiente para el recalentado de mañana”, reflexionó Dean y lanzó su porción restante de cena.

—¡Guerra de comida! —aplaudió Lazzy.

—¡Sí! —secundó la abuela, quien de inmediato tomó el tarro de aderezo para arrojárselo a su nuera, que le caía mal.

La señora Blackelee terminó completamente empapada.

Miró a su esposo y tras un breve instante, contraatacó.

Ahora todos estaban lanzándose comida unos a otros, parecía que el espagueti flotaba y el pavo, resucitado, emprendía el vuelo.

Dean reía y deseaba fotografiar el momento por lo ridículos que sus

familiares estaban siendo, pero sabía que, de hacerlo, él mismo delataría la posesión de un teléfono, así que se limitó a guiñar el ojo imaginándose que tenía el obturador de una cámara en sus anteojos, y que con ellos lograría perpetuar ese recuerdo en su memoria.

Vio que Zachary por primera vez se comportaba como un niño o adolescente, que reía.

Las cosas se ponían cada vez más intensas, pues los minutos avanzaban y la comida volaba en mayor cantidad.

Probablemente no sólo deberían despedirse del recalentado del día siguiente, era fácil distinguir que se quedarían sin cenar.

La familia Blackelee fue a la cocina en busca de cazuelas y postres, e iniciaron también la guerra de pastel. Zac con trabajos podía respirar después de que su cara quedara hundida en la tarta de limón.

Dean se escondió bajo la mesa, rodó hasta la sala para después avanzar en cuclillas y por fin salir a tomar aire. Escapó lentamente y se dirigió a la entrada principal, desde donde podía escuchar el alegre y normal festejo de la familia Carter.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! … —escuchó—. ¡Feliz Año Nuevo!

Había música, varias luces prendidas, serpentinas y espantasuegras que resonaban en el frío invernal. Dean sonrió al distinguir por la ventana a su vecina, brincando y bailando llena de felicidad. Se llevó las manos a los bolsillos y se desplazó hacia la casa de Nicole, no sin antes sacudirse la comida que le habían arrojado minutos atrás. Tocó el timbre y tardaron un buen tiempo en abrir, de no ser por lo insistente que era Dean, quizá jamás hubieran atendido el llamado.

—¿Otra vez el ladrón de wifi? —espetó la señora Carter—. Niño, no molestes, no vamos a conectar el internet.

—Sólo vine a desearle feliz Año Nuevo a Nickelodeon. Debido a que desconectaron la red, preferí hacerlo en persona —soltó el chico sin tapujos.

La señora resopló y gritó el nombre completo de su hija para que la escuchara, emparejó la puerta y se marchó, dejando al pobre Dean en el frío de la noche.

—No, Kyle, no quiero saber nada de ti, lárgate —exclamó Nicole sin

mover un centímetro el picaporte.

—No, soy Papá Noel, jojojojo —imitó la voz de Santa.

—¿Dean? —preguntó asomando la cara por la ventana superior de la puerta

—. Navidad ya pasó, homúnculo.

—Como sea, te tengo un regalo, pero lo olvidé en casa así que sólo me tienes a mí… ¡Feliz Año Nuevo! —extendió sus brazos para que le abriera y así poder abrazarla.

Ella, sorprendida, se quitó el gorro de fiesta y añadió:

—Sin regalo, no hay abrazo —y cerró dando un portazo.

El joven se desanimó por el abandono y frotó sus manos heladas.

—¿Entonces tendré que pedir posada con los Brooks? —murmuró.

—No, tonto, ya estoy aquí —Nicole lo abrazó por la espalda, había salido por la ventana del porche para así sorprenderlo. En efecto, Dean se sobresaltó por la ocurrencia.

—Genial —soltó una risa y giró sus talones para verla a la cara. Entonces la abrazó fuertemente.

—¿Quieres pasar? —ella lo invitó esta vez cuando dejaron de abrazarse.

Dean miró a su casa, lo más seguro es que ellos aún no se dieran cuentan de que él faltaba, pues ni siquiera habían notado el cambio de año.

—Sí, tengo hambre —admitió, posiblemente no quedaba nada rescatable en su hogar.

—¿En qué momento te invité al brindis? —reaccionó Nicole riendo.

Terminó por convivir con los Carter como un amigo cercano de la familia, conoció a los primos y tíos de su vecina y en la cena entabló una conversación agradable con ellos a tal punto que fue requerido para el festejo próximo: salir al jardín a soltar globos de luz. Dean bautizó a uno con su nombre para que volara tan lejos como las estrellas que tanto amaba, era un sueño hecho realidad.

—Sabes, esto se parece a la escena de *Enredados* —mencionó Dean, por los globos y por cómo lucía aquel día el cabello de Nicole—. También podrías ser Rapunzel, cuando al final le cortan su cabello mágico. Eres tantos personajes de Disney.

—¿Eso es bueno? —arqueó una ceja Nicole.

—Maravilloso, me confirma que eres una princesa, pero no sólo de la animación, eres real.

Ella lo miró bajo el cielo estrellado, le agradeció por ser parte de su año y por haberle robado el internet. Podía ser su Flynn Rider, con la única diferencia de tener el cabello rizado.

El frío aumentó de intensidad, así que Dean, como un caballero, hizo ademán de entregarle su abrigo, entonces espaguetis cayeron de su manga, al parecer no se había sacudido los restos de comida voladora del todo bien.

—¿En serio, Dean? —rio Nicole alzando una tira de pasta que colgaba del brazo de su vecino—. En verdad amas la comida, ¿cuánto tiempo lleva esto ahí?

—Larga historia… por cierto, creo que debo irme —habían transcurrido por

lo menos dos horas desde la guerra de comida.

—Ah, entiendo —estiró los hombros—. Descansa…

—¡Por fin te encuentro! —sorprendió Zachary a Dean, dándole un golpe en la nuca.

—Ey —se quejó Dean—. ¿Cómo entraste?

—Siempre te busco con los vecinos, y los ancianos ya están dormidos, pregunté si aquí estabas y la familia Carter me dejó pasar —aclaró, y se dirigió a Nicole—: Hola, deseo que para este año que comienza todo tu metabolismo esté en perfecta homeostasis, que llegues a ese control absoluto de tu perfil tiroideo y lipídico: feliz año.

—Está bien, ahora repítelo en español, por favor —respondió Nicole riendo

—. Eso de estar estudiando medicina afecta tu sistema, Zachary.

—Estamos de vacaciones, no voy a pensar —se apresuró a decir Dean

jalando de la camisa a Zac. Aún seguía pegajoso por la crema chantillí, así que se limpió la mano en la espalda de su hermano—. Ya vámonos.

•••

—¿Y los demás? —inquirió Dean al llegar a casa.

—Buscándote, como siempre.

—No entiendo por qué les preocupo tanto, ni que fueran a atropellarme… ¿O

sí? —se quejó.

—Eres un adolescente, podemos esperar de ti cualquier cosa.

—Basta —su teléfono vibró con una llamada entrante de Laila—. ¡Hola, amor! Lo siento tanto por no lograr conseguir internet el día de hoy, te extrañaba, te deseo un…

Zac lo empujó para que colgara, sus padres estaban a punto de abrir la puerta y enterarse de una vez por todas que existía tecnología prohibida en casa.

30

Nueva foto de perfil

—No, esto no es Urgencias, número equivocado —alcanzó a colgar Dean.

Zac giró hacia él y le arrebató el teléfono. Sus padres intercambiaron miradas.

—¿Qué significa esto, jovencitos? —reclamó su madre.

—¿Recuerdan lo que quería decirles en la cena? —respondió el hermano mayor, Dean se llevó las manos al rostro, ya no había nada que hacer—. Tengo teléfono.

—¿Qué? —se sorprendió el chico de cabello rizado.

—¿Tú? —preguntaron incrédulos sus padres—. Pero, Zac, tú tienes tecnofobia y siempre nos has apoyado…

—Es temporal —interrumpió el castaño—. No lo soporto, es lo más

repugnante que he tenido en toda mi vida, mis manos se calientan, y me duelen los ojos de mirar la pantalla. Es demoniaco, contiene información no confiable…

¡Internet!

Dean estaba boquiabierto. ¿Qué era toda esa mentira? Como sea, le beneficiaba seguir la corriente.

—No comprendo —habló su padre—. Entonces, ¿por qué lo usas? Y si es tuyo, ¿por qué Dean lo traía?

—Seré breve —explicó Zac—. En la universidad me obligaron a usarlo, dicen que no puedo avanzar en mi carrera si no llego a aceptar que las tecnologías son parte de la medicina y que éstas seguirán evolucionando, ya que en las cirugías se incorporan los aparatos electrónicos, como en la laparoscopia, en la cual se introduce una pequeña cámara de video dentro de tu abdomen y se controla a través de una computadora, así se reduce el riesgo de hacer un mal

corte o…

—Dijiste que iba a ser breve —susurró su hermano.

Zac sacudió la cabeza.

—El punto es que, como proyecto final, exclusivamente para mí, tenía que comprar un teléfono para comprobar que estoy intentando cambiar mi forma de ser; les rogué que no me impusieran una tarea tan desagradable, pero no logré hacerlos cambiar de opinión. Desean reprobarme; no obstante, llegamos a un acuerdo en el que me comprometí a cargar conmigo un teléfono móvil en todo momento. Ahí es cuando entra Dean. Yo no iba a gastar mucho dinero en un teléfono, es absurdo que además de inservibles, sean costosos. Él, como buen hermano, se ofreció a ayudarme; tenía un amigo que estaba por vender su *smartphone* y yo acepté comprarlo a un precio reducido. Pero como el número es el mismo de esa persona, me siguen entrando sus llamadas, y como yo no tolero contestar, Dean me hace el favor de hacerlo.

—Tiene sentido —aseguró su madre.

—Exactamente, en realidad cuando estoy frustrado, arrojo el teléfono así —

hizo la demostración, a Dean se le detuvo el corazón de ver volar por

los aires su teléfono—. También cuando estoy enojado lo tiro de esta manera —Zac recogió el aparato y volvió a arrojarlo hacia un jarrón —. Y cuando me siento lleno de ira, hago esto…

—Suficiente, creo que ya entendimos —lo retuvo Dean, para salvar a su teléfono de la destrucción total.

—Es entretenido hacerlo —alzó los hombros Zac—. Pueden intentarlo igualmente, ¿alguien gusta?

Sus padres negaron y Dean suspiró aliviado.

—Estoy feliz de que hayas confesado la verdad, y que demostraras que sigues odiándolos, por eso no me opondré a que tengas que cargar con él —

opinó su madre.

—Gracias —sonrió Zac.

—Y yo que había pensado que el teléfono era de Ryan y lo había olvidado aquí… —espetó de nuevo la mujer.

Idiotas, habría sido mucho más fácil pensar en algo así. ¿Por qué se complicaron tanto? Las evidencias eran más posibles de creer.

—Oh —Dean se rascó la nuca—. ¿Y ellos dónde están?

—Al principio estaban buscándote, como nosotros; ahora, posiblemente estén en un restaurante —cruzaron los brazos—. A causa de la guerra de comida, no quedó ni un platillo comestible.

—Fue divertido —rio.

—Estás castigado.

—¿Y Zac también?

—No, él no.

—¿Por qué? —se enfadó Dean.

—Porque sí. Escapaste, además de comenzar este desastre. ¿A dónde fuiste?

—A cenar con la vecina —respondió Zac por él.

Y por ello, Dean volvió a odiar a su hermano.

Sus padres continuaron con su sermón, y antes de retirarse a dormir, les dieron instrucciones a ambos para que limpiaran la casa de arriba abajo.

—El lado bueno es que puedo hacer un ángel de comida —dijo positivamente Dean, al tiempo que se revolcaba en el piso entre las sobras de alimento.

—¡Levántate ya! —trapeó Zac—. No puedo creer que sigas sin darme las gracias por lo que hice por ti.

—Sé que es un truco —se incorporó Dean—. ¿De cuándo acá quieres ayudarme en algo que tanto odias?

—Quizá porque busco un beneficio.

—Lástima, no lo obtendrás de mí —anunció—. Nunca has sido el bueno del cuento.

—Lo hago por tu bien.

Dean lo fulminó y tomó la escoba. Detestaba que la tecnofobia llevara a su familia al límite de no comprar una aspiradora. ¿Acaso pensaban que serían perseguidos por el artefacto?

—Quiero conocer a Nicole —agregó Zac.

—Lo sabía, y por eso no te ayudaré.

—Yo te ayudé, deberías regresar el favor.

—No, porque nunca te lo pedí. Además, te voy a demandar, por maltrato telefónico.

—Vamos, aproveché la oportunidad.

—Ves: tus intenciones eran malas.

—Pero algún día las entenderás —sonrió Zac.

Luego de terminar de pulir las escaleras, cocina y sala, Dean acarició su teléfono, revisó si había conexión a internet. ¡Sí! ¡Nicole lo había conectado!

Eran las tres de la mañana, y el chico de cabello rizado contestaba los

mensajes de su novia. Primero le explicó lo que había pasado en todo el día, después le contó sobre la guerra de comida y, por último, se disculpó por el repentino momento en el que le colgó bruscamente.

Laila se mostró comprensiva y también le compartió lo que había sido de su noche.

Un nuevo mensaje llegó.

Nicole: Oyeeeeee, conecté el internet para ti y ¿no me dirás nada?

Dean: Graciaaaaas, lo extrañaba tanto. Un día sin red fue muy doloroso.

Nicole: ¿Sabes cuál es mi propósito de Año Nuevo?

Dean: ¿Adelgazar?

Nicole:

Dean: ¿Qué? XD Comes muchas palomitas…

Nicole: Y así soy feliz.

Dean: Como una lombriz. :3

Nicole: …

Dean: Las lombrices son delgadas.

Nicole: ¿Debo tomar eso como un cumplido?

Dean: Sí. :3

Nicole: Okey …

Dean: Jajaja.

Nicole: El punto era que… *suenan tambores*. ¡Quiero ver el amanecer!, sin haber dormido en todo el día anterior. Así que posiblemente lo cumpla hoy.

Dean: ¿Por esa razón conectaste el internet?

Nicole: Sí, eso me mantendrá despierta.

Dean: Yo creí que había sido por mí.

Nicole: Buen chiste, JAJA-JÁ.

Dean:

¿Y qué haces?

Nicole: Nada, no encuentro algo interesante que ver en Netflix, por eso recurrí a

ti. xD

Dean: ¿Quieres decir que soy tu distracción?

Nicole: Exacto.

Dean: Qué triste, estoy ocupado.

Nicole:

Dean: Es broma. Se me ocurrió algo…

Nicole: ¿Y es?

Dean: Ya que deseas no dormir, podemos quedarnos juntos platicando mientras esperamos el alba, pero no por aquí. Podemos subir a la terraza, desde ahí se verá mucho mejor.

Nicole: Sí, de hecho, estaba pensando en eso.

Dean: ¿Ah, sí?

Nicole: En serio. Pero no creí que lo dijeras. Creí que preferirías estar conectado toda la noche a internet.

Dean: Me gusta, pero prefiero conversar en persona.

Nicole: Bueno, trae comida.

Dean: No llevaré palomitas, no inventes, no quiero despertar a Margaret.

Nicole: Es primero de enero, seguro que todavía está despierta bailando con su amado.

Dean: Nop, están las luces apagadas. (Ya me fijé.) **Nicole**: Bien, entonces llevaré galletas para los dos, ¿sí?

Dean: ¡Y yo chocolate!

—Ya, duérmete y deja de hablar con la vecina —interrumpió Zac.

—¿Por qué piensas que estoy hablando con ella?

—Porque estás sonriendo mientras envías mensajes.

Dean no supo qué responder y cambió de tema.

—¿Por qué estás aquí?, ve a tu propia habitación.

—Estoy aburrido, y sé que, si observo todo lo que haces, te enojarás. Quiero molestarte.

—Agg —gruñó Dean—. Y para tu información, estoy hablando con Laila también, por eso estoy feliz.

—Ajá.

Dean ignoró el comentario de su hermano y volvió a su *smartphone*.

Nicole: ¿Listo? Te espero arriba.

Dean: No, aún no. Dame una hora.

Nicole: ¿Por?

Dean: Necesito que alguien se duerma.

Nicole: Oh, es verdad, tu hermano.

Dean: Sí… Él.

Eran las 4:20 a.m., y Dean conocía bien la rutina de su hermano: terminar de leer un libro, meditar sobre el final de la historia durante media hora, no saber cómo continuar con su vida después de eso, tratar de dormir y finalmente, luego de 15

minutos estático, conciliar el sueño. Así ocurrió.

La puerta rechinó un poco, pero Dean se aseguró de caminar lo más lento posible de puntillas.

—¿A dónde vas? —Zac encendió la luz del pasillo.

Dean casi tropieza, e hizo mímica enojado.

—¿Por qué siempre tú?

—Tus pasos te delatan, baboso —cruzó los brazos—. ¿Ahora me respondes?

—Voy a ver las estrellas en la azotea.

—Mientes. ¿No será que te quieres suicidar?

—Carajo, ¿por qué siempre piensas que me voy a suicidar? Estás enfermo.

Zachary hizo una mueca. Tenía sus razones para pensarlo.

—Bien, digamos que te creo. Entonces, ¿te irás a drogar?

—No.

—Piénsalo, la locura debe provenir de algún sitio… —acarició su barbilla.

—Iré a ver a Nicole. ¿Feliz?

—¡Lo sabía! Te acompaño.

—Ni loco —lo apartó con el dedo.

—Bien —pensó Zac—. Sólo no iré esta vez, porque se verá extraño que yo esté ahí.

—¡Aleluya!

—Pero, Dean, si planeas algo, tienes que hacerlo ahora —aseguró—, pues pienso intervenir.

—Gracias.

—¿Por avisarte?

—No.

—¿Por seguir guardando tu secreto?

—Tampoco —negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Por nunca haber contratado el servicio de internet, ésa fue la razón por la que me acerqué a Nicole. Y tienes que entenderlo: es culpa tuya, y no mía.

Zac se quedó sin palabras, se paralizó y Dean abandonó el segundo piso de su casa victorioso.

—Ey, ¿por qué esa sonrisa? —alumbró su vecina con una linterna.

—Por primera vez, gané en el juego de Zac —anunció alegre.

—Eso sí que es difícil —rio ella—. ¿Oreo? —le ofreció una galleta.

Platicaron el resto de la madrugada y comieron cientos de golosinas, también jugaron a dibujar en el cielo y en las muñecas de sus brazos con tinta invisible.

Contaron a todos los gatos callejeros que vieron, y los señalaban con la linterna. Escucharon música en aleatorio y cantaron juntos. Rieron demasiado con historias de su infancia, y en un momento se pusieron sentimentales, cuando Nicole recordó todo el daño que Kyle le había causado. Dean la estrechó entre sus brazos, no sin antes recordarle cómo ella le parecía Boo en aquella película infantil. Nicole moría de sueño, pero se negaba a recargarse en Dean para descansar.

—Mira, ya casi es hora —dijo él.

—Ah, sí, qué lindo —respondió con los ojos entreabiertos.

—Nickelodeon, es para el otro lado —giró la cabeza de la chica.

Nicole frotó sus párpados y admiró la bonita vista del alba, el color rojizo que se formaba entre las nubes y casas, el destello de luz en los árboles. Oír la sinfonía de un gallo le trasmitió tranquilidad, paz y alegría.

Una vez más, Dean era la compañía perfecta para esos momentos.

Él no logró evitar sacar su teléfono para tomar una foto y subirla a Instagram.

—Acabas de arruinar el momento —Nicole se cruzó de brazos.

—No, claro que no —Dean movió la cámara y enfocó a Nicole enfadada, mantuvo el botón apretado para hacer una captura continua.

Luego cambió a cámara frontal y posó para la imagen, se acercó a ella y así tuvieron su primera foto juntos, con un amanecer de fondo.

Alguien tendría una nueva foto de perfil en Facebook.

Y alguien pintaría un cuadro sobre aquel momento.

Dean: P. Sherman, calle Wallaby 42, Sydney…

Nicole: ¡Nemo!

Dean: ¿Qué es eso?

Nicole: La película.

Dean: ¿Cuál película?

Nicole: .__.'

Dean: Lo único que quiero saber es de dónde es esa dirección.

Nicole: ¿No has visto la película en la que un pequeño pez se pierde?

Dean: No, tengo muchas por ver.

Nicole: Pues de ahí es la dirección, de donde van a buscarlo. :3

Dean: ¿Y Zac fue por un pez?

Nicole: ¿Por qué lo dices?

Dean: Desperté, fui a la cocina y no había nadie. Mamá colgó una nota en el refrigerador, decía que se fueron a pasear…. ¡Sin mí! Y en el anverso, con la letra de mi hermano, decía: "Idiota, siempre gano. Pero si quieres alcanzarnos ésta es la dirección…". (La que te envié arriba.) **Nicole**: ¿Por qué se fueron sin ti?

Dean: Veamos: no dormimos en toda la noche, moría de sueño y toda la mañana descansé, escuché a alguien que quería despertarme, pero lo ignoré.

Posiblemente era mi familia invitándome a salir y yo no presté atención.

Nicole: Cierto, pero no creo que hayan ido tan lejos. Ya terminaron las vacaciones de Zac, ¿no?

Dean: Sí.

Nicole: También es extraño que te haya escrito eso… ¿Él ve las películas

contigo?

Dean: No, no lo hace. ¿Y si “Nemo” también es un libro?

Nicole: No que yo sepa…

Nicole: Aunque ya salió la segunda parte. ¿Quieres verla conmigo?

Dean: Primero tengo que ver la primera.

Nicole: La tengo en casa, ven cuando quieras.

Visto a las 5:34 p.m.

Nicole: Era un decir, no tenías que tocar el timbre…

Dean: La quiero ver hoy. :3

Nicole: ¿Y sin palomitas?

Dean: Traigo algo mucho mejor…

Nicole: Pues, te esperas; ayer me provoqué tantas ojeras que ahora estoy usando una mascarilla.

Dean: Pero no soy yo quien llama a la puerta…

Nicole bloqueó su teléfono, ¿quién podría ser? A pesar de tener una mascarilla casera en el rostro, le pareció bien abrir la puerta, pues si era un extraño, éste sabría que ella estaría ocupada, y automáticamente se marcharía sin necesidad de que Nicole invirtiera demasiado tiempo en despedirlo.

—¡Sorpresa! ¡No soy Dean, soy un repartidor de pizza! —dijo alegremente el chico que traía como atuendo una gorra roja que cubría su cabello rizado y una playera de empleado de pizzería.

—Lástima, yo no ordené una —cerró bruscamente.

—¡Oh! Vamos, ¿te enojaste?

—Mentiste al decir que no eras tú, y lo peor es que me has visto con esto en la cara —espetó ella, malhumorada.

—El lado bueno es que ya no parecerás zombi, sólo un payaso con un pastel en el rostro —Dean se acercó a la puerta—. Estoy bromeando, te ves linda.

Nicole recargó su cabeza en la puerta, pensó unos segundos y después se incorporó para abrirle.

—Clic —Dean tomó una foto.

—¡Púdrete!

—Espera, espera —trató de tranquilizarla—. No te ves mal, pero necesitaba fotografiarlo, así tendré un arma bajo la manga cuando quieras desconectar el

internet. Te manipularé diciendo que la subiré si lo desconectas antes de tiempo.

—No si yo cambio mi contraseña de wifi antes, astuto —cruzó los brazos.

—Buen punto —reflexionó él—. Ya la borré, mira —le mostró.

Nicole asintió y lo dejó pasar. Después, fue arriba a limpiarse el rostro mientras Dean preparaba la sala para comer la pizza.

—Conociéndote, se volverá de tus películas favoritas —dijo la chica y tomó una rebanada de la mesita central.

—Es de Pixar, me encantará —sonrió.

—Tengo una duda —masticó Nicole—. ¿Ya saliste de trabajar?

—No —rio él—. Me escapé.

Nicole puso en blanco los ojos.

—¿Al menos terminaste tus entregas?

—En efecto.

—¿Cómo que “en efecto”? —dejó de comer.

—Mmmmmh —carraspeó—. La pizza que estamos comiendo fue la que no alcancé a entregar.

—Dean…

—No fue mi intención, no encontré la dirección, vine a casa a buscarla en Google Maps, y decidí enviarte mensaje, salió lo de la película y no pude desaprovechar la oportunidad.

—¡Pero primero debiste hacer la entrega!

—No tenía caso —alzó los hombros—, faltaban tres minutos para que fuera gratis, y no sería gratis para mí, la descuentan de mi sueldo. Mejor me la como yo, y así la aprovecho.

Nicole negó con la cabeza.

—No entiendo cómo es que no te han despedido.

—Lo han hecho —sonrió Dean—. He trabajado en todas las pizzerías de la ciudad.

—Eres un torpe chiflado.

—Pero adorable y encantador —arqueó una ceja y comenzaron a ver la película.

Después de *Buscando a Nemo*, Dean no dejaba de parlotear diciendo las frases célebres de la película, cantaba alegremente las canciones, quería hablar cetáceo y se identificó enteramente con Dory.

Nicole estrellaba una mano contra su rostro por haberle mostrado esa película; ahora él no pararía de hablar de ella durante una semana, si bien le iba.

Luego de eso, oscureció y se despidieron con un apretón de manos. Dean aún no entraba a su hogar cuando vio a su familia llegando del viaje en camioneta.

Zachary salió desesperado para alcanzar a ver a Nicole, quien seguía en el porche. Él se dirigió a saludarla, pero no con un simple intercambio de palabras.

El chico castaño besó su mejilla con dulzura, su vecina bajo la mirada sonrojada, después le sonrió y decidieron quedarse a hablar para conocerse un poco más.

Dean se paralizó al ver todo aquello, quería intervenir apelando a alguna estúpida excusa, no obstante, su teléfono vibró: había recibido un mensaje de Laila.

El chico castaño suspiró, en ocasiones no entendía su relación a distancia, sin embargo, no hacía nada para cambiarla. Así que entró en casa ocultando cuidadosamente su teléfono y se encerró en su recámara para hablar con la chica que llamaba su novia.

Arruinemos una cita

—Sigo sin entender por qué en estas fechas no te fuiste de vacaciones…

—Veamos, si me iba lejos, dejaría completamente desconectado todo, entre eso la señal de internet. ¿Te imaginas unas vacaciones sin wifi? Una gran tortura para ti…

—¿Quieres decir que lo hiciste por mí? —las pupilas del chico se agrandaron como las de un gato mirando en la noche.

—Por supuesto, podrías haberte infiltrado en mi casa sólo para conseguir internet, posiblemente se hubieran activado las alarmas y todo terminaría en un caos.

—¿Me crees capaz? —Dean enarcó una ceja.

—De eso y más —sonrió Nicole.

Dean puso en blanco los ojos. Faltaban tres días para regresar a la escuela y a su odiosa rutina.

—En fin —continuó Nicole—. ¿Qué necesitas?

—Me tocó pasear a los perros, pero al hacerlo, se ensuciaron; ahora necesito bañarlos…

Dean había conseguido un nuevo empleo. Después de trabajar por casi dos años repartiendo pizzas, encontró su profesión perfecta; bueno, oficio. Ahora rescataba animales callejeros, bajaba a los gatos de los árboles, ayudaba en la veterinaria, anotando las consultas, y paseaba y bañaba a los perros. Ser su defensor era a lo que se dedicaba ahora: luchar contra el maltrato animal, pasear a las mascotas y buscarles un hogar a las abandonadas.

—Aaay —Nicole cruzó los brazos—. ¿Cuándo dejaré de ser cómplice de tus tonterías?

—No lo sé, al parecer te divierten.

—Bien —pensó ella—. Sirve que tengo un pretexto para ducharme después de bañar a… ¿cinco perros?

—Sí —señaló a los animales—. Él se llama Hachi, el siguiente es

Rufus, Coffee, Boster… Espera —se detuvo un momento—. ¿Saldrás?

—Sí, con Zac, ¿no te dijo?

Dean se quedó atónito, pero trató de fingirlo levantando los utensilios para bañar a los perros en su jardín trasero, pues no debían enterarse los dueños, ni sus jefes, sobre eso.

—Ah —resopló—. ¿A dónde irán?

—¿Para qué quieres saber eso?, jajaja. Saludos —bromeó Nicole y abrió la manguera que llegaba hasta un balde.

—Curiosidad.

—Dean, la curiosidad mató al gato.

—Wifi me enseñó que los gatos son inmortales —rio él—. Es broma: es tu vida privada, sólo quería comprobar qué intenciones tienes con Zac…

—Vaya, vaya —cruzó los brazos—. ¿No crees que hagamos linda pareja?

—No.

—Bien, porque sólo lo considero un buen amigo —aclaró Nicole—. No me siento preparada, aún tengo el corazón roto.

—Buen punto, sigo odiándolo —Dean salpicó las orejas del cachorro chihuahua.

—¿Odiándolo? Kyle me rompió el corazón por segunda vez, pero una semana antes tú también lo hiciste —el chico tambaleó tanto que se le resbaló el jabón—. Pero ya no importa. ¿Cómo vas con Laila?

—No lo sé, a veces estamos bien, a veces parece que no somos nada, no lo entiendo, no es como en las películas, la distancia sí afecta —confesó él—. Oye, ahora que lo pienso, ¡me cambiaste el tema!

Nicole rio.

—Sólo olvidémoslo, ¿okey?

—Okey —repuso Dean—. Únicamente agregaré que posiblemente Zac no tenga dinero en su tarjeta de crédito…

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas a los gatos que vimos en el día que no dormimos? Bueno, pues

no tenía dinero y tomé la tarjeta de Zac para comprar una tonelada de Whiskas.

Así que, a donde quiera que vayan, posiblemente será sin fondos en su tarjeta.

—¿Estás jugando? —se alarmó Nicole.

—No, "Ocho de cada diez gatos prefieren Whiskas" —imitó el comercial.

—¡La tarjeta, Dean!

—Ah —enjuagó sus manos—. Tampoco.

—Pero ya hizo reservación en J&G Grill… Es un restaurante costoso, ¿cómo vamos a pagar?

—No lo sé —se limitó a decir.

—¡Dean!

—Calma, algo se le ocurrirá, pero por si las dudas, lleva efectivo… —mintió él.

Dean no había robado el dinero de su hermano, en realidad todos esos gastos los pagaba la veterinaria, pero al menos funcionó su táctica para saber a dónde iban a ir, pues ella le mencionó el lugar sin habérselo pedido. A veces era idiota, pero fingir serlo un poco más le ayudó a conseguir lo que quería.

Nicole puso los ojos en blanco y ayudó a sostener al animal. Juntos terminaron de bañar a los tres cachorros y los dos perros adultos: jugaron con el jabón en espuma, les costó trabajo tallarles las ojeras y el hocico, y cuando éstos se sacudieron, salpicaron completamente a los jóvenes.

Fue divertido, lo disfrutaron a pesar de acabar empapados, riendo y cepillando el pelaje suave de los canes.

—Listo —dijo él y recogió un mechón que se había salido de su sitio en el peinado de Nicole.

Ella sonrió y después reaccionó.

—Se hace tarde —vio su teléfono y corrió a casa.

—Suerte —Dean se despidió con la mano izquierda, pues llevaba cinco correas en la otra. Después desenvolvió la sonrisa y suspiró.

Al atardecer entregó los perros a sus dueños, terminó su turno y se conectó a internet. Tecleó en Google "Cómo impedir una cita". Las opciones eran estúpidas, así que decidió buscar la dirección del restaurante. Una vez encontrada, trazó un plan.

—Los he reunido aquí para una misión especial —caminó Dean como si fuera un general del ejército, de un lado a otro, con paso largo y las manos

semicruzadas por detrás—. Wifi, ¿tú quieres a Nicole? —la gata lamió su pata

—. Bien, porque debemos impedir que salga con Zac, es un hombrecillo malo —

se dirigió ahora a su propia mascota—: Pizza, recuérdalo, mi hermano no te alimentó los días que desaparecí, no tiene corazón.

Wifi, Salomón y Pizza estaban formados en hilera horizontal.

—Todos queremos algo, es por eso que hoy en punto de las 20:00 horas iremos a atacar el restaurante, ¿quién está conmigo? —Dean alzó la voz, los animales contestaron con maullidos y ladridos—. Tomaré eso como un sí —

obviamente no estaban de acuerdo, la razón de tal alboroto era evidente: los perros y los gatos no se quieren.

•••

Nicole había pedido permiso a sus padres para salir con un amigo, llegó diez minutos antes de la cita, se sentó en la mesa que le asignaron, tomó su teléfono para matar el tiempo y vio los primeros pantallazos en su carrete.

Nicole: Dean, estoy viendo una película de terror…

Enviado a las 4:15 p.m.

Dean: Y déjame adivinar: ¿quieres que te consiga palomitas?

Nicole: No, quiero que vengas a abrazarme.

Dean: Voy para allá.

Nicole: Era sarcasmo, idiota; si intentas volver a abrazarme, te golpearé.

Enviado a las 4:38 p.m.

Dean: ¿Para qué el aviso? Si ya lo hiciste… me sigue doliendo la mejilla.

Nicole: Ése no fue un golpe de verdad, ¿quieres ver uno de verdad?

Dean: No, gracias…

Nicole: Perfecto. Ahora ve por mis palomitas.

Visto a las 4:45 p.m.

Sonrió involuntariamente, había pasado más de un mes desde eso. Y ahora todo era diferente, eran buenos amigos y ella estaba a punto de salir con el hermano del chico.

Dudó unos segundos para marcharse, sin embargo, cambió de foto y se encontró las palabras hirientes de Dean rechazándola por Laila. Nicole se sumió en sus pensamientos.

—¡Ey! Llegaste antes —interrumpió Zac mirando su reloj de bolsillo.

—Hola —formó una sonrisa forzada.

—¿Ya ordenaste? —preguntó amablemente.

—No, sólo estaba matando el tiempo —mostró su teléfono.

—Oh —su rostro se afligió—. ¿Por qué trajiste eso aquí? —ella alzó los hombros—. Mira hacia las otras mesas —Nicole obedeció—. ¿Lo notas? Han perdido la comunicación entre ellos a causa de ese artefacto. Las personas se reúnen pero no se miran a los ojos, apenas cruzan palabras y ni siquiera usan sus teléfonos para sacarse fotos, en lugar de eso ¡fotografían la comida! Qué absurdo es, sólo buscan presumirlo en internet.

—En Instagram —corrigió Nicole.

—Como sea, no me agrada —agregó Zac—. Y no es romántico.

—Es verdad, así las parejas no avanzarán.

—Imagina que él —señaló discretamente a una joven pareja— le pida matrimonio en las copas con champagne, y ella, en vez de contestar, se dedique a fotografiar el anillo sumergido, dejando al pobre hombre con la incertidumbre.

La chica soltó una carcajada:

—Es posible, así son las nuevas generaciones.

—Lo peor es que se afectan por privilegiar el tiempo que pasan con el teléfono —mencionó mientras negaba con la cabeza—. No puedo imaginarlo, y no me hagas hablar sobre las consecuencias físicas y las enfermedades que puede provocar dicho aparato.

—No quiero una clase de tecnofobia, por favor —bromeó ella.

—Bien, te pediré algo, y por favor no me lo tomes a mal —pronunció delicadamente—. Apaga tu teléfono.

—Oh, claro —presionó el botón de silencio—. Listo —dijo, y recargó el aparato sobre la mesa.

—No, tampoco lo dejes aquí, pasará sus ondas electromagnéticas a la comida.

—¿Lo siento? —Nicole volvió a tomar el teléfono para después guardarlo en el bolsillo de su vestido.

—¡Inaudito! ¿Pretendes que le suceda algo grave a tu cuerpo? ¡Quítalo de ahí!

—Entonces, ¿dónde lo pongo?

—En el suelo.

—¿Qué? —Nicole buscó un contrargumento—: Así pasará sus ondas al núcleo de la Tierra, lo cual con el tiempo la afectará, tal como el calentamiento global, ¿no? —arqueó una ceja.

Zac rio y mostró sus ordenados y perfectos dientes blancos.

—Sí que eres astuta —le dedicó una sonrisa—. Aunque conociendo a las personas que son como Dean, no creo que dejen su teléfono, “que

es su más preciada posesión", en el piso. Por lo tanto, no afectaría en absoluto, serías el 0.000000001%.

— *Touché* —concluyó Nicole, se agachó quedando debajo de la mesa para dejar su teléfono sano y salvo a la orilla del mantel.

—Te ves más linda de lo normal —se incorporó a su lado.

Nicole se sonrojó, aunque no lograba apreciarse muy bien debido a la oscuridad, las mejillas de la chica se encendieron de color rojizo. Enseguida su mente le trajo un vago recuerdo de cuando tenía apenas cuatro años. Reaccionó y decidió subir de nuevo a su silla.

—Mejor ordenemos la cena.

—Sí.

Zac era extraño en todo sentido; contaba los tiempos para tomar agua, incluso las veces que masticaba un bocado para tener una buena digestión.

—¿Qué quieres estudiar, Nico?

Nicole suspiró, justo ahora no sabía a qué podría dedicarse en la vida. Estaba en una etapa de quererlo todo y a la vez sentir que no era lo suficientemente buena en nada.

—La pregunta sería, ¿qué no quiero estudiar?, cambio de parecer cada dos meses.

Zachary sonrió.

—A mí me pasaba lo mismo; yo quería estudiar Letras, pero terminé en Medicina.

—¿A qué se debe ese cambio tan drástico? —tomó una servilleta y limpió la comisura de sus labios.

El joven soltó su tenedor y miró un punto fijo hacia el suelo.

—Dejé de pensar sólo en mí —subió la mirada—. Había alguien a quien yo quería ayudar, y escribiendo no iba a cambiar su situación. Necesitaba saber, no sé, de medicamentos, para poder hacer algo al respecto.

—Pero, ¿no se supone que lo que decidimos estudiar es para nosotros?

Porque seremos nosotros quienes vamos a ejercer una profesión, no las otras personas que nos dijeron qué estudiar.

—Sí, tienes razón, es lo más prudente. Pero supongo que todos funcionamos distinto: a veces necesitamos un empujón, a veces un suceso que nos cambie la vida, a veces en plena carrera averiguamos nuestro propósito, o a veces sabemos desde el principio para qué fuimos hechos. Creo que lo importante es estar enamorados de nuestra carrera, sea cual sea ésta, sin importar el motivo.

Nicole asintió.

—¿En este momento estás enamorado?

—Sí, aunque no sólo de mi carrera… —sonrió.

•••

El chico de cabello rizado decidió usar su talento para entrar sin permiso a los lugares. Se dirigió a la salida trasera del restaurante, y tal como se ve en *Ratatouille*, logró filtrarse por la cocina. Fue cuidadoso y logró no atraer la atención de los cocineros. Se asomó por la ventanilla del surtido para buscar su objetivo: Nicole y Zac sonreían ante sus alimentos.

—Mesa 18 —se susurró y recorrió el cierre de ambas mochilas donde cargaba a los gatos y a su perro.

Pasaron por la puerta sigilosos, Pizza mordió a un mesero en patines, éste resbaló y estrelló la comida contra la pared. La señora encargada fue corriendo a limpiar, pero un gato se le atravesó, asustada derramó detergente a su paso, con el cual una mesera tambaleó, acto seguido dejó caer la bandeja con platos sucios que llevaba de vuelta a la cocina. Algunos restos de los platillos cayeron sobre los comensales, quienes comenzaron a quejarse airadamente, llamando al capitán.

La pareja que Zac tomó como hipótesis en una imaginaria situación de pedida de matrimonio efectivamente planeaba comprometerse. Sin embargo, el

sumiller que vertía el champagne se vio sorprendido por tal alboroto y ensució a la mujer que recibiría tan importante petición. Ésta se enfadó y arrojó por los aires su servilleta húmeda, la cual curiosamente aterrizó en la mesa 18.

Un hombre estaba a punto de prender un cigarro para calmar los nervios, pero el gerente intervino en el acto, pues no estaba permitido fumar en el restaurante. Así que el comensal, furioso, arrojó su encendedor. El mechero con la flama activa cayó en la mesa de Nicole e incendió el pañuelo húmedo de licor.

Zac se levantó junto con ella, retrocediendo de inmediato: el mantel estaba siendo consumido por el fuego.

Dean miraba todo a distancia prudente, pero cuando escuchó que llamaron a la policía y a los bomberos, escapó por la ventanilla de los sanitarios.

Nicole recordó dónde había puesto su teléfono y se alarmó.

—¡Zachary! —agitó las manos, desesperada.

Él no sabía qué hacer, miró en todas direcciones y alcanzó a atisbar unos rizos alborotados que huían. Frunció el ceño.

—Tranquilízate, todo estará bien —tomó a Nicole de los hombros.

—No, esto es un desastre —respondió alterada—. No sé por qué vine si yo estoy enamo…

Zachary ladeó la cabeza y rápidamente se acercó a los labios de la chica.

Había leído que cuando no sabes qué hacer debes besar a la persona que esté a tu lado, así calmarás la situación, o la empeorarás; el punto era arriesgarse y pensar positivamente.

Era todo un experto en robar besos, literariamente, no así literalmente.

Las cosas no se habían estropeado por completo, Nicole no le reclamó el beso. Pero una mueca de tristeza se fijó en su semblante, y no volvió a hablar el resto de la velada. Sus labios habían sido sellados al no corresponderle.

•••

—¡Misión cumplida! —expresó Dean alegremente al llegar sano y salvo, luego de escabullirse.

Regresó a Wifi a la casa de su vecina, para no levantar sospechas.

Acarició a Pizza en señal de agradecimiento y le sirvió una porción extra de croquetas.

Se fue a la cama, pero no podía dormir. Lo carcomía saber qué había pasado

después. Imaginaba a Nicole enfadada, con el vestido arruinado, culpando a Zac por la peor cita de la historia.

Entonces escuchó arribar la camioneta de sus padres, e improvisó sujetando un libro cuando su hermano entró.

—Ah, no noté cuando llegaste —fingió—. ¿Cómo te fue?

—Eres un idiota, Dean —el joven castaño se estrelló la palma de la mano en la frente y rio como un loco—. El fuego encendió nuestro amor: Nicole estaba alterada y besarla fue la mejor manera de tranquilizarla.

El hermano menor se perturbó y su corazón se estremeció.

“No, mis oídos están fallando, no puede ser posi…”

—¿Qué dices? No presté atención —fingió leer.

—Así no se lee —giró el libro—. Lo tienes al revés —“Rayos, me descubrió”, pensó Dean—. Ya sé que intentaste “arruinar” mi velada.

Dean tragó saliva, ya le parecía muy extraño que todo saliera a la perfección.

—Ya-ya son… ¿no-vios? —titubeó al preguntar.

—No me cabe duda de que sigues enamorado de Nicole…

—¡No! —se apresuró a decir—. Lo hice porque tú no la mereces, sólo quiero lo mejor para ella…

—Te tengo una propuesta —intervino Zac.

—¿Después de lo que hice? —frunció el ceño.

—Sí —sonrió malévolo.

—¿Qué es?

Zac hizo un ademán con sus manos, salió de la habitación y trajo

consigo un pila de libros, que recargó encima de Dean.

—¡Oye! —reclamó éste.

—Calla y escucha; cada libro que leas será un beso que no le daré a Nicole.

¿Te gusta la idea?

El chico se quedó confundido, su hermano no era de fiar.

—¿Qué ganas con esto?

—Tener cada vez más argumentos a mi favor.

—¿Es decir?

—¡Amenazarte, perdedor!

—¿Para qué? —se atrevió a preguntar.

Zac resopló.

—¿Sí o no?

—Si tienen finales felices, los leeré.

Al hermano mayor le pareció gracioso:

—No son novelas, Dean. Son libros de física, química, álgebra, geometría, historia…

—¡Esto es peor que un final trágico! ¿Por qué me torturas así?

—En realidad te estoy ayudando —cruzó los brazos—. Te falta sólo un año para la universidad y tus calificaciones no mejoran. No quiero un hermano fracasado, desde ahora seré tu tutor. Mis padres no estarán enterados de tus notas, tranquilo, hermanito.

—Un segundo —reflexionó Dean—. ¿Lo haces porque te avergüenzo?

—Exacto —sonrió victorioso.

—Y como no funcionó el plan con el teléfono, optaste por cambiar de táctica…

—Algo así —aclaró—. Pero lo otro aún sigue siendo un arma.

—Aunque no la has empleado para cumplir la buena obra del día, ¿cierto?

—No eres tan idiota como pensaba.

—Así que tuviste que involucrar a Nicole, ¡ella sólo es una estrategia más para ti!

—En efecto, y puedo pasármela bien mientras tanto; será divertido jugar con ella.

—Basta, hermano del mal —cada que Dean utilizaba ese apodo sonaba divertido y gracioso. Esta vez sonó molesto y seco, como si hablara en serio.

—Ay, sí, y tú sólo quieres proteger su corazón… —bufoneó Zac—.

Lamentablemente, ya me lo estoy ganando.

—Me estás dando a entender que no te gusta —retó con los ojos.

—¿Y qué? —protestó—. No necesito enamorarme para estar con ella. ¿No conoces cómo funcionan las relaciones juveniles? El amor no existe, Dean, sólo es para pasar el rato.

—Eres un patán, Zachary —Dean no compartía la misma idea, tomó aire para calmarse y continuó—: El amor existe, yo creo en él.

Zac rio fuertemente, tanto que su risa llegaba a escucharse hasta la habitación de sus padres.

—Si es como dices, ¿por qué estás con Laila? —Zac dio justo en el clavo.

Dean retrocedió un paso y se estrelló contra la pared. Entendió todo. No había más confusiones, ya no reprimiría sus sentimientos. Tenía que actuar conforme a sus creencias.

33

Besos sabor a chocolate

La familia Carter se mudó cinco días antes del cumpleaños número cuatro de su única hija. A la madre de Nicole le pareció buena idea organizar una fiesta de bienvenida para convivir con sus nuevos vecinos, y como de todas maneras ya se encontraban en marcha los preparativos para el cumpleaños de su niña, juntar los eventos resultó

ideal. Así ahorrarían tiempo, esfuerzo y dinero.

En ese entonces la pareja no tenía un buen trabajo, empezaban desde cero.

Pero tenían a Nicole, y no sentían que algo les faltara.

La reunión se llevó acabo en el patio trasero de su nueva casa, invitaron a los Blackelee, los Brooks y demás. Adornaron las cercas con globos, y acompañaron el festejo con música infantil. Siete niños brincaron en el trampolín, haciendo esporádicas paradas para refrescarse un poco; después, comieron banderillas hasta saciarse.

La fiesta transcurrió tal como se planeó. Sin embargo, después de cierto tiempo, la pequeña festejada desapareció, no había pista de ella. Y todos lo notaron hasta que fue tiempo de romper la piñata. Los padres de Nicole se habían distraído con los extraños comentarios de sus vecinos, que no toleraban la música que reproducía un estéreo, entre otras cosas triviales. ¿Cómo era posible que ni televisión tuvieran?

Al enterarse de que Nicole no aparecía, se apresuraron a buscarla, entre los invitados, debajo de las sillas y las mesas. ¿Dónde se había metido la pequeña?

El ambiente se volvió aún más tenso.

El niño Blackelee, de grandes ojos oscuros, alborotado cabello rizado y una curiosidad sin límite, se ofreció para ayudar a encontrarla. Pero lamentablemente no fue requerido para dicha búsqueda. Nadie toma en cuenta a un niño.

—Zac, la niña de la casa no está aquí.

—¿Y? —protestó su hermano—. Creí que sólo habías venido por los dulces.

Dean negó con la cabeza, era verdad que no la conocía, pero quería hacerlo.

Corrió de inmediato rumbo a la casa de sus nuevos vecinos, donde gritó

“Nicole” muy fuerte, después subió las escaleras y finalmente se dirigió a la recámara de la chiquilla de dos coletas altas.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó a la habitación sin vida—. Tierra llamando a la niña perdida… —examinó el cuarto repleto de cajas.

Resopló, tenía que reflexionar más allá de su capacidad y por alguna extraña razón recostarse en el suelo siempre le ayudaba a despejarse. Tendido en la recámara se preguntó dónde estaría la niña. Hizo bizcos, giró su cabeza y se enfocó en la cama.

Ella podría haberse escondido debajo de la base del colchón, así que levantó la cobija que llegaba hasta el suelo y echó un vistazo.

—Te encontré —fueron las primeras palabras que dijo—. Tú eres Nicole,

¿verdad? —la pequeña asintió—. ¿Qué haces ahí? Tus papás están preocupados.

La niña escondió su rostro para evitar contacto visual, no había tomado a bien que descubrieran su escondite.

—¿No piensas salir? —Dean volvió a preguntar tímido y preocupado. No recibió respuesta—. Ay, no, ¿estás atorada?

—No, tonto —Nicole frunció el entrecejo—, todavía hay mucho espacio aquí.

—Entonces, ¿puedo entrar? —el niño comenzó a arrastrarse en el suelo para recostarse debajo de la cama.

Nicole se recorrió a regañadientes y así Dean se colocó a su lado izquierdo.

—Oh, está oscuro y tenebroso aquí —el niño frotó las manos en sus brazos

—, ¿no tienes miedo?

—No —apenas respondía y Dean ya estaba dispuesto a seguir hablando—: Oh, eres insoportable. ¿Nunca te callas?

—Mi mamá dice que hablo mucho cuando tengo hambre.

—Pues qué mal, porque no te voy a dar pastel ni nada de mi fiesta.

—¿Por qué no? —Dean estaba confundido, creía que se había portado bien y merecía una rebanada de pastel. Era lo mínimo que podía recibir ese día.

—Porque es mi cumpleaños y sólo mío. Y haré lo que quiera —dijo, acto

seguido le mostró su pequeña lengua, rojiza a causa de comer tantas golosinas.

Dean arrugó la nariz.

—Te equivocas, niña, hoy también es mi cumpleaños y quiero pastel.

—Felicidades, ¿por qué no te vas a tu fiesta y me dejas en paz?

Dean se cubrió el rostro levantando sus brazos cruzados.

—A mí no me hicieron fiesta como a ti —parecía que iba llorar—, quiero pastel, un trampolín y una piñata.

—Y yo sí tengo —dijo orgullosa. La actitud normal de una niña egoísta a esa edad—, y es sólo mía. MMM-Í-A.

Deletreó cada sonido en la palabra. Así que además de envidiosa, era presumida. ¿Tenía que echarle en cara que en su clase de preescolar ya le habían enseñado las letras?

Entonces Dean levantó el rostro.

—Bien, ya me voy —se apresuró a decir, muy molesto.

—¿Les dirás que me escondo aquí?

—No —no le convenía—. Quiero la piñata para mí, quiero una fiesta, y tomaré la tuya.

—No puedes hacer eso, es míííííía —lloriqueó la niña.

—Tú no la quieres, prefieres estar aquí y no salir a divertirte —Dean se arrastró fuera usando los brazos—. Adiós, miedosa.

—Espera, no te vayas.

—Sí, ojalá el Coco venga por ti —Dean dio media vuelta para marcharse, pero Nicole lo tomó de las piernas.

—Perdón —las lágrimas se asomaron en los ojos de la niña—, tengo miedo, no quiero romper mi piñata, siento que es como matar a un ser humano, y en la noche se me va a aparecer la piñata en forma de fantasma para perseguirme y vengarse.

—Uoo —hasta Dean se sorprendió con la imaginación de la niña, él jamás pensaría algo así, pero igual le provocó escalofríos—. ¿Quieres un abrazo? No tengo pulgas como mi perro, je.

—Sí —asintió ella, haciendo un puchero.

Dean volvió hacia Nicole y la rodeó con sus brazos, era tan extraño abrazar a alguien tan pequeño y que no fuera como su hermano, se sentía un cuerpo diferente, más delgado, más agradable. Definitivamente el cabello de la pequeña

olía mejor que el de su hermano, y Dean sintió el latido agitado del corazón de Nicole, obvio, producido por el miedo.

—Oye —la soltó para decirle su brillante idea—, vivo a un lado de aquí, si piensas que vendrá la piñata asesina, puedes llamarme y juntos luchar para vencerla, ¿sí?

—¿No te dará miedo? —sus ojos buscaban seguridad.

—Yo soy un valiente caballero. El otro día luché contra un dragón.

—¿En serio? —respondió asombrada—. ¿Existen?

—Bueno, era un dibujo que hice y que colgaron en mi habitación. Pero cuando encendía la luz por las noches, su sombra se proyectaba enorme, y daba mucho miedo. Aun así, lo vencí.

—Entonces yo también puedo —continuó la niña, que ya parecía más animada.

—Sí, pero puedo ayudarte a pegarle a la piñata, para que no te persiga.

—¿Me protegerás? —le gustaba esa idea.

—Claro, vine a rescatarte —Dean endulzó su voz aún más—. ¿O no estoy aquí en vez de en la fiesta?

—Sí, viniste por mí —sonrió Nicole de oreja a oreja.

Sólo una niña podía cambiar de humor en un instante, pasar del enfado a la alegría o al temor. Y como fue grosera y maleducada, sus padres le habían enseñado a hacer algo para recompensarlo.

Ambos se levantaron tomados de la mano, Dean ya quería salir a correr, pero vio que los pies de la niña no se movían para avanzar.

—Sólo una cosa más —agregó Nicole—. ¿Ya recibiste un regalo hoy?

—No, pero creo que conocerte lo fue —Dean se sonrojó alzando los hombros y mirando hacia la puerta.

—Ay, qué bobo —rio ella—. Entonces también recibe esto de mi parte.

Nicole se acercó a Dean, a la comisura de sus labios, y por un breve instante, lo besó. Aunque efímero, el primer beso jamás se olvida, especialmente lo que uno siente en ese momento fugaz.

“¡Qué asco!, una niña me besó”, pensó Dean mientras experimentaba una sensación nueva en el estómago. “Guácala de pollo, ahora tendré que lavarme los dientes, fuchi. Ya ni mi perro se atreve a lamerme de esa manera.”

—¿Qué? ¿No querías? —Nicole lo miró con un aire de misterio, pues no

sabía si había hecho lo correcto, Dean se sacudió, agitado—. Entonces, regrésamelo.

—¿Se puede?

—Sí, devuélveme mi beso.

—¿Y cómo?

—Besándome de nuevo.

—¿Y así lo olvidaré?

—Tenlo por seguro —fingió Nicole.

—Bueno —el niño, con una mirada angelical y tierna, con la intención más pura que siempre lo caracterizó, volvió a besarla de una manera especial.

Apreció el momento a pesar de la oscuridad y la incomodidad; vio sus ojos y cerró los suyos. Entonces el ruido de afuera cesó y sintió que la habitación se iluminaba. Pero sólo era una luz dentro de él que se había encendido y hacía regocijar a su corazón.

Nicole no sabía lo que hacía, acaso un impulso que pronto olvidaría. Pero aquello significaría algo para Dean, un recuerdo que habría de enquistarse en su memoria.

—Ahora vayamos a *nuestra* fiesta —dijo ella, y lo tomó de la mano como si hubieran terminado de jugar a la casita—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

•••

Lamentablemente, la amistad se desvaneció después de esa fiesta. Nicole hizo nuevos amigos en su nueva escuela, apartando a Dean de su camino.

Él no perdió la esperanza. Basó su infancia en observarla cada día a través de su ventana o el jardín, esperando a que lo llamara. También solía imaginarse que podrían ser amigos, hacer travesuras juntos, esconderse debajo de las mesas, tener su lugar secreto en una casa del árbol, donde jugarían a construir naves espaciales con cajas de cartón… Dean intentó de todo para poder lograr captar su atención.

Llegó la pubertad y con eso unos anteojos. Dean se odiaba porque éstos no lo favorecían. La observó pasar de chica buena a chica emo, luego a dark, hasta convertirse en lo que era ahora.

Dean intentó escribirle notas que dejaba afuera de su casillero, pero ella

nunca se tomó la molestia de leerlas y las arrojaba directo al cesto de basura.

Dean sacaba la basura por las noches, para verla. Ahí estaría luego de que unos amigos la recogieran en automóvil. Ahí estaría cuando un chico la besara afuera de su casa. Ahí estaría cuando sintiera ganas de llorar. Y Dean siempre había querido acercarse a ella, pero Nicole siempre lo ahuyentaba.

Dean no podía hacer nada para que volvieran a hablar, así que al fin se rindió.

Se dedicó a cuidarla desde lejos, porque cuando amas a alguien, no necesariamente debes estar a su lado. A veces sabes que es mejor mantener la distancia.

Antes de todo el asunto con la señal de internet, de su reencuentro, la última vez que supo de ella fue cuando la engañó Kyle, el chico más popular de su escuela. Dean se preguntaba cómo habría sido eso posible. ¿Se podían mezclar los invisibles con los populares? Nicole no era invisible, él sí. ¿Eso no bastaba?

¿Por qué tenían oportunidad otras personas más que él? ¿Por qué Nicole perdonaba cada error de ese tipo? Quiso saber qué hacía tan especial a esas personas, las populares. Contempló a Laila Miller, la chica porrista, presidenta estudiantil, organizadora de bailes y eventos, la chica que se sentía Cupido. La más bella y popular en toda la institución. ¿Estaba fuera de su alcance tanto como Nicole? Pero Laila obró un milagro en esa situación. Le enseñó que no importaba cómo era, todas las personas deberían ser aceptadas al menos una vez, aprendió de ella que era estúpido formar distintivos entre los alumnos, debía haber igualdad. Y la quiso, la admiró por todo lo que ella era. Entonces quiso demostrarle cuánto le importaba, pero había un problema. Su familia, esos extraños que sufren de tecnofobia. Dean se desconectaba de internet constantemente, y eso a la larga podría causarle problemas con Laila. La solución fue robar la red de los vecinos, la de Nicole. Sí, aunque él intentara olvidarlo no podía negar que ése fue el momento que los unió. Claro, su vecina no tenía en cuenta todo aquello, hasta esa noche de martes en que desconectó el internet y Dean decidió subir hasta su balcón para reclamarle, o quizá, para finalmente confesar su amor.

Ya no importaba, aquello realmente era irrelevante. Su torpe hermano, el amante de los libros, consiguió besarla sin esforzarse ni un poco; él se ganó el cariño que a Dean le costó trece años de anhelo, de planeación. Desde ese momento, aquel beso que le habían dado de niño ya no sería especial.

Dean se preguntaba constantemente por qué el amor que Nicole sentía por los chicos era tan efímero y cambiante. Por eso dudaba que lo que ella había llegado a sentir por él fuera a perdurar, esperaba que lo olvidara como anteriormente lo había hecho. Y parecía que era así, porque ahora Zac se había infiltrado en su corazón.

Nicole podía amar a todos los chicos que quisiera, y si no era correspondida, simplemente desechaba el sentimiento. Pero Dean no. Nicole podía no corresponderle, y ese sentimiento no moría. Así había funcionado desde los cuatro años.

Y si ahora aceptaba el trato que le proponía su hermano mayor, sería para cuidar de ella, como se lo prometió aquel día debajo de la cama. Sabía que ellos nunca podrían ser más que amigos, pero ahora que había conseguido mantener con ella ese nivel de relación, ya no se atrevería a arruinarla.

Además, tenía a Laila y no dejaría que ese fruto de amor se marchitara, sólo por ver nacer un pétalo en una flor olvidada.

Por más que lo intentaba, el chico de cabello rizado no lograba prestar atención al libro de física. Sumido en aquellos viejos recuerdos, cerró el volumen y tomó un bolígrafo tratando de escribir un resumen.

Entonces tocaron el timbre de la tienda de mascotas.

—Pase —respondió él sin alzar la vista.

—¡Wifi está a punto de tener a sus gatitos! —se convulsionó Nicole.

Dean se estremeció al escuchar la voz de la chica que poblaba sus recuerdos.

¿En qué momento habían cambiado las cosas? ¿Desde cuándo ella parecía no poder alejarse de él?

—¿Qué? ¿Y qué haces aquí? Ve a grabarlo para que lo pueda ver.

—Vine aquí para que lo presencies conmigo.

—Ellas dan a luz sin ayuda médica, Nicole.

—Lo sé, pero no has contestado mis mensajes desde hace tres horas —le mostró su teléfono.

—No tengo internet, ¿lo recuerdas? No estoy cerca de tu casa.

—Pero deberías tener acceso a la red de tu trabajo, ¿no?

—No la he pedido —mintió. Claro que la tenía, pero activó el modo avión en su teléfono para poder concentrarse en el libro. Le encantaba el internet, le fascinaba que los hubiera unido, pero en ese momento lo odiaba por ponerlo

entre la espada y la pared. Era una distracción que tenía que superar para poder estudiar, sacar buenas notas y cumplir con el acuerdo.

Amaba el internet, pero no más que a ella.

—Qué lástima —se quejó Nicole y examinó la tienda—. ¿Por qué tienes eso?

—señaló el libro con los ojos.

—Ah, estamos por entrar a la escuela y sería bueno repasar lo aprendido.

—¿Es broma? ¿Tú estudiando? JAJA-JÁ —rio ella sarcásticamente.

—¿Más broma que tú invitándome a tu casa para ver parir a una gata?

—Eres mi mejor amigo, sé que se te ocurrirá algo gracioso para ese momento en que me como las uñas por ver a Wifi dar a luz.

—Me das miedo, eso es completamente natural.

—No si tiene amenaza de aborto —frunció el ceño—. Algo me dice que Wifi estuvo en el restaurante anoche y fue la causante de un incendio.

Dean tosió fuertemente.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, al parecer alguien no quiere que pase tiempo con Zac, aunque sea su hermano y él y yo seamos sólo amigos…

—"Si saben cómo soy, ¿para qué me invitan?" —se excusó recurriendo a la frase de un popular meme.

—¡Lo sabía! —sonrió Nicole—. Te acabas de delatar, y para tu información, no fuiste requerido.

—Malas personas —Dean recogió sus cosas—. Ya vámonos, Wifi nos necesita.

—¿Seguro que por eso accedes a ir? ¿No será que deseas evadir mis preguntas?

—Basta, sólo accedí porque has traído una excusa perfecta para dejar el trabajo —mintió—. Seré abuelo gatuno, corre.

—Ajá —pronunció Nicole, mirándose en un espejo de mano y retocándose con labial carmesí.

Dean se recargó contra un aparador y observó a la chica. ¿Sus labios seguían teniendo sabor a chocolate, como la primera vez que lo besó?

Por todos los dioses gatunos, anhelaba volver a sentir esos labios sobre los suyos.

34

Había una vez una galleta…

Wifi dio a luz su segunda camada, aunque para Dean y Nicole fuera la primera.

Consistió en cuatro gatitos: manchados o siameses.

Lamentablemente, los chicos no presenciaron el nacimiento, llegaron tarde porque Dean se detuvo a recoger las heces de un perrito callejero, al cual le ofreció también un poco de alimento.

—¡Es tu culpa! —reclamó Nicole.

El chico rizado puso los ojos en blanco y sacó su teléfono para tomarle fotos a los gatitos. Sus ojos se abrieron como dos platos, y comenzó a rastrear la señal de internet moviendo de un lado a otro el aparato.

—Vamos, has estado en mi casa antes, ya sé que nunca habías tenido tanta señal, pero no es para que exageres.

—No es eso —seguía deslizando su *smartphone* entre las paredes y objetos

—. He encontrado la fuente de vida del internet, jamás había visto algo semejante —provenía de junto a la nueva cama de Wifi.

—¿Hablas del módem? —Nicole enarcó una ceja.

—¡Exacto! —sonrió Dean de oreja a oreja—. Es tan perfecta, esa cajita blanca con lucecitas verdes parpadeantes y una bella antenita.

Dean era tan feliz. Le parecía tan impresionante cómo algo tan pequeño le abría el camino a la mayor red de conocimiento.

—Sí, cuando quieras le haces una sesión de fotos —dijo la chica con gracia, después esa risa se desvaneció al ver que Dean fotografiaba más al módem que a sus gatos—. ¡Oye!

—Es broma, ya no siento nada por el internet, sólo estaba despidiéndome de él.

—¿Su relación terminó?

—Sí, me resigno a perderlo.

—Déjame adivinar, ¿tus padres ya se enteraron?

Dean negó, ésa habría sido una pesadilla. Pero el hecho de que su hermano mayor lo supiera era todavía peor, porque sacaba provecho

de la situación.

—En realidad le está fallando la pantalla táctil a mi teléfono, y mejor ya no lo usaré tanto —mintió—. Me desespera que la imagen se congele.

—Bueno, puedes usar el mío cuando quieras —ofreció Nicole. Dios, en estos tiempos prestar tu teléfono es una propuesta comprometedora.

—Gracias —sonrió Dean mostrando los dientes—. Pero otro día, ahora se me ocurrió una gran idea: ¡Hagamos un tiktok con los gatitos!

Nicole asintió entusiasmada y aprovecharon el momento para hacer tonterías, grabaron a los pobres animales débiles con los párpados cegados y les cantaron las mañanitas por haber nacido.

También cargaron a Wifi y le dieron un masaje.

—¿Y quién lo vio? —preguntó Nicole sobre sus historias.

—Laila.

—Ah.

Pareció un momento incómodo entre ellos, no sabían qué hacer o decir. Dean supo que mencionarla no había sido buena idea, procedió a frotar las manos en sus piernas en señal de nerviosismo.

Sonó el timbre, Nicole se levantó.

—Hola —saludó Zac acercándose para besarla, sin embargo, ella se apartó a tiempo.

—Zachary.

—¿Cómo estás?

—Excelente, ya soy abuela —rio—. Bueno, no literalmente —le explicó lo de su gata.

—¡Enhorabuena! ¿Cómo estuvo el parto?

—No llegamos a verlo.

—¿Llegamos? —arqueó una ceja.

—Sí, aquí está Dean —respondió y el semblante del chico cambió, su

hermano no estaba estudiando o trabajando.

—¿Puedo pasar? —preguntó lo más amable que pudo para ocultar su enfado.

Nicole asintió, incómoda, y caminaron hacia su recámara. Su expresión se paralizó cuando vio a Dean preocupado.

—Por favor, sé fuerte, no mueras… Yo te necesito.

—Dios mío, ¡¿están bien los gatitos?! —corrió ella a su encuentro.

—Peor —dijo Dean—: se murió la señal de internet.

Ahora la molesta era Nicole.

—Jeje —tosió Dean—. Estaba contemplando el módem y se cayó… —todos miraron el piso, había tirado los cables de conexión.

—¡Dean, cortaste la señal de internet! —gritó la propietaria.

—En efecto, estoy tratando de arreglarlo, se zafó una cosita de aquí —señaló

—. Te juro que no fue mi intención, me emocionó tocar algo que nunca había visto en vivo y en directo. Además, Wifi tiró el wifi.

Nicole meneó la cabeza y comenzó a poner todo en su lugar. Zac observó cómo ella se esforzaba y Dean se avergonzaba.

—¿Ya leíste lo que te pedí? —preguntó el hermano mayor para cambiar de tema.

—Llevo diez páginas, ¿eso cuenta?

Zachary sonrió y negó con la cabeza. Se acercó a su vecina y tomó sus manos indicándole qué hacer.

—Los equipos funcionan digitalmente con un lenguaje binario, pero los módems son analógicos. Las señales digitales pasan de un valor a otro —explicó mientras ayudaba—. Un piano funciona de manera digital ya que no existen pasos entre las notas. Y un violín puede modular sus notas para pasar por todas las frecuencias posibles. Un equipo funciona como un piano y un módem como un violín. ¿Entiendes?

—¿Qué dices? —respondió extrañada. Esto no era una clase, ¿verdad?

—Lo sé, tengo tecnofobia, pero no significa que viva en la ignorancia, la aborrezco, es cierto. Sin embargo, acabo de leer sobre eso y acabo de entender que valió la pena.

Nicole y Zac cruzaron miradas, mientras Dean en su mente los quería matar.

No había sido buena idea interrumpir la señal de internet.

—Por eso amo leer, no sólo es un *hobby* para escapar a otros mundos; sirve para llenarte de conocimiento que puedes aplicar en el día a día —prosiguió—.

Tú puedes ser parte de ello, lo estás siendo…

—¡Hablando de libros! —interrumpió Dean, celoso del momento—. Te recuerdo que ahora eres mi tutor, vayamos a casa a estudiar —lo jaló de la camisa.

—Adiós, Nico —dijo Zac profundamente, y ella alzó su mano.

—Adiós, Nickelodeon —pronunció con ternura Dean, quien regresó para agregar—: me avisas cómo llamarás a cada gatito. ¿Sí?

Nicole sonrió a ambos y se quedó pensando en los nombres que pondría a sus retoños. Tanto gatunos, como también a los humanos, los que ella pretendía tener en unos años, si es que lograba encontrar el amor verdadero.

•••

—¿Por qué sigues coqueteando con ella?

—Tú no cumpliste tu parte. ¿Por qué yo debería de cumplir la mía?

—¡En serio lo intento! Llevamos dos horas estudiando y yo no he levantado ni un segundo mi teléfono.

—Querrás decir que yo llevo explicándote lo mismo desde hace dos horas y no eres capaz de entenderlo: sigues pensando en ella. Dime una cosa, ¿hiciste a propósito lo del módem?

—Fue un sacrificio…

—Pamplinas —se quejó Zac.

El teléfono de Dean vibró y él dio un pequeño vistazo entre sus piernas que estaban escondidas bajo la mesa.

Nicole: ¡Ya hay internet!

Recibido a las 9:35 p.m.

Nicole: Cavernícola superdesarrollado, contéstame.

Recibido a las 9:41 p.m.

Nicole: Desconectaría el internet, pero esta vez no te complaceré.

Recibido a las 9:49 p.m.

A Dean se le escapó una sonrisa mientras ocultaba su celular.

—¿Algo que quieras compartir? —Zac cruzó los brazos.

—Nop —Dean soltó el teléfono.

—Bien, iré a ducharme, te dejaré realizando estos ejercicios, si vuelvo y te encuentro en internet, te mato. ¿Comprendes?

El hermano menor asintió y el hermano mayor se marchó a la ducha. La tentación por contestar fue inmensa, no aguantó.

Dean: Nickelodeon, no me envíes mensajes.

Nicole: Pero estoy aburrida.

Dean: Tengo que estudiar.

Nicole: No lo hagas… Eso no es lo tuyo, has estado muy extraño últimamente.

Dean: Dile eso a Zac.

Nicole: Por una parte está bien… Te estás superando. xD

Dean: Eso creo, jajajaja.

Nicole: Bien, te dejaré, con una condición.

Dean: ¿Cuál? D:

Nicole: Cuéntame un chiste.

Dean: Jajaja, ¿por qué eso? Creí que me pedirías palomitas…

Nicole: Nah, ya me hartaron. Lo digo porque siempre me haces reír entre conversaciones, y ahora que no lo has hecho: dime un chiste rápido.

Dean reflexionó unos segundos y después escribió.

Dean: Había una vez una galleta que se sentía gorda, quiso hacer abdominales, pero al doblarse se rompió…

Nicole: .___.'

Dean: Admítelo, te reíste.

Nicole: No. xD

Dean: Jajajaja, el "equisde" dice otra cosa.

Nicole: Sí te andas muriendo de hambre como comediante, eh, Dean. Ya ni modo, bye.

Dean miró su libreta, luego el teléfono. Suspiró y desactivó el icono de wifi.

Esta vez no esperaría a que Nicole lo desconectara. Esta vez sería por voluntad propia.

35

Hofolafa

El día de regreso a clases llegó, lunes por la mañana. Normalmente Dean iría malhumorado, alborotado y descuidado. Sin embargo, en esta ocasión se encontraba listo justo a tiempo, todo parecía ordenado en su aspecto y en su mochila.

Iría a la escuela a estudiar, ¿pueden creerlo? Bendito seas por lograr este avance, Zac.

El chico con rizos bien definidos caminó silbando hasta su aula, sintió un pequeño vacío porque no esperaría a Laila recargado en los casilleros, tenía que ser paciente, aún faltaba mucho para que ella volviera.

Echó un vistazo al salón y reconoció a Nicole, estaba con sus amigas, a quienes mostraba las fotos de sus nuevos gatitos, y así los ofrecía en

adopción, para que tuvieran nuevos dueños.

Dean sonrió a través de la ventana y eligió un asiento distante al de su vecina.

—¡Adivina! —Nicole corrió hacia a él—: Ya abrieron sus párpados, y uno tiene heterocromía, ¿no es increíble?

—Hofolafa —saludó Dean en idioma de la “F”.

—Te seguiría el juego, porque me encanta hablar así, pero te estoy diciendo algo importante, ¿no escuchaste? Ese pequeño felino vale oro.

—Nofo lofo séfe —rio Dean y después contestó a la heterocromía en ese mismo dialecto, Nicole meneó la cabeza y mantuvieron una conversación así, por supuesto que los demás los observaban extraño.

—Afadifiosfos —se despidieron cuando inició la primera clase.

Dean logró hacer todos los apuntes y hasta participar. Una vez más, sus compañeros lo miraron raro. También actuó diferente, escribía un párrafo y

giraba su cabeza para buscar a Nicole y ver qué hacía, en su mente pasaban miles de recuerdos.

Kyle llegó a la segunda hora con intención de hostigar a su exnovia por el video del año pasado. Dean lo entendió y cambió de lugar para estar más cerca de su vecina querida.

—¿Te picó algo? —murmuró Nicole acercándose a la banca de enfrente.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sin mover su postura, él sólo siguió escribiendo.

—No lo sé, estás atento, cuidándome, hablando conmigo aquí en la escuela y no esperando a que estemos en nuestra calle.

—Sigo siendo el mismo…

—Dean, ¿hace cuantas horas que no usas internet?

—¿Unas 18? ¿Por?

—Te está afectando —rio Nicole—. Pero no te alteres más, yo iré al

rescate, por las mañanas lo conectaré para que revises tus cosas antes de venir a la escuela.

—¿Qué? —exclamó perturbado, así sería más fácil sucumbir a la tentación de navegar por ahí. Su expresión fue tan notoria que captó la atención de la profesora.

—¿Quiere dar la clase por mí, señor Blackelee? —espetó ella—. Creí que ya había dejado en claro que no voy a tolerar más su impuntualidad o interrupción, estoy así… —hizo un ademán que expresaba mínima cantidad— de reprobarlo

—exageró la mujer.

Dean resopló, todo le estaba cayendo encima; no quería más problemas. Se iba a excusar, pero gracias al cielo entró el director al aula a darles una nueva información, el chico de rizos se creyó salvado…

—Buen día, estudiantes, espero hayan tenido unas satisfactorias vacaciones.

Durante ese periodo, su servidor se dedicó a instalar algo que tanto esperaban y que ya es una necesidad. A partir de hoy tendremos en las instalaciones, abierta para todo el público, una red de internet —todo el alumnado, excepto Dean, sacó en ese mismo instante su teléfono para comprobar si lo dicho era cierto; en seguida los asistentes gritaron de emoción y aplaudieron—. Les quiero recordar que este esfuerzo tiene como finalidad apoyarlos en sus estudios, para que ingresen a sitios web con inspiración académica, por si no llegaran a comprender

un tema en su totalidad, pues a veces buscar información en la biblioteca resulta tedioso, ahora podrán disfrutar de esta gran comodidad. Incluso podrán usarlo en sus horas libres.

—Estoy frito —se dijo el chico que sufría de una creciente adicción a cierta herramienta.

—¡Dean, qué alegría! —sonrió su compañera—. ¡Ya no sólo tendrás mi internet, y éste nadie te lo va a desconectar!

Él entró en pánico, sin embargo, no quería tirarse al piso ni rodar en círculos.

Así que abrió su mochila y sacó un botecito de helado napolitano, que

comenzó a comer de manera descontrolada.

—Vaya, ¿cómo es que tenías escondido ahí eso? —se sorprendió Nicole—.

No, espera. ¿Cómo es que no se ha derretido?

—Compré una nevera portátil previendo el Apocalipsis zombi. También traigo de chocolate, ¿gustas?

—¿No traes palomitas?

—No —hizo una mueca.

—Creo que hoy no habrá wifi para ti en casa —cruzó los brazos en broma.

—Está bien —alzó los hombros y dio otra cucharada—. Para ti no habrá helado.

•••

—Estaba pensando, Dean —Nicole inició la conversación en la última hora—.

Ya que compartimos internet, puede ser de ambos, ya no sólo mío.

—¿Cómo dices? —le brillaron los ojos involuntariamente al chico.

—Sí, tú me ayudarás a pagar el internet; ya sabes, hasta te daré un recibo por consumo.

—¡Gran estafa! Ni siquiera tengo el control para desconectarlo o no.

—Pero lo usas y eso es lo que importa…

—No, Nickelodeon, vete por la sombrita.

—¿Quéfe?

—Nafadafa.

—Pero ya conseguiste un trabajo estable… —justificó Nicole, a lo cual Dean se turbó.

—Nico, tengo que confesarte algo —se acercó a ella, inhaló profundamente y…—: Ya no quiero usar más el internet.

—¿Es broma?

—No, hay un motivo —trató de justificarse—. Zachary me convenció.

—Mmmmh, pero el wifi es parte de ti, admítelo —Dean ladeó la cabeza y después asintió—: Ya sé, le diré a tu hermano que te deje en paz, puedo seducirlo y posiblemente caiga bajo mis encantos, a mí me hace caso —coqueteó Nicole ondeando su cabello.

—¿Qué? —se alarmó Dean—. No, me niego a que hagas eso por mí.

—No sólo sería por ti.

Dean bajó la mirada entristecido por el hecho de que ella ya estaba haciéndose ilusiones con un chico que, aunque no era como Kyle, también la estaba utilizando.

Suspiró y anotó la actividad sugerida en el pizarrón.

—¿No dirás algo más?

—Sólo quedan diez minutos, y aún no termino —señaló hacia el frente.

—Fácil: ocupa la tecnología —ella sacó su teléfono y le tomó foto al tema expuesto en el pizarrón.

—Gracias —sonrió él—. Aunque entre menos ocupe el teléfono es mejor.

—Éste no eres tú…

El chico rizado quería decirle que todo aquello que cambió en su actuar era debido a ella, no obstante, el profesor lo interrumpió dando la última actividad en equipo. Dean no creyó que Nicole quisiera estar con él, juraba que la resolvería con Abril. Al final, el tiempo se acabó, por lo que la actividad quedaría como una tarea a terminar en pareja.

—Te acompaño a tu casa, no quiero que te pierdas —bromeó Dean—. Zac no puede enojarse, estaré estudiando.

Su vecina asintió y no tomaron el autobús de regreso a casa, decidieron ir a pie, empujándose de un lado al otro con sus mochilas.

—Bien, déjame pasar por algo de fruta y luego te alcanzo —Dean detuvo el paso.

—No, mejor ve por provisiones de golosinas y de chatarra a la casa de los Brooks —sugirió Nicole.

—Bien, ¡pero no ocuparemos el internet!

—Ah, pero quiero poner una película en Netflix, tenemos que hacer ese saludo.

—¿De qué hablas?

Nicole rio discretamente.

—Te iba a invitar a ver *Juego de gemelas*, apuesto a que no la has visto.

—Nop, ni idea de cuál sea ésa.

—Hacen un saludo de amigos muy padre el mayordomo y la niña. Tenemos que aprender a hacerlo.

—Bueno, terminando de verla hacemos el trabajo.

—Así funciona —acordó ella.

Pasaron la tarde juntos, y sin problemas. Usando lo menos posible la red inalámbrica, sólo para complementar información para su tarea. Al principio, creyeron que las láminas para su exposición se verían mejor proyectadas en PowerPoint, pero ninguno de los dos inútiles sabía usar ese programa.

Optaron por hacer láminas al estilo antiguo, en papel bond, y pintarrajearse las manos gracias a los plumones. Recortaron ilustraciones de revistas y las pegaron en los rotafolios.

Eran las diez de la noche cuando estaban por finalizar, habían perdido el tiempo viendo películas y tomándose fotos, pero al menos había valido la pena: encontraron otro personaje de Disney que se parecía a Nicole, la chica de *Grandes héroes*.

En un pestañeo, ella se quedó dormida recargando su cabeza encima del escritorio. Dean no quiso despertarla, y la contempló por un momento.

—Afadifiosfos —susurró, le plantó un beso en la sien y se llevó el proyecto para terminarlo en su casa. También se despidió de la familia Carter agitando una mano a la distancia.

Zachary logró su objetivo: había creado a un chico responsable,

aunque no era un hecho que lograra quedarse con la chica.

36

¿Nicole o Laila? Mejor Dalila

El remordimiento por abandonar el internet dos semanas consumía a Dean.

Recordó que ahora sacaba buenas notas, además Nicole y él hacían un buen equipo, su ponencia fue un éxito, literalmente había química entre ellos. (La exposición había sido para la clase de Química.)

También solían sentarse juntos, murmurando las respuestas a los problemas.

Además, él escribía en las orillas de las libretas de su vecina, dejaba pequeños mensajes o dibujos graciosos que provocaban una sonrisa, o franca carcajada, en su compañera.

Si aún fueran niños, estarían llenos de estrellitas por todo el rostro.

Quizás eran buenos estudiantes, o quizá eran los únicos cuerdos de la escuela.

El wifi gratis trastornó a la mayoría de los jóvenes, que no se separaban de sus teléfonos ni un momento: en los sanitarios revisaban sus redes sociales, o peor aún, se tomaban fotos frente el espejo para luego subirlas.

Los grupos de *gamers* o *frikis* abundaban.

Ya no existía paz, la escuela era una guerra constante de memes, lo cual incrementaba el ciberacoso.

Dean únicamente usaba su teléfono para escuchar música con audífonos mientras estudiaba, qué raro, ¿verdad? Si no hubiera sido por Nicole y Zac, él estaría como todos los demás. Por supuesto que ahora no era un *nerd*, aún seguía siendo el mismo atolondrado de siempre, y sabía que, si estaba cambiando, era por ella.

—Pásame la dos —pidió Nicole, pero Dean seguía sumido en sus pensamientos—. Tarado, te estoy hablando —lo zarandeó.

—¿Qué? —reaccionó—. Ah, es “pez”.

Nicole rodó los ojos y comenzó a calificar.

El control escolar dejó de ser responsable, hasta los profesores vivían en el mundo virtual, no escuchaban a los alumnos y sólo miraban sus libretas para plantar los sellos de “Entregado”.

“¿A qué rayos vengo a la escuela?”, pensó Dean. “Me estoy esforzando para una tontería, sigo odiando esta prisión… Al carajo, volveré al internet, extraño esa relación.”

Tecleó su patrón de desbloqueo en el teléfono y vio que tenía más de 100

mensajes de WhatsApp, posiblemente todos de Laila. Estaba por averiguarlo cuando el subdirector entró en el aula.

—Así los quería encontrar, A TODOS —frunció el ceño y señaló los *smartphones*—. Me retracto: en este preciso momento quiero fuera todos estos aparatos portátiles y electrónicos —la clase no prestó atención—. ¡Condenados mugrosos, escuchen! —la bocina de la radio que conecta con el director resonó como cuando un micrófono se cae, el mismo chillido. Las personas presentes cubrieron sus oídos con las palmas de sus manos, creían que se quedaría sordos.

Probaron el acople y finalmente se apreció lo que venía desde la cabina del director:

—No podemos seguir con esto; Twitter, Facebook, Instagram, TikTok, Wattpad… están destruyendo esta institución, o mejor dicho, los estudiantes que usan esas redes. Tenemos que detenerlo. No me queda otra opción, a partir de hoy, se les recogerá todo artefacto electrónico que se les vea usar en clase. Los profesores tendrán la encomienda de pasar a inspeccionar sus lugares.

—¡¿Qué?! —se quejaron todos, al tiempo que el subdirector, que los acompañaba, los miró, tomó una caja de cartón y comenzó a arrebatarles para arrojar dentro decenas de *smartphones*, reproductores iPod, y consolas Nintendo.

De mala gana, los estudiantes entregaron sus aparatos. Una chica reclamó la injusticia, y estaba en todo su derecho. Sí, pero lo que había olvidado eran sus obligaciones.

Nicole dejó su teléfono al fondo de la caja y no se preocupó más por él. Tenía más aparatos en su habitación, que de hecho ya no utilizaba tanto, gracias al tiempo que convivía con Zachary.

Dean no tuvo tiempo de despedirse de *Dalila* (su teléfono, ése era el

nombre

que el chico le había dado).

“Si tan sólo hubiera esperado cinco minutos más antes de usarlo. Pude haberlo ocultado en un calcetín… Dalila, amor de mi vida, te esperaré.”

La sanción del director consistía en que los aparatos se quedarían guardados todo un fin de semana. Para su mala suerte, el día que se los retiraron era jueves.

Una profesora tuvo la magnífica idea de reflexionar sobre la importancia de las tecnologías en la vida cotidiana, y los exhortó a expresar lo que sentían al usar o no la red inalámbrica. Tal vez sin darse cuenta, organizó algo así como una sesión de Alcohólicos Anónimos, pero con estudiantes adictos al wifi.

Mientras llevaban a cabo tal dinámica, el regordete director habló a la compañía de internet para que les suspendieran el servicio.

—Su turno, señor Blackelee —anunció la maestra. Dean estaba distraído mirando por la ventana, Nicole lo alertó con un codazo—. ¡Dean Blackelee! ¿No quiere agregar algo al desahogo de internet?

El chico de cabellera rizada regresó del planeta Marte, se levantó de su asiento y caminó al frente. Resopló, no sabía por dónde comenzar, se meneó de un lado al otro y después retuvo una postura firme.

—Internet tuvo sus orígenes en los sesenta —recordó que lo estudió—. Pero no fue sino hasta 2006 que debutó aquí masivamente, entonces se hizo una tecnología más accesible. Aunque para mí siempre ha sido algo ajeno. Muchos de los que me conocen sabrán que mi familia sufre de tecnofobia, por lo que rechazan el uso de internet y de las computadoras y de todo lo semejante a ello.

Debería estar acostumbrado a esta sequía, pero no. Llevo algún tiempo usando un teléfono en secreto. Y es a partir de hoy que volveré a estar incomunicado, o eso diría si yo fuera aquel mismo chico internauta. Pero recientemente cambié de parecer, ¿saben? Claro que disfruto navegar en la web, obtener un nuevo seguidor, ver mi publicación llena de *likes* o “favoritos”, “compartidos” o

“retuits”… pero todo eso de nada sirve. El dinero y la popularidad se esfumarán, todo pasará… Si mi hermano estuviera aquí, diría: “Oye, estás sonando como yo”. Tal vez tenga razón, la vida no está en una

pantalla, está afuera de esa pantalla, en el mundo real. Justo aquí.

Dean señaló a su alrededor.

—Ustedes me dirán: "¿Éste es el típico discurso que apoya al partido corrupto, en este caso, al director?". No lo es, en absoluto —la profesora le

dirigió una mirada retadora—. Perdón, ése no era el punto… Lo que al final yo quería decir es que no apoyo que se nos restrinja el acceso a internet, porque ni yo mismo me creo lo que acabo de decirles hace cinco minutos; y vaya que lo he intentado: Una chispa dentro de mí me dice que es cierto, pero simplemente no puedo admitirlo. ¡Amo el internet!, y a Dalila, me refiero a mi teléfono, sé que no es un ser vivo para bautizarla con un nombre, pero no puedo evitarlo. Y es que, no sé si deba abordarlo, pero el internet obró un milagro en mi vida. Como les dije, rodeado de gente extraña, mi propia familia, yo me veía obligado a robar el wifi a mis vecinos porque quería ser un adolescente ¿normal? Y gracias a eso pude hablar con la chica de la que siempre he estado enamorado.

Nicole pensó en Laila y decidió desviar su mirada hacia la ventana.

—Nunca de los nunca me hubiera puesto atención si no fuera por el internet

—continuó Dean—. No es que ella sea virtual, ella es real, me vuelve más loco de lo que estoy. ¡El internet nos unió! No puedo decir que odio el internet o que quiero dejarlo, porque gracias a él, ella me hizo caso. Fue un alivio para mí que habláramos después de tantos años.

El chico se aclaró la garganta.

—Sí, otra vez creen que me estoy desviando del tema de internet, pero no sé cómo explicarlo, ella es mi pasatiempo favorito y nuestra conversación siempre comienza hablando del wifi si no existiera el internet, o si mi familia fuera normal, no se habría dado la circunstancia de que esa chica se fijara en mí. Si tuviera la oportunidad de robarle de nuevo la señal, lo haría sin dudarlo un momento. El internet fue esa pequeña puerta. ¿Entienden? No puedo estar en contra de eso, jamás. Aunque mi hermano trate de convencerme, aunque en esta institución me lo prohíban… ¡No puedo! Me aferro a esa tecnología que cambió mi monótona vida.

Para entonces Nicole ya escuchaba de nuevo atentamente. Se sentía curiosa, ansiosa de saber que ella era la razón.

—Amo el internet, pero la amo más a ella. Y aunque me pidan que lo deje, es la raíz de nuestra unión. Y no puedo cortarlo, porque si lo hago ella también se iría.

Los compañeros murmuraban para saber de quién se trataba, porque podía ser Laila, que estaba de viaje, ¿no? El internet sería su único medio para comunicarse.

La campana sonó para indicar el receso y Dean aún no terminaba de hablar.

De igual manera, los chicos aplaudieron, guardaron sus cosas y salieron del aula.

Todos excepto Nicole.

Dean seguía cerca del pizarrón, recargado y absorto, reflexionando si había sido correcto haber confesado aquello enfrente de todos. Lo había hecho casi inconscientemente. A veces, acumular por tantos años un sentimiento provocaba eso, admitir todo de una vez, y sólo reaccionar después de haberlo soltado por completo.

No se sentía tranquilo, estaba muy inquieto y preocupado.

—Te has quedado paralizado… —se acercó Nicole a paso lento.

—Creo que no debí haber dicho todo eso —bajó la mirada—. No quería que fuera una indirecta, yo…

—Está bien —interrumpió dándole un pequeño abrazo, el cual Dean no correspondió, de hecho, él se apartó.

—Nicole… —susurró distante y cabizbajo, hizo una sonrisa torcida y regresó su vista hacia la chica.

Sus ojos se cruzaron. Permanecieron así un segundo, podía verse el reflejo de uno en las pupilas de la otra. Dean tomó un mechón de cabello de Nicole, y lo pasó por su oreja para luego acariciarle la mejilla.

—¡Dean! —exclamó Laila sonriente desde la puerta, el susodicho volteó sorprendido, se separó de Nicole en el acto, al tiempo que su novia corría hacia su encuentro, y él arrastraba los pies también hacia ella.

—¡¿Qué haces aquí?! —saludó el chico, atónito—. ¡No puedo creerlo,

regresaste! ¡Incluso estás bronceada! —le tocó los brazos, y ella rio.

—Mi labor de ángel guardián con mi prima terminó —Laila endulzo su voz

—. Te he extrañado tanto, Rulitos, el tiempo que he estado fuera sólo me hizo pensar que jamás quiero separarme de ti, y ya no quiero irme de nuevo.

—¿Por… por qué no me avisaste que ya venías?

—Lo hice, pero al parecer no has atendido el teléfono. ¿Hay algún problema?

Además, admítelo: la sorpresa fue mucho mejor.

—Nos quitaron el teléfono a todos los estudiantes. Deberías esconder el tuyo para que no lo retengan —interrumpió Nicole, y Dean ladeó la cabeza.

—¡Nicky! —Laila la saludó con un beso en la mejilla—. Gracias, y también te agradezco por cuidar a Dean, por lo que veo ya volvieron a ser amigos, me

alegra saber que se contentaron después del malentendido.

—No hay de qué —sonrió Nicole—. Sí, no te preocupes. Y tu novio ha subido sus notas.

Novio. Pronunciar esa palabra dolía.

—¿En serio? —preguntó Laila incrédula, y ellos asintieron—. Esto se merece un abrazo grupal —rodeó a los chicos en un incómodo momento, aunque para Laila fue natural.

—Los dejo, iré por una hamburguesa —mintió Nicole, necesitaba el consuelo de sus amigas.

—Te acompañamos, tengo hambre, acabo de llegar hace una hora y mi mama insistió que viniera directo a la escuela en vez de comer y descansar en casa,

¿pueden creerlo?

—Pero… —se apresuró a decir Nicole—. No quiero ser mal tercio, seguro que Dean y tú desean ponerse melosos…

—Oh, vamos —bromeó Laila—. Además, ¿qué estaban haciendo ustedes dos aquí solos?

Nicole puso los ojos en blanco y Dean respondió:

—Acabo de hablar frente a todos sobre el internet y Nicole me esperó porque aún estaba en *shock*, estábamos por debatir el tema, cuando entraste…

—¡Oh, qué lindo! ¿Aún se ruboriza cuando expone en clase? ¿Y le tiemblan las manos? ¿Y su voz se entrecorta?

—No, esta vez lo hizo muy bien, iba a felicitarlo —Nicole miró a Dean con desdén—. Es muy bueno improvisando, estuve a punto de creer todo lo que dijo.

Dean la miró con tristeza, tenía que hablar urgentemente con ella.

—¡Has mejorado, amor! —giró Laila hacia el chico—. Estoy muy feliz —se acercó para abrazarlo.

Dean miró por encima de la cabeza de Laila, Nicole negaba de un lado a otro, rígida.

La rubia se aproximó a sus labios para besarlo. El chico ya había olvidado cómo eran esos besos, lentos y prolongados. El año pasado había fantaseado incontablemente con su encuentro, pero ahora sentía un nudo en el estómago al saber que no recibía a Laila como en aquellos sueños. Dean tenía que haberla besado con fervor, y no sólo posar sus labios. Abrió los párpados y notó que su vecina se había marchado. Sus ojos se cristalizaron, se sentía el peor hombre.

—¿Por qué quieres llorar, cariño? —preguntó Laila.

Dean negó y la atrajo hacia él, la abrazó fuertemente hundiendo su rostro en los hombros de su novia.

37

Púdrete, mentiroso ladrón de wifi

Nicole quería cortarse el cabello. Siempre le había gustado el cabello corto porque le parecía cómodo y sencillo, y así casi no ocupaba tiempo en peinarse.

Después de clases fue rumbo a la estética, su cabello había crecido un poco y decidió volver a reducirlo para sentirse mejor.

Al salir, caminó por un parque cercano, vio el juego infantil que necesita a dos personas para usarse, el subibaja, con nostalgia se sentó ahí, su asiento bajó hasta el césped sin gracia. Ella giró la cabeza para observar a los niños en los demás juegos, algunos con amigos, otros solos, pero divirtiéndose.

Lástima que ella no podía hacer lo mismo, no tenía compañía. Pensó en Dean y su corazón se encogió, ahora que Laila había regresado, posiblemente las cosas no volverían a ser lo mismo; él saldría a pasear con su novia, y no con Nicole.

Se sintió abandonada, tanto como ese juego. Necesitaba el impulso de alguien más, de aquel que era su vecino y nunca se rendía con ella.

Miró por última vez a los pequeños, formó una sonrisa tímida y quiso seguir adelante. Planeaba levantarse, cuando el juego infantil la llevo a la cima, en seguida volteó a ver quién había sido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, agitada, sus pies flotaban.

—Vine a pasear a los perros de la veterinaria —señaló las correas sujetas a un tubo de los columpios—. Y te encontré, ¿puedo acompañarte?

—Bájame, Dean —respondió con desdén, intentó aterrizar sus piernas. Pero el chico usó toda su fuerza para no dejarla ir.

—Necesito hablar contigo —dijo él con dulzura.

—¿Sobre qué? —ella intentó hacerse la fuerte.

—Sobre tu corazón, merece toda mi atención —Dean aseguró firmemente, y

estiró los pies para subir un poco.

Nicole permaneció inmóvil y el juego se balanceó, ahora ambos estaban a la misma altura. Hubo un silencio, ella no quería exponer la verdad:

—Está roto —susurró y dejó el subibaja para ocultar sus lágrimas.

Dean la siguió velozmente y levantó su barbilla con delicadeza.

—Y es culpa mía —la vio directo a los ojos—. Perdóname, Boo.

—No es tan importante —fingió esquivando su mirada.

—Déjame abrazarte —la rodeó con sus brazos, Nicole no pudo más y se sumergió en los hombros del chico, aspiró su aroma, prefería que oliera a esos perros que cuidaba en vez del perfume de Laila, aquello terminó por destrozarla.

—Cállate, mugre patán piojoso —se apartó ella bruscamente—. Ya no hagas esto, por favor.

—No fue mi intención —balbuceó él—. Yo no sabía que sentías algo por mí, hasta hoy.

—De verdad que eres estúpido, ¡hasta Zac lo notaba! —reclamó.

—Creía que te gustaba mi hermano…

—Eso intentaba —hizo una pausa—. Porque me negaba a aceptar mis verdaderos sentimientos —confesó.

Dean ladeó la cabeza, tomó las manos de Nicole, las juntó en sus palmas y sopló en ellas para calentarlas. Tenía que ser franco:

—He estado enamorado de ti desde que tengo memoria. Aunque jamás creí que tú me corresponderías, solías ignorarme hasta que surgió el asunto con el wifi.

El chico de cabello rizado hizo una pausa, para después proseguir:

—Entonces pensé: bueno, ¿qué hay de malo en que seamos amigos? La señora Brooks me aconsejó y concluí que siento tanto amor por ti que es mejor no llevarlo al siguiente nivel, no soportaría hacerte daño con mis idioteces, que ahora me doy cuenta, ya lo hice. No quería arruinarlo. Si no funcionaba, las cosas ya no volverían a ser iguales, y no deseo destruir nuestra amistad, que tanto me costó forjar: es lo más valioso que he tenido. Me conformo con verte todos los días a mi lado, pero *aparte*, ¿me explico? Las parejas ya no vuelven a ser amigos después de una ruptura, lo leí en internet. Y no quiero experimentarlo, no contigo. Tampoco es que no lo desee, pero ya soy feliz con lo que tenemos, no necesito de más para saber que siempre te amaré. Jamás

cambiaría las risas, tampoco el ofrecerte mi hombro para llorar, para enjugar tus lágrimas, el hacer locuras o simplemente acariciar tu mejilla con mi pulgar, el apoyarte y estar contigo sólo porque yo, o tú, comenzamos a enamorarnos.

—¿Me estás enviando a la *friendzone* cursimente?

—Vamos, no sé porque hicieron tan relevante la *friendzone*, todo es culpa de las redes sociales —se quejó—. Lo que quería decir es que no quiero perderte, pase lo que pase. ¿Arriesgar esta amistad por lo que siento? Eso es egoísta, y más cuando en la amistad no sólo se ve por uno, se ve por ambos.

La chica asintió y clavó su mirada en el pasto.

—¿Qué hay de Laila?

Dean se desconcertó.

—Ella es un tema distinto, me ayudó a ser lo que soy ahora, y ya no el intento de aborto de mono que era.

—¿Por qué querías entrar en mi vida, si sólo buscabas amistad?

—Porque soy muy feliz hablándote —Dean esquivó la mirada de Nicole, y fijó su vista en un árbol—. Sé que de alguna manera te lastimo, pero yo sólo quiero estar siempre para ti, sea como sea, no importa cómo: vecino, compañero, extraño, amigo o novio. Lo que yo siento por ti es amor incondicional.

Nicole reflexionó sobre el discurso.

—¿Cuándo dejarás de confundirme? —preguntó al fin, más tranquila.

—No lo sé, ése es mi trabajo —rio en medio de un momento solemne —. No, olvídalo, no sé.

—Mugroso, pulgoso, eso no se hace —lo regañó como si fuera un perro—.

En fin, la *friendzone* no puede ser tan mala, ¿o sí?

—Quien sabe, sólo sé que no quiero perderte —le dedicó una sonrisa torcida.

—Entonces tendremos que averiguar qué se siente estar en la *friendzone* —

respondió Nicole. No sabía si era buena idea, sin embargo, estaba segura de que Dean había dicho todo aquello sin mala intención. Y ella lo amaba por eso, en silencio.

Quizá ser su amiga sería el dolor constante con el que le tocaba vivir con tal de que él fuera siempre feliz, a su lado.

—Ya que estamos aquí, ¿podemos ir a los columpios? —preguntó tiernamente Dean.

Ella olvidó la seriedad del tema y aceptó. Se columpiaron y apostaron un

pastel —que comerían después— para ver quién lograba impulsarse más alto.

Lamentablemente no supieron quién ganó, pues cayeron encima el uno del otro.

Después vieron al cielo e imaginaron figuras en las nubes.

—Mira, parece un barco —señaló Dean.

—Ésta se parece a Pizza —rio Nicole.

—Perros… —Dean recordó que había llegado ahí acompañado—. ¡Los perros de la veterinaria! —ambos buscaron desesperados a los canes, que se habían liberado de sus correas.

Fue gracioso encontrarlos entre toboganes y escaladores, tuvieron que aventarse con ellos y al cabo de un tiempo todos se divertían lanzándose unos a otros.

Luego giraron en un juego, reían, gritaban y cantaban para aguantarse el mareo. Asimismo, decidieron subirse por última vez al subibaja, ahora con otro humor, ya alegres y dispuestos a complementarse.

—¡Ey, cortaste tu cabello! —Dean tardó en darse cuenta.

—Creí que no lo notarías —contestó Nicole desde arriba y contempló el cielo.

—Luces muy bien —aseguró él—. ¿Lo hiciste para no peinarte el día del Baile de Primavera?

—Sí —mintió—. Qué flojera arreglarme para ese absurdo día.

—¿Eso significa que no serás voluntaria para la decoración? —ahora Dean estaba en lo alto, sus pies colgaban.

—No, no es mi estilo.

—Al parecer Laila será la que organizará el evento, creí que no le confiarían el cargo por las inasistencias que ha tenido, pero ya ves…

—Dean —Nicole interrumpió el juego, haciéndolo bajar—, sé que acordamos ser amigos, pero no me gusta hablar de ella, es tu novia y lo respeto, pero aún me parece incómodo.

—Perdón —él se sintió culpable, volteó a verla: su vecina deslizaba los pies de un lado al otro, tarareando una canción.

—Un segundo —reaccionó ella—. ¿Por qué te encelabas tanto de tu hermano si sólo me quieres como amiga? —arqueó una ceja.

Dean tragó saliva e intercambió las posiciones, el subibaja se balanceó.

¿Debía decirle la verdad?

—No eran celos, sólo quería protegerte de Zachary y sus trucos para usarte en mi contra…

—¿Qué estás diciendo? —soltó una carcajada.

—Ya sabes, amenazarme con que sólo jugaría contigo si no mejoraba en la escuela —la sonrisa de la chica desapareció, pero él no lo notó, seguía parloteando sobre lo que pasó con Zac—. Ingenió un plan…

—¡Eres un idiota! —Nicole bajó con intenciones de marcharse—, me estabas convenciendo con toda esa basura, ¿Pero en realidad eres un buen amigo? —

bufó y le arrojó una rama a la cara—. Los amigos se cuentan todo, pero tú me ocultaste esto de Zac, eso no hacen los “amigos”, inútil.

Su compañero admitió que metió la pata al no decirlo con sutileza, se frotó la mejilla mientras pensaba en cómo arreglarlo.

—¡Qué tonta soy! Zac es igual o peor que tú. Pudiste evitar que me sintiera mal cuando él me besó porque yo no le correspondía. En cambio, se estuvo burlando de mí, no deseo verlo merodeando por mi casa, lo toleraré ya que es mi vecino, no obstante, ya no quiero más lazos con él. Y ten por seguro, cuando nos regresen los teléfonos, que tú no usarás mi internet.

—Noooooo —se deslizó en el subibaja.

—Síííí —se impulsó ella también.

—Noooooo —subió él.

—Síííí —lo bajó.

—Noooooo.

—Síííí.

—Noooooo.

—No.

—Sííí.

—Gracias —sonrió ella y abandonó el juego.

Dean se golpeó el trasero al bajar de súbito.

—Nicole, no me importa que ya no compartas el wifi pero, ¿así cómo entablaré conversación contigo?

—Ya no lo harás, ése es el punto.

—Pero…

—¡Cállate! Estoy en todo mi derecho, tú decidiste por mí no querer ser algo más, pues yo ahora exijo ya no ser tu amiga.

—Lamento no habértelo dicho —añadió él con sinceridad—. También en darle tantas vueltas a nuestros asuntos, pero entiéndelo, no quiero perderte, no me apartes, por favor —suplicó.

—¿Entonces por qué no quieres decirme la verdad? ¿Es tan difícil?

—¿Cuál verdad? Yo no te he mentido —reflexionó—, excepto con lo de Zac, con lo del gato callejero, con que no tenía microondas, y con robarte durante ocho meses la señal de…

Nicole enfureció.

—Experto en mentiras y engaños: me refería a Laila, sabes que ella es la chica más popular de la escuela y que nadie se atrevería a rechazarla. Es por eso que no quieres dejarla, no es por mí y todas esas tarugadas que dijiste sobre amistad y el amor y no sé qué ocho cuartos.

Dean lo negó, pero recibió una bofetada.

—De seguro hasta sacaste esas frases de internet —refunfuñó Nicole

—. Creí que los Blackelee eran mi bendición, parecían tan diferentes a los demás, pero sólo tenía que conocerlos un poco. Son iguales a todos, sin mencionar que uno es adicto al internet, y el otro es tecnofóbico…

—Pero…

—Cállate, renacuajo con afro —dijo ella, rígida y hasta pálida—. No eres bueno ni como amigo: hazme un favor y desde ahora sé un buen desconocido, ya no me espíes o me robes más la señal, olvídate de mí.

Nicole sintió frío al decir esas palabras, le temblaban las rodillas. Dean intentó tocarla y ella le dio la espalda. El chico se quedó con la mano extendida, mirando cómo la chica de sus sueños se alejaba.

Dean se mantuvo allí, en pie, por un largo tiempo. Los sabuesos aullaron después de su partida.

•••

El chico de cabello rizado caminaba desesperado de un lado al otro en su habitación.

—¿Qué carajos le hiciste a Nicole? —entró Zac.

Dean lo ignoró y siguió repasando palabras, hablando solo.

—¡Sangre sucia inmundo! —gritó Zachary—. Mírame.

Su hermano volteó y notó la cabellera de Zac alborotada y pegajosa; bajó la mirada y su camiseta a cuadros exhibía una enorme mancha de malteada de fresa.

Zac siempre había sido muy aseado, aquello seguramente había sido ocasionado por su vecina.

—Oh —soltó Dean entre dientes.

—¿Me dirás lo que ocurrió? Ya no quiere verme —Zac se cruzó de brazos—.

¿Le dijiste que la buscaba con *libidinosidad* ?

Dean rio, le daba mucha gracia esa palabra.

—Puede ser —respondió como desquiciado—. Mentira, le dije la

verdad: que sólo la estabas usando.

Zac miró hacia la ventana, sintió un hormigueo. Hubo un silencio incómodo, después apretó la quijada.

—Oh-oh —reaccionó Dean queriéndose morder las uñas, pero sabía que si Zac lo veía hacerlo, se pondría aún más molesto, detestaba ese sonido—. ¿No estabas fingiéndolo, verdad?

—Nunca entiendes nada —Zac golpeó con su puño la puerta y acto seguido abandonó la habitación.

38

Libros *vs*. Vida

Existían chicos como Zac, detallistas, románticos y atentos… Y luego estaba Dean, un revoltoso descerebrado que ni siquiera pensaba lo que escribía antes de enviar un mensaje.

Al sonar el timbre de la familia Carter, Nicole atendió el llamado. Como de costumbre, inspeccionó su porche por la mirilla: no había nadie. Sólo un paquete adornado con papel *vintage* y una nota que decía: *Querida Nicole:*

Mis sinceras disculpas por el alboroto que ha provocado mi hermano.

Mi verdadera intención es tenerte cerca. Espero puedas perdonar mis errores.

Deseo enmendarlos y por eso te obsequio esto; los libros te acompañarán en la ausencia de la persona en momentos difíciles. Cuando te sientas triste o alegre, sana o enferma, un buen libro es siempre la solución. Lamento haberte decepcionado al incumplir con las expectativas de un chico literario. Quizá por eso las mujeres optan por enamorarse de ellos en vez de los de carne y hueso.

Sin embargo, de alguna manera quiero que pienses en mí, sé que se ama el olor a libro nuevo, pero he rociado un poco de mi loción en ellos.

También me he tomado el atrevimiento de escribirte más de una nota, cuando abras cada uno de los libros que te he regalado, encontrarás una dedicatoria incompleta: he dejado pequeños mensajes en las páginas en blanco. Si los lees todos, podrás unir las piezas y formar lo que mi corazón anhela decirte.

Tuyo,

Zachary Blackelee

Presa del asombro, Nicole se llevó una mano a la boca. Su corazón latía fuertemente al leer esas preciosas palabras. Rompió el papel fantasía color caoba y sacó las colecciones de libros sólidos, empastados en tapa dura: *Orgullo y prejuicio, Sensatez y sentimientos, Mansfield Park* y *Emma*, novelas todas de Jane Austen. Así como la trilogía juvenil de *Maze Runner: Correr o morir*.

"Sí que tiene dinero", pensó ella y soltó una risa que hizo bajar las escaleras a su madre.

—¿Por qué tan feliz? —preguntó la señora Carter mientras le daba un pequeño golpe en el mentón.

Nicole negó con la cabeza, se había quedado atónita, no sabía qué decir, sólo quería ponerse a leer.

El timbre sonó de nuevo.

—¡Picarona! ¿Será de otro chico? —volvió a hablar su madre—. Yo abro.

La chica suspiró soñada, si así mostraba arrepentimiento Zac, ¿cómo lo demostraría Dean?

Su madre trajo consigo una caja ostentosa y pesada, terminó por dejarla caer al suelo de la sala.

—¿Qué es esto? —Nicole rodeó la caja, encontró un agujero cubierto por una nota corta:

P-E-R-D-Ó-N-A-M-E

¿Sí o sí?

—Dean.

Nicole arrugó la nariz, y frunció el ceño.

—Qué emotivo, tarado… —gruñó haciendo bolita el papel—. Gracias, no me imagino lo que hay adentro, podrían ser hasta explosivos — actuó como si él estuviera presente, su madre sólo puso los ojos en blanco.

De mala gana, Nicole desenvolvió la caja, quitó la cinta adhesiva que mantenía las tapas cerradas y gritó del susto al saber de qué se trataba.

—¿Pero qué carajos hace en los suburbios? —caminó de espaldas y se

golpeó el tobillo con el sofá, brincó con un pie recogido.

—¡Un pato! —su madre saltó al sillón—. ¿Por qué te dio esa criatura?

—Esta vez sí lo mato —dijo, refiriéndose a Dean, cruzó los brazos y zapateó con el pie izquierdo.

•••

Dean miraba con desagrado a la familia que deseaba adoptar un cachorro.

Venían con dos niños pequeños, no mayores de cinco años, uno en brazos que con trabajos gateaba y el otro en pie, pero mostrando poco interés en su nueva mascota.

Ambos aferraban aparatos electrónicos entre las manos. Al parecer las tabletas remplazaron a los biberones, y a los chupones, los teléfonos inteligentes.

No podía creerlo, esos mocosos tenían un mejor modelo que él. Parecía que habían nacido con el aparato en las manos.

—¿Te gusta ése, corazón? —la madre intentaba convencer al padre para que eligieran al perro esponjado.

Dean resopló.

—¿Nos da éste, por favor? —señaló el hombre.

—No, no les daré nada —espetó Dean, áspero—. Sus hijos están tan embobados en esas cosas del diablo y apuesto a que no le prestarán atención. Por favor, es una vida nueva, necesitará cariño, no que lo ignoren. Sé lo que se siente cuando tu cachorro te mira anhelante mientras tú estás sumergido en la web.

¡Ellos qué culpan tienen! No debería de ser legal que los niños cambien los juguetes por aparatos electrónicos y que los perros tengan que aguantar a sus amos hasta que se acuerden de ellos, sólo porque no tienen nada mejor que hacer, pues su señal de internet se ha ido

y…

—¡Dean! —gruñó su jefe que estaba tras el mostrador contiguo.

—Perdón —el chico bajó la mirada—, ustedes no tienen la culpa de mis problemas… ¿Cuál querían? —sonrió.

—No, no, adelante —se mostraron comprensibles y se miraron el uno al otro

—. Tienes mucha razón, jovencito, es más: toma, te regalamos estos aparatos

“del diablo”, como dijiste, así podremos disfrutar de la vida.

—¿En serio? —dijo el chico, sus ojos se iluminaron.

—¡No, inepto, era sarcasmo! —exclamó la pareja y rio fuertemente—. Vete a lavar loza, no soportamos que nos traten así, igualado —se dirigieron a la salida.

Dean pateó el mostrador y escuchó romperse una vasija india, en seguida se agachó para recogerla.

Sintió un peso contundente que habían dejado sobre el mostrador.

—Sin prisa, sabía que volverían —se incorporó acomodando sus anteojos—.

Oh.

—¡No puedes enviarme un animal cada que arruines las cosas! —protestó Nicole—. Tengo cinco gatos en casa —señaló con los dedos—. ¡Y es tu culpa!

¡No puedo cargar ahora con un pato! ¿Crees que es fácil, imbécil?

El chico meneó la cabeza.

—Tranquila, quería verte —arqueó una ceja—. Sí, esa gata necesitaba amor y protección. ¿Negarás que la amas con todo y su camada?

Nicole asintió.

—Ése no es el punto: la gata no estaba vacunada ni esterilizada, y todas las consultas salieron de mi bolsillo. ¿Cómo piensas que mantendré ahora a un pato?

¿Es siquiera doméstico? No sé ni cómo alimentarlo, ¡no quiero que muera!

¡Estás chiflado! ¿Cómo lo conseguiste?

—Vamos paso por paso —comenzó Dean, sereno—: En primera, si mal no lo recuerdo, tú solías quejarte con que alimentabas el consumismo y no sabías qué hacer con tu dinero, por lo tanto, empezaste a desconectar el internet para reducir gastos. Yo sólo te estoy dando una opción para invertir tu capital. ¿Qué mejor que en una vida? Admítelo, te sorprendió y no te lo esperabas… Te estoy regalando una vida para que la cuides, pasarás momentos inolvidables con esa criatura, no es algo material y superficial, es para alegrarte la vida.

—Pero, Dean, ¿por qué me lo diste a mí?

—Porque estoy pagando casi con mi vida ese pato, si seguías sin cambiar de opinión de que jamás me volverías a hablar y perdonar, deseaba que tuvieras algo que te recordara a mí, algo diferente que te uniera a más aventuras de las que yo puedo darte. Un intercambio, ¿entiendes? Entra él y salgo yo.

A Nicole se le erizó la piel, meció con los dedos su corto cabello.

—¿Y por qué no explicaste todo eso en la nota?

—Porque las mejores cosas pasan sin pensar lo que vas a decir, sólo surgen en el momento indicado con las palabras correctas. Además, quería verte y

hablar contigo una última vez. Sé que no soy poético y romántico como mi hermano, pero te estoy dando algo real, el pato puede ofrecerte aventuras incontables, por algo los nombran “patoaventuras”, quiero hacerte feliz regalándote *vida*.

—Bien —Nicole tomó de nuevo la caja, y recibió en el acto un mordisco—.

Gracias por Anacleto, me matará de un susto.

Dean rio y contempló a Nicole, la vio lamerse la yema de su dedo pulgar.

—Estarás bien, estarán perfecto.

—Eso creo, acertaste esta vez —dijo ella, alejándose.

—Estaba indeciso, entre un pato o un cerdito, y justo me trajeron ambos —

alzó una bola rosada que dio un guarrido.

—¿Quieres que tenga una granja o algo así? —se carcajeó Nicole—.

Quédatelo tú.

—Bien, la nombraré Nicole, además se parece a ti.

Nicole lo fulminó con la mirada.

—Lo acabas de arruinar.

—¿Por qué? Tienes la nariz respingada y pequeña —ella cruzó los brazos y él ladeó la cabeza—. Mentira, eres hermosa.

—Oye, ¿no le afectará que haya tantos gatos en casa? —cambió el tema.

—¿Te refieres a si se lo comerán como si fuera una paloma?

—Sí.

—Nah, no creo.

—¿Seguro?

•••

Después de un fin de semana sin teléfonos, el director regordete cumplió su promesa.

Nicole: Oye…

Dean: ¡Un mensaje tuyo! :3

Nicole: … No se llevan bien los gatos y los patos.

Dean: ¿Qué animales se llevan bien con los gatos?

Nicole: ¿Otros felinos?

Dean: Mmmmh, bueno, entonces ponle un disfraz de gato al pato. :3

Nicole: Jajajaja, por ahora están en habitaciones separadas, con el

tiempo espero que se encariñen.

Dean: Sí, eso funcionará.

Nicole: Bien… Ahora sí, ésta fue la última vez que te hablé. Adiós.

Dean soltó una carcajada que resonó en toda la veterinaria.

Dean: Sabes que no es cierto, no podemos dejarnos de hablar, ¿comprendes?

Buscaremos excusas, ya no sólo por desconectar el internet.

Nicole: Oh, claro que no.

Dean: ¡Sabes que sí! Eso que me preguntaste pudiste googlearlo. En cambio, preferiste hablar conmigo, y eso que yo te di una respuesta que vi en internet.

Nicole: Ashhhhhhh.

Nicole: Te detesto.

Dean: Yo más.

Nicole: Te odio.

Dean: Nicky, ¿te ha mordido un Pizza? ¿Entiendes? Es decir, un perro, jsksjksjsksjs.

Nicole: Eres exasperante.

Dean: Lo sabía, no me dejarías en visto después de eso.

Nicole: Cállate, iré a apagar el internet.

Dean: Eso ya no funciona, Dora Boo.

Dean: Ya tengo el de mi trabajo, y si fuera poco, descubrí una cafetería donde la red es libre. Voy por las noches y lo mejor es que no tengo que ordenar algo para acceder a ella.

Nicole: Agradece que no te han corrido.

Dean: Exacto.

Dean: ¿Quieres ir a una cafetería a no tomar café conmigo y sólo robar wifi?

Nicole: No.

Dean: Bueno… La propuesta estará siempre disponible.

Nicole: Mi internet no.

Dean: Ya lo sé.

Nicole: Borraré tu número.

Dean: Inténtalo, ya lo memorizaste.

Nicole: Pffff, claro que no.

Dean: Ya me borraste.

Nicole: Así es, bye.

Dean: Bye.

Nicole: Adiós.

Dean: ¿Adiós x2?

Nicole: Equis.

Dean: I griega.

Nicole: Zeta.

Dean: A

Nicole: B

Dean: C

Nicole: D

Dean: E

Medio abecedario después y seguían enviándose mensajes de despedida. Hay conversaciones que simplemente no puedes terminar, aun cuando sólo envías emojis.

Dean: Isioekfnaofoecoeidbwjhojdjdklsjdjskdicb **Nicole**: Jalfoebfodlaljwofos

Dean: Jafajafajafajafajafajafa

Nicole: Afadifiosfos.

Dean: Afadifiosfos.

Y así siguieron durante dos horas más, claro que una conversación así puede terminar, pero ellos no querían hacerlo…

… Yo los declaro marido y mujer en WhatsApp, hasta que la batería o el internet con poca señal los separe.

Tarado siempre tenía que ser Dean. Olvidó su cargador en casa, peor aún, en la cocina. Y esta vez, Zachary no se manifestaba dispuesto a cubrirlo.

Ahora sí, atarantado, te llegó la hora.

39

La historia de la tecnofobia

Dean caminó de puntillas intentando pasar desapercibido. No obstante, el interruptor de la luz se encendió. Permaneció estático con las manos arriba.

—Hola, ¿me esperaban? —formó una pequeña sonrisa para suavizar el ambiente, y se quitó su abrigo para colgarlo en el perchero.

—Son las diez de la noche —se quejó Stella, su madre.

—¿Dónde estabas? —habló su padre.

—¿Por qué hay un cerdo en casa? —preguntó Zac, confundido.

—Oh —giró al ver la diminuta criatura—. Lo compré, en realidad era para Nicole pero no lo quiso, así que…

—¡Dean Blackelee! ¿Quieres dejar a un lado a los animales? —la mujer cruzó los brazos y el muchacho enderezó la postura—. Encontré esto a un lado del conector de la estufa —mostró un cable blanco enrollado; su cargador del teléfono.

Su madre lo estiraba y lo encogía con intenciones de romperlo. Aun así, ella necesitaba que su hijo lo admitiera.

—La verdad siempre sale a la luz —fingió toser Zac—. Además, le roba la señal de internet a nuestra vecina.

—¿Desde hace cuánto tienes teléfono? ¿Y por qué te convertiste en un ladrón de wifi? —cruzó los brazos Arnold, su padre.

Dean pestañeó dos veces tratando de procesar lo que ocurría, ¿el fin del mundo había llegado? ¿O sólo se estaba derrumbando su ser? ¿La lámpara de la sala parpadeó con intención de apagarse?

—Bien, me atraparon —Dean aclaró su garganta para enfrentar a sus padres.

Adiós a las tecnologías, adiós a la vida—. Nunca fue un experimento de

Zachary, el teléfono ha sido mío desde hace un año.

Stella admiró a su hijo, por un momento creyó que lo negaría por completo.

En cambio, asumió las consecuencias, y los posibles castigos que esto le acarrearía. Ambos padres permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos; Zac esperaba el momento de la venganza, que lo condenaran a muerte por no acatar las prohibiciones tecnológicas. Arnold frunció el ceño ganando tiempo para el sermón del año.

¿Era impresión de Dean o estaba haciendo mucho calor en la habitación?

—Estás en graves problemas, jovencito… —inició el padre antes de ser interrumpido.

—¡No! No pueden privarme por intentar vivir de manera normal, ¿no se han dado cuenta? Aquí parece una prisión, no hay colores en ustedes, vivimos en gris; llegas a casa y no encuentras ningún ruido, sea de televisión, una película en Netflix, una consola de videojuegos escupiendo disparos, una canción a todo volumen, videos reproduciéndose… Y no es que busque el escándalo, pero la monotonía en mi hogar es asfixiante. ¡Todo es silencio, simplemente es tan aburrido! Su rutina diaria donde el despertador es el canto de los gallos o el trinar de los pajaritos de afuera, jamás una alarma vibrante, un pitido que emita ondas electromagnéticas, el tono musical de un teléfono, ¿dónde está todo eso?

¿En verdad lo hacen para ahorrar luz? Porque lo he visto en los recibos, nuestros gastos son mínimos en comparación con nuestros vecinos, ya ni los Brooks están como nosotros, ¡y eso que son un par

de ancianos!

Dean explotó, jamás había hablado, hasta entonces se había limitado a acatar órdenes, o a evadirlas en silencio. Esta vez no iba a callar más su opinión.

Necesitaba expresarla a todo pulmón.

—Merezco una explicación por todos esos años desperdiciados.

¿Qué rayos tienen en contra de las tecnologías? ¿Por qué las odian y les tienen pavor? ¿Por qué ese tema es intocable? Debe haber una razón, una explicación de por qué mi familia es tan extraña. No quiero pasar el resto de mi vida como ustedes, necesito respuestas.

El chico descargaba su inconformidad gritando sin parar, dejando a sus padres atónitos. Zachary pensó en aquella escena de un libro de Stephen King, donde el personaje principal, Carrie, dotada con poderes telequinéticos, destruye todo lo que hay a su alrededor. Ante la furia de Dean, la luz eléctrica terminó por

estallar, se escuchó tronar el alumbrado público, y la calle quedó en oscuridad total. Zac sintió miedo, aunque aquello en el libro es sólo ficción, ¿verdad?

Ese apagón fue de gran ayuda, así los padres de Dean tuvieron el tiempo necesario para calmarse buscando velas y convertir la discusión en una plática familiar.

—Dean, cariño… —Stella encendió una vela y buscó a su hijo.

—Si de día no se alcanza a ver a las hormigas, ¿crees que podrás alcanzar a ver algo en la noche y sin luz? —argumentó malhumorado Zac, ya no podía seguir leyendo a Neruda—. Me iré a dormir.

—Tú no vas a ninguna parte —apresuró a decir su madre.

—¿Yo qué hice?

—Veamos, Dean pudo engañarnos por un largo tiempo y luego mostrarse histérico, pero así siempre ha sido él, siempre sacándome canas. En cambio, tú lo sabías, y no lo dijiste; creíamos que eras un hijo ejemplar, que nos apoyabas con nuestra decisión sobre la restricción de la tecnología, ¿o eso también es mentira? ¿Finges tener tecnofobia? Ya no puedo creerte, has defraudado mi confianza y has puesto en evidencia a tu hermano sólo por despecho.

Traicionaste a ambos lados, me saldrán canas verdes por tu culpa.

—¿Pero de qué estás hablando, madre?

—Oí que estabas enfadado con Dean porque una chica te rechazó y que curiosamente también le interesaba a él.

—Oh, eso… —se rascó la nuca.

—Sí, estoy más furiosa contigo que con tu hermano.

—Jajaja —Dean soltó una carcajada, delatando así su escondite—. Rayos —

murmuró al darse cuenta de ello.

Stella tomó de las muñecas a sus dos hijos y caminó con ellos, tal cual niños pequeños.

—¿Y su padre? —preguntó ella, ambos alzaron los hombros al mismo tiempo.

Lo encontraron atrás del pequeño refrigerador que tenían, si es que puede llamársele así a ese cajón de tan estrecho almacén.

—¿Qué haces, Arnold? —volvió a quejarse la mujer.

—Estemmmmh, bueno. Iban a calentarse los alimentos, y probablemente se estropearían, ¿no? Estoy comiéndolos para que no se desperdicien… —habló

con la boca llena y devoró más helado, mientras sacaba del refrigerador el pastel imposible que quedaba de la tarde que Zachary cocinó.

—Egoísta, dame—Stella fue por un cucharón y se sirvió pastel—. Yomi, yomi, delicioso…

Dean abrió la boca saboreando la nada, quería pastel.

—Oh, tú no: estás castigado —lo señaló su madre con la cuchara—. Y eso me recuerda lo que pasó, Arnold, por favor prosigue con el sermón.

—Noooooo —interrumpió el chico—. Todo menos eso, ya estoy grande.

—Pues no te comportas como tal —susurró Zachary.

—Zac…

—¿Sí?

—Cállate.

—¡Basta ya! —exclamó la madre con la boca llena. Acto seguido se limpió las manos en su delantal y le arrebató los postres al señor Blackelee, el cual gruñó y resopló.

—Para ser sincero, esperaba que Dean se rebelara desde que entró a la secundaria. Me sorprende que lo hiciera hasta la preparatoria, sólo le falta un año para terminarla… —comenzó Arnold—. En fin, ¿quieres ser independiente, seguir tus propias reglas? En esta casa hay una ley. ¿Quieres usar tecnologías?

Muy bien: ahí está la puerta.

Las palabras eran duras, difíciles de procesar y aceptar. Dean no podía lidiar con eso. ¿Lo estaban corriendo?

—¿Prefieres perder un hijo en vez de cambiar?

Sus padres decidieron sentarse antes de contestar, se tomaron de las manos mirándose enigmáticamente uno a la otra y dijeron al unísono:

—Ya perdimos uno.

Sin previo aviso ambos chicos sintieron algo romperse en su interior. ¿A qué se referían? ¿Habían tenido otro hermano? ¿Alguien más a quien arruinarle la vida?

—Deanna… —suspiró Stella con nostalgia—. Era tan pequeña para irse, tenía sólo seis meses.

—¿Qué ocurrió? —mencionó Dean con la voz quebrada, su nombre era parecido al de él. ¿Habría sido en recuerdo de ella que lo habían llamado así?

—Nosotros teníamos una vida desenfrenada cuando fuimos jóvenes —

resopló su padre, no muy orgulloso de aceptarlo—. Éramos alcohólicos, salíamos de fiesta cada fin de semana…

—Quedé embarazada a los dieciséis años por los errores que cometí, y

estaba asustada por lo que harían sus abuelos al enterarse, así que oculté mi embarazo de modo que no sospecharan. ¡Cómo me arrepiento! —se llevó una mano a la boca.

—Renté un departamento para los dos, estábamos dispuestos a asumir las consecuencias juntos, pero sin decir ni una palabra a nadie. Y así continuamos en el mismo camino de libertinaje y vicios. Cuando ella nació, solíamos dejarla en casa, sola y desamparada. Yo lloraba por dentro cuando la escuchaba chillar, pero teníamos que seguir estudiando y hacer como si nada pasara. Desearía haberla tratado como se debía, la niñera sólo la cuidaba unas cuantas horas hasta que llegábamos por la tarde. Y los fines de semana nos dedicábamos completamente a estar junto a Deanna.

—Un día —sonó su nariz con un pañuelo Stella— estábamos pasados de copas, había mucha gente en una fiesta que organizamos: Deanna lloraba sin parar, no la callaba ni el chupón. Tenía hambre y yo debía amamantarla, pero no quería hacerlo pues deseaba seguir bebiendo, así que la dejé en la cama y fui a calentarle un biberón mientras su padre discutía con sus amigos. No sé cómo iniciaron los golpes y los empujones, él no sabía que Deanna estaba en la habitación. Entonces sucedió la tragedia. Lamentablemente la ostentosa televisión cayó encima de su pequeño cuerpo, que no resistió el peso y así terminó con su vida…

Dean, al principio, lo creyó una broma ridícula planeada por sus padres.

Ellos, a pesar de ser tecnófobos, tenían un buen sentido del humor, de ahí lo heredó él. Pero las palabras parecían flagelarlos conforme la historia avanzaba.

Los Blackelee no jugarían con la vida de una persona…O eso creía.

—¡Fue tan absurdo! —exclamó con tristeza Arnold—. ¿Cómo una bebé muere aplastada? Desde entonces odié la televisión, ya nada tenía sentido para mí. Pero nos lo guardamos todo, su madre y yo hicimos un voto de silencio perpetuo. Nunca más volvimos a tener una televisión, nos recordaba demasiado a ella y a lo irresponsables que fuimos. ¡Cómo deseo poder regresar el tiempo para hacer las cosas muy distinto!

—¿Y qué hicieron las autoridades? Cometieron un grave delito, lo saben,

¿verdad? —indagó Zachary con voz áspera—. ¿Fueron a un grupo de

ayuda?

¿Qué pasó después?

—¿Por qué decidieron callarlo aun a sus otros hijos? —preguntó el menor.

—Dejen de interrumpirnos —ordenó su madre—. Aquélla fue una prueba difícil de superar. Nos enviaron al tutelar de menores, eso nos hizo recapacitar; dejamos las drogas y el alcohol, pero aún nos carcomía la culpa. Por eso, al salir de rehabilitación, nos alejamos del mundo de las comunicaciones, nos acostumbramos a vivir así. Después del trauma nos dedicamos a estudiar: yo, Enseñanza, y su padre, Historia. Con el tiempo, decidimos intentarlo de nuevo; nos casamos y formamos un hogar. Luego de cinco años nació Zachary, y para no cometer los mismos errores, nos centramos en él; estuvimos atentos y lo amábamos con cada latido de nuestro corazón.

—¿Y por esa razón decidieron sobreprotegerme de la televisión, causándome un miedo irracional a todas las tecnologías? ¿Mi tecnofobia se basa en secretos suyos sobre mi hermana mayor muerta? —espetó Zac.

—Creo que sí… —Stella tragó saliva—. Cariño, sé que no suena muy lógico e inteligente lo que hicimos, pero sólo queríamos lo mejor para ti y para tu hermano, no queríamos cometer los mismos errores del pasado y por eso alejamos todo lo que nos pareció un obstáculo, como las tecnologías.

—Creí que tomaban decisiones sabias en las que no se dejaban llevar por remordimientos. ¡Por Dios, perdieron una vida, e intentan arruinarme la mía! —

gritó Zac, conmocionado.

—Tranquilo, Zachary —su padre lo tomó de los hombros—. Si lo deseas, podemos volver a las tecnologías. Ya han pasado muchos años, quizás hemos madurado. Aunque, cuando aún eras pequeño, sí teníamos miedo de caer en lo mismo, y no me refiero al recuerdo de Deanna, hablo de las adicciones. Éramos débiles y vulnerables, temíamos volvernos adictos a las nuevas tecnologías, ya sabes, moría de miedo por convertirme en un *gamer* o cibernauta.

—Pero, ¡no es justo! Fueron egoístas conmigo y con mi hermano: ustedes pueden volver en cualquier momento a una vida normal, ¿pero yo? ¡Mi tecnofobia es real! Ustedes me la inculcaron mientras

fingían padecerla. Eran mi ejemplo a seguir, me hicieron creer todo ese cuento de que las tecnologías no me traerían nada bueno, pensé que sus consejos eran sabios, ¡y ahora me entero de que he vivido desde siempre engañado!, que mis padres tienen un trauma que

arrasó con nosotros… ¡Debería denunciarlos!

—Zac, cálmate —susurró Dean, intentando demostrar empatía.

—Tú tampoco lo entiendes —se dirigió a él—. Me molestas por esto, pero al menos entiendo que tu acoso es amistoso, hay amor en él, de alguna forma lo sé.

Sin embargo, las burlas de mis compañeros de clases sobre mi extraña fobia han sido terribles. Fue debido a ello que me refugio en los libros, ellos eran mis únicos amigos, y en mi familia, que sufría a diario lo mismo que yo… Ahora, ya nada tiene sentido.

—¡Sigo siendo un mal padre! —Arnold intentó darle un abrazo sincero a Zac

—. Perdónenme, podemos empezar de nuevo.

—No, yo no puedo, soy asocial. Crecí con esas ideas, apoyé cada una de sus decisiones en torno a la cuestión de tecnologías, pudo haber sido diferente el rumbo de mi vida, y terminé intentando complacerlos, dejando que me moldearan a su antojo. Estoy estancado, y jamás lo imaginé, creí estar un paso adelante de todos y ustedes me convirtieron en una farsa. ¿Esperaban que alguno de los dos tuviera un teléfono para decirnos que en realidad no son cavernícolas?

¿Qué pasaba si Dean hubiera continuado como yo, siendo un hijo obediente que acata las órdenes y jamás se rebela? Hubiéramos vivido en la ignorancia total por su miedo absurdo.

—Todos hemos cometido errores en esta familia —se apresuró a decir Stella

—: su padre y yo les hemos ocultado algo sumamente importante, Dean ha infringido las normas al tener un teléfono y tú lo has respaldado. ¿Y si lo dejamos pasar y avanzamos? —la culpa la carcomía.

—No compares, madre —exigió el castaño—. Todo este asunto del teléfono no llega siquiera a compararse a…

—Yo sólo quiero conocer a mi hermana. ¿Podemos ir mañana al cementerio a ver su tumba? Además, ¿por qué su nombre es el femenino del mío? —

interrumpió Dean—. Poco me importa lo que sucedió antes, nada gano con enfadarme ahora. No me gustaría consumirme rápido y ser un anciano prematuro

—puso una mano sobre el hombro de Zac—: podemos superarlo, lo prometo.

—No lo entiendes, ¿verdad? Las cosas siempre son más tentadoras cuando son prohibidas, admítelo. Y yo jamás lo intenté, por mucho tiempo reprimí esos deseos, ¡y todo para nada! Ahora quieren arreglar mi vida desperdiciada con meras intenciones, no es tan fácil, ni justo.

—No seas pesimista, Zac. Eres diferente y lo sabes, quizás en algún momento tu tecnofobia traiga algo bueno a tus días, algo insignificante puede llamar la atención de alguien que cambie tu vida o tú la suya… —las palabras de Dean reconfortaron a su hermano, quien sentía deseos de llorar, quizá por esa muestra de apoyo, o quizá por toda esa historia detrás de la "tecnofobia"

familiar.

—Comenzaremos a hacer las cosas correctas de manera adecuada —volvió a hablar su madre—. Dean, mañana a primera hora contrataremos un servicio de internet. Y a ti, Zac, te compraremos un teléfono.

—No hace falta, madre —aseguró Zachary—. He decidido, y lo mejor es que me vaya de casa, no estoy preparado para esta clase de cambios tan inesperados.

Sé que irme de casa es algo trascendental, pero prefiero eso antes de modificar mis hábitos y principios.

El chico de cabello rizado lo miró extrañado. No, no deseaba a su hermano lejos. ¿Con quién pelearía ahora?

—Cariño, no vayas tan rápido. También nosotros aprenderemos a usar un teléfono al igual que tú, no precipites tu partida…

—Ya soy universitario. Puedo unirme a una fraternidad y descubrir las tecnologías con personas que compartan mis intereses. Con su permiso, y buenas noches —Zac se despidió para subir a preparar su

maleta. Mencionó sus intenciones de pasar la noche en un hotel cercano a su escuela.

—Pero, ¿qué pasa? —susurró Arnold a Dean—. Los padres normales castigan a sus hijos quitándoles sus *smartphones*. Y a tu hermano nosotros queremos regalarle uno nuevo con internet incluido, ¿y él quiere marcharse de casa?

—¿Y si me castigan a mí? ¡Me ofrezco como voluntario! —Dean levantó ambas manos y sus padres se cruzaron de brazos—. ¿No lo entienden? Zac realmente sufre de tecnofobia… Deberían comprenderlo, fingían muy bien cuando iban al médico…

El hermano castaño alistó las cosas necesarias para emprender el viaje lejos de casa. Sin duda luego volvería por sus pertenencias, pero ahora sólo llevaría consigo un mínimo porcentaje de su amplia biblioteca.

Digno, caminó con su maleta y sólo se detuvo para hablar con su hermano, a quien abrazó por sentirse orgulloso de él. Quizá no era muy inteligente, pero lo

admiraba por ser siempre auténtico y fiel a sí mismo.

Sus padres trataron de detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Tras un momento caótico, estaban por perder a otro hijo, pues hacía menos de dos horas que habían corrido al primero. No tenían idea de qué podían hacer.

El ambiente se tornó incómodo, Dean estiró los brazos y bostezó listo para irse a la cama. Escuchó el sollozo de su madre y permaneció en su lugar.

—Iremos a la comisaría —explicó su padre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Preguntaremos si es posible denunciar a un ladrón de wifi: hijo, eres un delincuente. Quizá puedas entrar en el tutelar de menores y así aprender la lección, como nosotros.

—Aguarden, ¿levantarán cargos por robo de internet, aunque no sean los titulares del servicio?

—Sólo haremos lo que dice la ley. Robo es robo. No importa si es de un bolso, de dinero en efectivo, de la señal de internet. Un delito es un delito.

—¡Pero ni la misma Nicole lo ha hecho, ni siquiera sus padres!

—Queremos que crezcas en el camino recto, ¿no recuerdas que acordamos hacer las cosas bien a partir de hoy? Ahora volvemos —dieron un portazo.

Dean se estrelló la palma de la mano en la frente. ¿Qué tenían en el cerebro sus padres? Acababan de hacer una confesión demoledora que hizo huir de casa a su hijo favorito para que el otro se quedara con ellos, ¿y ahora planeaban denunciarlo? ¿Qué era esto?

Había demasiada información como para procesarla en una misma noche.

Enseguida su mente divagó, se imaginó preso, conociendo a sus compañeros de celda…

“Hola, soy Carlos, asesiné a mis padres a sangre fría, oculté los cadáveres en mi jardín.”

“Soy Derek, conduje alcoholizado, me estrellé y traté de escabullirme, pero terminé atropellando a cinco personas; una murió, dos están en el hospital y las otras acuden a terapia por el severo trauma.”

“Pues yo soy traficante de órganos”, decía a su vez un hombre repleto de tatuajes. “Y también de drogas.”

“Mi nombre es Dean y yo… yo robé el internet de mi vecina.”

Frotó sus ojos, la noche lo estaba traicionando, tenía que ir a dormir ahora o

las alucinaciones lo perseguirían en sus sueños. Dio tres pasos adelante sintiendo un mareo, vio girar su alrededor, a lo lejos distinguió la silueta de su vecina.

Estaba perdido, ya hasta la imaginaba.

Y en ese instante, cayó desmayado.

•••

Despertó inconsciente en su cama, con su camisa desabotonada, volteó hacia los retratos y encontró a Nicole adormilada en la silla.

—¿Qué?, ¿qué estás haciendo aquí? —titubeó.

Su vecina le dedicó una sonrisa y caminó hacia él. Dean se tensó.

—Tranquilo, no pienses mal —aclaró—. Hice lo necesario para que reaccionaras después de desmayarte.

—¿Me desmayé?

—Sí.

—¿Y Zac? ¿Y mis padres?

Nicole suspiró, se había acostumbrado a pasar las noches heladas en su terraza, viendo el cielo nublado, oscuro o estrellado. Y ese día no fue la excepción, vio cómo se marchaba el castaño, también cómo los señores Blackelee discutían por ir a la comisaría a denunciar a su propio hijo. Pudo ser algo entrometida al esconderse entre los arbustos y escuchar la conversación, pero lo hizo por una buena causa: no permitiría que fueran a la estación de policía a armar un disparate. Nicole despertó a sus padres para que los detuvieran usando su arma mortal: poniendo carita de gatito con botas, como en *Shrek*.

—¿Entonces no fue un sueño? —entristeció Dean.

—Me temo que no.

El chico meneó la cabeza con desesperación.

—No pueden encarcelarme por robar wifi, ¿o sí?

—En realidad sí, leí en el periódico que en Florida y en Londres arrestaron a dos personas por eso, y les dieron una penitencia de seis meses a dos años…

Dean abrió los ojos como dos platos.

—No estás ayudándome mucho, y en mi defensa, sólo tomaba prestada la señal.

Nicole rio.

—No permitiré que pase, por eso mis padres fueron a hablar con los tuyos —

la chica se recogió un mechón de cabello ocultándolo tras su oreja—. Estoy aquí para cuidarte.

—¿Ya no me odias?

—Te odio lo suficiente para seguir aquí contigo —por más que quería alejarse, no podía.

A Dean se le fijó una sonrisa en el rostro.

—¿Sabes qué más me aterra de todo esto? —comenzó él.

—¿Qué? —Nicole tocó la frente del chico para comprobar si éste tenía temperatura.

—Que también te pierda, si mis padres contratan el servicio de internet, ¿qué me unirá a ti?

Nicole reflexionó al respecto, llevaban tres días sin compartir el mismo wifi.

¿Qué pasaría después? Bueno, al menos existía el ahora, donde estaban unidos.

—El interés que sentimos el uno por el otro —respondió finalmente.

Dean buscó la mano de Nicole para sujetarla con fuerza, permanecieron así largos minutos que parecían sólo segundos. No lograba distinguirla por completo debido a la oscuridad, pero eso no le impedía percibir su dulce aroma, que lo torturaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta y juras no golpearme después? —preguntó el chico.

—Eso será difícil.

—¿Quieres quedarte esta noche aquí, por favor? —Dean endulzó la voz con intenciones puras e inocentes, anhelaba descansar en un lugar seguro. Sabía que algo así podía escucharse atrevido, pero para él ya nada tenía sentido después de las declaraciones de su familia. Y en verdad no guardaba malas intenciones, sólo confiaba en Nicole. Y en nadie más.

40

No hagas cosas buenas que parezcan malas

No deseaba otra cosa más que dormir abrazado a ella, sólo dormir.

Lamentablemente no fue posible. Lo que menos necesitaba Dean entonces era dormir, pues podría contraer un derrame cerebral por su desmayo de minutos atrás. Aunque podía descansar mientras se

mantuviera despierto hablando con Nicole.

Era la segunda noche que se desvelaban juntos. Nada era más puro y poético que sus conversaciones nocturnas.

Dean soltó su pesadez y hablaron de todo; tanto de la vida como de la muerte. Lloró amargamente al contar la tragedia de Deanna, después con la partida de Zachary y por último, por la vida de sus padres, que parecían unos lunáticos en el peor sentido de la palabra.

Nicole no era buena para consolar, seguía absorta por la historia. Y sólo se le ocurrió contarle cuentos como a un niño pequeño, usó una linterna e intentó buscar luciérnagas afuera.

No lograban verse a la cara debido a que la luna cubierta no alcanzaba a iluminarlos. Sin embargo, se escuchaban reír, y por su forma de hablar sabían que tanto uno como la otra esbozaban una sonrisa al responder.

Estaban juntos, justo en las pruebas difíciles para distraer su mente y albergar esperanza.

Y el cielo clareó después de cinco horas, no hubieran notado el paso del tiempo de no ser porque sus párpados exigieron oscuridad ante los rayos de luz que entraban a través de la ventana.

—Debo irme —anunció Nicole, estirando los brazos.

—Changos —ya amanecía el martes, un día para asistir a la escuela a pesar

de no haber pegado el ojo en toda la noche.

—Comienzo a preocuparme, nunca aparecieron mis padres y los tuyos tampoco llegaron a casa. ¿Crees que les haya pasado algo?

—Quizá sí levantaron la demanda y aún están comprobando o debatiendo —

resopló—. No entiendo qué ganan con eso. ¿Querían que reaccionara como Zac?

—pensó unos segundos—. ¿Crees que todavía tenga tiempo de huir y de cambiarme el nombre?

Su vecina meneó la cabeza con gracia.

—No exageres… Y puede que tengas razón, es mucho papeleo y se requiere de bastantes personas, es tan triste que ocurran delitos en todo momento, al menos el robo de wifi no es tan grave.

Dean suspiró con pesadez y se levantó de un salto.

—¿Dónde habrá dormido Zachary? Espero que no haya sido debajo de un puente con un cartón como colchón.

—Es inteligente, de seguro pensó en algo. ¿Tiene amigos?

—Que yo recuerde, no; tú eras su única amiga, nunca lo presionaste con su tecnofobia, tampoco te mofabas —bajó la mirada—. Quizá por eso te aprecia tanto.

El corazón de Nicole se estrujó, deseaba haberle correspondido. Sintió un nudo en el estómago, un sinfín de emociones bañaron su cuerpo.

—Bueno. ¿Te veo al rato en la escuela? —se despidió ella.

—Sí.

—Perfecto, adiós.

—Afadifiosfos —dijo él con una sonrisa tímida.

•••

Nicole se miró en el espejo de su habitación, el maquillaje no podía ocultar las ojeras, y su sonrisa, tampoco la tristeza.

Oró por Zac, para que estuviera bien, al igual que sus padres. Luego pensó en Dean, y mordió su labio inferior, había esperado que al menos se besaran, pero no lo hicieron, sólo acarició su cabello y enredó sus dedos en él. También intercambiaron miradas que hacían bailar el corazón de la chica, éste latía con fuerza y ritmo. Sin embargo, no llegaron a hacer música juntos.

Sorbió la nariz y tomó su mochila cubierta con botones de Donovan Eggenschwiler y salió para tomar el autobús.

—Hoy estás diferente — su amiga Sasha arqueó con misterio una ceja.

—No, está normal —respondió con sarcasmo Romina.

—Ya: cuéntanos —protestó Anahí.

—No lo sé —resopló Nicole y se encogió de hombros—. Ayer pasé la noche con Dean y…

—¡Que un rayo que me caiga encima! —se convulsionó Sasha—. ¿Por fin hubo acción?

—¿No que lo odiabas, que ya no le hablarías, y bla bla bla? —todas soltaron risitas.

—No lo entienden —explicó lo ocurrido a la familia Blackelee—. Las cosas siguen igual, sólo fue una excepción, él necesitaba a alguien en esos momentos y yo le mostré mi apoyo, eso es todo.

—¿Entonces cómo pasaron la noche juntos? —insistió Anahí.

—Fue caballeroso todo el tiempo —suspiró—. Me dio unas mantas mientras hablábamos cómodamente sentados en la cama, y nunca intentó sobrepasarse conmigo. Siempre fue tan atento y gracioso que no necesité de más para disfrutar de su compañía; las horas pasaron volando, ni siquiera las sentí. Y no dormí en toda la noche, pero valió la pena.

—Aaaw —Romina recargó la barbilla en sus manos, suspirando—: ¿Por qué no existen más jóvenes así?

—Lo sabía, ese chico es un caramelo muy dulce… —se sinceró Sasha —. Y

por eso me lo comería, para saborearlo, jum, jum.

Nicole ladeó la cabeza con gracia.

—Chicas, no empiecen, no quiero fantasear ahora, prefiero dormir durante la hora libre.

—Haces bien —Abril no había dicho ni una sola palabra, las chicas se giraron hacia ella, notaron su presencia hasta ese momento—, porque Dean no tiene interés en ti —continuó con dureza—. ¡Por Dios! ¿Quién en su sano juicio, siendo hombre, no quiere una oportunidad así contigo? Estaban solos, sin padres, en una habitación oscura, ¡es obvio que no te quiere!

—No me quiere *así* —respondió Nicole mentalizándose que Dean aún salía con Laila—. Él nunca sería infiel, lo sé; yo sólo lo apoyé en uno de los peores

momentos de su vida, es todo. Hice una cosa buena que parece mala, lo entiendo. Pero detesto esta sociedad que se fija sólo en eso. ¿Qué hay de las intenciones?

—Admites que tiene novia. Por algo ha de ser, ¿verdad? A ella la ama y a ti te friendzoneó. ¿No lo recuerdas? —respondió su amiga omitiendo la pregunta.

Las chicas fulminaron a Abril por la forma brusca de argumentar, después asumieron que ella continuaba en el círculo cercano de Laila.

Nicole sintió un nudo en la garganta, tenía que aceptarlo: el chico que amaba no la amaba de la misma manera. Cruel realidad. Una lágrima rodó por su mejilla izquierda, una lágrima que en seguida enjugó.

—Ahora vuelvo, me entró un “La verdad duele” en el ojo.

•••

Laila alzaba la cabeza buscando una melena rizada en la cafetería. Al fin se rindió y tomó una charola del almuerzo. Todos la siguieron con la mirada al percatarse que estaba sola. Laila Miller siempre estaba rodeada de gente durante el receso. Pero ese día comía en una mesa, solitaria.

—Hola, preciosa —alguien recargó su codo en la mesa.

—Adiós, Kyle —Laila agitó su servilleta.

—¿Por qué, *lady*? Sólo quiero hacerte compañía —el chico ocupó un espacio junto a ella.

La rubia gruñó.

—Bien, iré al punto: necesito de tu ayuda —insistió el líder del equipo escolar de basquetbol.

—¿Mía? —bufó Laila.

—Sí, verás —se acomodó en el asiento—. Quiero reconquistar a Nicole.

—Por favor, déjala en paz. ¿No te bastó humillarla con ese video? —Kyle abrió los ojos como dos platos—. Sí, estaba de viaje, pero me enteré de todo.

—De acuerdo, entonces sabrás que en ese tiempo tu novio pasaba muuucho tiempo con ella, ¿verdad?

Laila desvió la mirada, incómoda.

—Preciosa, admítelo. No te conviene que ellos sigan juntos. Tú quieres a Dean, yo a Nicole, debemos unirnos para separarlos…

La rubia sonrió victoriosa y frotó su barbilla.

—Eso suena bastante…. —calló unos instantes imaginando semejante complot— patético. Kyle, no seas ridículo. ¿Te has rebajado a ese nivel? El chico que tenía la autoestima por las nubes ¿ya no cree en sí mismo? Estás grave si piensas que jugar sucio te hará quedarte con la chica.

—¡Es que no soporto ver a ese estúpido cerca de ella! —descargó su odio.

—Y por si fuera poco, ellos son vecinos —agregó Laila.

—¿Cómo puedes vivir con eso y decirlo tan tranquila?

—Porque creo en él, no existen secretos entre nosotros. Apostaría mi vida por él, confío en mi novio. Y si Dean es para mí, será para mí. No necesito luchar por su amor.

—Vaya, mi meta es que Nicole hable de mí como tú lo haces de Dean.

—Será difícil, la lastimaste tanto como a mí —confesó—. Sigo sin saber quién era la novia oficial. ¿Yo o ella?

—¡Prometimos olvidarlo!

—No, prometí perdonarte. Es diferente.

—Para mí eso quedó en el pasado, deberías avanzar también.

Laila rio.

—Créeme, ya lo hice. Siento que esta plática ya la hemos tenido, y no has cambiado.

—Claro que cambié.

—Sí, para empeorar, y justamente me lo acabas de demostrar pidiéndome que nos entrometamos.

—¡Gracias por tu ayuda! —reclamó el chico golpeando la mesa—. Me confirmas que te sigue gustando compartir novio con Nicole.

Laila se quedó absorta, mirando cómo Kyle desaparecía entre los estudiantes.

Su mente se quedó en blanco observando a la nada. Unas manos largas y suaves cubrieron sus ojos.

—¡Rulitos! —sonrió ella girándose hacia él, Dean le devolvió la sonrisa un poco forzada—. ¿Qué ocurre?

—No han sido buenos días —expresó el chico, abatido—. Mi vida es como una telenovela, me enteré de que tuve una hermana… y que murió. Zac se fue de casa. Mis padres saben lo de mi teléfono y ahora planean denunciarme por robar el internet de los vecinos. ¡Esto es de locos!

—Vaya —Laila fingió sorpresa, ya conocía toda la información gracias a una amiga.

—Y… —Dean levantó el dedo índice, no sabía cómo abordarlo—. Espero no te molestes, pero ayer pasé la noche con Nicole. No de la manera que piensas, ella simplemente estuvo para mí cuando surgieron los problemas, ya que sucedió de madrugada todo aquello. ¡Es tanta información que sigo pensando que fue un sueño!

Laila esbozó una sonrisa.

—Lo sabía, nunca dudé de ti.

—¿De qué hablas?

—Rulitos, Abril me lo dijo todo, espero perdones su indiscreción.

—¿Quién es Abril? —preguntó él, confundido. ¿Laila tenía sus propios espías? Qué genial.

—La amiga de Nicole.

—Ah —frunció los labios y puso los ojos en blanco. “Vaya amiguitas”, pensó

—. ¿Y por qué no me reclamaste?

—Porque sabía que me lo dirías —acarició el cabello del chico—. Y le agradezco a Nicole que te haya tranquilizado, imagínate si te hubieras

desmayado.

—En realidad sí lo hice —rio brevemente.

—Con mayor razón, me alegra que estuviera ahí. Pero ahora me toca estar contigo a partir de este momento, ¿de acuerdo?

—Claro, te iba a llamar, pero mi teléfono no tiene batería desde la tarde de ayer, fue por eso que se enteraron mis padres: encontraron mi cargador en casa.

—No importa —Laila lo abrazó con amor. Muy dentro de ella tenía miedo de perderlo, como lo había insinuado Kyle.

Y es que cada día sentía que lo perdía un poco más.

—¿Te parece si hoy le llevamos flores a Deanna? —musitó a su oído.

—Pero no sé en qué cementerio ni en cuál sepulcro está —entristeció.

—Soy Laila Miller, puedo averiguarlo todo —bromeó. Su tía trabajaba como administradora del cementerio de la ciudad, podían descartar opciones si ahí se encontraba.

—Cierto, olvidé que eres la mejor chica del universo.

Laila negó y levantó la vista hacia él.

—Te amo, Dean, siempre estaré para ti, por favor déjame ser esa persona que te reconforte.

El chico Blackelee sintió aquellas palabras como si le cayera un balde de agua fría. ¿Por qué él no podía corresponderle? Laila se apresuró a tocar las comisuras de sus labios con el pulgar y se acercó lentamente para besarlo mientras miraba el brillo roto en aquellos ojos.

En ese momento, la vecina de su novio se había levantado al mostrador de la cafetería por un trozo de pizza. Y por segunda ocasión, Nicole vio cómo Laila y Dean se besaban.

—No quería decir te lo dije, pero te lo dije —alegó Abril, al lado de su amiga.

Nicole asintió quebrantada, herida y devastada, con un dolor en el pecho que nada podría paliar. Pasaría el resto del día viendo series en Netflix, comiendo helado y con un oso de felpa entre los brazos.

Filias y fobias

—¿Puedes decirme qué hice mal esta vez, Nicole?

—No hiciste nada, yo siempre me estreso por cosas que aún ni suceden, me estreso del estrés, incluso antes de que haya estrés del cual estresarme.

Dean giró los ojos mientras Nicole se ponía las gafas protectoras del laboratorio de Química, trató de ignorarlo concentrándose en el experimento.

Más tarde, al salir de clases, Dean la tomó por la muñeca y caminó con ella.

—¡Qué te pasa, déjame! —Nicole clavó sus pies al piso. Él la jaló con más fuerza haciéndola patinar en el suelo—. Te ordeno que me quites las manos de encima.

—Lo que tú digas —Dean se alzó de hombros y la cargó, apresando sus muslos, sumergiendo la cara de la chica en su espalda. Ella pataleó y golpeó la columna del chico con los puños.

—Bájame, por favor —rogó ella.

—¿Caminarás a mi lado de vuelta a casa?

—No.

—Bien, entonces llegaremos así.

Nicole gruñó pero comenzó a reír. Después de unos minutos, él la soltó con delicadeza para bajarla.

—Siendo sincera, pensé que eras más débil.

—Me alegra que te haya impresionado —bromeó él, dándose un pequeño golpe en la barbilla. Luego, al girar la cabeza, se golpeó en un poste—. ¡Rayos!

—se llevó las manos a la nariz.

—Eso te pasa por querer lucirte —Nicole sacó la lengua y corrió por la calle agitando los brazos como si quisiera volar, parecía un pato, tal como el que le

habían regalado.

—Vuelve aquí —Dean la correteó, ella entre risas se escondió tras un árbol pero él la siguió—. ¡Te tengo! —la rodeó por la espalda.

Nicole se giró, haciendo que los brazos quedaran en su cintura. Estaban cara a cara, con una breve distancia entre ellos.

Y comenzaron a hacerse muecas, Nicole hizo bizcos mientras torcía un labio.

Dean puso los ojos en blanco, en seguida formó cara de pato y de piraña. Reían a carcajadas por esos gestos que quedarían grabados en su memoria para siempre.

Ella tocó la punta de su nariz con su dedo índice, y la elevó para así imitar a un cerdo. Él infló sus cachetes imitando a un hámster cuando come. Nicole hizo puchero como una pequeña niña regañada. Dean fingió enjugarse lágrimas invisibles con su pulgar.

—¿Por qué no somos normales? Nos estaríamos besando en estos instantes

—Nicole se mordió la lengua al notar que había pensado en voz alta.

—Porque te quiero para más que algo normal —dijo él, todavía rodeando su cintura—. Eres la mujer más hermosa al hacer caras y gestos como los que hiciste ahora, no puedo creer que luzcas radiante aún en esos momentos. Me hace recordar que me gusta cuando tu cabello está alborotado, cuando tienes ojeras y estás malhumorada, recién levantada, y cuando no usas maquillaje.

También cuando arrugas la nariz y cruzas los brazos, te enojas conmigo y tus pómulos se tornan rojizos, ese color es mi favorito. Normalmente las personas se quieren por sus virtudes, yo escojo quererte por tus defectos. Además, finges que todo está bien cuando en realidad no lo está, piensas que no me doy cuenta cuando estás distante conmigo, pero eso me motiva a estar más a tu lado; buscar una forma de que te contentes conmigo hace que mi vida sea interesante, porque tu trabajo es molestarte y el mío es hacerte cambiar de parecer. No podemos permanecer enojados por mucho tiempo, así que lo dejamos pasar y seguimos siendo nosotros. Me gusta lo que eres, mejor amig…

—¡Ya bésala, amigo! —chifló un chico de gorra que pedaleaba haciendo un sonido gracioso sobre su bicicleta.

Se rompió el momento.

—¿Lo conoces?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

Intercambiaron miradas enigmáticas para terminar riendo como desquiciados.

Avanzaron tomados del dedo meñique hasta su calle. En el estacionamiento había más coches de lo usual, Nicole se detuvo, alargó un brazo impidiendo el avance de Dean.

—¿Qué ocurre? —el chico andaba en la luna.

—¡Mira hacia nuestras casas!

Los *paparazzi* rodeaban los hogares de las familias Carter y Blackelee.

Nicole meneó la cabeza mientras Dean abría la boca para hablar:

—No digas nada —musitó—. Es mejor que no descubran que estamos aquí.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé —observó detalladamente el lugar rodeado de prensa, enfocó su vista en la casa de los Brooks, Margaret había salido al porche a ver el show, posó sus manos en la cadera y frunció el ceño. Nicole alzó los brazos para que ella los notara. La anciana discretamente le señaló que entraran a su vivienda por la puerta trasera.

—¡Jerónimo! —enfatizó Dean cuando Margaret deslizó la puerta de vidrio.

—Vayan frente a la televisión —la anciana les dio leves palmadas en la espalda.

El noticiero habló:

—Y ahora, un caso curioso y cómico —rascó su nariz—. Ayer por la madrugada, padres de familia discutían en la comisaría para declarar un robo en contra de su propio hijo. Las autoridades mantuvieron una postura firme hasta que escucharon el delito —ambos conductores dejaron escapar una risa—. Robar internet es penalizado con una multa. No obstante, estas personas deseaban que refundieran en la cárcel a su hijo. Tras investigar más a fondo, las autoridades determinaron que los señores Blackelee no tenían el derecho de denuncia, dado que el módem intervenido no era de su pertenencia.

La familia Carter, dueños de la señal interceptada, asistió horas después, pues ellos eran los afectados de dicho delito. Sin embargo, asistieron con el único propósito de retirar los cargos, ya que Nicole Carter, una estudiante de preparatoria, no deseaba denunciar a su vecino, que también es su compañero de clases; incluso se mencionó que ellos eran tan amigos que estaban dispuestos a compartir el servicio, por lo que se podía firmar un acuerdo entre los padres, descontando del salario de los Blackelee para cumplir con su cuota mensual de wifi. Aunque estos últimos no

quedaron convencidos, tan sólo mírelos —guiñó el ojo para que transmitieran el video grabado de la discusión entre ambas parejas de padres, montando un escándalo a los cuatro vientos.

Nicole se llevó el dedo anular al lagrimal, daba vergüenza ver a los adultos discutir sin actuar en televisión. Eran como el agua y el aceite, ¡no podían mezclarse! Y pensar que podrían ser sus suegros, qué pena.

—El extraño comportamiento de los Blackelee nos llevó a investigar a fondo: resulta que esos padres han vivido sin tecnología desde hace veinticinco años, obligando a sus hijos a crecer como ellos. Durante una entrevista, los Blackelee nos confesaron que su hijo mayor sufre un miedo irracional a las tecnologías, un mal denominado "tecnofobia"; sin embargo, el hijo menor no lo padece, sino todo lo contrario: "tecnofilia", una afición desmedida por la tecnología. Incluso se habló en algún punto del síndrome de Peter Pan…

—¿Y qué rayos es eso? —Dean cruzó los brazos hablándole a la televisión.

—Todo lo cual es consecuencia de vivir completamente aislados de las comunicaciones modernas —continuó el presentador—. El lado positivo es que ambos son menores de edad, de 20 y 17 años, y será fácil que se recuperen del trauma. Es por eso que hoy estamos frente a su residencia, para que reciban apoyo de personas especializadas. Carl, ¿tienes noticas para nosotros? —

preguntó el noticiero al reportero en locación.

—¿Qué tal? —el reportero salió a cámara acomodándose su auricular —. No, al parecer no han llegado a casa los chicos, algunos dicen que pudieron haber huido al saber que estaríamos esperándolos. Pero recordemos, ellos no tienen televisión o internet, por lo que no están viendo esta transmisión. Esperaremos unas horas más. Por el momento, ni sus vecinos están presentes. Siguen tramitando papeleos

en contra de los señores Blackelee; que, por lo que he escuchado, se encuentran detenidos en la comisaría. Me parece que, antes de dictar cualquier penitencia, primero tienen que ser interrogados los hijos.

—Carl, ¿qué puedes decirnos sobre la tecnofobia y la tecnofilia, o el síndrome de Peter Pan? —preguntó el conductor.

—Los que sufren de tecnofobia se resisten a la nueva era, suelen enojarse, o aterrorizarse al escuchar el crujir de aparatos electrónicos, como la vibración de un teléfono móvil, o el cliquear de un control remoto de televisión o el control de alguna consola de videojuegos; no soportan estar en una habitación que contenga

tecnologías electromagnéticas. Fuentes nos acaban de informar que el hijo mayor, Zachary, al saber que sus padres irían a denunciar a su hermano, decidió huir de casa y cambiarse el nombre, para pasar desapercibido.

”Ahora, la tecnofilia es un amor irracional a la tecnología. Aquellos que tienen esa manía no pueden pasar un día sin usar su teléfono; le tienen tanta afición que suelen bautizarlos con nombres propios, como si se tratara de un ser viviente. El síndrome de Peter Pan define la inmadurez emocional, perpetuando a los jóvenes y adultos en un estado de infantilidad enquistado en el deseo de no crecer, debido a una magnífica infancia llena de diversión. Suponemos que en este punto Dean Blackelee, el hijo menor, es diferente, ya que probablemente todo aquello que no vivió en su infancia gracias al aislamiento tecnológico se refleja ahora en su adolescencia tardía, ocasionándole una adicción al internet.

Aún falta revisar a detalle sus casos para verificar si realmente contienen esas fobias y filias.

—Muchas gracias, Carl, por favor, mantennos informados —interrumpió el conductor, el reportero asintió y cambiaron la toma.

—Y aquí viene mi parte favorita de la historia —comenzó la conductora en escena. Nicole esperaba que pasaran a ilustrar el tema con memes de la comunidad internauta o algo por el estilo. No se imaginaba que lo que dirían la dejaría en *shock*—: Gracias al internet nos enteramos de que la vecina a quien el menor de los Blackelee robaba la señal puede que sea algo más que sólo “la chica del internet”. Tuvimos acceso exclusivo a cámaras de seguridad pública, y lo que relevaron fue… Mejor observen —la televisión comenzó a mostrar un video en blanco y negro del pasado diciembre. En ellos se

veía a Nicole saltar del tejado de su casa para estar en el de Dean, después cambiaron a una escena con fecha de enero en la que ellos dos estaban en la azotea abrazados por la fría noche. Luego añadieron tomas de febrero, cuando ella estaba junto a Zac en su porche, ocultándose del atardecer.

—¡Tripas, sesos y sangre! —gritó Nicole cubriéndose el rostro.

—El logo de wifi es el mejor triángulo amoroso —rio la conductora—.

Ambos hermanos enamorados de su vecina, a quien comenzaron a frecuentar luego de robarle la señal. Pero, ¿cómo se dieron cuenta los Carter del hurto?

Bien, la familia confesó que comenzó a desconectar el módem durante las noches, sin saber que eso sería lo que habría de orillar a los vecinos ladrones de

wifi a delatarse.

—Y como en las redes sociales las noticias vuelan —informó el conductor—, realizamos una encuesta para preguntar a nuestra audiencia si el robo de internet es una práctica frecuente entre vecinos. Pues, bien: nuestros números revelan que un 27% de nuestra audiencia vive así, con acceso a señal "ajena", mientras que un 10% sólo admite la práctica ocasionalmente. Siendo algo tan viral, las personas decidieron averiguarlo por sí mismas.

"Únete a la campaña "Desconecta el internet" y pega tu oído a la pared; si escuchas un ruido quejumbroso de tu vecino, posiblemente te esté robando la señal. Descúbrelo y envíanos tu anécdota.

—La gente ya nos está mandando sus historias, en ellas encontramos de todo, desde personas que se sienten defraudadas por la humanidad, hasta otras enamoradas después de saberlo —explicó la morena conductora, quien comenzó a leer unos tuits—: "A veces no encuentras al amor de tu vida en internet, tienes que apagar el módem y salir a buscarlo", nos comenta la usuaria Nancy.123Horan. ¿No es fantástico? Muchas historias están surgiendo gracias al caso del robo de internet.

—¿Sabes qué, Mildred? Lancemos un *hashtag* —propuso el conductor —: si esa chica pudo encontrar su final feliz con el chico que le robaba el internet, quizá también pase en el caso de las familias Blackelee y Carter. ¿Con quién se quedará Nicole después de todo? ¿Equipo tecnofóbico o equipo tecnofílico?

Envíanos tu mensaje vía Twitter, arrobando la cuenta de @NoticiarioNDEI.

—¡Magnífica idea, Ansel! —secundó su acompañante—. Estaremos al pendiente de sus comentarios, por ahora eso es todo. En cuanto tengamos nuevas noticias sobre esta historia se las informaremos, y recuerda: lo oíste primero aquí, en NoticiarioNDEI —ambos sonrieron hacia la cámara para cerrar la sección de espectáculos.

Doña Margaret apagó la televisión, giró a ver a sus vecinos perplejos.

—¡Genial! —espetó Nicole—. De ser como Dora, la exploradora, pasé a ser como un "zorro no te lo lleves", estúpido programa de chismes.

Dean no dijo nada, estaba absorto y comenzó a tomar conciencia de todos los hechos que habían recapitulado.

—¡Señora Brooks! —reclamó Nicole—. ¿Cree que diciéndole a sus 150 000

seguidores de Instagram que voten por Dean ayude a la situación? —mostró en

su teléfono el pantallazo de la foto que acababa de subir la anciana.

—Ay, hija, con tanto seguidor que tengo no sabía que tú me *estalkeabas* y te darías cuenta, perdón.

Nicole puso los ojos en blanco caminando hacia la ventana, observó que la prensa seguía afuera. No quería volver a ser famosa por una tontería, el video que Kyle subió a YouTube de su broma hiriente ya superaba las seis millones de reproducciones.

—Lamento involucrarte en mis problemas, Nickelodeon… —se acercó Dean.

—No es tu culpa —le recargó su mano en el hombro—. Yo quise ayudar.

Un toque de puerta trasera se oyó. Normalmente se llama al timbre de la entrada principal.

—¿Invitaste a alguien más, Nicole? —preguntó Margaret confundida.

—No… ¿Serán los *paparazzi* ?

—Tendremos que averiguarlo —gruñó la anciana mostrando su

dentadura postiza. Daba miedo.

Dean fue a la cocina por la sartén, pues en la película *Enredados* resultó ser un arma muy confiable.

"¡Ahhh! Que no debo comportarme infantil. Fuera, impulso de idiotez", se dijo después.

Con temor giraron la perilla.

—¡Zac! —suspiraron aliviados al ver al chico castaño.

—¡Hermano del mal, volviste! —lo abrazó Dean—. Te extrañé durante estas 17 horas.

—Agg —quitó Zac a su fastidioso hermano—. Sigues siendo malo en las matemáticas, sólo fueron 16 horas con 47 minutos y… —miró su reloj— 13

segundos.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Lo supuse, ya que estamos rodeados por la prensa. ¿Qué otro lugar podía ser?, siempre recurres a Margaret.

—Zac, ¿sabes la causa de que estemos aquí? —preguntó Nicole.

—Sí, hoy llegué a primera hora a la universidad y una pareja estaba entrevistando a Emily Parker, mi supuesta "mejor amiga", así se declaraba ella: explicó lo amable que era conmigo mientras que todos me hacían burla por mi tecnofobia. Tenía ganas de arrojarle un libro, pero me contuve, por respeto al

libro.

—¡Cierto! —recordó Nicole—. No te he agradecido por los libros que me enviaste, muchas gracias…

—No importa, ya no importa —sonrió débilmente Zachary—. Vengo a recoger mis últimas pertenencias, ayer olvidé mi máquina de escribir, ¿cómo haré mis tareas sin ella?

—Aguarda, ¿te volverás a ir? —expresó Dean—. Zac, necesitamos declarar, enfrentarlo.

—Lo haré, algún día.

—Pero nos están ofreciendo su ayuda ahora.

—Te equivocas, Dean. Lo que quieren es que nuestra vida privada esté en boca de todos. Si detesto los medios de comunicación, imagínate cómo odiaría que gracias a mí tengan éxito. No quiero ser parte de eso, seremos una distracción para el pueblo —argumentó agitando sus llaves—. Iré con el psicólogo cuando seamos sólo él y yo.

”Además, esto es delito, no pueden tomar y exhibir nuestra información privada… Aunque no perderé mi tiempo en denunciarlos, ¿quieres hacerlo tú por mí?

—Yo también tengo flojera de hacer todo ese papeleo —Dean arrugó la nariz.

—Entonces hagamos como si nada hubiera pasado, al fin, ni usamos las tecnologías.

—¿Y en dónde te estás quedando? ¿Me dejarás a la deriva? —le cambió el tema.

—Compartiré departamento con una chica de la facultad. No somos muy amigos, pero se ofreció a apoyarme, mientras me estabilizo, eso bastará.

Además, descuida, vendré a visitarte.

Dean no estaba tan convencido con esa respuesta. Dios, no podía creer que Zachary se mostrara tan tranquilo y desinteresado. Quiero decir, prácticamente su vida era una mentira, y además acababa de enterarse de que tenía una hermana que había muerto. ¿Cómo podía fingir estar bien?

—Zac, vuelve —rogó Dean—. No te vayas. Si no quieres dormir en tu habitación lo entiendo, puedes dormir conmigo, como cuando éramos pequeños y pensábamos que había fantasmas. ¿Recuerdas?

De cierto modo Dean seguía temiendo, pero no por miedos infantiles que surgen al anochecer. Dean ahora temía perder a su hermano, perder a su familia.

Que todo se desmoronara.

Y Zachary parecía no escuchar. Su mente estaba en otra parte.

—¿Me echan una mano para bajar mis cosas? —pidió ayuda para

saltarse la cerca que los separaba de su propia casa.

Entonces Dean chasqueó la lengua y miró a Nicole, quien estaba dispuesta a ayudar.

En su mayoría bajaron libros, algunas camisas y zapatos. Los llevaron caminando dos calles abajo, para que la prensa no notara la camioneta de sus padres.

—No recuerdo la hora en que tomaste las llaves —Dean cerró la cajuela.

—Es que guardo una copia —Zac se alzó de hombros y encendió el auto.

—¿Y simplemente te irás? —Nicole colgó sus brazos en la ventanilla.

El chico castaño reflexionó unos segundos y al fin habló:

—¿Saben?, puedo pasar a la tumba de Deanna antes de llevar las cosas al departamento. ¿Quieren venir?

Dean se negó recordando que se lo había prometido a Laila, pero su vecina asintió antes de dirigirse al asiento del copiloto. Inmediatamente, el hermano menor le abrió la puerta antes de que Zac se bajara a hacerlo.

Oh, sí, aquello era, ante todo, un duelo de caballeros.

42

Después de la lluvia, hay un arcoíris con un poni

Laila apagó la televisión de la sala y permaneció unos minutos mirando su ventana que daba hacia el jardín, estaba casi segura de que Dean ya no vendría por ella. No después de ver ese noticiario, no después de saber que los reporteros lo buscaban para saber si era cierto el amor que profesaba por Nicole.

Entonces, cuando ella daba todo por perdido, su teléfono sonó. Y era Dean.

—Hola, Rulitos —Laila prefirió saludar primero, por temor a conocer el motivo de la llamada.

—Estoy perdido, auxilio.

—¿Qué? —una sensación de peligro y preocupación le recorrió el cuerpo—.

¿Dónde estás? ¿Cuál fue el último lugar que reconociste? ¿Hacia dónde te diriges? ¿Norte o sur? ¿Este u oeste?

—No sé, esta porquería de Maps no sirve. Me dice que atraviese una casa,

¡por favor!, no soy un fantasma para andar atravesando paredes.

—Usa el sentido común, Rulitos —rio Laila un poco más tranquila—. ¿Es una residencia?

—Sí, y hay un policía llamado Paul con un pastor alemán en la entrada. Me están intimidando, auxilio.

—Ya, ya, ahorita aviso que te deje pasar —soltó Laila con una leve emoción y colgó. Si había llegado a su casa, es decir, todavía la quería a ella, ¿no?

Deprisa tomó su abrigo mientras se miraba en el espejo del pasillo y volvió a pensar. Jamás un chico había entrado a su casa, a nadie le había dado su dirección por orden de sus padres. Cuando se citaba con alguien, siempre se quedaban de ver en algún otro lugar; ahora, el hecho de que Dean fuera hasta su casa significaba que era personal, que era importante y tenía que hablar con la

verdad si ella realmente lo quería en su vida.

Se prometió decirle toda la verdad, así no se sentiría mal de haber amado a alguien y de haberse mostrado tal y como era. Para Laila eso era amor: abrir su corazón y esperar a que Dean se quedara a su lado. Gesticuló una sonrisa entristecida sabiendo que aquello era improbable, pero aun así lo intentaría.

Cuando abrió la puerta, Dean estaba de espaldas con un ramo de flores. Y

entonces Laila sintió esperanza.

—Soy un tonto —se disculpó rápidamente Dean—, sólo compré un ramo de flores para Deanna, debí comprar otro para ti… perdón, soy mal novio.

Laila aun así se colgó en el cuello de Dean para ocultar las lágrimas

que ya le rodaban por el rostro.

—No pasa nada, no es como si fuéramos a una cita; vamos a un cementerio para que conozcas a tu hermana…

—Bien, entonces vamos. Zac y Nicole ya están ahí.

—No, aún no vayamos —Laila detuvo a Dean antes de que se moviera, abrazándolo todavía más fuerte—. Necesito decirte algo importante.

Dean tomó un mechón del cabello de Laila y lo pasó por detrás de su espalda.

—Bien, espero que no sea una mala noticia. Ya tuve demasiadas desde ayer.

Laila le hizo un ademán para que entrara. Él se encargó de cerrar la puerta mientras ella de espaldas comenzó a contarle su historia.

—Yo también tuve una hermana —se mordió el labio.

—¿De verdad? Creí que eras hija única.

—Eso es lo que debo hacerle creer a todos —se giró hacia Dean—, pero a ti no te lo puedo ocultar más, porque eres la persona que amo.

El chico sintió una gran responsabilidad y no pudo evitar hacer una mueca de incomodidad.

—¿Por qué nadie puede saberlo?

—Porque ella no está sana, lleva dos años conectada a una máquina —dijo con dificultades—, créeme, no es sencillo despertar cada mañana sabiendo que es algo que ella no puede hacer, desde hace dos años.

—Es extraño, el coma no debería durar tanto, ¿no? —Dean recordó una conversación donde Zachary se quejaba del mismo tema.

—Exactamente… Mis padres dicen que, por seguridad, no debo decirle a nadie. Como es un caso poco común, no debo esparcirlo, y menos por la

posición que tenemos. Un rumor como ése podría exhibirnos en televisión, igual que como pasó con ustedes.

—Deberías hacerles caso, estar en boca de gente que no conoces no es agradable y ser tendencia en Twitter por motivos familiares, asusta.

—Bien, pero sólo te lo he dicho a ti, ¿prometes no contarle a nadie?

—¿Ni a Pizza?

—Ni a Pizza, ni a Wifi —rio Laila.

Dean hizo una mueca, deseaba decírselo a Zac, porque sintió que podría ayudar en la situación que atravesaban, pero también respetaba la decisión de Laila.

—De acuerdo, será un secreto entre nosotros.

—Gracias, Dean —lo volvió a abrazar—. Sabía que podía confiar en ti, sabía que entenderías el dolor y el temor, porque también has perdido a una hermana.

—Laila, ten siempre esperanza, ella está viva y no la iremos a visitar a un cementerio hoy.

La chica sintió que debió añadir algo al respecto, sin embargo, sólo se aferró a Dean.

—¿Quieres contarme algo más sobre ella? —Dean quiso separarse para continuar la conversación.

Laila negó:

—Pero puedo enseñarte una fotografía de ella.

Dean no deseaba avanzar más en la casa, prefería no conocer la recámara de Laila. No obstante, la siguió hasta el umbral y ahí se quedó.

Ella tuvo que regresar hasta donde estaba él, con una foto apretando su pecho.

—¿No es hermosa? —le tendió la foto a Dean.

—Sí, lo es, pero no tan hermosa como…

—Yo —acabó ella la frase, riendo—. Gracias, Rulitos, por pensar en mí.

Dean agachó la cabeza.

—¿Y cuántos años tiene?

—Cumplirá veintiuno.

—Como Zachary…

—Sí, debería estar a mitad de la universidad, como él.

—¿Crees que exista la posibilidad de que se hayan conocido?

—No lo sé, tal vez. Pero al menos tú y yo sí coincidimos en esta vida.

—Je, sí.

—Dean, mírame, por favor —Laila se acercó lentamente a su rostro.

El chico levantó la vista para decir:

—Yo opino que deberíamos ir ya al cementerio, para que no se oscurezca,

¿qué tal si los zombis aparecen más tarde?

Laila se apartó, se quedó con ganas de besarlo.

—Quieres alcanzar a Zachary y a Nicole, ¿verdad?

Dean asintió tímido.

—¿Por qué?

—Él trae la camioneta de papá, yo creo que así será más seguro el regreso.

—Podemos llevar mi coche, así no habrá problema.

—Oh, sí… Buena i-de-a —dijo él tratando de sonar convencido.

—¿Sucede algo, Rulitos? —preguntó Laila con temor de la respuesta —.

¿Quieres decirme algo de ellos?

Entonces Dean suspiró para tomar valor. Y Laila supuso de qué se trataba.

—Hace cinco días regresaste de viaje y no hemos estado juntos más que hoy en la cafetería…

—Oye, nunca me fui de viaje, tuve que cuidar a mi mamá que sufrió

una crisis por mi hermana. Sólo para que lo sepas…

Dean la miró.

—Bueno, como sea. Ése no es el punto: no he pasado tiempo contigo. En cambio, he pasado muchísimo tiempo con Nicole, siento que no te he dado tu lugar, y no he puesto un límite entre mi amistad con ella porque sé que yo mismo lo rompería…

—¿Estás terminado conmigo?

—Laila, yo… —se apresuró a decir—. Estoy diciendo esto porque no había entendido el daño que puedo provocarte de seguir así, tardé en reaccionar. Si no hubiera sido porque me vi en televisión, posiblemente creería que no estoy haciendo nada malo… pero si está mal visto, por algo será. Aunque no la haya besado ni nada parecido, presiento que no he hecho lo correcto. Perdóname, Laila, soy un idiota, no quise lastimarte, nunca fue mi intención.

—¿Entonces era cierto lo que vi en el canal NDEI? —tomó aire—. ¿Estás enamorado de Nicole?

—Lo estuve, cuando era niño…

—Dean, ya conoces toda la verdad de mi vida. Ahora, por favor, sé totalmente franco conmigo.

—No fue mi intención —dijo rígido—. Ella fue mi primer amor. Un día, a los cuatro años, nos besamos. Entonces yo pensé que de alguna manera creceríamos juntos. ¿Pero sabes qué pasó? Nada, absolutamente nada. Dejé mis ilusiones cuando te encontré. Ya llevábamos meses hablando por horas, pero el día que por fin me animé a pedirte que fueras mi novia, y justo después de que aceptaras, alguien apagó el internet. Hasta entonces podía soportar que Nicole lo desconectara, de hecho llevaba haciéndolo durante veinte noches seguidas. Pero esa noche no estaba dispuesto a aceptarlo. Porque ahora estabas tú. ¿Entiendes?

Deseaba dar lo mejor de mí en esta relación, y desaparecer en la web sin razón alguna no iba a hacer que funcionara. Lo único que me motivó a volver a hablarle a Nicole fue que te había dejado en visto esa noche, nada me importaba más que contestar tus mensajes.

Laila tomó un mechón de su cabello, que luego pasó detrás de su oreja.

Entrecerró los ojos:

—Eso no prueba nada, sólo has reafirmado lo que sospechaba —suspiró con melancolía—: Tú querías enamorarte de mí, amándola aún a ella… Los sentimientos no pueden forzarse, ¿sabes?

”Sé que intentaste hacerlo, realmente pusiste esmero. Pero todo pasa por algo. El mismo día que iniciaron las cosas conmigo, pensando en que yo era la indicada, de alguna forma también te diste cuenta de que lo que siempre habías anhelado por fin sucedía. Cruzaste unas palabras con ella después de largos años.

No puedes negar que eso produjo algo en tu corazón, pues cuando es amor verdadero ni el tiempo puede hacer que se olvide. Siempre lo supe, me negaba a aceptarlo, tenía la esperanza de que eso cambiara…

La joven bajó su mirada.

—Pero hay cosas que, aunque las desees con todo el corazón, nunca pasarán.

Todo tiene su tiempo, y hay cosas que no están destinadas a ser —Laila lo dijo en voz tan baja que parecía no querer admitirlo.

Dean sorbió la nariz cabizbajo, no se atrevía a buscar esos ojos azules que solían cautivarlo.

—Una última cosa —dijo Laila con la voz quebrada—: ¿Por qué yo? ¿Por

qué me elegiste a mí cuando morías por estar con ella?

—Porque tú me viste aun cuando era invisible —admitió Dean con lágrimas en los ojos—. Eres la mejor persona que conozco, me enseñaste a aceptarme tal como era: no querías que me planchara el cabello o usara lentes de contacto. No tenía que fingir contigo, me aconsejabas siempre en lo correcto, y no con lo que sabías que yo deseaba escuchar. Y Nicole, bueno… Nicole nunca me vio, hasta ahora. ¿No es tonto que quiera estar con ella?

Y en ese instante Dean comprendió lo que en verdad sentía por Laila: gratitud y cariño, sentimientos que por algún tiempo confundió con amor.

Laila cubrió su rostro con ambas manos, y lo apretó con fuerza, presa

de impotencia, sollozó esbozando una sonrisa.

—Laila, no llores —habló Dean finalmente—. No merezco tus lágrimas, perdóname. ¿Puedo hacer algo por ti?

Ella lo miró fijamente poniendo sus manos en el rostro de Dean, lo que iba a decir posiblemente le rompería el corazón, pero era lo mejor:

—Al comienzo de nuestra relación sabía que había algo extraño en ti, y aun así quise enamorarme de ti. Pero no te puedo obligar a permanecer conmigo, puedes amar a quien quieras, eso significa que tienes que ir con Nicole y decirle lo que sientes, quizá ya lo hayas hecho indirectamente, mal o escudándote en que es sólo como amigos, porque tenías un compromiso conmigo. Por primera vez tienes que ser franco con ella… —expresó con inmenso dolor en el corazón, su respiración se entrecortaba—. Ella también te quiere, lo sé, porque sé lo que se siente cuando ves al chico que amas enamorado de alguien más.

Dean sintió un escalofrío, sabía que había sido una insinuación.

—Oye, tranquilo —Laila se sentó a su lado para brindarle su apoyo, en verdad lo amaba—. No es tu culpa, tú no me hiciste quererte, yo elegí hacerlo a pesar de que no me correspondías. A veces somos nosotros quienes más nos lastimamos.

Dean se mordió el labio.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan linda? Haces que me dé golpes en la cabeza, y voy a quedar más idiota de lo que estoy por tu culpa.

—Si te hace sentir mejor… Kyle quiere hacer un complot para separarlos, y quiso involucrarme. Creo que podríamos odiarnos mutuamente pero no lo hacemos porque no existe ese sentimiento en nuestros corazones. Además, debo

concentrarme en otras cosas. Está mi familia, y haré el papeleo para convertirme en estudiante de intercambio en la India. Aún no es seguro, por eso no te lo había dicho, pero es una oportunidad que me gustaría intentar. Podría haberme ido ya, de no haber faltado unos meses a la escuela.

Dean frunció el ceño.

—Laila…

—¿Sí?

—"No hiciste tu papeleo a noche" —imitó la voz de la viejecilla gusano con anteojos que insiste en la película *Monsters, Inc.*

—Eres un tonto —lo golpeó dejando escapar una sonrisa. ¡Cómo iba a extrañar que dijera cosas así en momentos tan solemnes!—. Ya lo hice el año pasado. Sin embargo, demoran en encontrarte un lugar, se supone que me lo darían después de las vacaciones de invierno, pero como no me presenté, se lo dieron a otra persona. Estoy esperando mi turno.

—¿Sabes? Hace mucho que no hablábamos así. Eres paciente y perseverante, te irá bien, tendrás mucho éxito —Dean la abrazó con sentimiento, acariciando su sedosa melena en donde sus dedos ya no podrían enredarse más. Sumió la cabeza en el cuello de Laila, aspiró por última vez el perfume de Katy Perry para abordar por vez primera las palabras correctas—: Te quiero, gracias por todo —

estaba dejando ir a una magnífica chica.

Apretó sus mejillas, él también la echaría de menos, sus ojos se tornaron cristalinos.

—Deberían existir más personas como tú, aunque por una parte es mejor así, porque tú serías única y cautivarías a las personas como lo hiciste conmigo, no sólo por tu belleza. Tienes corazón de pollo — besó su sien para despedirse.

Laila asintió con un nudo en la garganta y sonrió débilmente.

—Rulitos —lo llamó afónica. Era tan complicado articular esas palabras.

—¿Sí? —regresó.

—Asegúrate que salgan de la *internetzone* —bromeó.

•••

Llegó al cementerio con intenciones de encontrar a Zachary y a Nicole todavía ahí. Pero para su desgracia, lo halló cerrado. Golpeó la reja por desperdiciar su

tiempo en ir y una cadena se desató. Dean observó que sólo estaban sobrepuestas, fue tentador entrar, así que lo hizo. Total, ésta no es una

historia de terror, ¿qué podría salir mal? ¿Que Michael Jackson salga a bailar “Thriller”?

Siguió caminando con sus manos en los bolsillos, buscando la lápida de su hermana. No obstante, no lograba apreciar las secciones. Ya comenzaba a oscurecer, así que sacó la linterna de su teléfono.

Éste encontró una red wifi a la cual conectarse.

“¿Es una broma? ¿Internet gratis para los difuntos?”, pensó el chico.

Un gato negro pasó entre sus pies.

—Hola, chiquitín. ¿Me ayudas a buscar?

El gatito iba a maullar cuando se escuchó un “no” rotundo que parecía provenir del animal. Sin embargo, la voz se repitió. Dean giró la cabeza para ubicar el sonido y corrió hasta llegar al lugar.

—¡No, no, no! ¡Ya dije que quiero un poni! —su hermano estaba sentado en una lápida gris, pataleando. Su acompañante trataba de tranquilizarlo haciéndolo respirar profundamente; pero él no obedecía… El chico no sonaba como Zachary.

—¡Gracias a Dios, Dean! —Nicole sintió alivio.

—¿Por qué siguen aquí? ¿Qué le pasó a Zac? ¿Por qué no le avisaron a nadie?

—Ya no tengo batería en el iPhone, y no sé conducir; no sabía qué hacer.

Llegamos alrededor de las seis de la tarde, porque primero pasamos por un café.

Y después de encontrar la lápida, Zac comenzó a llorar. Se desahogó como tú lo hiciste anoche, y supongo que se quedó sin lágrimas así que fue al auto a hidratarse, ¡y cuando regresó estaba así! Perdió la cabeza.

—Veamos —Dean examinó a su hermano—. Parece ebrio, pero él jamás ingeriría una gota de alcohol a menos que fuera parte de una medicina. ¿Tienes aquí la botella de lo que bebió?

—No sé dónde está, supongo que en el auto —respondió Nicole preocupada y le entregó a Dean las llaves de la camioneta.

El chico la encendió y dejó que los faros alumbraran en dirección a Nicole.

Encontró la bebida, parecía un envase sencillo, lo probó y de inmediato escupió el contenido.

—Cuarenta por ciento de alcohol —leyó en la etiqueta—. Quiero pensar que

mi hermano no comprendió lo que había comprado, y al nunca haberse embriagado, el consumo le afectó mucho, aunque sólo se haya bebido una cuarta parte de la botella.

—Puede ser… —suspiró Nicole agitando el líquido.

—¡Un, *hip*, rotundo no, *hip*! —Zac tenía hipo—. Nunca en mi sano, *hip*, juicio bebería, *hip*, va en contra de mis principios, *hip*.

—Te lo dije, Zac es inofensivo —aseguró Dean—. Por cierto, creí que leías las letras pequeñas de todo…

—¿Y por qué compraría eso? —Nicole frunció el ceño, la luz de los faros comenzaba a molestarle.

—Yo no la compré, *hip*, me la regaló la chica de mi, *hip*, dormitorio.

—¡A bonitas influencias te arrimas! —Nicole se levantó de súbito para entrar al auto.

—No, espera, ayúdame a subirlo —propuso Dean.

Ambos chicos ofrecieron sus hombros para que Zac se colgara de brazos.

—¡No, *hip*, no! —se sacudió—. Ya le dije a *ésta* que no me iré de aquí a menos que sea en un poni.

—¡Cállate! —dijeron al unísono, cargándolo.

—¿Quieres hacer el favor de mover tus libros para que quepas?—los asientos parecían una biblioteca.

—¿Quién quiere libros, *hip*? ¡Quémenlos! Hace frío, *hip* —Zac subió sus pies de mala gana—. ¡Ya sé , *hip*! Hagamos una fogata con ellos, *hip*. Podemos contar historias, *hip*, de terror, *hip*.

—Tengo que grabar esto —Dean sacó su teléfono—. Pobre Zachary,

cuando seas consciente de lo que estás diciendo…

Nicole estornudó, y el menor de los Blackelee se quitó el abrigo para cubrirla.

—Sin suéter, sin batería, a estas horas, en un cementerio… No puede ser,

¡qué irresponsables e inmaduros son! —bromeó Dean.

Nicole le mostró la lengua y subió al auto. Dean rio meneando la cabeza, aseguró las puertas y vio dormir inquietamente a Zac por el espejo retrovisor.

—¿Así que planeaban quedarse toda la noche en el cementerio si yo no hubiera llegado? —abrochó su cinturón.

—No, por supuesto que no. Hubiera esperado a que se le bajara la

borrachera…

—Ajá —rio girando el volante.

—Me percaté de que las estrellas se ven mucho mejor aquí, está más despejado que en nuestro vecindario —Nicole miró por la ventana—. Podríamos quedarnos, no sé, un rato.

Dean quitó el pie del acelerador, incrédulo.

—Es broma, ya vámonos —rio la chica—. Por cierto, ¿sabes conducir?

Porque mi vida está en tus manos.

—Claro, mi padre nos enseñó al mismo tiempo, sólo que Zachary pudo tramitar su licencia y yo no.

—¿Entonces no pasaste el examen de conducir?

—Nunca me presenté a la cita —soltó una risa que hasta al vehículo le pareció de mal gusto. Dean quiso volver a encender el motor y en respuesta recibió un sonido híbrido—. ¿Por qué no funciona? —el chico giró la llave de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole preocupada.

—Mi hermano del mal, que nunca piensa, se gastó la batería del coche manteniendo encendidos los faros frontales. Ahora no podemos

avanzar —Zac cabeceó con ojos entrecerrados.

Nicole miró a Dean, quien se mordía el labio pensando en una solución:

“¿Dónde están los ponis cuando los necesitas?”

43

¡Estúpida, mi primer beso, idiota!

Zachary arrugó la nariz dos veloces veces, como si fuera un ratón olfateando queso. Sus fosas nasales se inundaron de humo, lo cual lo hizo despertar. Se levantó del sillón de súbito y se llevó las manos a la cabeza. Tenía una resaca terrible.

—Hermano del mal, ¿ya estás mejor? —Dean lo saludó a lo lejos, volteando una tortilla española con la espátula. ¿Él cocinando? Ah, no, esperen, así no se hace, sigue sin saber…

—¿Qué pasó ayer? —sentado, miró a su alrededor, al parecer durmió en la sala de su casa y no en su nuevo departamento—. ¿Y Nicole?

El menor hizo una mueca para ignorarlo.

—¡Contéstame! —exigió Zac—. No recuerdo nada.

—Asumiendo que sabes la razón de tu falta de memoria, le envié un mensaje directo en Instagram a la señora Brooks para que fuera a recogernos al cementerio. Nos pasó corriente de su chatarra de automóvil y así fue como llegamos a nuestro hogar, dulce hogar.

—¿Y Nicole? —volvió a insistir.

—¿Ella qué? —se cruzó de brazos, dejando que la tortilla se quemara —.

Nicole me golpeó por hacerla esperar una hora más en ese tétrico lugar. Y luego durmió tranquila en su casa. ¿O te refieres a por qué no llamamos a sus padres?

Bien, pues literalmente nos odian por la supuesta relación que tenemos ambos con ella, ¿entiendes?

—¿Así que esa pesadilla es real? —dijo con tristeza al recordar a sus padres expuestos al público.

—Sí, eso creo —sonrió Dean—. Aunque no puede ser tan mala, podemos

volverla un sueño. ¿Y si hacemos una fiesta en grande? Casa sola, tú comprendes.

—¡No!

—Tranquilo, viejo. No habrá alcohol para que vuelvas a ponerte como ayer

—tosió—. Yo decía que hagamos algo diferente. ¡Sería súper-duper-genial!

—Yo juré que jamás me embriagaría, pasara lo que pasara, prometí que nunca lo haría —se lamentó Zac hundiendo su cara en el cojín—. ¿Quieres olvidar lo de la fiesta? No entiendo por qué las personas se reúnen para beber, no es interesante o lindo depender del alcohol para sacar lo que has guardado en tu corazón…

—¿Y lo que hay en tu corazón es un poni?—rio Dean alegremente.

—Deseos frustrados, ¿tal vez? —Zac soltó una carcajada—. Pero volviendo a lo serio: regresaré a vivir aquí, ¿de acuerdo? No puedo estar con una demente que busca embriagarme para luego… no sé. ¿Abusar de mí? Qué horror.

Dean meneó la cabeza:

—Y yo que pensaba decirle a nuestra vecina algo como: “Oye, Nicole, ya sé qué vamos a hacer hoy…” —trató de imitar la voz de Phineas, el de la serie animada— para que me ayudara a convencerte de que te quedaras. Arruinas mis planes, zopenco.

Zac golpeó el hombro de su hermano.

—Cállate, troglodita —Zac se sentó a desayunar con su hermano—. Es decir, sí te quiero, eres mi familia; te extraño y creo que nos necesitamos en este momento.

—Cierto —Dean le dio la razón para luego formar una pistola imaginaria con su mano y fingir dispararle.

Zac puso los ojos en blanco y comió su semicocido almuerzo mientras Dean le contaba sus aventuras. El hermano mayor se limitaba a asentir cada cierto tiempo, sin prestar demasiada atención. Sus pensamientos

se centraban en Nicole, recordó que el día anterior no sólo había llorado él, también ella. Y la razón había sido Dean.

—¿Y cómo te ha ido con Laila? —le preguntó para tener de qué hablar después con su vecina.

—Eso comprueba que no estabas escuchándome. Te acabo de decir que ella terminó ayer conmigo…

—¡Cielos! ¿Y ahora tendrás el camino libre con Nicole? ¿Ya le dijiste?

—¿Qué? —puso los cubiertos bruscamente en la mesa—. No voy a salir a la calle cantando "Libre soy, libre soy". Me duele mi ruptura, aunque no lo creas.

Dejaré que pase el tiempo. Además, si comienzo a salir inmediatamente con Nicole, me vería como un patán. ¡Acabo de terminar una relación! No quiero iniciar otra apresuradamente. He amado a Nicole desde que aún me comía los mocos, puedo esperar un poco más, ya lo he hecho toda mi vida.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que los demás digan?

—Desde que entendí que esos comentarios no sólo me lastiman a mí, sino a las personas que quiero —se justificó—. No deseo que Nicole y Laila sean afectadas por mis tonterías.

—¿Seguro? —Zac frotó su barbilla con diversión—. ¿No será que tienes miedo a que te rechace? Porque, vamos, estás compitiendo contra mí.

—¿Rechazado yo? —el chico bufó y arqueó una ceja—. Por favor, ni que fuera un telefonista de compañía de internet o de televisión por cable para que después de recitar todo su monólogo las personas simplemente le digan que no están interesadas.

—Ajá —rio su hermano.

—No sé qué hacer —miró a sus pies, reflexionando—. ¿Me arriesgo y la beso sin importar lo que piense el mundo porque cuando la bese ése ya será mi nuevo mundo? —volvió a subir la vista.

—Chispas, qué cursi eres —se quejó Zac—. ¿Estás ensayando conmigo o algo así? Porque vamos, soy hombre, mejor pídele consejos a la anciana de al lado, éste no es mi rol.

•••

Dean agitaba el envase de cátsup para verter en su pizza. El orificio estaba taponado con salsa de tomate reseca, así que apretó fuertemente el envase para que la pasta líquida saliera, salpicando en el esfuerzo casi toda la mesa.

—¡Caramba!

Laila rio a sus espaldas, y se acercó rodeando con su brazo el cuello del chico. Luego le dio un beso sonante en la mejilla.

—Hola, Rulitos.

—Hola —respondió él, confundido. Ni cuando eran novios había hecho algo así.

—¿Ya le dijiste a Nicole?

—No-oh.

—Qué mal, si quieres puedo ayudarte para que todo sea perfecto cuando te le declares…

—Gracias, Laila. Hiciste mucho por mí, aunque no creo que esté bien que me ayudes en eso, yo me las arreglaré solo. No quiero verte sufrir, ¿vale?

—Pero fui la reina Cupido el año pasado, déjame serlo otra vez.

Dean la miró estupefacto, ¿de verdad no le dolía? No podía creerlo. Laila le hacía ojitos para que aceptara.

—No, gracias —intentó sonar seco a pesar de que aquello no fuera lo suyo.

Se levantó con la charola de comida en las manos, listo para alejarse.

—Anda —insistió ella, acariciando los rizos de Rulitos—. Quiero verte feliz.

—Soy feliz —se limitó a decir el chico, formando una leve sonrisa—.

También quiero que tú seas feliz, no una masoquista.

La rubia hizo un puchero. Dean se acercó para susurrarle al oído:

—Eso no funcionará, adiós.

Se sorprendió al saber que Nicole observaba la escena, volvió a tomar su distancia.

—Nick, ¿quieres almorzar conmigo? —la invitó con nerviosismo.

Su vecina frunció el ceño y miró de reojo a las cuatro amigas que la rodeaban.

—No —respondió ella con dureza, sentándose en otra mesa.

•••

—Vaya, no me sabía esa táctica, muy buena —Abril le atribuyó a la rubia, pues se había quedado a platicar con ella.

—¿De qué hablas? Únicamente quería ayudar a juntarlos —confesó Laila—.

Sin embargo, creo que arruiné más las cosas. ¿Viste cómo se fue cabizbajo Dean?

—¿Estás loca o te haces? —gruñó Abril—. Ayer me marcaste llorando, lamentando hacerte a un lado cuando en realidad querías que él se quedara

contigo, y que volviera por ti. Y hoy quieres ayudarlos. ¿Mañana querrás ser madrina de copas en la boda del chico que amas?

—Sólo quiero ser una buena ex —se justificó.

—¡Te pasas de buena! Ya les facilitaste las cosas, por favor no intervengas más.

—Parece que no quieres que estén juntos.

—¡Exactamente! —admitió—. No quiero que él esté con Nicole, y tampoco contigo. Ustedes son mis amigas, y no quiero inclinarme sólo por una. ¡Dean no me agrada! Lo complica todo, ambas estaban mejor sin él.

Laila asintió con la cabeza, reflexionando sus palabras.

—Ahora, prométeme que no harás nada, ¿sí? Vive y arregla tu vida primero, antes que la de los demás.

La rubia indecisa se mordió los labios.

•••

—NickNickNick, Nickelodeoooon —Dean halló una excusa para alcanzar a Nicole en clase de Cálculo.

—¿Ahora qué, Dean? —la chica puso los ojos en blanco.

—Te invito a nuestra fiesta de pijama —el chico esbozó una sonrisa entregándole una tarjeta morada con la silueta de un teléfono móvil.

—¿Nuestra? ¿De quiénes?

—Tuya y mía —guiñó el ojo.

—¿Disculpa? Mi cumpleaños es el próximo viernes.

—También el mío, pero supongo que no lo recuerdas —se alzó de hombros

—. Bueno, eso me conviene, quizás un beso refresque tu memoria… —se acercó él sin decir más.

Nicole arrugó la nariz y posó sus manos en la cadera. Intentó averiguar por qué Dean actuaba de aquella forma. Rebuscó y escombró en su mente, cajas vacías, papeles en blanco. ¿A quién engañaba?, ni siquiera era capaz de recordar cómo iba vestida el día anterior.

Pero de pronto le cayó encima un bulto de recuerdos instantáneos: una fiesta infantil, una niña perdida, un pequeño anhelando encontrarla más que a un tesoro perdido, el niño insistiéndole volver al festejo, una pelea con insultos inocentes,

un beso… ¡Dios mío, un beso!

¡Había besado a Dean Blackelee!

Nicole solía pensar que todo gran problema se solucionaba con un beso de amor verdadero, así como en los cuentos o películas que adoraba.

Y al recordar su primer beso, volvió a sentir ese hormigueo. Aunque, claro, cuando era pequeña ella había pensado que algo le había caído mal a su estómago.

Ahora sabía por qué había apartado al infante con cabello bonito toda su vida, estaba enojada con él porque cuando se besaron la habitación no había refulgido, no habían iniciado la magia o destellado una aurora boreal, como había esperado en sus fantasías. Qué equivocada había estado, eso no se veía en el exterior, se sentía en el interior. Ahora, escarbando en su corazón, pudo entenderlo. Y volvió a sentirlo, a pesar de los años.

Presa del asombro, se llevó las manos a la boca, y dibujó una sonrisa en los labios que no dejaban ver sus palmas. Pero ese brillo en los ojos la delataba.

Entonces se sintió terrible, había ignorado a Dean a tal grado que se había vuelto algo rutinario. Por tanto tiempo no tuvo en claro la razón, sólo se decía que debía detestar a ese vecino de cabello alborotado que no paraba de acosarla.

Sólo había que odiarlo y punto. Así programó su cerebro por varios años.

Nicole: ¡Estúpida, mi primer beso, idiota!

Corazón: ¿Cómo pudiste olvidarlo?

Cerebro: A mí no me miren, yo sólo estaba en piloto automático y ustedes decidieron desechar esa información. Es su culpa.

Nicole: Cállense y ayuden a ordenar mis pensamientos. ¡Esto lo ha cambiado todo!

44

El pastel de la fiesta de pijama

Los días pasaban, algunos eran interesantes y otros repletos de tristezas. Los rumores del canal NDEI seguían esparciéndose, y los señores Blackelee también continuaban detenidos debido a su comportamiento: los especialistas ya hasta se habían puesto a estudiarlos. Dean asistía a terapia. Zachary no. Se resistía y no se presentaba a las citas. Probablemente permanecía en la etapa de negación.

Por las tardes Dean iba al centro comercial, buscaba el área de comida y se sentaba a robar la señal de wifi de los restaurantes.

Aunque pareciera que su adicción iba en aumento, en realidad no lo

hacía, pues aquél era el único momento en que recurría a su teléfono. Su vecina lo había dejado a la deriva, bueno, no ella, los padres de ella, que le habían prohibido seguir compartiendo el internet tras el escándalo del programa televisivo.

Últimamente Dean recibía regalos anónimos, suponía que provenían de la prensa; le donaron una pantalla de 60 pulgadas y una computadora de escritorio.

Él seguía sin servicio de internet, así que se limitaba a jugar buscaminas o ajedrez en la computadora. Naturalmente que eso no le satisfacía, Dean quería navegar por la web, ver los videos de sus youtubers favoritos y películas, descargar imágenes o simplemente navegar en sus redes sociales. Una computadora sin internet era como una piscina sin agua, únicamente servían de adorno.

—¿Ya le tomaron su orden, joven? —preguntó el mesero por segunda vez al chico que sólo miraba su teléfono.

—Oh, no, no ordenaré nada, gracias —deslizó sus dedos en la pantalla.

—Si no ordenará algo, hágame el favor de desalojar el lugar —espetó el

empleado.

—Bien, entonces tráigame un café.

—No —se rehusó a anotar la orden—. Ya conocemos ese truco, tardará horas en tomar un sorbo de su bebida para así ganar tiempo, usted viene aquí por la señal de internet.

Dean puso en blanco los ojos.

—Negociemos: un café y donas, ¿está mejor?

—No.

—Un café, donas y… —abrió los ojos como dos platos cuando observó el menú, que contenía únicamente precios elevados—. ¿Una porción extra de cubos de azúcar?

—No.

—¿Pedir servilletas cuenta como una orden?

—No, ya retírese, por favor —el hombre le señaló con su bolígrafo la salida.

— *No, ya retírese, por favor* —arremedó Dean en tono agudo.

Molesto, el chico caminó por los locales de comida, buscando de dónde había la mejor señal. Parecía un niño queriendo hallar un tesoro perdido con un detector de metales. Sin despegar la mirada de su *smartphone* se estrelló de espaldas con una chica que parecía hacer lo mismo que él.

—Lo siento, yo… —intentó disculparse.

—No te preocupes —interrumpió ella, llevándose su cabello pelirrojo al cuello—. ¡Ey, pero si tú eres el ladrón del wifi! ¿Dean, cierto?

—¿Cómo lo sabes? —sonrió Dean divertido.

—NDEI —rio la chica con jovialidad—. La verdad es que yo también robo internet, bueno en realidad soy una *hacker*, cualquier clave o código que necesites puedes pedírmelo, nunca se sabe cuándo necesitarás esa información, incluso te puedo pasar el número personal del hijo del presidente, el de Taylor Swift, el de un amigo de Chicago que falsifica identidades, el de un programador ruso, el de mi gato, o el mío, claramente.

Dean meneó la cabeza con gracia, esa chica era más parlanchina que él:

—Estás demente… me agradas —admitió—. ¿Así que espías al hijo del presidente? ¿Y tu gato tiene número?

—Sólo activo su cámara frontal para ver qué está haciendo, es muy guapo aun cuando hace gestos raros en el baño…

—Vaya, espera… ¿Lo espías cuando hace sus necesidades?

—Lleva su teléfono a todas partes, es de esas personas que, si tuviera un conector de corriente, internet y el teléfono se quedaría horas sentado en el retrete… —miró hacia abajo avergonzada, no sonaba tan acosador si mantenía eso en secreto. Sin embargo, ahora acababa de confesarlo a un perfecto extraño.

La chica se mordió los labios y cambió de tema—: Pero, sí, mi gato tiene número, e incluso Facebook, ¿por qué no?

—Genial —se carcajeó Dean—. Mi perro también tiene cuenta, pásame su contacto.

Intercambiaron teléfonos para escribir sus números de contacto, luego los devolvieron.

—Por cierto, soy Samantha —le ofreció su mano—. Tengo 17 años, aunque técnicamente sólo tengo cuatro, porque cumplo el 29 de febrero. ¡Casi no he tenido fiestas de cumpleaños! Pero bueno, omitiendo mi patética vida… Soy cero deportista, me gusta leer cómics y mangas.

—Interesante presentación —Dean estrechó su mano—. Si estuvieras en una entrevista para ser mi amiga, ¡con ese currículum ya te hubiera contratado! Y ya que mencionas las fiestas, ¿quieres ir a una este viernes?

—Me gustaría, pero no suelo arreglarme mucho…

—De eso se trata, es en pijama, a las ocho en…

—Perfecto —sonrió ella—. Te veo allá.

—Espera, aún no te he dado mi dirección…

—No la necesito, puedo rastrearte con tu número de teléfono —se encogió de hombros.

—Claro, perdona mi falta de memoria de corto plazo, olvidé que eras una acosadora profesional —bromeó.

Samantha se movió para darle un golpe amistoso en el brazo, no obstante, se contuvo.

—¡Oh! Debo irme, Dustin ya salió de la ducha —su pantalla se iluminó con la notificación.

Dean se quedó perplejo y un llamado a sus espaldas lo asustó.

—¿Quién era ésa? —preguntó una voz desconocida.

—Disculpa. ¿Te conozco? —intentó reconocer su rostro.

—Más que a esa chica, sí —bufó—. Soy amiga de Nicole y Laila.

—Ah, April.

—Abril —le aclaró.

—Sí, como sea…. Adiós —Dean le dio la espalda.

—¡No me dejes hablando sola! ¿Quién te crees? Iré con el chisme con ellas… ¡Dean!

•••

El gran día llegó, Dean almacenó pizzas y miró entusiasmado por la ventana como un cachorro en espera de su amo. Administró bien los preparativos y únicamente le quedaba aguardar a los invitados.

—Hermano del mal, no es por presionarte, pero tienes que terminar de leer tu libro ¡ahora mismo! —anunció al chico que leía cómodamente en el sofá.

—¿Por qué? —aquélla era su rutina de viernes por la noche: leer vistiendo sólo calcetines y bóxers.

—¡Porque ya empieza la fiesta! No te dejarán leer a gusto.

—¿Qué? —se alteró no sólo por las letras, sino por la falta de ropa que le exhibía—. ¡Dean! Te dije que no hicieras una fiesta…

—Demasiado tarde —abrió la puerta. Dejó entrar a los estudiantes de segundo grado, al parecer la fiesta se había promocionado en toda la escuela. No habría discriminación, ahí estarían todos los chicos y chicas de su curso.

Después de esto sería popular. Existía una gran variedad de pijamas, cortas, largas, abrigadas, ligeras, exhibicionistas, infantiles; de mameluco, ostentosas, a cuadros, camisetas.

Zachary corrió al vestíbulo por una pijama decente de My Little Pony.

Laila entró con un regalo para Dean. Lo abrazó fuertemente y después se quitó el abrigo para lucir su pijama rosada con tirantes y tela de seda, hacía resaltar su esbelta figura. Siempre sería la chica mejor vestida pero casual, gracias al chongo de cabello despeinado que le confería ese aire refinado.

Samantha usaba una camiseta de Batman y un short corto. Estrechó los puños con Dean y entró a la diversión.

Muchas más personas vestían curiosas pijamas, podría hacerse hasta

un concurso entre ellos, por los creativos que eran.

Frituras, bebidas refrescantes, pizza, helados, crema batida, chocolate y

música a todo volumen, con los anticuados artefactos prestados de la señora Brooks. No obstante, nadie se fijaba en las tecnologías faltantes, los jóvenes se divertían. Por un instante se olvidaron de lo electrónico y disfrutaron el momento.

Patines y patinetas, basquetbolistas jugando con el balón o la comida. Risas y juegos, la mayoría socializaba, parecía que habían construido un lugar para todos: estaban en el momento perfecto con las personas indicadas.

Sin embargo, faltaba algo… En realidad, *alguien*.

No había rastro de Nicole.

Dean se sintió turbado. A pesar de escuchar la voz de Sia a todo volumen incitando a los adolescentes a bailar, él no se sentía inclinado a hacerlo si le faltaba la persona que hacía danzar su corazón.

Come on, come on, turn the radio on…

El chico anfitrión esquivó a las parejas y a los grupos de personas que platicaban entre ellas y se arrinconó a esperar a que su chica llegara.

Sonó el timbre e inmediatamente pensó en su vecina. Llegó a la puerta y encontró a Nicole con una inmensa caja que ocultaba su vestimenta.

—Siento la tardanza, aún no estaba listo el pastel que ordené —explicó ella, y Dean le sonrió ayudándola a cargar el paquete. Se dirigieron juntos al desayunador para colocarlo en la encimera.

—Estoy tentado a saber por qué se demoró tanto la decoración… —comenzó a hablar Dean y fue interrumpido por la chica, que se le lanzó encima al chico, brincando para llegar a colgar sus pies enredados en el torso de su amigo.

Él la sujetó de la espalda, y la elevó un poco más. Nicole se aferró al cuello del chico y se acercó para susurrarle al oído:

—Feliz cumpleaños.

Dean le besó ambas mejillas y frotó su nariz con la de ella.

—Feliz cumpleaños a ti también. Ahora te daré mi regalo.

Nicole recargó su frente con la del chico.

—Gracias.

La llevó de la mano a su habitación, que permanecía en la oscuridad, sin embargo, no encendió la luz; con la linterna de su teléfono alumbró un proyector

—también prestado— que presentaría un video que la haría llorar.

El cantante favorito de Nicole apareció en la imagen, y éste comenzó a

saludarla: “Hola, Nicole Carter, soy Donovan Eggenschwiler y te deseo muy feliz cumpleaños”.

Esas cortas palabras significaron mucho para ella.

—¡¿Qué?! —la chica dejó escapar un grito ahogado—. ¡¿Cómo hiciste eso?!

¡¿Quién fue la persona que hizo este maravilloso montaje tan perfecto?! —su sonrisa se intensificó, exclamó agitando sus manos. Su modo *fangirl* se activó.

Dean rio, divertido.

—Es real, conocí a una chica que aterra a las personas, infringe en su privacidad, supongo que lo *estalkeó* y amenazó de muerte para que él le hiciera caso… Probablemente hasta sepa su ubicación en tiempo real.

—¡Gracias! ¡Gracias! —la chica lo abrazó con lágrimas rodando por sus mejillas—. ¿Por qué lo hiciste?

—Recuérdalo, él estaba en el nombre de tu internet; sin él, jamás podría haberte robado la señal.

Nicole suspiró sonriente.

—Vaya, y yo creí que la lucida aquí sería yo, el pastel tiene el logo de wifi encima, y su forma es la de una computadora verdadera rellena de crema batida… Imagínate lo mucho que me costó encargarlo a ese programa de televisión, *El jefe de los pasteles.*

—¿Qué? ¡Eso es fantástico! Quiero tomarle una foto y luego comerlo,

vamos

—la jaló del brazo para correr abajo.

Después de que todo mundo se fotografiara con el pastel, decidieron rebanarlo juntos, arrojarse a él y atragantarse. Sus caras estaban embarradas de crema batida gris y azul.

Algunos invitados pidieron a gritos que los festejados se dieran un beso, al menos uno “de pico”. Y Dean obedeció por primera vez, no pudo resistirlo más.

Se giró para no perder la estrella de esa oportunidad: inclinó su cabeza y posó sus manos en el rostro de Nicole haciéndolo girar hacia el suyo, acarició el betún y cruzó la línea entre las fresas y sus dulces labios que tanto deseaba probar.

Entrecerró los ojos y la besó dejándose llevar, con su pulgar limpió las comisuras que se interponían para besarla con fervor.

Nicole al comienzo se asombró de ver los labios de Dean sobre los suyos.

Sentía que los nervios la consumían, el chico que amaba tenía labios cálidos y suaves, y ella se mantenía quieta. El leve calor de la habitación fue nada

comparado con lo caliente de sus mejillas, una ola surgió de su interior, acentuando el rubor. De repente, todo a su alrededor desapareció. Sólo lo sentía a él y a los latidos desenfrenados de su corazón. Ladeó la cabeza para sincronizarse con los movimientos de Dean. Se sumergió en un sabor nuevo, en algo que querría seguir probando de una y mil maneras, algo que estaba por convertirse en su nuevo sabor favorito.

Sus respiraciones se entremezclaron, les faltó el aire y se separaron por necesidad.

Y mientras uno volvía a acercarse, la otra se alejaba con preocupación, llevándose las yemas de los dedos a unos labios que seguían húmedos y sin rastro de pastel.

—Perdón —dijo Nicole, buscando la mirada de Laila entre los invitados para luego abandonar el lugar a toda prisa.

La chica rubia se estrelló la palma de la mano en la frente.

—¿No lo sabe, verdad? —Laila le dijo a Dean.

—No, creo que no lo mencioné… —él se rascó la nuca.

—Eres un idiota, ¡ve tras ella!

Dean persiguió a Nicole, quien estaba a un paso de salir huyendo de la casa.

Alcanzó a tomarla de la muñeca bajo el dintel de la puerta:

—No te vayas, por favor.

—¿No lo entiendes? No fue correcto…

—Laila y yo terminamos hace tiempo —ladeó la cabeza.

—¿Qué? —cruzó los brazos. No había aprovechado esa oportunidad especial como quería—. ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—No encontraba cómo abordarlo…

—Tarado, hiciste que me sintiera mal cuando te volví a besar.

—¿Volví? —le brillaron los ojos—. ¿Lo recuerdas? Porque si es así, pienso que no debería haber aniversarios de besos, sólo nos besamos el día de nuestros cumpleaños, como si fueran regalos del uno al otro. Hay que hacerlo más a menudo.

—No lo sé, depende de cómo sea nuestra relación de ahora en adelante.

—Nicole… —suspiró Dean—. Dejando muy de lado que hayas sido mi primer amor y mi mejor amiga, siento que eres lo que necesito en mi vida ahora, mi complemento, como la miel en mis hotcakes, la galleta sumergida en leche, la

Oreo con su relleno cremoso, las palomitas con películas, el día nublado con una taza de café, un día frío para tomar chocolate caliente…

—¡Para! —exclamó ella—. ¿Tienes hambre? Y antes de que sigas de cursi, tengo que decirte algo importante: Yo, Nicole Carter, oficialmente, te friendzoneo.

—¡¿Qué?! —de repente Dean ya no sentía hambre—. Nicky, no te precipites…

—No es precipitado, ahora te toca aguantar lo que yo aguanté cuando tú me hiciste lo mismo.

—¿Me quieres ver sufrir? —enarcó una ceja el chico.

—La verdad, sí—rio ella, pícara.

—¿Qué rayos?, ¡Nicole! —pataleó—. ¿Pero no sufrirás tú también? Yo sé que sientes lo mismo que yo.

Nicole parpadeó dos veces, asimilando la pregunta.

—Cierto, pero YOLO, puedo aguantar más.

Dean hizo un puchero que no dio resultado.

—¿Segura? ¿No es una broma de mal gusto?

—¿Acaso me ves riendo?

—No-oh.

—Bien —sonrió victoriosa. ¡Por supuesto que se moría por avanzar en su relación!; sin embargo, no quería que se notara. ¡Bendito taller de actuación del verano pasado!

—Okey… Esperaré siempre por ti, ¿sabes? Y cada oportunidad que tenga la usaré para demostrarte mis sentimientos.

—¿Sin importar que te friendzonee una y otra vez?

—Sin importar que siga en la *internetzone*.

Nicole le dio unas palmadas en la espalda y volvió a la fiesta. Dean le siguió.

—¿Ya andan? —alrededor de ellos se amontonaron entusiasmados los invitados a la fiesta que presenciaron el beso.

Él negó tristemente y la gente abucheó molesta, menos Abril, quien aplaudía.

Y Zac, que se quedó inmóvil.

La fiesta continuó el curso planeado. Dean tomó el micrófono e hizo callar la música:

—Quiero mencionar algo… —comenzó entre un terrible chirrido del aparato

de audio—. Las razones por las que hice esta fiesta: como todos saben, es mi cumpleaños, y el de Nicole, y es también aniversario de nuestro primer beso…

No obstante, sobre todas las cosas, hay algo que deseo compartir y anunciar. Es algo muy importante… Hoy inauguramos por fin algo que esperamos por mucho tiempo, tambores por favor… —aguardó a que sonara el efecto—: Mi propio internet, ¡ya tengo módem de wifi! —sonrió el chico de oreja a oreja—. Y para que vean que no soy malo, mantendré la red abierta y en funcionamiento todo el tiempo, para que todos puedan disfrutarla tanto como yo… ¡Será una conexión de internet gratuita las veinticuatro horas del día!

Laila hizo los honores y conectó el módem a la fibra óptica, el cual comenzó a parpadear con luces de colores. Dean llevó su pulgar arriba mostrando su agradecimiento.

—Saben lo difícil que fue llegar a conseguirlo —continuó— por la supuesta tecnofobia impuesta por mis padres. Quiero agradecer de manera muy especial a Zachary, por soportar que el servicio fuera instalado; sin él, esto no hubiera sido posible. A pesar de odiarlo con todo su ser, por cariño a su hermano, ¡él dejó que se contratara, para que todos fuéramos felices! También quiero mencionar a Nicole, y agradecerle por jamás denunciarme por robar de su internet, incluso por hacer un espacio en su corazón para mí cuando en realidad debió detestarme por ser su ladrón de wifi —Dean se dirigió a la chica—: Quiero decirte que jamás quiero apagar mi internet, porque eso me hará recordarte siempre, recordar que no te tengo a mi lado como lo desearía. Pero si tú me lo pides, puedo desconectarlo a la misma hora y segundo en que tú lo hagas, porque no me importa hablar con nadie más que contigo; el internet es inútil si tú ya no estás en línea para desvelarme contigo enviado mensajes de texto y después saludarte desde mi ventana.

Los jóvenes aplaudieron y algunas chicas hasta suspiraron, luego todos sacaron sus teléfonos de sus bolsos o bolsillos y entraron de inmediato a la red abierta, cuyo nombre era: “¡No desconectes el internet!”.

—Estás *así*… —Nicole le hizo una señal a su amigo, estrechando el espacio entre dos dedos— de salir de la *friendzone.* Sigue intentándolo, ya casi lo logras

—bromeó.

Dean puso los ojos en blanco y bailó con ella canciones de los Black Eyed Peas posando sus manos en la cintura de Nicole.

Kyle se había atrevido a ir a la fiesta. No llevaba pijama. Lucía un traje elegante y casual a la vez, parecía un modelo de revista.

—Te buscan en la puerta, Nicole —Sasha se apresuró a decirle.

—¿Qué? No, no quiero ir con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dean aún bailando.

—Kyle llegó y quiere verme.

—Mmmmh —frotó su barbilla—. Qué lástima, si ya fuéramos novios, lo pondría en su lugar…

—Muy gracioso. Pero aún eres mi mejor amigo, puedes protegerme —le guiñó un ojo—. Ve a ver qué quiere.

—Uy, así qué chiste. Ve tú.

—No, tú.

—No, tú.

— *¡Eureka!* —Dean tuvo una gran idea—. ¿Y si hacemos un piedra, papel o tijera? —Nicole asintió, y después de contar tres segundos formó un puño mientras que él extendía su palma abierta—. ¡Ja! Gané, te toca ir.

Ella gruñó y dejó la pista de baile.

Dean no se movió, la siguió con la mirada, puso una cara de tonto enamorado, suspiró e intentó bailar otra vez, pero su teléfono vibró y se detuvo.

Lo desconcertó encontrar un número desconocido en la pantalla. El mensaje decía:

Número 55*****:** ¿En verdad crees que algún día estarás con Nicole?

Dean: ¿Es una amenaza para separarnos o algo parecido? No me asustas.

Número 55*****:** ¿Quién dice que quiero hacer eso? Yo quiero ayudar, vi su beso, estoy aquí en la fiesta.

Dean: ¿Quién eres?

Número 55*****:** Estoy aquí.

Dean miró alrededor: al menos 20 jóvenes tenían su teléfono en las manos.

Zachary no, quien yacía en el sofá con un libro abierto, releyendo un párrafo una y otra vez, porque no lograba concentrarse a causa del escándalo.

Dean: ¿Qué quieres? No tengo tiempo para juegos. Por cierto, si estás ocupando

mi internet es mejor que salgas de la red. No quiero que mi wifi se use con motivaciones perversas.

Número 55*****:** Te prometo que no volveré a ocuparlo después de juntar a ambos.

Dean: Me aburres, bye.

El chico guardó su teléfono y se acercó a Samantha.

—Cielos, esto es el paraíso —habló ella con la boca llena mientras devoraba más pastel.

—Es muy bueno, ¿cierto?

—¿Me lo preguntas a mí? Chico, te estabas comiendo a besos a la chica con pastel. Comienzo a dudar qué sabor encuentras más delicioso.

Dean soltó una risita pícara.

De nuevo su teléfono vibró con mensajes del número desconocido.

Número 55*****:** Mira, busqué imágenes con frases de internet y esto fue lo que encontré:

*Número 55******* ha enviado una imagen.*

Dean: No le diré eso a Nicole. Ni siquiera aplican para la situación, creo que no las entendiste.

Número 55*****:** Era para que te dieras una idea, modifícalas a tu parecer y enamórala.

Dean: Ya déjanos en paz.

Número 55*****:** Una vez intenté hacer algo para juntarlos, pero no funcionó. Los separé más. Me siento culpable.

Dean: No creo, con lo que yo he hecho es suficiente, pero no importa, xD Estoy en la *friendzone* y estoy orgulloso de decirlo, porque de alguna manera eso me mantiene a su lado. Adiós, cuídate.

Número 55*****:** No me iré, también he hablado con Nicole y ella sí requiere mi ayuda.

Dean: Ah, ¿en serio?

Número 55*****:** Por ejemplo, acaba de decirme que vayas a su rescate,

¡está con Kyle!

Dean: ¿Todavía? ¿Dónde están?

Número 55*****:** Pasillo dos, debajo de las escaleras.

Dean: Ok, gracias. Ya ayudaste, ahora déjame tranquilo.

Número 55*****:** Eso no cuenta, es un favor.

—¿Con quién te mensajeas tanto? —le preguntó Sam.

—No lo sé, no lo conozco —se encogió de hombros.

—A ver, puedo rastrearlo.

—No, así déjalo. Ya me voy, Nicole me necesita.

Antes de ir con ella, pasó por la entrada principal, observó cómo entraban y salían continuamente las personas. A lo lejos vio dos siluetas que lo petrificaron, éstas fruncieron el ceño y cruzaron los brazos acercándose más a él.

Sus padres habían llegado.

Si las miradas pudieran matar, Dean ya estaría en el suelo.

La caída de la red de internet

En el fondo podía escucharse la música helada y dramática de *El bueno, el malo y el feo*. Dean tragó saliva y alzó la mano para saludar a sus padres, incómodamente.

—¡Hijo querido! —fingió Stella corriendo hacia él para abrazarlo—. Te extrañé tanto.

—¿Qué es todo esto? —Arnold se cruzó de brazos.

—Ay, cariño, déjalo, es un adolescente normal —la mujer palmeó la espalda de su esposo—. Ven, entremos a ver qué hay.

Dean y su padre se quedaron atónitos por el comportamiento de la madre Blackelee. Habían casi jurado que se pondría histérica.

—No lo sé, huele a gato encerrado; tu madre rogó para que nos dejaran salir y poder venir a casa a descansar… No está muy bien de la cabeza ahora.

El joven estiró los hombros y volvió a su residencia a buscar a Nicole entre la multitud. Stella hizo un comunicado usando el micrófono:

—Hola, probando, probando —Dean escuchó la voz lejana—. Como sea, ¿se están divirtiendo? —esbozó una inmensa sonrisa, a lo que los estudiantes chiflaron y asintieron.

—¡Qué lástima! Porque la fiesta se terminó —dijo ella, rígida y con cara alargada—. Quiero a todo mundo fuera —arrojó miradas fulminantes—.

¡AHORA!

Dean vio cómo sus compañeros de clase se confundían con esas palabras. Su madre, al observar que la muchedumbre no se dispersaba, fue a bajar la luz de la casa. Eso tensó el ambiente y la mayoría huyó.

—Esto es el colmo —se quejó de nuevo la madre Blackelee—. Otra vez,

traicionada por mis hijos.

—Mamá, es mi cumpleaños, puedo explicarlo…

—¡Cállate, Dean! No entiendo cómo alguien como tú pudo ser mi hijo, ni siquiera debí haberte nombrado como *ella*, aunque se hayan parecido físicamente, no se asemejan en lo demás, tú siempre me traes problemas, eres un dolor de cabeza constante, estoy tan decepcionada de ti, me das vergüenza, ojalá nunca hubieras nacido. ¡Quiero de vuelta a Deanna y a ti fuera de mi vida!

Aquellas palabras fueron como un balde de agua fría, de pronto la vista del chico se nubló. Los invitados que aún quedaban se marcharon de inmediato tras escuchar semejantes declaraciones.

Zachary los acompañó a la salida, hizo una mueca, conectó la luz y volvió a escuchar el resto del sermón.

—… tan irritante, infantil, cavernícola, ¡me das pena…!

—Madre, basta —interrumpió Zac—. Yo supervisé la fiesta, no hubo nada malo…

—Tú no te metas, que después te toca… —amenazó—. Todavía me faltan unos asuntos contigo, joven traumatizado con las tecnologías.

—¿Qué dices? ¡Oh, gracias, madre!, pero a mí no me carcomía la culpa de una hija fallecida, yo simplemente fui así, no lo provoqué, como tú.

—Zac —intervino Dean—. No quiero peleas, yo soy el único que merece este sermón, gracias por estar aquí, hermano, pero, ¿puedes retirarte?

El hijo mayor resopló y subió a su alcoba, no sin antes abrazar a su hermano.

La progenitora siguió descargando su odio, quejándose de la vida, de los especialistas que estudiaron su caso, de sus hijos e incluso de su esposo.

El chico con cabello rizado sólo asentía, sin decir palabra. Por primera vez estaba guardando la compostura, se mantuvo así hasta el final.

—De acuerdo —al fin su madre le otorgó la palabra—. Sé que me he equivocado varias veces, siento no haber sido el hijo que deseabas. Y antes de que sigas escupiendo veneno, quiero decirte que te perdono. No me refiero a las palabras que lanzaste ahora, sino a las acciones que has hecho durante mi vida entera. Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos, ¿cierto? Imaginaré que ése fue también tu deseo:

protegerme a pesar de todo. Te quiero, pero no cambiaré mi forma de ser para agradarte, no puedo ser perfecto. Me esforzaré en ser una mejor persona, pero lo haré para mí mismo, pues nunca seré lo

suficientemente bueno para ti. Y perdóname, no quiero ser como tú, no quiero vivir amargado o aislado. Me quedaré aquí para demostrarte que la vida es buena, siempre y cuando sepas el rumbo que debes seguir, puedo enseñarte a valorar los pequeños momentos. Sin rencores… —ofreció su mano con amor.

Dean sabía vivir feliz y divertirse como un niño. Sin embargo, también sabía ser un adulto en los momentos que lo requerían. De nada sirve guardar rencor en el corazón, éste no te deja avanzar. Sus padres podían ser duros en ocasiones, pero seguían siendo sus padres.

Además, la mejor de todas las lecciones es no responder al mal con otro mal, sino con el bien; poner la otra mejilla cuando te hieran con una bofetada.

Stella quedó boquiabierta, miró a Arnold, quien traía pañuelos para enjugarse las lágrimas. Dean seguía con la mano extendida, ella, indignada, la estrechó, esquivándole la mirada.

El chico hizo una reverencia antes de retirarse. Podía escucharse de fondo la canción “Perfect ” de Simple Plan. Quedó como un anillo al dedo en la escena.

Dean pensó cómo sería tener una familia normal. Quiso ser regañado por sus padres por permanecer conectado a internet hasta altas horas de la noche. O por ocultar su teléfono bajo las cobijas y fingir estar dormido para que cuando la vigilancia se hubiera marchado se apresurara a desbloquear la pantalla. No obstante, sabía que eso nunca lo iba a vivir en su casa.

Se recargó en su ventana, la que daba la vista directa a la casa de su vecina.

Observó la habitación de Nicole alumbrada. Suspiró recordando cuando de niña ella asomaba la cabeza en busca de grillos y pasaba horas tratando de encontrarlos, él siempre había deseado hacerlo junto a ella. Ahora tenía el privilegio de ver su luz encendida a las once de la noche, y poder preguntarle por qué aún no dormía.

Sin embargo, no lo hizo. Dean miró hacia los arbustos con nostalgia.

Una nueva notificación en su teléfono lo sacó de sus pensamientos.

Número 55*****:** Lamento lo sucedido.

Dean: Tranquil@, amig@. Nada pasó. ¿Sigues ocupando mi internet? XD

Número 55*****:** Estoy ocupando mi internet.

Dean: Cierto, jajaja

Número 55*****:** ¿No extrañas ocupar el wifi de Nicole?

Dean: Demasiado, lo extraño tanto como a ella. Y eso que no ha pasado ni una hora desde que la vi.

Número 55*****:** Díselo.

Dean: No está conectada.

Número 55*****:** Pero su internet sí.

Dean: Sí, parece que sigue despierta.

Número 55*****:** ¡Tengo una idea! ¿Quieres abandonar la *friendzone* ahora mismo?

Dean: No lo sé, si así ya le causo tantos problemas, imagínate cuando salga de la *internetzone*.

Número 55*****:** Ella sabe que tú le traes problemas, pero quiere resolverlos contigo.

Dean: ¿Eso crees?

Número 55*****:** Eso *es*. Ella se dio cuenta que estaba enamorada de ti cuando intercambiaste las galletas de la señora Brooks.

Dean: Yehiiiiiii *fiesta de cinco segundos*. xD

Número 55*****:** Jajaja, deja de perder el tiempo y ve a su balcón. :v **Dean:** ¿Hablas de subir ahí donde comenzó todo?

Número 55*****:** Así es, como la primera vez, haz lo correcto en esta ocasión.

Dean: Espera… ¿Cómo sabes todo esto?

Número 55*****:** Jajaja, te diré después. Ya ve.

Dean: Faltan dos minutos, si debe ser como al inicio, esperaré a las 11:15 p.m.

Número 55*****:** Bueno.

Dean: ¿Me dices tu nombre para agregarte a mis contactos?

Número 55*****:** ¡Muy tarde! Ya es hora de ir por la chica.

Dean miró la hora, tomó un abrigo y abrió su ventana para bajar por ahí en silencio gracias a la enredadera en el muro, pasó por la recámara de Zachary, miró de reojo al chico que le sonreía a su libro, o eso parecía. Él notó la mirada y sacudió una mano en forma de saludo. Su hermano se llevó el dedo índice a la boca y continuó bajando hasta el césped.

Suspiró examinando la superficie al pie de la ventana de Nicole, sólo esperaba no resbalar esta vez.

Trepó hasta llegar al descanso del tejado. La luz se había apagado, todo era realmente igual, el plan funcionaba. Bien, era hora de golpear con sus nudillos el vidrio de aquella ventana.

—¿Dean? —respondió la chica con la cortina cerrada.

—Sí, ¿puedes abrirme?

—¿Por qué no me hablas por mensaje o a través de tu ventana?

—Porque no tengo ganas —rio divertido—. Ya, ábreme, por favor.

—Ammmmh —se escuchó un silencio—. Mamá está aquí, y dice que la estás asustando.

—¿Qué? —no se esperaba esa contestación—. Hola, suegri… —se le escapó por los nervios—. Digo, señora Carter… ¿O prefiere que la llame por su nombre? Espera, ¿cómo se llama, Nicole?

Las dos mujeres murmuraron riéndose.

—Tania, Dean —respondió la chica.

—Hola, mucho gusto —el chico se rascó la nuca. Qué incómodo era presentarse a través de una ventana que los separaba—. Ya que está presente, quiero que sepa que no tengo malas intenciones con su hija, sólo intentaba ser romántico, decirle algo como “Princesa, deja caer tu cabello”, y luego tener un

“Felices para siempre…”. Pero no salió como esperaba, ahora no sé qué decir…

Amo a Nicole tanto como Flynn Rider a Rapunzel, y bueno, al fin y al cabo, hasta los reyes aceptan que salga con su hija, a pesar de tratarse de un ladrón de coronas, o mejor dicho ahora, de un *ladrón de wifi.* Sin embargo, estoy dispuesto a asumir los cargos por mis fallos, después de que me perdonen, ¿puedo salir con Nicky?

La madre de Nicole soltó una carcajada y besó la frente de su hija, ya había tenido oportunidad de conocerlo un poco durante la fiesta de Año Nuevo.

—¿Es lo que tú quieres, pequeña? —musitó la señora Carter, a lo que la chica asintió—. Bien, me iré, pero recuerden no hacer algo bueno que parezca malo, ¿de acuerdo?

—Gracias, ma —sonrió la chica—. Y tengo la otra regla presente.

—Cuídala bien, Dean —amenazó la madre—. Y no es por asustarte, pero todavía falta que hables con el ogro de la casa, digo, con el padre de Nicole.

—No importa, señora, ya he luchado contra dragones —aseguró el chico.

La señora Carter se despidió ajustando el listón de su bata y caminó en

pantuflas hasta su habitación.

Nicole deslizó la cortina y a través del cristal le mostró la lengua a su vecino.

Luego abrió la ventana.

—Gracias, creí que me congelaría afuera —Dean quedó trepado a mitad del balcón.

—Eres un tonto —rio ella—. ¿Qué haces aquí? ¿Te peleaste con tus padres?

¿Quieres que te adoptemos?

—Nop —se encogió de hombros—. Vaya, sólo pensaba subir a la torre a besarte.

—No obstante, estás en la *friendzone* —bromeó ella—. Aunque si me

traes serenata puede que cambie de opinión.

—Pues traigo mi teléfono, podemos buscar una canción en YouTube.

—No ahora, por favor.

—Demasiado tarde —rio el chico y comenzó a reproducir un video.

Nicole cubrió sus oídos mientras se reía sacando la lengua.

—Caramba, se fue la señal del internet —Dean sacudió su teléfono, el video ya no pudo reproducirse—. Bien, iré al punto ¿por qué crees que sirve mi teléfono?

—¿Porque es un modelo reciente? —preguntó confundida.

—Nop, la razón es el internet. No podría hacer nada sin él, así como yo tampoco podría hacer nada sin ti. Tú eres la contraseña para disfrutar la vida, una vida que no tendría sentido sin ti —esbozó una sonrisa—. Tú eres el wifi y yo el *smartphone*, separado de ti, ni un tuit romántico puedo enviar.

Nicole sonrió mostrando los dientes con esa sonrisa Colgate.

—La primera vez que subí aquí quería pedirte que no desconectaras el internet, ahora te pido que seas mi novia, por favor —formó un corazón con sus manos.

La chica soltó una carcajada y se cubrió la boca con las manos.

—¿Quieres ya aceptar ser mi wifi? Me estoy quedando sin datos, ¿entiendes?

—Estaba esperando este momento desde la primera vez que subiste aquí —

Nicole se aproximó entre risas a sus labios.

Reían incluso cuando se besaban, y se volvían a besar. Pronto entendieron que no había mejor sabor que la risa de alguien.

Nicole enredó sus dedos en el cabello rizado y oscuro del chico.

—Bien, esa respuesta es suficiente —Dean se separó un poco, llevándose consigo el labio inferior de la chica. Miró hacia abajo—: Nos caeremos si seguimos…

—Me tiene sin cuidado —ladeó la cabeza para besarlo de nuevo.

Dean se aproximaba cuando su pie resbaló en el tejado, haciendo flotar una pierna. Nicole lo prensó de los codos.

—Te tengo —dijo ella, feliz, pero la adrenalina que llevaba adentro se apoderó de su cuerpo, sus manos sudorosas lo soltarían, y antes de que éstas la traicionaran decidió arrojarse por voluntad propia. Así, cayeron juntos.

Ambos yacían en el césped pecho contra pecho. La gata Wifi se subió encima de ellos y lamió sus caras. Ya sentados, se sacudieron las rodillas.

—¿Estás bien? —se alarmó Dean—. Fue mi culpa, yo…

—Estoy mejor que nunca —Nicole casi podía ver las estrellitas rondando sobre su cabeza—. De hecho, creo que es la caída de mi vida.

En realidad, fue una doble caída.

Dean y Nicole estaban felices de haber caído del tejado, de haber caído en el amor.

Fin

Capítulo Extra

Ella

— *¡Arroz con leche, me quiero casar!*

—¿Quieres dejar de cantar eso, Dean? Sólo ha pasado un día, y ya me aterra salir contigo.

—Tranquila, sólo estaba viendo el menú del restaurante y recordé la canción

—mostró la carta de postres.

—¿No ordenarás primero la comida?

—Nah, empezaré por el postre. ¿Tú qué pedirás?

—Aún no lo sé —se encogió de hombros.

—Con confianza, puedes pedir lo que desees. No quiero ser de esos estúpidos novios que ordenan por su novia —le acarició la mano.

Nicole puso los ojos en blanco, mirando el área de juegos del restaurante.

—¿Por qué venimos a un restaurante así? Con pizza, o tacos, yo hubiera estado bien.

Dean meneó la cabeza.

—Yo también, pero estamos esperando a una persona.

—¿A quién?

—No la conozco, ni siquiera sé si es chica o chico.

—¿Es una cita a ciegas?

—¿Qué? No, lo que pasa es que debo agradecerle que me haya dado la idea de ir a tu balcón, si no, probablemente seguiría en la *friendzone*.

—Oh, ¿es quien nos estaba enviando mensajes ayer? —Dean asintió—.

¿Entonces no quiso revelar su nombre y por eso nos citó aquí?

—Algo así, en realidad quería ignorarnos, pero le envié cincuenta mensajes cortos rogándole que me dijera su nombre, y ya sabes, le escribía mensajes en

hilera vertical, primero la una “O”, luego una “Y” y después una “E”, hasta formar palabras con las letras que enviaba.

—Vaya ¿y con eso aceptó?

—No, así que amenacé con traer a Samantha para rastrear su ubicación. Así fue que prefirió citarme aquí.

—¿Y si no se presenta?

—Lo hará, me dijo que le gusta este lugar.

—Bien, hay que esperar —Nicole volvió la vista a los juegos infantiles, especialmente a la alberca de pelotas—. Y, cuéntame: ¿qué harás ahora que tienes tu propio módem?

—No lo sé, nunca había llegado tan lejos—el chico frotó su mentón—.

Nicole… no importa que ahora tengamos dieciocho años, tú quítate los zapatos y yo distraigo al gerente para que entres a las atracciones infantiles, ¿quieres?

—¿Cómo? —bufó ella—. Yo no quiero subir a sumergirme en las pelotas de colores… —su novio cruzó los brazos curvando una ceja—. Bueno, quizás un poco —Dean meneó la cabeza—. Está bien, sí, sí quiero entrar, pero si nos descubren será culpa de quien nos citó aquí.

—No te preocupes, diviértete —rio Dean—. A la cuenta de tres, corres,

¿okey? —el chico comenzó a contar, supervisando que no hubiera moros en la costa. Nicole caminó de puntillas elevando las manos.

Por fortuna no había niños adentro, pues Nicole los hubiera aplastado cuando se lanzó a la piscina de pelotas gritando “Jerónimo”. De inmediato se escondió, cubriéndose bajo todos aquellos colores.

Dean le siguió y se sumergió también. Movió los brazos en la alberca como si estuviera nadando. Luego tomó un puñado de pelotas y apuntó hacia su chica.

Nicole fingió haber sido lastimada, en seguida él acudió a ayudarla.

—Lo siento, pensé que… —intentó disculparse.

—Te lo creíste —Nicole le mostró la lengua y provocó una avalancha de pelotas.

Ambos quedaron sumidos, se acercaron removiendo las bolas de plástico para rozar sus labios y darse un breve e inocente beso.

Volvieron a aventarse más bolas de plástico entre risas.

Cuando un mesero pasó por aquella zona, se ocultaron debajo de las pelotas y guardaron silencio. Nicole llevó un dedo a sus labios al tiempo que Dean se

acercó para besarla de nuevo, sumergidos entre esferas de plástico.

¿Quién quiere un beso bajo el agua cuando puedes tener uno en la piscina de pelotas?

Hundidos, Dean la tomó del cuello y la atrajo hacia sí cerrando los ojos.

Tristemente Nicole le jugó otra broma, tomó una bola y la puso en su

boca, de modo que el chico terminó besando la redonda superficie de plástico.

—¡Ey, no se vale!

—No hagas escándalo —susurró ella torciendo la oreja del chico, mientras él aprovechaba para plantarle un beso rotundo en el pómulo izquierdo—. ¿Por qué besas mis mejillas si existen mis labios?

—Shhh, es una táctica, dejaré un camino de besos rumbo a tu rostro —y el chico siguió avanzando hasta llegar a los labios de la chica.

Escucharon a lo lejos a una pequeña pedir a sus padres que la dejaran entrar en la alberca de pelotas. Dean y Nicole pronto salieron a flote y decidieron abandonar el juego tan acogedor. Primero Dean ayudó a salir a Nicole ofreciéndole la mano para apoyarse.

—¡Qué espanto! No es lugar para ustedes, estoy segura de que ni caben. De seguro estaban todos apretados, espero no hayan desinflado las pelotas… —se quejó la niña de trenzas.

Ambos jóvenes se miraron sonriendo y apretaban fuertemente los labios para no reír a carcajadas.

—Pequeña —dijo al fin el chico de cabello alborotado—, cuando algún día te enamores, entenderás las locuras que eres capaz de hacer con otra persona —y le guiñó un ojo.

La pareja entrelazó las manos y se fue brincando de cojito hasta su mesa.

Nicole dio una zancada mientras acomodaba la melena rizada de Dean.

—Para, te digo que te esperes —sacudió el cabello intentando poner cada rizo en su lugar. Él dejó escapar un grito ahogado al mirar hacia la entrada del restaurante.

En la puerta había una rubia con una gran sonrisa en el rostro, recorrió el lugar con la vista y saludó a Dean agitando una mano.

—No, Laila no debía haberlo hecho… —musitó Dean con tristeza.

Nicole soltó el cabello del chico e hizo una mueca:

—Vayamos a ver qué dice.

Se desplazaron arrastrando los pies en la dirección correcta, era algo incómodo, pero si ella en verdad había sido la causante de aquello, tenían que ir y agradecerle su indulgencia.

—Ey, ¿juntos ya? —la chica rubia inició la conversación.

—Eeemmmh, sí— respondieron al unísono Dean y Nicole, mirándose de reojo.

Eso descartaba que hubiera sido ella.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Dean estirando los hombros y con las manos en los bolsillos—. Recuerdo que decías que detestabas este lugar.

—Es que me traía recuerdos, venía aquí muy a menudo con mi hermana y mi prima, antes de que las cosas cambiaran… —alzó levemente los hombros—. De hecho, Lauren vino este fin de semana, y quiso comer aquí —explicó Laila llevándose un mechón detrás de la oreja—. Ah, ahí está —señaló a una chica morena que abandonaba los sanitarios.

—Hola —se acercó ella con la sonrisa rota—. ¿Tú eres Dean?

—Sí, y ella es Nicole, mi novia —la presentó.

Ambas intercambiaron sonrisas a medias.

—Oye, no te ves mal tipo —admitió Lauren—. Perdón por haber pensado que era así.

—Pues soy un ladrón —rio Dean—, un ladrón de wifi que no se cansa de robar, y ahora va por el corazón de esta chica —miró a Nicole y entrelazó sus manos.

Laila direccionó sus ojos hacia otro lado, después de todo, aquello sí era incómodo. Y Lauren lo notó.

—Mmmh —volvió a hablar la chica morena—, sé que ya no importa, pero yo fui quien arruinó tu relación pasada, lo siento, pensé que era lo mejor para Laila. Y ahora tengo que cargar con esa culpa, porque ella realmente te ama.

—¡Lauren! —gritó apenada Laila—, creo que es hora de irnos…

Dean se rascó una oreja.

—Sí, bueno, nosotros también tenemos que volver a nuestra mesa. Estamos esperando a alguien.

Y los dos chicos se fueron alejando, mientras Laila y Lauren permanecieron en la fila para ordenar comida para llevar.

Después de recibir su orden, Laila fue de nuevo hasta el lugar de Nicole,

puesto que la vio incómoda y cruzada de brazos. Quiso dedicarle unas últimas palabras:

—No dejes que el pasado afecte tu presente, ¿sí? Yo mantendré mi distancia, esto fue una simple casualidad. Deseo verlos bien y no discutiendo por lo que pasó tiempo atrás; sigan adelante, la vida es demasiado corta como para pasarla peleando. Acéptense como lo que fueron, y como lo que son ahora, juntos.

—Odio pensar que alguien más que yo tenga la razón, pero tiene razón —

susurró Nicole a su novio cuando Laila se había marchado.

—Sí, tenía que resolverse.

—Claro, el pasado está cerrado —se apresuró a decir la chica—. Como también lo de Zac, ¿verdad? De cierta manera es igual o más grave, es tu hermano y esa vez que salí con él, me besó, aunque sólo una vez — aclaró Nicole quitándose un peso de encima.

—Tranquila, las conexiones pasadas terminaron. Hay que aceptar lo que fuimos y estar felices con lo que somos hoy —alzó los hombros—. Aunque en realidad no sé cómo reaccionará, me preocupa, no quiero herirlo, ¿sabes?

Aunque nos molestamos todo el tiempo, él siempre ha querido lo mejor para mí, y yo también para él. Ya ha sufrido demasiado a causa de su tecnofobia, sólo deseo que encuentre a su chica ideal, se lo merece.

Nicole asintió, aliviada. Reflexionó en todos los obstáculos que Dean y ella tuvieron que pasar para estar juntos. Y apoyó la moción: Zachary merece ser feliz con una persona que esté dispuesta a aceptarlo tal como es.

—Al carajo la persona que nos citó —Dean sacudió la mesa—. Es más

importante ir con Zac.

Elevaron sus zapatos abandonando la reservación, y a pocos pasos de salir un chico castaño los interceptó.

—Hola… —susurró con voz entrecortada a sus espaldas.

—Vamos por Zac —se dijeron caminando e ignoraron que él estaba ahí—.

¡Zac! —retrocedieron al darse cuenta que el chico estaba presente.

—¿Hoy es el día de encontrarte con personas en un lugar que dicen odiar? —

Dean se cruzó de brazos—. ¿Qué haces aquí, hermano del mal?

—Te cedo toda la razón, hermanito, odio este lugar, pero *ella* no.

—Es mentira, yo ni conocía este restaurante —se excusó Nicole.

—No hablaba de ti —le dedicó una sonrisa torcida.

—No entiendo nada —Dean agitó las manos—. ¿Podemos hablarlo en casa?

Tenemos que decirte algo sumamente serio y en este lugar no se podrá, porque alguien nos citó aquí pero ya no tenemos tiempo para eso.

—No, quedémonos —Zac se sentó acomodando su camiseta—. Creo que esa persona ya llegó.

—¿Dónde? —Dean giró a su alrededor—. No la veo.

—Creo que se refiere a él —le susurró Nicole.

—No, Nicky, eso es imposible, mi hermano tiene tecnofobia —Zachary agachó la cabeza—. ¿Verdad? —Dean dudó unos segundos en preguntar.

—Ahhhh… Sí.

—¿Zac? —el chico trató de buscar su mirada—. Dime que no eres un mentiroso como papá y mamá. Todos menos tú, por favor. Yo te admiro.

—Ey, tú y Nicole son los únicos en los que confío —intentó sonreír Zac—.

Es por eso que necesito su ayuda, no puedo más…. Esto me está matando —sus ojos se cristalizaron.

—¿Qué ocurre? —dijo Nicole con suavidad, corriendo una silla para sentarse.

Zachary no habló, subió su portafolio a la mesa, bajó los broches y se detuvo por un momento.

—No leíste las notas que te dejé en los libros, ¿cierto?

—No —respondió la chica avergonzada, quizás ahí estaba la respuesta, pero ella no la vio. Las semanas habían sido intensas y no se dio el tiempo de leer. Se arrepintió de no haberle prestado la atención que merecía.

—Descuida, no todos acaban un libro en un día —Zac bufó con gracia y resopló sacando a la luz una bolsa negra, que dentro de ella guardaba otra bolsa, esta vez transparente.

Dentro se alcanzaba a apreciar un inmaculado teléfono negro de pantalla táctil, no tenía una sola raspadura en los bordes, ni un solo atisbo de rayones en la pantalla. Parecía nuevo, estaba en perfecto estado a pesar de ser un modelo antiguo.

Dean lo examinó de lejos, y liberó sus brazos, que yacían cruzados minutos atrás. Esperó con paciencia a que su hermano continuara.

—Técnicamente sí padezco de tecnofobia, toda la vida he sentido pavor por la tecnología, y aunque… *ella* ha querido quitarme ese miedo, sólo ha provocado

que el temor se volviera repugnancia, incluso odio.

—¿Por qué ese cambio? ¿No ayudó? —preguntó Nicole. Zachary esquivó la mirada.

—Es difícil, es una larga historia… —suspiró el chico castaño con pesadez.

— *Vamo a calmarno*… —repuso Dean imitando al meme—. ¿Por qué nunca lo dijiste? ¿Ese teléfono fue un experimento de *ella*? Y cuando decimos *ella*, ¿a quién nos referimos? ¿Es una máquina, un robot, algo

así?

—¡¿Qué?! —rio Zac—. Imposible. La robótica es un nivel avanzado de uso tecnológico, ¡no me espantes! Sería caótico que me enamorara de esa forma.

Obviamente *ella* es una persona, pero no me atrevo a decir su nombre… No después de haberla perdido.

Nicole y Dean intercambiaron miradas sin saber qué decir. Hace una hora se estaban lamentando de poder lastimar al chico con su relación, ¡y ahora resultaba que alguien ya le había hecho trizas el corazón a Zac! ¿O era al revés?

—¿Nunca te preguntaste por qué permití que conservaras el teléfono cuando mis padres lo desaprobaban? ¿Por qué estudio medicina si odio las tecnologías?

Cubrí tu secreto por esta razón, yo también tengo uno…

—Está bien, siempre se me hizo raro todo aquello, pero sigo sin entender cómo es que tienes un teléfono si padeces de tecnofobia.

—En realidad, tengo dos —admitió Zac sacando de su maletín otra bolsa idéntica a la primera, envuelta en otra, y en otra para que apareciera un iPhone 4S de modelo antiguo, blanco—. Éste era de *ella*, es lo único que me dejó.

—¿Por qué no has ido al psicólogo si estás tan sano? Dean asiste a terapia y le va muy bien, también deberías…

—Lo haré, ya estoy preparado —sonrió Zachary—. Después de dos años volví a utilizar el teléfono que me regaló. Ayer, en su fiesta, para unirlos a ustedes dos.

—¿Por qué sólo en esa ocasión?

—Juré que si lo volvía a ocupar sería para una buena causa. *Ella* estaría orgullosa de mí, *ella* lo hubiera aprobado. De hecho, ya había tratado de juntarlos alguna vez, pero entonces todo salió al revés. No te ofendas, Nicole, eres muy linda y en verdad me atraías, pero yo no he podido olvidarla. Tú fuiste una gran amiga, contigo podía hablar de cualquier cosa. Además, yo sabía que tú en realidad estabas enamorada de mi hermano, tanto como él lo estaba de ti.

Quise poner las cosas en marcha para ustedes, quise hacerlo

reaccionar dándole un pequeño empujón, pero ni así entraba en razón el zopenco. No funcionó provocarle celos, así que tuve que tomar medidas drásticas, pero lo único que ganaba con ello era que tú comenzaras a gustarme… Afortunadamente me desligué de ese sentimiento a tiempo, si no realmente hubiéramos merecido una emisión especial del noticiario de la cadena NDEI.

”Así que después de verlos besarse ayer y que aun así nada cambiara entre ustedes, eso realmente me enfureció. ¡Se complicaban tanto la vida! Si yo hubiera tenido las oportunidades que ustedes han gozado… Perdón, divago… —

Zac sacudió la cabeza para aclarar su discurso—. Por eso ocupé el teléfono polvoriento que guardaba en un baúl. Lo encendí y añadí los contactos que me proporcionó Samantha, ya que ella era la única que no sabía que yo sufría de tecnofobia. Laila jamás me los hubiera dado, además de que nunca le he hablado en persona, sólo por teléfono el día que desapareciste, ¿recuerdan? No sé qué me pasaba, pero sentía una puñalada cuando hablabas de ella, no entiendo bien por qué era así. En fin, creo que desde siempre fui más del equipo de Nicky.

Su vecina rio:

—¿Sabes lo aliviados que nos sentimos ahora que has hecho esta confesión?

Yo me sentía como una ramera, y ahora todo ha dado un giro absoluto. Gracias, Zac, te amo —suspiró y Dean la miró fijamente—. Ah, quiero decir… me refiero a que *amo* lo que has hecho por nosotros; no me miren así, todo mundo se expresa de esa manera cuando muestra agradecimiento, ¿no?

—No, Nicole, no—tosió su novio—. En fin, yo te amo, aunque tú uses esa palabra tan a la ligera.

—¡Que no fue mi intención! —lloriqueó la chica—. Te amo únicamente y eternamente a ti, Dean.

—Tranquila, sólo estaba bromeando —jugó el chico de cabello rizado y rodeó su cintura con los brazos—. Nos amamos y ya nadie se interpondrá, y si lo hacen, les arrojaré al perro furioso más rabioso y temible para que los muerda.

Chan, chan, chan, ¡Pizza al rescate!

—Pero si sólo es un chihuahua que se la pasa temblando… Hasta Wifi,

sus gatitos y mi pato tienen más fuerza que él.

—Shhhh, déjame soñar —recargó su frente en la de ella—. ¡Ya sé! ¡Hay que tener hijos y venderlos!

—¿Hi-hijos? —se alarmó la chica.

—Me refiero a los animales, Nicole…

—Ahhh —la chica suspiró, dejó escapar una breve risa y lo besó.

—Aunque con esos besos me haces querer cambiar de opinión… —el chico arqueó una ceja, moviéndola arriba y abajo, con picardía.

—¡Dean!

—Es broma —rio estrechándola entre sus brazos—. Hasta después de casarnos.

—Sí, hasta después del matri… Espera, ¡¿qué?!

—Hola, sigo aquí —intervino Zachary.

Dean y Nicole se sobresaltaron.

—Lo siento, hermano del mal… —comenzó Dean, apenado—. Ahora que lo recuerdo, ¿no dijiste que nunca habías tenido novia?

—Es cierto, *ella* y yo no llegamos a serlo…

—Exijo que nos cuentes la historia. Dean, amor, ordena palomitas al mesero.

El chico asintió y fue a llamarlo.

—Ahora sí, Zac, ¿dónde rayos está *ella*? —Nicole puso los codos sobre la mesa esperando que su vecino contara su hermosa y trágica historia.

Zachary encendió el teléfono. De fondo de pantalla podía vérsele abrazado amorosamente del cuello de una chica que Nicole no reconocía, pero que quizá Dean sí. Sin embargo, no alcanzaría a ver dicha foto, por lo tanto, tal vez nunca habría de descubrirlo.

Epílogo

—¿Estás lista?

—No, espera, le estoy enviando un mensaje a Samantha. No puedo creer que la hayan detenido por descargar la música de Taylor Swift ilegalmente —

contestó Nicole con el teléfono entre el hombro y el cuello mientras tecleaba en su laptop.

Dean cubrió la bocina del teléfono para poder reír y después la colocó en su oído de nuevo.

—A veces siento que ella se mete en más problemas que yo, y tú siempre tienes que rescatarnos —bromeó la voz a través de la bocina del teléfono.

—¿Qué puedo decirte? Se volvió mi mejor amiga.

Nicole se había deshecho de las malas amistades, especialmente luego de que descubrió cómo Abril estaba secretamente enamorada de Dean, y hasta había conspirado con Kyle para separarlos.

—Cuando estoy con ella pienso mucho en ti, será porque te extraño —

continuó Nicole—. Me recuerda tanto a ti, por despistada, ocurrente, acosadora y tan adicta al internet.

—¡Oye! —gruñó aquella voz desde la vía telefónica—. Ya no soy tan cibernauta…

—¿Bromeas? Estás estudiando Programación.

—Pero también estoy haciendo otra carrera, Pintura, en la Escuela de Artes

—se justificó—. En fin, también te echo de menos, se supone que nos veremos en tres días…

—Sí, que comience la cuenta regresiva.

—No, quiero verte mañana —suspiró—. Tengo que mostrarte algo.

—¿Ah, sí? —Nicole arqueó una ceja a pesar de que su novio no vería la acción.

—Sí, encontré un lugar para los dos y está cerca de nuestras universidades, podemos ir. Ahora te envío la ubicación.

—Genial, ya quiero que amanezca —faltaban pocas horas, miró por su ventana—. ¿Estás viendo las estrellas? —Nicole pensó que sería romántico que ambos miraran el cielo en la misma dirección aunque no desde el mismo punto.

—No, un mugre camión de basura me cubre la ventana. ¡Detesto este departamento!

—Ah —resopló empañando el vidrio, la chica dibujó un corazón y recargó su mano sobre él.

—Recuerda que sólo a mí me sale ser cursi —rio—. ¿Ahora sí estás lista?

—Sip —Nicole caminó cerca de la fuente de wifi.

—Okey… A la una…. A las dos…

— ¡Y a las tres! —dijo con gracia ella desenchufando su internet—. No tiene sentido, pero es divertido.

—Lo sé, somos la pareja que desconecta el módem al mismo tiempo. Y creo que de alguna manera te siento un poco más cerca así, eres la única chica que conozco que apaga el internet, normalmente los padres lo hacen, ¿no?

—Exacto, estoy demente. Y pensar que tú decías que eso hacía morir el wifi.

—Es que lo haces, pobrecitos aparatos, duermen ahí, esperando que de nuevo los conecten, tiritando en noches tan frías, sin abrigo y polvorientos, olvidados y sin amparo…

—Qué intenso eres —rio Nicole a través del teléfono.

—"Melodramático", por favor —aseguró Dean—. Por cierto, ¿cuando nos casemos seguiremos desconectando el internet? Imagínate: tendremos gemelos, porque deseo que cumplan el mismo día, como nosotros. ¿Les haremos la vida de cuadritos quitándoles la red? Pobrecitos, no quiero que sufran como yo lo hice. Sólo hay que apagarlo el tiempo que no estemos juntos, ¿vale? No me gustaría una vida sin wifi.

—Llevamos dos años de noviazgo y ¿ya piensas en el futuro?

—Es que no sé, sólo existen dos tipos de padres: los buenos y los que

desconectan el internet.

—Cierto… —Nicole se frotó la barbilla—. Seré mala madre, muajaja.

—¡No, Nicky! En todo caso puedes prohibirles que descarguen música pirata, todo menos cancelarles el wifi, por favor.

—Casual, que te preocupes por mocosos que aún no sabes si existirán…

—Mmmmh, ¿no te gustaría?

—No comiences a sembrar ideas en la cabeza de una mujer, por favor. De por sí nuestra mente fantasea con increíble velocidad.

—Okey… —puso los ojos en blanco.

—Sabes que bromeo —retiró la bocina del oído para mirar la hora en la pantalla del teléfono—. Ya me duele el oído de tanto hablar por teléfono, buenas noches, Dean.

El chico se acomodó en su cama.

—Todo era más fácil cuando éramos vecinos y te enviaba un mensaje para que te asomaras por la ventana y así te deseara buenas noches.

—Lo sé.

—Mi 11:11 será que ya sea mañana. Buenas noches, Boo.

Había días en los que chateaban hasta la madrugada, y en esos casos olvidaban desconectar el internet, es por eso que decidieron apagarlo juntos en el mismo instante para no extrañarse y prefirieron hablar cada noche por teléfono.

Dean tomó a Dalila y la acomodó debajo de su almohada para así poder abrazarla y dormir plácidamente.

•••

Nicole traía consigo un paquete de palomitas de microondas mientras esperaba a encontrarse con Dean, quien al llegar cubrió sus ojos con las manos.

—Ey —esbozó una sonrisa y besó las comisuras de sus labios—. Compré entradas para una película, quizá podamos ir después de que

veamos lo que quieres mostrarme. Creo que ya es hora de que conozcas una sala de cine.

—Sí, si después de ver lo que tengo para mostrarte aún quieres que vayamos, está bien —Dean le guiñó el ojo y le hizo una seña a Nicole para que lo siguiera.

La chica frunció el ceño llena de intriga.

Caminaron adentrándose entre árboles, no era un bosque, pero sí algo parecido a un parque de atracciones. Dean agitó sus manos presentando ante sí una gran casa del árbol:

— *Chan, chan, chaaan*. ¡Mira lo que he construido en estos últimos meses!

—Oh, mi cielo —los ojos asombrados de Nicole recorrieron la madera tallada y se acercó a tocar la escalera colgante. Inmediatamente regresó a las manos del chico, que estaban rasposas como las de un constructor—. ¿En verdad tú lo hiciste?

—Sí, en la Escuela de Artes abrieron un taller creativo que al final resultó ser un concurso de casas del árbol, mi compañero era arquitecto así que me ayudó muchísimo.

—¿Y ganaron?

—No, unas chicas lo hicieron, y todo por incluir en su diseño un dispensador de golosinas. ¡Como en *Phineas y Ferb*! —Dean golpeó el tronco del sólido árbol—. En fin, eso fue hace casi un año. Y como este proyecto estaba aquí abandonado, decidí poner manos a la obra para remodelarlo. Mi compañero aceptó ceder su derecho de la propiedad, pues literalmente compramos este espacio para construir. Y con la colaboración de Zac logré terminar, él ayudó a cargar la madera, y a demoler. ¡Ven, echa un vistazo!

—¡Qué bonita está! —Nicole seguía admirando la casa del árbol aún sin visitar su interior.

—Es que la construí para nosotros —respondió Dean sonrojado—. Para que sea nuestro refugio, tan del estilo de Dean y Nicole. Quería sorprenderte, ahora que no podemos vernos a diario, quizá podríamos venir aquí. Será como nuestro punto de encuentro, y también de diversión. Instalé un módem de internet, hay una laptop adentro y un proyector, podemos ver incluso nuestras películas o cualquier cosa que deseemos, será nuestro propio espacio de locuras y aventuras.

¿Qué dices?

—Eres una ternura con tanta azúcar que me hace brincar de la emoción —

Nicole frotó sus mejillas y posó las manos bajo su barbilla—. Algo así como un osito cariñosito.

Dean dejó escapar una carcajada.

—Bueno… —el chico bajó la vista y comenzó a arrodillarse, lo cual hizo retroceder a Nicole.

—No creo que sea buena idea… Mira, tenemos veinte años, aún nos faltan muchos planes por concluir. Claro que quiero casarme contigo algún día, pero ahorita no, joven —se apresuró a decir ella.

—¿Qué? —Dean se levantó confundido—. Esto no es una propuesta, me incliné porque vi esta catarina sobre la hierba, mírala, ¿no es hermosa? —mostró al insecto diminuto color rojo con manchas negras que yacía en su palma.

La chica apretó los labios para no reír de la vergüenza, y demandó tener al bicho en sus manos.

—Así que alguien quiere contraer matrimonio conmigo, ¿eh? —bromeó Dean.

“Genial, quedé como una tonta”, pensó Nicole.

—Creo que debí cerrar el pico —respondió la chica, apenada.

Dean meneó la cabeza.

—Siendo sincero, planeo pedírtelo en unos años, así que no te preocupes, por cierto, compré esto —sacó de sus bolsillos unos anillos de dulce de caramelo.

—¡Desde niña que no como uno así! —Nicole se emocionó al ver la envoltura de una paleta, por lo que dejó caer a la catarina.

—¿Qué te parece si hacemos una pre-propuesta infantil? —rio Dean, y buscó el dedo de Nicole para colocarle el anillo de caramelo. Ella hizo lo mismo con él

—. *Juro amarte con ternura y diversión hasta que este dulce se termine.*

— Y yo te amaré como una lunática mientras sigas actuando tal como eres —

estrecharon los anillos para después llevárselos a la boca.

Después quisieron subir a la casa del árbol, él ofreció su mano para ayudarla a trepar.

—¿Y el insecto, Nicole?

Ella reaccionó, rebuscó y con temor, mordiéndose el labio, alzó la planta de su zapato, donde el pobre yacía aplastado.

—Ay, por Dios, perdón —Nicole tragó saliva.

—¡¡¡Philiiiip!!! —chilló Dean.

—Número uno: tenías como cinco minutos de conocerlo, no pudiste haberte encariñado tan rápido. Número dos: acabas de inventarte el nombre. Número tres: esos bichos viven muy poco y mueren todo el tiempo, luego te busco otro,

¿sí? —explicó Nicole alargando sus dedos.

Dean le mostró la lengua y se rehusó a ayudarla a subir. Aún le dolía la partida de su nuevo mejor amigo.

Nicole resopló con frustración y subió por su cuenta, llevándose un susto al ver el hocico de un puerco en la entrada.

—¡Dean! ¿Trajiste a tus mascotas aquí?

—Sí, te dije que tenía un toque mío, saluda a Pizza que está sentado en tu sillón, a ver si a él no lo aplastas… —el perro alzó las orejas temeroso, sintiéndose aludido.

La chica se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. Contempló el hogar acogedor, que estaba alumbrado con luces navideñas, haciendo resaltar el color caoba. De las paredes colgaba uno que otro póster de las bandas favoritas de la pareja y junto a ellos había un espacio destinado para fotografías del recuerdo.

Bajo el título “El día en que no dormimos” se mostraba la imagen de aquel Año Nuevo que recibieron sobre la terraza de Dean. “Siendo abuelos” describía la imagen de Wifi y sus gatitos. “El pastel de cumpleaños” titulaba el memorable beso con crema batida en los labios. “El baile escolar” era una fotografía de Nicole con extensiones

de cabello y Dean con su melena lisa. Estaban también

“Adoptando a un cachorro de la calle”, “Rescatando a un gato del árbol” y “De excursión”, la cual mostraba a Dean con una especie de atuendo de niño explorador. “Concierto de Donovan Eggenschwiler” exhibía a Nicole como la *fangirl* que siempre había sido. Aquel muro del recuerdo parecía interminable.

Algunos cuadros estaban vacíos, debido a que decían “Nuestra graduación”,

“El día de nuestra boda”, “El nacimiento de Dean Junior”. Toda una colección de deseos para el futuro.

Nicole olvidó su molestia y recorrió el lugar maravillada. Ahí se había almacenado alimento como para sobrevivir a un apocalipsis zombi. Sonrió pensando si aquello realmente sería posible, si podrían iniciar una nueva civilización, sobre los árboles, ahí donde los descerebrados carnívoros no pudieran alcanzarlos.

Caminó haciendo rechinar la madera, se tomó un tiempo para oler el aroma natural: árbol fresco, ramas y chocolate.

—Ya que enterré a Philip III, todo ha quedado en el pasado —Dean rompió el silencio mirando el proyector y moviendo el mouse de la laptop—. ¿Ya viste quién tiene cuenta en Instagram?

Nicole se sentó en el regazo de Dean, éste la rodeó por la cintura y hundió su mentón en el hombro de la chica.

Leyeron la descripción de cierta persona y vieron su primera fotografía. Era la página de un libro de Miguel de Cervantes, que al pie decía: “Sigue leyendo

todos los días, sigue disfrutando tener varias vidas, imaginar nuevos mundos, diferentes épocas; transportarte a ellos como una vía de escape. Siente en letras, ama en capítulos”.

—Eh, Dean, esa publicación es de hace años —achicó los ojos Nicole.

—Ah, qué mal. Hay que decirle a Zachary que se actualice.

—Yo opino que le demos tiempo, al menos ya ha tenido un avance, tiene cuenta de Instagram.

Dean se encogió de hombros. Zachary era ahora un graduado. Sin

embargo, continuaba estudiando una maestría y trabajando en el hospital.

Avanzaron en las publicaciones de la pantalla y vieron la nueva fotografía de Laila, en un paisaje de la India, con niños con piel oscura y grandes ojos grises que sonreían a la cámara junto a la bronceada chica rubia. Había conseguido un viaje de intercambio en la universidad, y mantenía contacto directo únicamente con su familia.

—Ella es un claro ejemplo de que las rubias no son tontas, ni malas —agregó Nicole sonriendo orgullosa.

Dean siguió deslizando hacia abajo la pantalla hasta encontrar la publicación de Margaret Brooks, quien en la imagen se encontraba de vacaciones en el Caribe con su marido, Jorge. Un matrimonio que sería feliz y amoroso hasta el fin de sus días, aunque sólo se tuvieran el uno al otro, y bueno, a sus millones de seguidores en Instagram.

—Mi segunda madre —suspiró Dean al verla. Cuando aún era su vecina, la anciana cocinaba con gusto para él, pues lo amaba como el hijo que jamás tuvo.

Nicole siguió viendo imágenes de su familia para luego pasar al perfil de los Blackelee.

Todo iba bien con los padres de la chica, pero con sus suegros… Aún no conseguían recuperar el cariño de sus hijos, y vaya que se esforzaron. No era fácil enmendar el daño que les provocaron durante largos años. Y menos ahora que ambos se habían ido de casa y sólo los veían en reuniones familiares.

—Tranquilo —Nicole besó las sienes de su amado—. Al menos ahora usan las redes sociales y te envían mensajes directos diciendo que te extrañan.

Dean la miró a los ojos, luego fijó su atención en sus labios y la besó con dulzura, intensificando y prolongando sus besos con el tiempo, sumiéndose en la bella sensación de tenerse juntos, disfrutando y creando nuevas emociones.

Luego pusieron música e intentaron atrapar con la boca palomitas de maíz que lanzaban al aire. En efecto, ganó Nicole, pues tenía más experiencia; aunque fue divertido ver cómo su novio fallaba, cómo las palomitas golpeaban partes de su rostro intentando atraparlas.

Después de una tarde tan agradable, llegó el triste momento de

despedirse.

—Puedes venir cuando quieras, aquí se ven increíbles las estrellas —dijo él con voz ronca, recargándose en el barandal mientras miraba cómo el cielo oscurecía.

—Lo tomaré en cuenta —Nicole le guiñó el ojo.

—También habrá internet gratis y abierto todo el tiempo —le dio otra razón sincronizando su paso al de ella.

—¡No! Eso atraerá a las personas aquí; ponle contraseña, por favor.

—Pero eso suena egoísta… —Dean bajó los escalones.

—Tú tuviste la idea de que fuera nuestro lugar, ¿cómo voy a presumirle a mis amigas algo así?

—Bien, lo configuraré —rodó los ojos—. Pero éste no se va a desconectar,

¿okey?

—Dean, es un gasto incensario, no estaremos todo el tiempo aquí. Tiene que desconectarse cuando no se ocupe, y más porque está en un árbol, debemos cuidar su hogar, el ambiente.

—Ay, podemos usarlo como cibercafé moderno, ¿no te agrada la idea?

Hacerlo un negocio mientras no estemos.

—No, sólo lo compartiremos nosotros, por los viejos tiempos, ¿de acuerdo?

Dean asintió satisfecho, otra vez compartirían wifi, con la única diferencia de que ahora podían disfrutarlo juntos, como pareja.

Intercambiaron miradas traviesas en la dirección del tronco del árbol, sonrieron pensando en lo mismo.

Tomaron algo puntiagudo y afilado para tallar entre risas sus iniciales dentro de un corazón, como suelen hacerlo las parejas normales. Sin embargo, ellos distorsionaron el mensaje levemente.

Se dieron un corto beso y caminaron lejos de la casa del árbol entrelazando sus dedos, dejando ese mensaje a la vista de todos aquellos que osaran trepar.

Advertencia: internet de N. y D.

Zona peligrosa, no se acerque, puede electrificarse de amor.

Capítulo especial

Crossover: ¡Rescatemos a los elefantes!

Dean extrañaba los días en los que su única preocupación era no pisar las rayas del suelo al caminar.

Ahora, asistía a la universidad, los fines de semana estudiaba Artes, Pizza ya era un anciano al que tenía que cuidar, y encima debía tres meses de renta de su departamento individual… ¿Por qué la vida adulta tenía que ser tan dura?

Necesitaba respirar, se estaba asfixiando… Literal, la botarga de elefante que llevaba encima le provocaba sofocación.

Ah, ¿olvidé mencionar que era la mascota de un equipo? Bueno, Nicole quería que hiciera una audición para formar parte del equipo de futbol americano, le decía que sería divertido, decía que se volvería popular, decía…

Pero Dean no tenía madera de jugador, y no tuvo de otra más que aceptar ser la mascota, “Elefantín”, de la universidad.

Con el sudor en la frente de los jugadores, y treinta segundos para definir su posición en la cancha, el público esperaba de pie el gran momento. Las animadoras agitaban sus pompones, pero Dean sólo pensaba en qué bobada sería peor: si ganar o perder.

Al ganar, su equipo festejaría arrojándose encima de él; si perdía, su equipo lo patearía sólo por no llevarse el trofeo. Entonces, ¿había una mejor opción?

El silbato del árbitro sonó marcando el final del partido, y el chico rizado giró para ver a sus compañeros, quienes corrían a toda velocidad tras él.

—Sí, hurra… —fingió celebrar alejándose del campo, trotó por su vida y dramatizó al máximo los movimientos—. “Vuela, Dumbo, vuela” —brincoteó en el césped con intenciones de elevarse al viento. Y fracasó cayendo en un charco de lodo.

Enseguida los chicos con uniforme deportivo se lanzaron sobre él, uno

a uno, estrujando cada extremidad de su cuerpo.

—¿Sabían que cada que nuestro equipo gana un elefante muere? —murmuró la botarga sepultada entre jugadores.

El entrenador no pudo contenerse y se lanzó también sobre Dean. Era oficial, todo el equipo lo aplastó. ¡Vivan los Elefantes de Skelton!

—¿Se sentirá bien la mascota del equipo? Averígüelo mirando el próximo partido —intervino el locutor que observaba la escena desde su palco de transmisiones.

Poco a poco se fueron levantando los jugadores.

“Estoy de maravilla, sólo fui aplastado como el relleno de un sándwich, nada del otro mundo”, pensó Dean sentándose en el césped, se quitó la cabeza de elefante de un tirón e inhaló el viento caluroso que lo rodeaba.

Ir a las regaderas era bueno para refrescarse en verdad. Dean se relajó con las gotas que caían por su espalda y se hidrató mirando hacia el agua corriente, podía incluso quedarse ahí toda la tarde, no obstante, pronto cerrarían las instalaciones.

—Fiesta en mi casa por el triunfo de hoy —gritó uno de los jugadores entrando a las regaderas, los demás secundaron la moción y cerraron los grifos para alistarse.

Al paso de los minutos, Dean dejó de escuchar ruido.

—¿Hola? ¿Ya se fueron todos? —preguntó tomando una toalla para secar su cabello, luego la envolvió en su cuerpo, mostrando sólo su torso desnudo.

Caminó en busca de algún chico que le diera la dirección de la fiesta, pero no encontró a nadie.

—Bien, ni tenía ganas de ir —dijo, proyectando la voz y encogiendo los hombros. Se dirigió al vestidor deslizando sus pies en el agua que habían salpicado las regaderas, parecía avanzar en una pista de patinaje.

Frenó al mirar los casilleros vacíos, no había prendas, las suyas. No estaba su ropa colgada. Recorrió el lugar con la vista y se percató de la única cosa disponible: ese tonto y sucio disfraz de elefante.

—Voy a matarlos cuando salga de ésta —resopló por la broma pesada, pues le quedaban tres opciones: salir a la calle desnudo, envuelto en toalla de baño o en esa botarga.

Se sintió como en aquel video de Coldplay cuando anduvo por las calles de Blessingville Park, algunas personas lo ignoraban mientras que otras se detenían a grabar el insólito paso de un elefante bailarín y juguetón que saludaba a los extraños con caras alargadas y ayudaba a cruzar la calle a las ancianas.

“Si la vida te da limones, haz malabares con ellos”, se dijo Dean aprovechando cada situación plausible para hacer sonreír a alguien más. A pesar de haber tenido un mal día, demostró que continuaría siendo él mismo, sin enfados, siempre chiflado.

Una multitud de jóvenes aficionadas que traían llamativos carteles de apoyo a un artista provocó un estruendo de gritos, Dean intentó esquivarlas, pero sólo chocó con ellas, se pegó a la pared mientras las fanáticas corrían persiguiendo a dicho sujeto.

Eso era extraño, nunca se había visto a un músico famoso por Blessingville, pues no había estadios cercanos para dar conciertos allí. Recordó cuando Nicole y él viajaron cinco horas para ir a un concierto de Donovan Eggenschwiler.

Se alzó de hombros y, doblando la esquina de la calle, encontró a un chico de gafas oscuras que rápidamente quiso cubrirle la boca con una mano, segundos después aquel joven notó que él no se trataba de un fanático, sino de un simple chico dentro de una botarga apestosa.

—¿Qué te pasa, uno ya no puede caminar feliz vestido de elefante? —bufó Dean liberándose de la cabeza del disfraz para ver con determinación al chico que lo había amordazado.

—Eh, lo siento, creí que eras alguien más —respondió él escondiéndose detrás de un contenedor de basura. No quería revelar su identidad.

—Si eres una celebridad, ya puedes salir, no te haré daño porque yo sólo soy fan de los animales —anunció Dean.

—Y vaya que lo eres, para disfrazarte de uno —murmuró el joven aún sin abandonar su escondite.

—No es lo que parece, soy un hombre maduro: estudio dos carreras en la universidad, pero también soy la mascota del equipo.

—Sí, claro, y yo salí de *The X Factor* —dijo en tono burlón.

Dean pensó en discutir con una celebridad, posiblemente eso le daría cinco minutos de fama, pero entonces recordó que no necesitaba de alguien más para salir en televisión.

—Me aburres, suerte con tus fanáticas —aseguró Dean retomando su camino

—. Tengo que llegar a la casa del árbol para alimentar a mi gordo perro, a mi linda cerdita y al pato de Nicole, después me prepararé una sopa Maruchan… —

comenzó a enlistar para sí mismo, contando con los dedos.

—¡Espera, no me dejes, por favor! —replicó el músico, atendiendo la lejanía de su voz y el sonido de sus pasos—. No puedo salir, mi pie se quedó atascado en una bolsa de basura.

Dean quería reprimir esas ganas de ayudar a alguien más, pero su instinto de Elefantín al rescate pudo más que él. Se sentía como un superhéroe porque tenía un disfraz.

Volvió cerca del contenedor de desechos y terminó noqueado por la tapa de metal.

—¡Pobre iluso! —el músico le mostró la lengua y acto seguido jaló del elefante con brusquedad—. Ahora, dame esa botarga para poder escapar o te encerraré en este contenedor de desperdicios.

—Jamás —discutió Dean tomando de la oreja al artista, lo zarandeó para que éste perdiera el equilibrio y entrara al contenedor con él.

Una vez adentro ambos comenzaron a patalear y a golpearse. Desde afuera se apreciaban los estrépitos quejumbrosos de la pelea.

Dean tiró de las gafas oscuras y miró los ojos llenos de furia y melancolía del músico, quizá por eso eran grises, un triste color que reflejaba su interior.

—Tú… ¡Eres Donovan Eggenschwiler! —comprendió el elefante.

—Sí —aceptó el chico dejando de luchar.

—Mi novia es tu fan y si supiera lo que te hice posiblemente me terminaría…

No fue mi intención hacerte daño.

—Descuida, fue mi culpa, yo empecé —rio Donovan—. ¿Ahora me entiendes?

—La chica a quien dedicaste tu primer álbum en su totalidad está por casarse,

¿no es así? —dijo Dean, solemne.

—Eso creí, por eso vine a Blessingville, a comprobarlo; pero resulta que sólo fue un rumor más, detesto que la cadena NDEI saque a relucir mi vida privada, más cuando ya está en el pasado… *Ella* era un tema delicado, nunca quise mencionarla porque a ella jamás le gustó la fama, ¡y ahora todos saben de Laura!

—Me pasó —recordó Dean cuando tuvo problemas con esa televisora —.

Sigues queriéndola a pesar de todo, ¿verdad?

—Siempre la amaré, pero todos hacemos elecciones. Ella tomó su decisión y yo no voy a pasar el resto de mi vida lamentándome por ello —suspiró—. Eso me afectó mucho en su momento, pero ya han pasado tres años desde entonces, y ahora sólo deseo recordarla como lo que fue, mi primer amor.

—¿Eso quiere decir que sólo venías a despedirte de ella y a desearle buena suerte en su boda?

—Nah, ni siquiera tiene pareja, es puro cuento de los medios… Por eso estoy furioso, me armé de valor para impedir una boda inexistente, me escapé de mi *manager* para nada, y sólo alimenté a la prensa de chismes: caí en su juego. Lo peor es que una fan me robó el teléfono y la cartera, por eso quería tu botarga, así al menos podría escapar de aquí…

—Te seré sincero, no puedo darte a Elefantín porque me quedaría desnudo, los jugadores del equipo me jugaron una broma pesada — dijo Dean.

Donovan rio ante el comentario.

—Un segundo…. ¿Por qué seguimos hablando adentro del contenedor de basura?

—Para que no te descubran, ¿duh?

—Larguémonos de aquí —anunció el chico abriendo el contenedor y respirando aire fresco—. ¿Se llevaron todas tus cosas? ¿No tendrán tu teléfono para llamar a mi mejor amigo? Él podría recogerme…

—Por suerte tenía conmigo a Dalila en la regadera para escuchar música, fuera de eso se lo llevaron todo, ni siquiera tengo mis lentes y por eso tardé en reconocerte.

—Y por eso bailabas en la calle, para ganarte el dinero de los pasajes, ¿no?

—Sí, algo así —dijo Dean, entregando su teléfono al músico.

—¿Puedo confiar en que no rastrearás la llamada? —preguntó Donovan tecleando el número.

Dean estaba a punto de asentir cuando recordó el pequeño detalle de que Dalila estaba vinculada con los contactos de Nicole, y los de Samantha. La *hacker* lo había querido así como una señal electrónica de amistad. Samantha y su loco concepto de confianza. Por lo tanto, Dean podía hablar por sí mismo, pero no podía prometer que alguien más no lo rastreara después.

—Sí, todo está perfecto —silbó de cualquier forma el chico de rizos.

Donovan le creyó y presionó el botón para conectar la llamada. Sonaron cinco tonos antes de que ésta fuera aceptada.

—¿Farid? Soy Do, me robaron el teléfono. ¿Podrías llamarle al *manager* para que lo desactive? No quiero que mi contenido se filtre…

—¿Pero quién crees que soy? —bufó el chico del otro lado de la línea —. No soy tu asistente personal.

—Pero eres mi mejor amigo, y es casi lo mismo —rio Donovan—. Anda…

te veo en el aeropuerto de Blessingville en una hora.

Se escuchó un gruñido y después terminaron la llamada.

—No estoy seguro de si me ayudará o no… ¿En serio no podrías prestarme esa botarga? —el chico le sonrió.

—Creo que sí… —Dean había estado pensando en esa opción, si en la

universidad llegaban a enterarse de que una celebridad había entrado en ese disfraz, éste ganaría popularidad—. Pero a cambio tendrás que darme la ropa que vistes.

Donovan miró su atuendo, era casual pero *fashion* a la vez, le pareció justo.

—Trato hecho —el músico comenzó a desabotonarse la camisa y Dean se retiró la cabeza de Elefantín.

Que comience el intercambio de prendas.

•••

—¡Llegaremos tarde, Nicole! —la apresuró Samantha, sentada todavía en la sala de espera.

—Tranquila, la universidad está a una calle, no nos retrasaremos mucho —

anunció nerviosa por entrar a consulta.

—¿Señorita Carter? —llamó la enfermera. Ambas se levantaron del asiento

—. Pasen, por favor.

El médico parecía afable, aun con esa terrorífica bata blanca. Les mostró el ultrasonido, calmando así los temores de Nicole.

—No, señorita Carter, su gata no está embarazada, sólo está obesa — dijo finalmente el médico veterinario.

Wifi miró a Nicole con los ojitos de Gato con Botas de *Shrek* después de haber recibido ese masaje en su prominente barriga de animal.

Samantha apretó los labios para no reír a carcajadas.

–¡¿Pero cómo?! —exclamó extrañada Nicole—. Sólo ha tenido una camada, y padecía los mismos síntomas que justo hoy tiene.

—Quizá tenga un embarazo psicológico —se justificó el doctor de animales

—. Dígame, ¿le ha dado cuidados amorosos últimamente? Puede que sólo quiera llamar la atención de su ama, yo le recomendaría una

dieta para bajar de peso, y sea atenta con su gata, así ésta olvidará su segunda camada inexistente.

Nicole se cruzó de brazos, su novio le había dado “casi” la misma respuesta.

Pero ella era tan terca que decidió derrochar su escaso dinero en un especialista, y todo por no confiar en el sexto sentido de Dean.

Giró hacia Samantha, quien se burlaría de ella por el resto del día.

•••

—Wifi siempre será una actriz de Hollywood, y nunca cambiará —dijo Sam saboreando una paleta de cereza—. ¡Cómo me hubiese gustado conocerla cuando se hizo pasar por muerta!

—Yo tampoco vi esa escena, sólo Dean, porque él fue quien la rescató entonces —Nicole suspiró por el recuerdo en su memoria, habían estado caminando hacia los casilleros con la obesa gata en brazos.

Wifi se estiró cuando la bajaron al suelo, se rascó una oreja desprevenida a lo que se avecinaba: quedarse encerrada en el locker. El animalito maulló.

—Oh, no, tú preferiste esto —señaló Nicole—. Pudiste quedarte en casa en tu camita, pero me engañaste para ir al veterinario, tú te lo buscaste —cerró con llave.

—Oye, no es para tanto, pobrecita… —la defendió Samantha al no seguir escuchando maullidos.

—Es broma, a la próxima clase paso por ella —miró la hora en su celular—.

Porque de otra forma no llegaremos a Literatura, corre.

Samantha arrojó su paleta y dio zancadas por los pasillos al compás de Nicole.

Tras llegar a la puerta blanca y llamar dos veces, notaron que sus compañeros estaban acomodados en grupos de tres personas.

—Se dignaron a presentarse —aplaudió la profesora—. Lástima, ya no

podrán participar, pero las dejaré entrar para que observen de lo que

se perdieron.

Nicole y Sam caminaron con los hombros caídos hasta los últimos pupitres disponibles del aula. Acomodaron sus cosas y dejaron caer sus barbillas sobre las manos, parecían interconectadas, pues sus movimientos eran casi idénticos.

—Creo que ya encontré a alguien más que no formó equipo —Samantha señaló a una chica delgada de anteojos que no paraba de escribir en su libreta, sin embargo, no miraba al pizarrón.

Nicole asintió y ambas deslizaron sus pupitres moviendo el trasero en dirección a la chica, arrastrando discretamente los asientos a su paso.

—Hola, eh… —Nicole se rascó la nuca.

—Katia —pronunció la chica sin levantar la vista. Su pasatiempo favorito era escribir novelas, quizás al final no se dedicaría a eso, pero hacerlo le ayudaba a calmar sus nervios cuando no entendía el tema de una clase. Y a pesar de que ahora no prestaba atención a la ponencia, aquello no sería un desperdicio, pues se le había ocurrido una idea brillante y no deseaba que ésta se esfumara sin antes plasmarla en papel.

—Bueno, Kat. ¿Puedo llamarte así? —prosiguió Samantha—. Me preguntaba si ya tenías equipo para la actividad…

—No, aún no —concentrada en la escritura, había olvidado buscar uno.

—¿Quieres unirte a nosotras? —preguntó Nicole con dulzura.

Katia esbozó una sonrisa.

—Siempre.

Con esa respuesta las chicas quedaron complacidas, y prestaron atención a la ponencia. La clase avanzaba tediosa, y Samantha prefirió interrogar de nuevo a su nueva compañera.

—¿Qué tanto escribes? —le preguntó afable.

La joven dio un respingo y cubrió con sus codos la libreta.

—Por favor, dime que no leíste nada o tu vida será espoileada.

—¿Cómo? —Sam frunció el ceño.

—Pero, ¿qué dije? —rio incómodamente, había metido la pata—. Suelo ponerme nerviosa cuando hablo de mis novelas con personas que no suelen leerme, pienso que quieren plagiar mis ideas para subirlas a Wattpad, o a reportarme con los embajadores por escribir tantas estupideces. Ay, soy un mar

de inseguridades…

—He oído de esa plataforma, podrías darme tu usuario y así te leo y te doy mi opinión —Nicole se unió a la conversación.

—¡No, jamás intentes buscarme! —exclamó Kat de tal forma que la profesora dejó de escribir en el pizarrón para buscar a la persona culpable de semejante alboroto—. Ah, tengo una gran idea, les platicaré lo que estoy planeando —susurró.

Samantha y Nicole acercaron sus oídos para escuchar con claridad.

—No tengo las mejores tramas del mundo, y mucho menos las mejores enseñanzas. Pero quiero marcar la diferencia con mis historias. Y por eso escribiré incluyendo a la autora.

—¿Te refieres a que será una autobiografía? —agregó Sam.

—Pff, no. Qué aburrido sería —se apresuró a decir—. Lo que yo quiero lograr es hacer una mínima aparición en mis historias, no ser la protagonista ni tampoco un personaje secundario o recurrente en las novelas. Quiero ser una simple "extra" en ese mundo. Es más, que ni siquiera se acuerden de mí, nadie debe sospechar que yo los creé.

—¿Por qué quieres hacer eso si no aportarías nada con ello?

—Porque de alguna manera sentiré que soy parte de ese mundo, o que mis personajes son parte del mío. Así, en teoría, sería como volverlos reales.

—¡Vaya!, no me lo había imaginado. Qué lindo sería hablar con los personajes que has creado —apuntó Samantha.

—Lo sé, y no sólo quiero hablar con ellos, también deseo ayudarlos en cosas triviales que no sean parte de la trama principal, ni tengan que ver con el clímax de la historia. Un ejemplo: al personaje principal le da hambre después de una pelea, entonces una persona con un carrito de hotdogs aparece en escena.

¿Adivinan quién sería? Yo.

—¡Fantástico! Ahora sí ya entendí —reaccionó Nicole.

“Otro ejemplo sería que mis personajes llegaran tarde a una clase y se quedaran sin equipo, yo usaría mi aparición para que no estuvieran solos. Porque vamos, ni que fuera tan importante un proyecto escolar en los libros. Nunca he leído un libro titulado *En busca de mi calificación de álgebra*”, pensó Katia.

Nicole observó que su compañera no mencionó nada más, así que se le ocurrió agregar algo:

—Espero que algún día puedas entablar conversación con tus personajes, Kat.

La autora esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Lo que más le encantaba era escribir de ella en tercera persona.

La campana sonó indicando el final de la clase. Todos los alumnos recogieron sus cosas, listos para marcharse.

—Se nos acabó el tiempo para hacer el proyecto —bufó Sam.

—Podríamos reunirnos en otro lugar —propuso Nicole.

Katia asintió. Ella ya sabía a dónde las llevaría aquello.

•••

Alrededor de las cinco de la tarde las tres chicas estaban escabulléndose a un jardín de niños para terminar el trabajo en equipo. Una chica que trabajaba como asistente educativa para niños y pianista notó que querían entrar, sacó las llaves de su uniforme y les abrió la reja.

—Ésta es la última vez que te ayudo, no volveré a arriesgar mi trabajo por ti

—amenazó mientras Sam y Nicole intercambiaban miradas.

—Pasemos —dijo la “extra” ignorando el comentario de su amiga.

Sacaron sus materiales para trabajar en la mesa de un salón vacío, al lado estaba el aula de música, donde se escuchaba un piano triste, y a la vez furioso.

—¿Quién es el pianista que está tocando con tal amargura? —susurró

Nicole a su amiga.

Katia se percató del comentario e hizo llamar a la pianista:

—¡Laura, ven acá! —la joven con ojos cristalinos se presentó después de unos segundos—. Te conozco y sé que algo te ocurre, pero ponte a pensar en los niños: vas a romperle las teclas de madera a ese pequeño piano, ellos llorarán más que tú por la destrucción del instrumento. Mejor dime qué pasó esta vez, sabes que cuentas conmigo.

—Es que él regresó a Blessingville… —dijo la joven con la vista nublada por las lágrimas—. Apareció en televisión y yo…

—¡Inaudito! ¿Cuántas veces te he dicho que olvides a ese guitarrista? Repite conmigo: “Debo olvidar a ese músico pulgoso y sarnoso”.

—¡Ves! Sabía que dirías algo así, por eso no quería decirte —chilló.

—Perdón, es que siento que esto es culpa mía… —se acercó a ella para abrazarla.

—No —secó sus lágrimas con la manga del uniforme—. Ya se me pasó…

¡Vaya! ¡Mira qué día tan soleado!

—Laura, no finjas —su amiga se cruzó de brazos—. Lloraré contigo.

—Si es porque estamos aquí, mejor nos retiramos —intervino Nicole agarrada del brazo de Samantha—. Así podrán hablar mejor…

—O prefieren contarnos qué pasó y así tener más opciones de qué hacer —

propuso Sam sin tapujos. Nicole la fulminó por entrometida.

Laura suspiró:

—Creo que no me hace mal contar esa historia una vez más.

•••

Dean observaba los tenis Vans que llevaba puestos, le gustaba su nuevo atuendo.

Cuando viera a Nicole aquella noche, ella se sorprendería por lo guapo

que estaba. Una ventaja adicional por haber prestado a Elefantín.

—Bien, entonces tocaré la guitarra en tu boda con Nicole como agradecimiento, y en cuanto llegue a casa te enviaré la botarga por paquetería —

dijo Donovan, despidiéndose.

—¿Y por qué no cantarás en mi boda? —espetó inconforme Dean.

—Ah, es que mi mejor amigo justo es cantante de bodas, y lo traeré conmigo… —recordó la última vez que lo vio en una boda, estaba tan enfadado que arrojó papel higiénico a los invitados y sumergió a la novia en el pastel de cinco pisos—. Olvídalo, mejor sí cantaré yo.

—Perfecto —sonrió Dean estrechando la suave mano del elefante—. *Adiós, vaquero.*

Donovan dejó escapar una risa y se colocó la cabeza de la botarga. Hizo un ademán como si tuviera un sombrero y se alejó corriendo por las calles hasta perderse de vista.

Dean miró la hora en Dalila y comenzó a correr en dirección opuesta, no quería llegar tarde con Nicole.

•••

El bosque donde estaba su casa del árbol era muy grande, de modo que Dean llegó exhausto por un camino, mientras Nicole se acercaba agitada desde la dirección contraria.

—Perdón, se me hizo tarde… —dijeron al unísono.

—Ah, también acabas de llegar —volvieron a decir juntos entre risas.

—Habla tú primero —soltaron ambos.

—No, tú —de nuevo sincronizados.

Dean meneó la cabeza y se inclinó para besarla.

—Nuestros labios parecen estar conectados —sonrió él jugando con un mechón del cabello de su novia—. Moría por callarte a besos.

Nicole se sonrojó colgando sus brazos en el cuello del joven. Se acercó para juntar sus frentes y sentir ese hormigueo inigualable de estar con la persona que amas.

—Hoy conocí a una chica que me hizo pensar en lo agradecida que estoy con Dios por tenerte a mi lado, no muchos amores tienen ese privilegio. Y eso me hizo pensar que nunca quiero perderte —Nicole bajó los brazos para abrazarlo fuertemente—. Nunca termines conmigo, porque yo nunca querré terminar contigo.

—Tranquila —Dean acarició su cabello—. Estaremos siempre juntos, siempre habrá nuevas aventuras para nosotros, nuestro loco amor no tendrá fin…

—Ca-sé-mo-nos —titubeó Nicole.

—¿Que cazaste monos? ¡Eso no se hace, Boo, no se atrapan para un zoológico! ¿O te refieres a que uniste en sagrado matrimonio a una pareja de monos? ¡Eso sería épico! Ya me imagino a la hembra con un velo de novia, y a los monitos besándose con sus hocicos trompuditos… ¡Ja! Exijo grabar ese video para subirlo a YouTube.

—No, tarado —dejó de abrazarlo para mirarlo fijamente a los ojos—. Te estoy pidiendo matrimonio, Dean.

El chico bajó los brazos y se quedó absorto.

—¡Ay, debí imaginarlo! ¡No quieres casarte conmigo! —chilló Nicole ofendida.

—Pequeña Dora, ¿por qué tú siempre quieres hacer las exploraciones? ¡Yo

debí pedírtelo primero! Si hubieras esperado un poco…

—¿Me lo ibas a pedir pronto? —Nicole sorbió la nariz—. ¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Dónde?

Dean soltó una carcajada llevándose una mano al lagrimal.

—En dos meses, en el momento que fuéramos al cine y reprodujeran los anuncios publicitarios: el último video sería sobre nosotros, entonces las luces se encenderían para dar paso a la propuesta, yo me inclinaría para hincarme entre el poco espacio de los asientos, sacaría el anillo de mi bolsillo y…. ¡Acabas de arruinarlo!

—Uups.

—Ahora tendré que cancelarlo todo porque no soy capaz de negarme… Al carajo el romanticismo. Acaban de pedirle matrimonio a

un hombre, y eso es algo especial. ¿Dónde está mi anillo, Nicole? ¡Dameeeee mi aniiiillo! —solicitó él como toda una diva.

—Pensándolo bien, me retracto —Nicole se rascó la nuca—. Quiero la linda propuesta que habías planeado. Imaginemos que esto nunca pasó. Yo no sé nada de nada.

—Claro, me dejas vestido y alborotado —bromeó Dean—. Bah, ahora tendré que pensar en algo mejor porque te me adelantaste y ya solté la sopa.

Nicole se mordió un labio y fijó su vista en una estantería de la casa del árbol, tomó una bola de estambre que encontró allí y se la arrojó a Wifi para que la gata se entretuviera, había estado todo el día con ella de arriba abajo.

Dean continuaba sumergido en sus pensamientos de modo que no se percató del ovillo de la gata.

—¡No! —reaccionó al ver las garras de Wifi sobre el estambre. Trotó para quitárselo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole bloqueándole el camino hacia su gata. Se giró para quitarle ella misma el juguete, tenía un extraño fondo de diamante: ¡era un anillo!

Dean observó cómo su anillo se desenvolvía de la madeja.

—¡Jamás pasó por mi mente que esconderías una sortija allí! ¡Qué loco estás!

Pero tiene sentido, Wifi siempre fue especial entre nosotros —Nicole derramó lágrimas de felicidad—. Te amo, y acepto casarme contigo.

Dean se estrelló la palma de la mano en la frente y en seguida se arrodilló

para acomodar la sortija en el dedo de su ahora prometida.

—Bueno, ésta sería la tercera propuesta del día de hoy. Es la vencida, ¿no?

Nicole apretó sus mejillas y lo besó con una sonrisa entre los labios.

—¿Por qué no pasan cosas normales a tu lado? Ya me dieron ganas de casarme, de divorciarme y de volver a estar en matrimonio contigo; de separarnos para así poder después renovar nuestros votos.

—A este paso, si tú quieres, buscamos casarnos en todos los países del mundo para que tengas actas diferentes —sonrió Dean.

—¡Romperemos un récord, seremos tendencia!

•••

—¿Conociste a Laura? —preguntó Dean atragantándose con su cena. Nicole había relatado la historia del porqué se animó a pedirle matrimonio.

—¿Cómo sabes su nombre? No me digas que tuviste una aventura con ella…

porque te dejo sin hijos, Dean Blackelee.

—No —negó él con la cabeza—. Es que hoy conocí a Donovan. De hecho, le ayudé a escapar de sus fans.

—¿En verdad? —Nicole habló con la boca aún llena.

—Sí, y no me gustaría estar en sus zapatos, aunque en efecto, los traigo puestos…

Nicole frunció el ceño, confundida. Era el turno para que Dean platicara su día.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —anunció la chica.

—¿En que no deberíamos de comer tanto después de todas las emociones que experimentamos hoy porque así nos dará diabetes? *Equis*, todavía estamos chavos.

—No, tonto. En reconciliar a Laura y Donovan. ¡Ellos también merecen un final feliz!

—Ah, eso. *Bue-no* —se encogió de hombros.

Nicole frotó sus manos pensando en las ventajas de ayudar a una celebridad con sus relaciones amorosas. Casi daba un salto de emoción, porque si todo salía como lo planeaba, Donovan le agradecería toda la vida y la recompensa sería muy grande: hasta podría tomarse una foto a su lado sin necesidad de pagar un

costoso *Meet and Greet*. Así era mucho más factible conocerlo que acosarlo al estilo de Samantha. Aunque sí necesitaría de su ayuda para

rastrear a Donovan…

pero ya no más fanatismo. ¡Por fin podría conocerlo como Dios manda! Ya fantaseaba con besarlo en la mejilla como un último deseo de soltera. Pues si algo tenía en claro, era la certeza de querer pasar el resto de su vida con Dean Blackelee, con nadie más deseaba envejecer hasta morir.

—¿Entonces estás lista para “El rescate del Elefante”? —así había nombrado su prometido a la misión.

Agradecimientos

En primer lugar, a Dios, porque sin su inagotable gracia jamás hubiera cumplido mi sueño de publicar. Romanos 11: 36 “Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas…”.

A mi familia, por desconectar el internet al anochecer, y aunque tenían la intención de que así fuera a dormir temprano, resultó todo lo contrario porque aquello me inspiró a escribir.

A mis amigas Aranza Ramírez y Paulina Peláez, por ser mis confidentes, por siempre apoyarme, y acompañarme durante este proyecto. Las adoro tanto.

A Sarahí Burquiza, por impulsarme a escribir cada día. Gracias por leer los borradores, por escucharme al teléfono durante horas y reír conmigo. Espero un día conocerte en persona, gran amiga.

A mis lectores de Wattpad, estoy infinitamente agradecida porque entre tantas novelas, me encontraron y decidieron leerme. Ustedes dieron vida a mis personajes, y los hicieron crecer.

Al equipo de Wattpad, que me contactó por correo electrónico y cambió el rumbo de mi vida. A la plataforma Wattpad, por existir. Hacen posibles los sueños de miles de personas, gracias por brindarme esta oportunidad.

Al equipo de Penguin Random House, por confiar en mí y realizar un increíble trabajo. Cumpliré el sueño de ver mi obra en librerías y será a causa suya. Enormemente gracias.

¿CÓMO VAS A CONOCER EL AMOR,

SI NO TIENES WIFI?

A Dean sus padres tecnofóbicos no le permiten

tener teléfono celular. ¿Cómo va a ser un chico

normal, sin teléfono y sin conexión a internet?

La única manera en que pudo conseguir uno

fue ahorrando su sueldo de repartidor de

pizzas, y debe mantenerlo en secreto para que

no se lo castiguen. Como ninguno de sus

intentos para convencer a su familia de

contratar internet rindió frutos, no le quedó más remedio que robarse la señal de su vecina Nicole. Gracias a ese wifi clandestino, Dean puede comunicarse con la chica que le gusta.

Hasta que un buen día, Nicole decide que desconectará el internet por las noches. Después de las 11:15 p.m. no hay más wifi. Ante el horror de verse desconectado, Dean decide confesar a Nicole su delito y a partir de ese momento, se dará cuenta de que en realidad no conoce a su vecina como creía hacerlo.

KAT QUEZADA

@KatQuezada

4.7 millones de lecturas

384 K favoritos

Kat Quezada es una escritora mexicana que nació una tarde del mes de mayo. Desde pequeña, la imaginación la caracterizó: le encantaba jugar y crear historias en su mente. Conoció la magia de los libros en el colegio, y tiempo después, su amor y pasión por la literatura la llevó a estudiar Letras Hispánicas. Actualmente también estudia Nutrición. Es como un gato con siete vidas. En 2015

comenzó a subir sus escritos en Wattpad. Su mayor éxito es

¡No desconectes el internet! , con casi 5 millones de lecturas. Kat vive el sueño de su vida al saber que este libro ahora se encuentra en tu biblioteca personal.

@katquezada

Kat Quezada

@KattQuezada

¡No desconectes el internet!

Edición en formato digital: junio, 2021

D. R. © 2021, Kat Kezada

D. R. © 2021, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520, Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © Penguin Random House Grupo Editorial / Scarlet Perea, por el diseño de portada D. R. © Klyaksun by iStock Photo, por la ilustración de portada Penguin Random House Grupo Editorial apoya la

protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-380-602-2

Composición digital: *Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación*
Facebook: @penguinebooks

Twitter: @penguinlibrosmx

Instagram: @penguinlibrosmx

Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

¡No desconectes el internet!

Prólogo

1 Problemas de internet

2 Ladrón de wifi

3 Palomitas y contraseñas

4 Las mentiras de internet

5 Un gato bizarro

6 Te cambio a Wifi por wifi

7 La contraseña de mi red

8 La chica del módem

9 Última conexión

10 Pijamada y luces nocturnas

11 Visto

12 También compartimos música

13 Tengo una estupenda idea, ¡galletas!

14 Mala idea, ¡galletas!

15 Peter Pan tiene la culpa

16 Teléfono extraviado

17 Laila y Lauren

18 Seamos buenos vecinos

19 Desconéctalo, ya no me interesa

20 No volveremos a compartir wifi

21 Una vida sin internet no es vida

22 ¡En hora buena desapareces!

23 Toboganes, selfis y el traidor

24 Audífonos y llamadas

25 Adiós, teléfonos, ¡tecnofobia!

26 Razones por las cuales no debes cantar

27 Un triste video de YouTube

28 Ahorremos energía

29 Celebrar Año Nuevo con una guerra de comida

30 Nueva foto de perfil

31 Películas con pizza

32 Arruinemos una cita

33 Besos sabor a chocolate

34 Había una vez una galleta…

35 Hofolafa

36 ¿Nicole o Laila? Mejor Dalila

37 Púdrete, mentiroso ladrón de wifi

38 Libros *vs.* Vida

39 La historia de la tecnofobia

40 No hagas cosas buenas que parezcan malas

41 Filias y fobias

42 Después de la lluvia, hay un arcoíris con un poni

43 ¡Estúpida, mi primer beso, idiota!

44 El pastel de la fiesta de pijama

45 La caída de la red de internet

Capítulo Extra. *Ella*

Epílogo

Capítulo especial. Crossover: ¡Rescatemos a los elefantes!

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

Document Outline

- ¡No desconectes el internet!
- Prólogo
- 1 Problemas de internet
- 2 Ladrón de wifi
- 3 Palomitas y contraseñas
- 4 Las mentiras de internet
- 5 Un gato bizarro
- 6 Te cambio a Wifi por wifi
- 7 La contraseña de mi red
- 8 La chica del módem
- 9 Última conexión
- 10 Pijamada y luces nocturnas
- 11 Visto
- 12 También compartimos música
- 13 Tengo una estupenda idea, ¡galletas!
- 14 Mala idea, ¡galletas!
- 15 Peter Pan tiene la culpa
- 16 Teléfono extraviado
- 17 Laila y Lauren
- 18 Seamos buenos vecinos
- 19 Desconéctalo, ya no me interesa
- 20 No volveremos a compartir wifi
- 21 Una vida sin internet no es vida
- 22 ¡En hora buena desapareces!
- 23 Toboganes, selfis y el traidor
- 24 Audífonos y llamadas
- 25 Adiós, teléfonos, ¡tecnofobia!
- 26 Razones por las cuales no debes cantar
- 27 Un triste video de YouTube
- 28 Ahorremos energía
- 29 Celebrar Año Nuevo con una guerra de comida
- 30 Nueva foto de perfil
- 31 Películas con pizza
- 32 Arruinemos una cita
- 33 Besos sabor a chocolate
- 34 Había una vez una galleta…
- 35 Hofolafa
- 36 ¿Nicole o Laila? Mejor Dalila
- 37 Púdrete, mentiroso ladrón de wifi
- 38 Libros vs. Vida

- 39 La historia de la tecnofobia
- 40 No hagas cosas buenas que parezcan malas
- 41 Filias y fobias
- 42 Después de la lluvia, hay un arcoíris con un poni
- 43 ¡Estúpida, mi primer beso, idiota!
- 44 El pastel de la fiesta de pijama
- 45 La caída de la red de internet
- Capítulo Extra. Ella
- Epílogo
- Capítulo especial. Crossover: ¡Rescatemos a los elefantes!
- Agradecimientos
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Créditos